

LANA FRY

QUERIDA

(y odiada)

CASUALIDAD



QUERIDA
(y odiada)
CASUALIDAD

Lana Fry

© Lana Fry.

1ª edición, julio de 2019.

Imagen de portada: Shutterstock

Diseño de cubierta: Lana Fry.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Fueron unas horas, no llegó a un día, pero fue como si en ese momento el universo solo existiera para que estuviéramos juntos.
Serendipity, película del 2002

Lo curioso de esta forma de comunicación es que es más probable hablar de nada que de algo, pero solo quería decir que, para mí, toda esa nada ha significado más que muchos algo. Por eso, gracias.
Tienes un e-mail, película del 1998

36 formas de meter la pata, Por Léa Chartier

Dios no paga las facturas.

El ataque de los clones

Un consejo: nunca apuestes tu ropa interior

Serendipia

Querida casualidad: te odio.

Los ultimátums sacan lo peor de mí.

Jefe cabreado = mi vida corre peligro

Directa a la boca del lobo.

Mi vida se convierte en una telenovela.

Las oportunidades no se dan, se ganan. Fdo. Asier FD.

Dios salve a la Reina.

Mataré al próximo que diga que ronco

Y de postre, una discusión aderezada con chocolate.

¡Allez Paris-Saint Germain!

Juro y perjuro que ha sido la mejor celebración de un gol que he hecho nunca

¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Las cosas se nos van... un poco de las manos.

La tentación vive arriba

Compruebo lo débiles que son los castillos en el aire

La venganza se sirve fría, o eso dicen

Una puerta se cierra, y ninguna se abre

Ser la segunda no es plato de buen de gusto para nadie

El cortejo, o lo que es lo mismo: Asier vs Léa

La mierda huele igual de mal hoy que siglos atrás

Desenmascarando a Asier

Compruebo el alicatado del baño de Ash

Resurgen fantasmas de viejos conocidos

La tarta de cumpleaños me estalla en la cara

La mentira no es una buena amalgama para mantener en pie los castillos en el aire

Recibo una propuesta difícil de rechazar

¡Devuélveme mi suerte!

Me hundo bajo los escombros de mi vida hecha pedazos

De vuelta a la casilla de salida

¡Cómo duelen las oportunidades perdidas!

Quemo mi último cartucho y me sale el tiro por la culata

La vida nunca deja de sorprenderte

Asier

1

Dios no
paga las facturas.

—La vida es una mierda.

Llevaba un buen rato intentando encontrar una postura cómoda en ese sofá del demonio, pero un bulto demasiado sospechoso en el respaldo se me clavaba allá donde me apoyaba, y por mucho que lo golpease, siempre volvía al sitio.

—No, hazme caso. Hablo en serio. —No se escuchó nada desde la otra línea del teléfono, y fue señal más que suficiente para que siguiera hablando. No había más invitación para mí que un silencio—. Tengo casi treinta años, ¿te lo puedes creer? ¡Ni yo misma lo hago! ¡Pero si parece que fue ayer cuando terminé la universidad!

Seguía sin escucharse nada desde el altavoz del teléfono, pero yo sabía que me estaban escuchando. Volví a moverme en el sofá, probando ahora a tumbarme y estirar las piernas; nada, que el bulto no se movía. Con razón mi compañera de piso y yo preferíamos ver las películas tiradas en el suelo, encima de unos grandes almohadones.

—Lo peor de todo es que sigo en el mismo punto que antes: con unos buenos estudios pero sin nada de experiencia. —Ese solo pensamiento bastaba para ponerme de mal humor, y mi rebelde pelo rojizo cayendo sobre mis ojos, no ayudaba—. ¿De qué me sirve haber estudiado Publicidad si he acabado haciendo pasteles los fines de semana? Que me encanta, no te digo que no, pero molaría tanto trabajar de lo mío, para variar. Con un trabajo así no llego a mitad de mes, y ya no digo a finales. Me he quedado sin agujeros en el cinturón.

Suspiré de forma dramática y me permití un momento para revolcarme en lo que yo creía que era una vida de mierda. Escuché un «¡Qué pena!» que sonó más a «hmn», y me dio las alas suficientes para levantarme del sofá y pasear nerviosa por el salón. Estaba totalmente convencida de mis palabras y no me importaba que todo el mundo lo supiera, y más si estaban interesados en escucharlo. Audrey, que además de ser mi compañera de piso era también mi mejor amiga, ya no me hacía caso y siempre me quedaba lamentándome frente al espejo del baño mientras me lavaba los dientes.

—Se suponía que, a mi edad, ya tendría estabilidad personal y laboral. No es que me viera con un marido engominado y empujando un carrito con gemelos, pero tampoco esto. Jolines, que lo único estable que tengo ahora es el mensaje de todos los meses de mi casero recordándome que tengo que pagarle mi parte del alquiler. Y tiemblo cuando tiene que venir el recibo de la luz; ese es otro que no falla.

Miré con acusación la carta de la compañía eléctrica que había llegado justo esa mañana. Había tenido miedo de abrirla y pretendía esperar a que Audrey volviera del trabajo para hacerlo. Los sustos, si eran con alguien, mejor.

—Y por si fuera poco, tengo la misma suerte en la lotería que en el amor. —Sujetando el móvil entre el hombro y la oreja, alcé los brazos para recogerme el pelo en una coleta—. El último chico que me besó tenía cinco años y me pegó un chicle en el pelo. ¿Es o no para creer que estoy gafada? El día que encuentre al tuerto que me ha mirado, le pincho el otro ojo, a ver si se le acaba la tontería.

Otra vez el silencio, esta vez seguido de un carraspeo incómodo.

—Entonces, ¿no va a querer contratar nuestra tarifa de internet y una línea móvil por solo treinta euros al mes?

Colgué sin responder siquiera. Desde luego, el operador de la compañía telefónica había llamado en el momento más inoportuno, pero estaba

demasiado cabreada con el mundo como para importarme haberle tenido más de media hora pegado el teléfono. Bien estaba que, de vez en cuando, fueran ellos los que recibieran el tostón.

Agobiada como hacía días que no me sentía, me senté en el sofá otra vez, poniendo mi mejor cara de amargada; últimamente no tenía que esforzarme mucho, me salía sola. Me ahogaba dentro de ese cuchitril de piso, tan alto que me daba vértigo asomarme por la ventana. Un quinto piso en el que el ascensor solo funcionaba los días pares y los impares estaba de huelga. La primera vez que hice la compra y tuve que subirla por los estrechos y altos escalones, pensé que me convalidarían las Olimpiadas, que iría directamente a la medalla de diamante, si la hubiera.

Me levanté y me obligué a preparar la cena. Audrey, que trabajaba en una pastelería, llegaba pasadas las seis de la tarde y seguro que querría cenar pronto para acostarse. Con mi trabajo de fin de semana y teniendo el resto de los días libres, me correspondía a mí hacer todas las tareas de la casa, desde la limpieza hasta la comida. No me importaba; me gustaba sentirme útil, pero hasta eso empezaba a no serme suficiente.

Todo sería más fácil si pudiera encontrar otro trabajo. Y para eso tenía que seguir empapelando la ciudad con mi variada pero insuficiente experiencia laboral, y esperar que la foto de carnet no les diera una imagen equivocada de mí.

Al fin y al cabo, no había imagen menos fiable que esas horrosas fotos, ¿no creéis?

París era preciosa en ese punto entre la noche y el principio del día, con el tono anaranjado del amanecer tiñendo sus calles adoquinadas. A veces me quedaba embobada viendo como la ciudad empezaba a despertarse y el olor a *viennoiserie* recién horneada lo inundaba todo. Cerraba los ojos y podía ver el vapor saliendo de los croissants, bollos y magdalenas. En muchos de los locales, aún cerrados a esa hora, se podían encontrar todavía algunos resquicios de la Navidad pese a que la habíamos dejado atrás hacía casi dos semanas ya. Un gracioso Père Noël me saludó desde la vitrina de una tienda de juguetes, y la niña que había en mí le saludó con una sonrisa.

Los fines de semana y los días previos a una festividad ayudaba en la pastelería donde trabajaba Audrey. Fue gracias a ella que conseguí el trabajo

seis meses atrás, cuando una de las pasteleras cogió la baja por maternidad. Nunca había agradecido tanto llevar la repostería en la sangre; fue como volver a reencontrarme con una parte de mí misma que había dejado de ver mucho tiempo atrás.

—¡Oh, *la belle rose*!

Agatha, la dueña, me sonrió desde el mostrador, una vez me hube colado por debajo de la verja a medio subir. Llevaba llamándome «la preciosa pelirroja» desde que me vio entrar la primera vez, hará unos años, con el pelo todo alborotado y resoplando porque había quedado en recoger a Audrey y llegaba tarde. Me hizo sentarme en una silla y, cuando me quise dar cuenta, tenía en la mano una deliciosa *pain au chocolate*, aún tibia. Cuando mi amiga salió diez minutos después, me encontró chupándome los dedos manchados de chocolate.

—Buenos días a ti también.

Después de rodear el mostrador, me acerqué a darle un beso en la mejilla, como siempre. Era la mujer con más instinto maternal del mundo, y tan *apachurrable* como un *muffin* jugoso recién salido del horno. Adoraba a esa mujer y era una pena que no se hubiera casado nunca porque habría sido la mejor abuela del mundo mundial.

—Tienes la nariz fría. —Estaba acostumbrada a que me pellizcase las mejillas, y aunque era algo que odiaba de pequeña, ahora me hacía feliz ese gesto tan tonto—. Siéntate y tómate un café calentito antes de empezar.

Aquello sonaba a gloria. No estaba siendo un invierno especialmente frío, pero había mucha humedad y yo era como un témpano de hielo, siempre helada. Llevaba más capas de ropa que una cebolla y temía el día en que me confundieran con el muñeco de Michelin. El tono blanco nuclear de piel lo teníamos similar.

Apenas eran las cinco de la mañana, pero tanto Agatha como su hermana llevaban allí varias horas ya. Muy madrugadoras ellas, todo lo contrario a mí, que me había costado la vida salir de debajo del edredón. Entre las dos hacían el pan y parte de las *viennoiseries*, y cuando llegaba yo, Agatha salía a abrir la tienda y yo la sustituía en la cocina, con los dulces y las tartas.

—¿Cómo ha ido eso de los currículums? —preguntó después de servirme un *beignet* tibio y salpicado de azúcar glas.

—Ha ido —respondí escueta, mirando con decepción mis dedos manchados de azúcar. Me lo había terminado sin darme cuenta y ahora me quedaba beberme el café solo—. No sé por qué pierdo el tiempo con eso. No

voy a conseguir nada.

—Dios tiene un plan para todos nosotros, no desesperes.

Intentaba animarme con su tierna sonrisa y le agradecía el detalle. Solo era una alocada pelirroja a la que veía dos días por semana; no tenía que estar haciendo aquello, pero ella era así. Si pudiera adoptarla y llamarla abuela, lo haría con los ojos cerrados.

—Dios no paga las facturas, Agatha.

—Todo mejorará, *ma petite*.

Me encogí de hombros, sin saber qué responderle. Apuré el café de un trago, abrasándome la lengua en el proceso, y corrí al baño a cambiarme de ropa.

Monique, la hermana de Agatha, estaba ya rellenando los moldes con la mezcla para bizcocho cuando entré en la cocina anudándome el delantal. Si Agatha era un *muffin* tierno, su hermana era un trozo de pan duro. Una mujer de pocas palabras, y las que decía, la mayoría eran órdenes. Nada más verme, le faltó tiempo para mandarme a fregar las cacerolas que había ensuciado.

«Quizá debería añadir “lavaplatos” también en mi currículum», pensé metiendo los brazos en el enorme bol de la batidora. Si me inclinaba un poco más, podría meterme dentro sin problemas.

Me pasé la siguiente media hora pelando y cortando manzanas. La versión de Monique de la Tarta Tatin causaba furor, aunque ella se negaba en redondo a revelar su secreto. Me mataría si se enteraba de que sabía que le ponía un poco de canela a las manzanas antes del caramelo.

No hablamos en un buen rato, las dos metidas en nuestro trabajo. Agatha entraba de vez en cuando a ponernos al corriente de los encargos especiales, pero el resto del tiempo lo único que se oía era la radio y la batidora. El ambiente me era tan familiar que retrocedí en el tiempo, a aquellos días en los que, de pequeña, pasaba mis tardes después del colegio ayudando a mis padres en su pequeña pastelería del pueblo. Mi padre, de hecho, seguía trabajando allí, y mi madre habría seguido a su lado de no haber fallecido once años atrás.

—¿Ya está lista la nata montada? —Monique me sacó de la ensoñación, frunciendo el ceño con evidente impaciencia.

—Lo estará en un periquete —respondí, mientras me ponía de puntillas para ver dentro de la enorme batidora. A veces necesitaba un pequeño taburete para llegar, y no es porque fuera bajita, sino porque la mesa estaba alta.

Más o menos.

La primera vez que cogí la manga pastelera me sentí como cuando mi padre me llevó a hacer mi primera práctica de coche y estuvo todo el rato soplándome en la oreja. El pobre pensaba que íbamos a terminar cayendo por un barranco, y seguro que Monique pensaba tirarme a mí por allí si se me ocurría no rellenar bien los profiteroles.

Puede que pareciera un ogro malhumorado, pero era una buena mujer. Según Agatha, la vida le había dado unos cuantos palos y la pastelería se había convertido en todo para ella. A veces, cuando sabía que no estaba pendiente de mí, veía en ella la misma mirada ausente que tenía mi padre cuando recordaba a mi madre. Le daría un abrazo si supiera que me dejaría, así que le demostraba mi simpatía atendiendo a todas sus órdenes sin rechistar, algo que me solía costar bastante.

Trabajaba de cinco a doce de la mañana, y a eso de las ocho me tomaba un descanso de quince minutos, aprovechando para salir a la calle a que me diera un poco el aire. Con la capucha del anorak protegiendo mis orejas y mi cuello del frío, me apoyé en la pared, tomándome otro café. Saqué el teléfono móvil para ver qué novedades había por las redes sociales y para jugar un par de partidas al *Candy Crush*; llevaba una semana estancada en el mismo nivel y me daba coraje que un juego pudiera conmigo.

¿Cómo no iba a creer que me habían echado un mal de ojo?

Con mi descanso llegando a su final, terminé el café y tiré el vaso de papel en la papelera de la acera, antes de volver al trabajo. Justo cuando estaba poniéndome el delantal otra vez, sonó mi teléfono.

—¿Diga? —respondí dándole la espalda a Monique, que ya fruncía el ceño; no quería teléfonos mientras se trabajaba.

—¿Léa Chartier? —Fruncí el ceño porque no conocía la voz femenina que, por su tono, sí me conocía a mí.

—Sí, soy yo.

—Le llamo de Faure-Anderson. Hemos recibido su currículum y estamos interesados en concertar una entrevista. ¿Le parecería bien el lunes a las nueve de la mañana?

Me quedé sin palabras. ¿Una entrevista? ¿Eso aún existía? Casi creía más en la existencia de los unicornios que en las entrevistas de trabajo fantasmas. Llevaba semanas pateándome la ciudad, repartiendo currículums a diestro y siniestro, y nunca me habían llamado para hacer una.

—Eh, sí, claro —respondí cuando encontré la voz. Ni siquiera sabía qué empresa era.

La mujer me dio la dirección con rapidez, un par de indicaciones y colgó cuando yo aún no había asimilado lo que había pasado.

Tenía una entrevista de trabajo.

¿Sería posible que el Dios de Agatha se hubiera apiadado de mí?

2

El

ataque de los clones

Cualquiera que me viera ese domingo por la tarde pensaría que aquella iba a ser mi primera entrevista de trabajo. Saqué tanto mi armario como el de

Audrey, buscando como una loca el conjunto que me haría triunfar, como si de la ropa dependiera que me dieran el puesto. Viviendo en una sociedad donde la apariencia lo era todo, tenía que estar lo más presentable posible. Quería parecer seria y responsable pero no aburrida, y tampoco podía ir enseñando demasiado porque se trataba un trabajo serio.

Había buscado la empresa Faure-Anderson, porque había echado tantos currículums que ya no sabía a quién se lo había dado y a quién no. Era una pequeña empresa de Marketing, creada hacía un par de años. Audrey y yo nos pasamos buena parte del día merodeando por su página web, pero quitando un pequeño dossier de servicios y los datos de contacto, no había información suficiente para hacernos una idea de lo que iba a encontrarme.

—No te pongas nerviosa, que ya verás que sale genial. —Audrey se había escapado unos minutos del trabajo para llamarme por teléfono y desearme suerte. Agatha, por detrás, me gritaba lo mismo—. Se tú misma.

—Ser yo misma no me funcionó la otra vez, ¿recuerdas?

—Pues trata de ser una versión menos efusiva de ti misma —rectificó mi amiga.

Me costaba mucho callarme las cosas cuando veía una injusticia o era víctima de una, y no lo hacía con mucha sutileza. Una verdulera a mi lado pasaba por una cantante de ópera. Si ya lo decía mi padre, que mi boca sería mi perdición un día de estos, y más con esa manía mía de querer que mi palabra fuera siempre la última.

En mi anterior trabajo me pasó precisamente eso, que tuve un pequeño desacuerdo con el que era mi superior, y me tocó los ovarios de tal manera que terminé yéndome de la lengua. Quizá echarle en cara lo sobón que era no fue la mejor decisión que había tomado en la vida, pero me hizo ganarme la simpatía del resto de compañeras... y el despido. Me sentí eufórica en un primer momento, pero a medida que iba llegando a casa, la desolación me llevó a pasar por una heladería. El chocolate siempre había sido mi solución para todo, aunque no me ayudó cuando tuve que decirle a Audrey que estaba sin trabajo.

La pobre se pasaba casi todo el día en la pastelería, tratando de ahorrar para abrirse su propio negocio, y yo no hacía nada por ponerle las cosas fáciles. Me sentía mal por ella, y cuando vi que pasaban los meses y yo seguía sin trabajo, empecé a sentirme mal por mí misma. Fui consciente, entonces, de que ya no tenía veinte años y de que tenía que empezar a pensar seriamente en mi futuro.

Por eso estaba tan nerviosa por esa entrevista, porque de ella dependían muchas cosas.

—Te prometo que lo haré lo mejor que pueda —le aseguré a Audrey, quien suspiró de alivio.

—Llámame cuando salgas.

Colgó y yo me quedé mirando el teléfono. ¿Sería capaz de hacerlo?

Llegué al edificio donde tenían las oficinas casi diez minutos antes de la hora a la que me habían citado, y nada más entrar supe que no me iban a coger. La sala donde me llevaron estaba llena de jovencitas recién graduadas. Con espanto, me di cuenta de que yo era la mayor de todas y me miraron como si fuese un aburrido animal en peligro de extinción.

No solía ser de las que se cohibían, pero me senté en una silla agachando la cabeza, dejando mi bolso sobre las rodillas. Parecían clones, unas de las otras. El mismo estilo de peinado, la ropa similar y el lenguaje que solo ellas parecían entender. Se las veía rebosantes de entusiasmo y yo, que hasta el momento había creído que era el alma de cualquier fiesta, me encontré pensando que era aburrida, sosa y que estaba totalmente fuera de onda.

O como fuera que se dijese en esos días.

Gracias a las paredes acristaladas de la sala donde estaba, fui testigo de toda la pasarela de chicas que entraba y salía. Mientras, yo seguía esperando, cada vez más incómoda e impaciente. Detrás de mí no vino nadie más, y cuando vi que llamaban a la última chica para la entrevista, me levanté pensando que pronto me tocaría a mí.

Ilusa.

Pasó media hora más y yo seguía esperando.

—Qué poca profesionalidad y seriedad —remugué por lo bajo, no tan segura de querer trabajar en un sitio donde trataban tan mal a la gente.

Por culpa de los nervios no había desayunado y me moría de hambre, lo que siempre me ponía de muy mal humor. Además, era de las que no salía del baño cuando estaba nerviosa, así que os podréis hacer una idea de cómo estaba, removiéndome inquieta en la silla. Pero me quedé quieta y seguí esperando hasta que se hizo evidente que se habían olvidado de mí.

Mis botines de tacón repiquetearon con fuerza en el suelo cuando me dirigí

con rapidez y una efervescente mala leche hacia la pequeña mesa de recepción. Busqué a la chica que me había dado la bienvenida y no la encontré por ninguna parte. Aquello era el colmo.

Sin nada que perder, me acerqué con decisión hacia esa oficina del fondo donde, supuestamente, estaban haciendo las entrevistas. No me topé con nadie por el camino, y cuando levanté la mano para llamar a la puerta, esta se abrió de golpe y yo me quedé con el brazo en alto.

—¿Quién demonios eres?

Tuve que echar la cabeza hacia atrás para poder mirar a los ojos al hombre que, con tanto mal humor, me había hablado. No era alguien fácil de impresionar, pero aquella vez me quedé sin palabras. Ahora entendía cómo se sentían esos peces que balbuceaban y solo sacaban burbujitas de su boca; yo, ni eso. Lo primero que conseguí asimilar fue la curva tan marcada de su mandíbula, con una sombra de barba que le daba un aspecto desarreglado. ¿Y ese pelo? ¿Acaso conocía lo que era un peine? Cualquiera diría que no se había peinado en la vida, porque llevaba el pelo castaño hecho un desastre. Sus ojos azules me miraban con fastidio.

—¿Quién es? —preguntó alguien desde dentro de la oficina y era imposible mirar por encima del hombro del hombre que tenía delante porque mis ojos quedaban a la altura de su esternón. ¿Pero qué le habían dado cuando era pequeño para desayunar? ¿Abono?

—No lo sé, pero está en mi camino —respondió el gigante otra vez, sin apartar sus ojos de mí.

—Quiero hablar con Faure-Anderson. —Enderecé los hombros y alcé la barbilla. Estaba acostumbrada a que mi altura jugara en mi contra y había aprendido a contrarrestar esa inseguridad con una buena dosis de cara dura. Por eso mis palabras sonaron más a demanda que a petición.

—Soy yo —respondieron los dos a la vez.

Alcé las cejas hasta que se juntaron con la raíz de mi pelo.

—Faure —aclaró el de la melena al viento.

—Anderson —respondió una voz jovial desde dentro de la oficina. Sonó más cerca porque se había acercado a la puerta y había hecho a un lado al grandullón que tenía yo delante.

Un tipo rubio, con el mismo amor por el peine que el otro, se cruzó de brazos y me miró con una curiosa diversión. Seguro que estaría preguntándose qué demonios estaba haciendo yo allí.

—¿Podemos ayudarte en algo? —preguntó el tal Anderson con interés,

porque el otro seguía con cara de malas pulgas.

—Mirad, ¿para qué me hacéis venir a las nueve si esto iba a alargarse hasta la hora de la comida? Tengo una vida, y puede que no sea muy ajetreada, pero es de mala educación dejarme abandonada en esa sala, sin ofrecerme siquiera un café. Si ya habíais contratado a alguien, ¿por qué no decirlo?

Dije todo eso sin respirar, y cuando terminé mi diatriba, las mejillas y las orejas me ardían, no sé si por la vergüenza o porque aún arrastraba parte del enfado que me había llevado a ir a buscarles. Cuando Audrey me había advertido ser una versión menos eufórica de mi misma, estaba segura de que no se refería a eso.

—¿Venías a la entrevista?

Anderson frunció el ceño, contrariado. Echó un vistazo alrededor de la oficina y no vio a nadie.

—No me he pateado toda la ciudad con el frío que hace solo para jugar al solitario en la sala de espera —respondí, y me pregunté cómo lo hacía la gente para morderse la lengua; a mí me costaba la vida.

—No sabíamos que había más candidatas. Lamentamos el malentendido. ¿Por qué no pasas y hablamos?

Él se hizo a un lado, pero el Faure ese no se movió del sitio, y tuve que entrar de lado a la oficina porque no había espacio para hacerlo de frente. Le dirigí una mirada cargada de reproche y él alzó una ceja, dándome la misma importancia que a una mosca en una pared. Me había equivocado al decir que le faltaba un peine... le faltaba una buena tunda en el culo cuando era pequeño, y una inyección de buenos modales.

Anderson, al que me pidió que llamara Evans, me ofreció la silla frente al escritorio y él hizo lo propio en la suya. Faure, en cambio, nos dio la espalda y se puso a mirar por la ventana, como si el asunto no fuera con él. Su apellido delante del Anderson en el nombre de la empresa, decía otra cosa.

—¿Tenemos tu currículum aquí? —Evans se puso a rebuscar en la montaña de papeles que tenía en el escritorio.

De vez en cuando alzaba los ojos para mirarme, negaba con la cabeza y seguía buscando. ¡Madre mía! Ahí habría por lo menos cientos de chicas y chicos que, como yo, habían ido buscando trabajo. ¿Cómo iban a dármele a mí teniendo tanta competencia? Estaba perdiendo el tiempo.

—¿Léa Chartier? —preguntó, y suspiró de alivio cuando asentí—. Vamos a ver qué tenemos aquí.

«Debería haber usado una hoja de color rosa, así conseguiría destacar»

pensé, mientras revisaba mi experiencia laboral que, como él mismo se daría cuenta, no tenía nada que ver con lo que ellos buscaban. A decir verdad, tampoco sabía qué puesto era el que ofrecían.

—Veo que has estado en muchos sitios, pero poco tiempo. ¿Por algún motivo en especial?

—Es complicado encontrar un trabajo de más de seis meses. —respondí con toda la sinceridad.

Pensaba que una vez empezara a hablar estaría más tranquila, pero mis nervios seguían estando a pie del cañón, provocando que retorciera sin piedad el asa de mi bolso.

Me preguntó por las tareas que había desempeñado en anteriores trabajos, por mis conocimientos de ofimática y sobre otras cosas a las que traté de responder lo más sinceramente posible. Seguro que si decía que conocía tal o cual programa sin haberlo escuchado en la vida, tendría la mala suerte de usarlo el primer día de trabajo.

—¿Por qué crees que deberíamos darte el trabajo a ti?

Aquella pregunta me descolocó tanto que no supe qué responder y los miré, sorprendida. Faure, por fin, se había dado la vuelta y, cruzado de brazos, me observaba fijamente, sin que sus ojos transmitieran algún tipo de emoción. Anderson, con los brazos apoyados en el escritorio, me daba ánimos con su sonrisa. Tragué con fuerza y carraspeé antes de hablar.

—Si yo fuera vosotros, no me daría el trabajo —respondí, y esta vez fueron ellos los sorprendidos. Seguro que habría sido la primera en soltar una cosa así—. No tengo experiencia en el puesto, y tampoco soy como esas jovencitas recién graduadas que han pasado por delante de mí. Tengo la costumbre de decir lo que pienso, como os habréis dado cuenta, y tengo la manía de rebatir cualquier idea si no estoy de acuerdo con ella. Tengo mis propias ideas y me gusta pelear por defenderlas.

Paré un momento para tomar aire, consciente de que toda la atención estaba puesta en mí. Habría estado mejor callarme, disculparme y salir de la entrevista, pero no tenía nada que perder. Cuando acabase y saliese de la oficina, nadie se acordaría de mí; otra chica como las de antes habría ocupado el puesto. ¿Qué más daba lo que dijera?

—Hoy en día no contratan a nadie por sus ganas de trabajar, sino por lo alto de su título académico o los amigos importantes que tenga. A mí me sobra mucho de lo primero y soy pobre en lo último, pero es lo único que tengo.

Al acabar, me sentí aliviada, como si me hubiera desprendido de un

enorme peso. Los dos hombres intercambiaron una mirada, y pude notar como una silenciosa conversación fluía entre ellos, haciéndome sentir una intrusa ahora que mi aportación había terminado.

—Muchas gracias por venir, Léa. —Anderson se levantó de la silla, rodeó el escritorio y me estrechó la mano. Juraría que había un matiz de respeto en su voz, pero no me dio tiempo a pensar en ello porque Faure imitó a su socio y se despidió de mí de la misma forma, apretándome la mano—. Te llamaremos para informarte del resultado.

Agradecí tanto salir a la calle que no me importó que estuviera cayendo una ligera llovizna.

Si había formas de arruinar una entrevista de trabajo, yo acababa de descubrir la más efectiva.

No tuve coraje de llamar a Audrey para contárselo. Llegué a casa, comí algo y me fui a mi habitación. Era pequeña, minúscula más bien, pero a mí me gustaba. Llevaba viviendo allí con Audrey desde que las dos salimos del pueblo para ir a la universidad, y la iba a echar de menos.

¿Qué sentido tenía quedarme en París más tiempo si estaba claro que no iba a mejorar en nada? El dinero que tenía ahorrado estaba a punto de agotarse, y tenía demasiado orgullo para pedirle a mi padre que me prestara algo. Bastante tenía el pobre con sacar adelante el negocio él solo. Sabía que no lo estaba pasando bien, y cada vez que hablábamos por teléfono se apiadaba de mí diciendo que no pasaba nada si volvía a casa una temporada. Sabía que lo decía de verdad, y porque me echaba de menos, y aunque el sentimiento era mutuo, volver a casa sería para mí la confirmación de que había fracasado en la vida.

Pero ¿qué más me quedaba por hacer? Llevaba tiempo viendo pasar los años y esperando una oportunidad que no llegaba. El propósito que tenía con dieciocho años había ido difuminándose con el tiempo, y ahora ya no era capaz de recordar qué me había llevado a ahí.

Era demasiado orgullosa para abandonar, pero quizá tenía que mirarlo de otra forma, como un nuevo inicio.

La maleta con la que había venido a París seguía encima del armario, y cogí un taburete para bajarla. Dudé un momento al dejarla encima de la cama, con las manos en las caderas, antes de abrir el armario y empezar a tirar la

ropa dentro.

El teléfono me pilló tan de sorpresa, que se me cayeron al suelo las bragas tenía en las manos.

—¿Diga? —respondí con voz impaciente, sin fijarme siquiera en el número.

—¿Léa Chartier? Soy Evans Anderson. Has venido esta mañana a una entrevista.

—Ah, hola —respondí porque su llamada no me la esperaba.

—Te llamaba para informarte de que lo hemos estado considerando, y nos encantaría que trabajases con nosotros.

—¿Qué? —balbuceé, y no se me ocurrió otra cosa más que mirar alrededor, buscando una cámara indiscreta—. ¿Me estás diciendo que...?

—Que el trabajo es tuyo. Bienvenida a Faure-Anderson, Léa.

¿Y qué hice en esos momentos?

Caerme de culo en el suelo.

3

consejo: nunca apuestes tu ropa interior

Un

El primer día estuve más perdida que un pulpo en un garaje.

Fue uno de esos días en los que, si algo podía salir mal, podías estar segura de que saldría así. No solía ser una persona patosa o atolondrada, pero quedó demostrado que, cuando estaba nerviosa y quería esforzarme al máximo por gustar, podía ser la persona más inútil del planeta.

Tuve un desacuerdo con la máquina de café que se saldó conmigo llevando la chaqueta encima todo el día después de volcarme el vaso por encima. Y todo porque alguien me había saludado y yo, sin esperarlo, me había sobresaltado. El resto podéis imaginarlo.

Después, la grapadora decidió estancarse cuando tenía un montón de informes que grapar. Siempre había dicho que eran un invento del demonio, y no me equivocaba cuando, al verme pelear con ella, Faure, que pasaba entonces por delante de mi mesa, me la quitó de las manos y la desmontó sin apenas esfuerzo. Aún iba encorvada de lo pequeña y tonta que me sentí.

Estaba totalmente convencida de que pensaba que era lerda.

Pero bueno, tres semanas después, ya estaba reconciliada con mi trabajo y con todos los útiles y máquinas que me veía obligada a usar todos los días.

Lo cierto era que me gustaba y mis miedos iniciales sobre mis capacidades para desempeñarlo fueron desapareciendo a medida que me iba sintiendo más cómoda y veía que no era tan complicado.

No lo era, en realidad.

No era ni ayudante, ni secretaria, aunque algunas de mis tareas se englobasen dentro de esos puestos. Más bien era un intermediario entre los dos jefes —ejerciendo más de apoyo a Faure— y el resto de departamentos. En los días en los que me sentía especialmente orgullosa de mí misma, me gustaba pensar que era algo así como el eslabón que hacía que todo alrededor funcionara, como si todo se fuera a ir al garete sin mí.

Atendía llamadas, mandaba y revisaba correos, me encargaba de preparar todas las carpetas con los dossieres informativos cada vez que tenían una reunión con algún cliente, y también era mía la tarea de llamarles para concertar la cita y asegurarme de que todo estuviera perfecto. Entre otras muchas cosas.

Rescaté mi habilidad para la mecanografía que adquirí cuando era joven, y ahora redactaba las notas con tanta rapidez que hasta Faure, el socio soso y serio de la empresa, se sorprendió.

¿Era o no para estar orgullosa?

El mayor problema lo encontraba con mis nuevos compañeros. No nos

llevábamos mal, sino que formaban una piña tan compacta que, por muy amables y cercanos que fueran —algunos, no todos—, seguía sintiéndome como una intrusa cada vez que coincidíamos junto a la máquina de café o salíamos a almorzar. Hablaban de temas que yo no sabía o de personas que no conocía, pero me juntaba con ellos todas las mañanas y trataba de ser parte del grupo. Sentirme así de desplazada no era algo a lo que estuviera acostumbrada, pero me decía que, como con todo, era cuestión de tiempo.

Y con los jefes, bueno, como le había contado a Audrey, todo normal.

—No son unos viejos sobones ni tampoco unos tiranos, así que eso juega a su favor —le expliqué después de mi primera semana, las dos sentadas en la alfombra—. Anderson es más afable, cosa rara tratándose de un inglés, que ya sabes cómo son de siesos.

—¿Y el otro?

—¿Faure? Pues parece un inglés en el cuerpo de un francés. —Me reí.

Era una pena lo suyo porque era guapo de una forma desarreglada, pero el ceño fruncido arruinaba el efecto. No despertaba muchas simpatías en mí, no.

—¿Y a ti cómo te tratan?

—Anderson siempre me pregunta cómo lo llevo. Y Faure, bueno, soy pelirroja y escandalosa, no es que pase tan desapercibida como le gustaría.

—¿Le caes mal?

La buena de mi amiga no pudo parecer más sorprendida con su coleta y su pijama de gatitos; no creía que pudiera caerle mal a alguien porque, según ella, yo era la alegría personificada.

—Teniendo en cuenta que siempre tiene la misma cara plana, creo que lo mejor sería preguntar si alguien le cae bien.

Después de ese comentario tan propio de mí, las dos nos echamos a reír.

Me pareció gracioso en aquel momento; después de unas semanas, el asunto empezaba a mosquearme un poco. No era maleducado, eso para empezar, pero tampoco excesivamente amable. Pedía las cosas «por favor», pero ni eso conseguía camuflar la severa orden que era. Sus agradecimientos no eran más que un asentimiento, y yo observaba, alucinada, cómo todos parecían haber sido bendecidos con la Santa Comunión por parte del Papa.

Solo me hizo falta una semana para darme cuenta de que era Anderson el que daba la cara a la galería y Faure la cabeza pensante y retorcida tras el telón.

Pero lo importante de todo era que tenía trabajo y que, durante un tiempo, podía respirar tranquila. Tenía un contrato de un año, siempre y cuando

superase los dos meses de prueba. Ya había hecho cálculos, y si juntaba lo que ganaba con lo poco que pudiera sacar en la pastelería, podría concederme algunos caprichos, como ir al cine y pedir palomitas, o comprarme un libro recién publicado sin tener que esperarme a que saliera en edición bolsillo o lo encontrara de segunda mano.

Qué lujo, ¿eh?

El teléfono de mi escritorio sonó en esos momentos y volví a sobresaltarme. No me acostumbraba a ese sonido.

—Léa, ¿puedes ir a Contabilidad a recoger los balances del año pasado?

—Claro, Evans.

La primera vez que le llamé señor Anderson, se echó a reír y me dijo que lo llamara por el nombre, como todos, porque de otra manera le hacía sentirse viejo.

No conocía mucho a Elisa, la chica de Contabilidad. Había sido madre hacía cinco meses y sus horarios eran diferentes a los nuestros. Al parecer, los jefes veían bien eso de la conciliación familiar, cosa que a mí me parecía perfecto.

Levanté la mano para llamar a su pequeño despacho, y antes de hacerlo, me quedé parada al escuchar mi nombre. Elisa hablaba con alguien, y yo parecía ser el centro de la conversación. Era de mala educación escuchar tras las puertas, pero a ver quién me movía a mí del sitio en esos momentos.

—No esperaba que la contrataran, la verdad. —Había una mujer con ella, y no era capaz de averiguar quién era—. Había candidatas mucho más adecuadas para el puesto. No veas la que montó el primer día. Te juro que pensé que Asier iba a echarla de patitas a la calle cuando se puso a despotricar contra la máquina de café.

Asier era el nombre de pila de Faure, pero yo nunca lo había llamado así; no tenía la confianza suficiente para tutearlo, cosa que sí parecían tener ellas. Al recordar el suceso con el café, noté como se me enrojecían las orejas y me ardían las mejillas.

—¿Y por qué la eligieron?

—Fue cosa de Evans. Los escuché discutir en el despacho después de que saliera ella de su entrevista. Asier se negaba en redondo a contratarla, y no sé cómo acabó cediendo. Así que puedes hacerte una idea de lo mucho que debe gustarle verla por aquí.

—Vaya, no tenía ni idea.

Y yo tampoco. No supe cómo sentirme al respecto. Sabía que la decisión

de contratarme no habría sido fácil, tenía todas las de perder, pero no esperaba que hubiera generado una discusión. Me halagaba que Evans hubiera apostado por mí, pero me dolía que Faure estuviera dispuesto a negarme la oportunidad de demostrar que podía hacerlo. Ahora entendía por qué parecía ofendido cada vez que yo andaba cerca.

—No sé yo lo que durará.

No quise escuchar más y llamé a la puerta. Las voces se acallaron de golpe. Entré cuando me dieron permiso, y lo hice con una sonrisa bien grande, como si no me estuviera jodiendo por dentro lo que había escuchado. Las dos mujeres se sorprendieron al verme, e intercambiaron una mirada entre ellas.

—Evans quiere el balance del año pasado.

—Eh, sí, claro.

Me miró un momento y se levantó para acercarse a la estantería de su derecha. Estaba llena de carpetas y fue pasando el dedo por los lomos hasta que encontró la que buscaba. Parecieron aliviadas cuando salí con el informe, y yo solo podía pensar que eran unas arpías de cuidado.

Ese descubrimiento me dejó con un regusto amargo el resto de la jornada. Por suerte, era viernes y no tendría que volver hasta el lunes. Además, me esperaba un fin de semana increíble con una fiesta de disfraces que pensaba disfrutarlo al máximo. Y había pedido el día libre en la pastelería, por lo que podría hasta cerrar la discoteca si quería. Así que salí del trabajo más animada que si me hubieran dado un ascenso.

Conseguir quedar todas las amigas de la universidad era algo que pasaba con menos regularidad que el Cometa Halley. Todas nos habíamos separado después de acabar los estudios, repartiéndonos por varios puntos de Francia, por lo que os podréis hacer una idea de las veces que podíamos vernos. Pero lo habíamos conseguido, aunque seguía sin entender cómo lo habíamos hecho para irnos todas en San Valentín en vez de quedar cada una con su pareja... Quien la tuviera.

El plan era sencillo: disfrazarnos en nuestro piso, cenar en un sitio bonito y después irnos a una discoteca de moda. Hacía tanto tiempo que no salía de fiesta que estaba segura de que a las doce de la noche estaría para el arrastre, pero eso no fue impedimento para que me pusiera lo más mona posible. Mi vestido rojo con partes de encaje negro, muy a lo *El Gran Gatsby*, era

alucinante, y aunque había dudado hasta el último momento sobre ponerme peluca o no, al final opté por dejar que Audrey domara mis ondas rojizas y recogiera mi pelo de forma que parecía que lo llevara más corto, con ese estilo *bob* tan característico de la época.

No os podéis ni imaginar la alegría que me dio ver a mis amigas. Blanche vivía en Lyon y se había casado el verano anterior; Cora era la aventurera del grupo y no recordaba la última vez que había vivido tres meses seguidos en un mismo sitio; y después estábamos Audrey y yo. Ambas nos habíamos criado a dos puertas de distancia, y cuando llegó el momento de dejar el nido y echar a volar, lo hicimos juntas. No nos habíamos separado desde entonces.

No podíamos ser más diferentes las unas de las otras, pero era eso lo que nos unía.

Nunca había sido amante del vino, pero después de las dos primeras copas durante la cena, me consideraba una experta catadora. Si normalmente ya se me soltaba la lengua, cuando iba achispada no había quien me callara.

—Nunca se me olvidará la cara de tu hermano cuando vio que le había teñido el pelo de rosa. —Me reí al recordar al hermano mellizo de Blanche.

—Si aprecias tu vida, más vale que no te acerques a él. Aún no te ha perdonado.

Blanche me señaló con el dedo, y su amenaza no tuvo efecto alguno: ella misma estalló en carcajadas, balbuceando algo de una foto que solo ella parecía entender. Su risa era tan contagiosa que acabamos riéndonos todas como locas.

—Yo de lo que me acuerdo es de la apuesta que perdió Léa en tercero. ¿Qué fue lo que tuviste que hacer?

Ni todo el vino del mundo bastaría para hacerme olvidar aquello, y mientras yo sentía que podía entrar en combustión espontánea por exceso de vergüenza, mis amigas se partían de risa conmigo.

—Venga, ¿qué hiciste? —Volvió a preguntar Cora.

—Tuve que ir sin ropa interior a clase —mascullé por lo bajo, rechinando los dientes.

—¿Cómo? —La muy maldita lo sabía, y no pararía hasta conseguir que lo dijera en voz alta. Lo ocurrido aquel día perduraría en la memoria de todos los alumnos de aquel año.

—Tuve que ir sin ropa interior a clase —respondí, y demasiado tarde me di cuenta de que me habían escuchado los comensales de las mesas de alrededor.

«Tierra, trágame».

—No veas la alegría que se llevó Lance cuando le metió mano y vio que no tenía impedimento. —Todas, incluida yo, nos reímos al recordar aquel episodio con el que fuera mi novio por aquel entonces.

—Y yo recuerdo que le crucé la cara con una bofetada, que le llamé cerdo y que, dos días después, ya estaba tirándose a otra.

—¡Hombres! —exclamamos todas, y brindamos por ellos.

Habían sido unos cuatro años increíbles. Durante la carrera habíamos reído y llorado, nos enamoramos y aprendimos lo mucho que dolía romper y que te rompieran el corazón, sufrimos pérdidas de familiares y también nos convertimos en el punto de apoyo de todas y cada una de nosotras. Podíamos estar más o menos conformes con lo que nos había tocado vivir, pero estaba segura de que ninguna cambiaría nada de aquella época.

Salimos del restaurante cogidas del brazo, formando una barrera que obligaba a los transeúntes a dividirse si querían adelantarnos o pasar. Volvía a sentirme como la adolescente alocada y despreocupada que había sido entonces. ¡Ay, cómo la echaba de menos!

La cola para entrar a la discoteca era bastante larga, y fue una suerte que estuviéramos en lista porque fuera hacía un frío considerable y tanto vino había hecho que buscáramos un baño con urgencia.

—¡Hoy es una noche especial, chicas! ¡El amor os está esperando!

Nada más entrar y vernos envueltas por el tumulto y el retumbar de la música, nos cortaron el paso dos chicos, trabajadores de la discoteca, quienes repartían copas de champagne a los que entraban. Al igual que el resto, y siendo requisito indispensable para esa noche, iban también disfrazados y con máscara.

También nosotras las llevábamos puestas. Si me mirara al espejo seguro que me devolvería el reflejo un pájaro en llamas, porque mi máscara estaba hecha de plumas rojas con los bordes oscuros.

—Aquí tenéis. —Acercó la bandeja con las copas de champán y cogimos una cada una—. ¿Listas para conocer el amor?

Otra broma más relacionada con San Valentín, y mordía a alguien.

— El amor no sé, pero una buena cogorza no creo que nos la quite nadie — solté con un graznido de burla, mientras me bebía la copa de un trago.

—No he conocido persona menos romántica que tú.

—¡Eso no es cierto! —exclamé, indignada ante la acusación de Audrey, aunque tenía que apretar los labios porque no podía evitar sonreír—. ¡Mírame

bien! Soy el romanticismo personificado.

Me señalé de arriba abajo, como si fuera la presentadora de la *Teletienda* anunciando el nuevo aspirador sin cable.

—Venga, Léa. —Blanche me pasó un brazo por los hombros, acercándose a mí para hacerse escuchar—. Es una noche para el misterio, para el amor. ¡Para la magia!

—Y yo creía que estabas contenta con la magia de Marcel. —Alcé las dos cejas porque con una sola no sabía.

—Soy la mujer más mágicamente satisfecha del mundo. Y creo que a ti te falta recuperar tu espíritu aventurero y encontrar al mago que te haga magia con su varita.

Se echó a reír ella sola con su broma, y tiró de nosotras para que nos mezcláramos entre la marea de cuerpos que se movían al ritmo de la música.

4

Serendipia

Dos horas después, y como ya había supuesto, estaba para el arrastre. En algún punto de la noche había recuperado parte de mi espíritu aventurero y

algo debía de quedarme porque no me había quitado la máscara pese a que me moría del calor. Eso sí, yo hacía ya un buen rato que balanceaba los pies con alegría, libres de la tortura que suponían mis preciosos zapatos de tacón. Había dejado a mis amigas bailando en el centro de la pista, desmelenándose como locas.

—Hola.

Un intento de pirata se puso a mi lado, apoyando los codos en la barra, y sonriéndome como si me conociera de algo. Y demostró más confianza acercándose a mí. No me pasó desapercibido el brillo apreciativo que iluminó sus ojos a medida que me recorría con la mirada de arriba abajo, como tampoco que debería haber acabado de salir del colegio porque la única barba que tenía se la había pintado con un lápiz negro.

—¿Sabes que tienes la sonrisa más bonita que he visto en mi vida?

Me eché a reír, y no porque me hubiera hecho gracia su intento de ligar conmigo. ¿Dónde había quedado el romanticismo? ¿Y la originalidad? Si uno buscaba en internet las frases más comunes para ligar, seguro que esa encabezaría la lista.

—¿En serio te funciona?

—Te has reído, ¿no? —me respondió, encogiéndose de hombros. No había dejado de sonreír, lo que me hizo ver que era de los insistentes—. Veo que eres un hueso duro de roer.

—Te voy a ahorrar la vergüenza: no me interesa.

—No sabes lo que te pierdes...

—Podré vivir con ello.

Había demasiadas pajaritas revoloteando por la discoteca como para perder el tiempo en una que no estaba interesada. Y él lo sabía. Se despidió con una sonrisa compungida y no tardó en perderse otra vez entre la marea de gente. Negando con la cabeza, giré el taburete para volver a quedar de cara a los camareros, que preparaban bebidas sin parar, pero me quedé a medio camino cuando alguien me miró desde el taburete de mi derecha.

Su rostro quedaba semi oculto tanto por la máscara negra como por el sombrero de ala ancha que ensombrecía la parte superior de la cara. No era de extrañar que solo viera de él la sonrisa jocosa que me dedicaba.

—¿Qué? —pregunté, intrigada por esa mirada. Él negó con la cabeza y volvió a dedicarle a su vaso toda la atención. No me gustaba que me dejaran con la palabra en la boca, así que le golpeé el brazo con los dedos, llamando su atención—. ¿Tienes algo que decir?

Tuve que acercarme un poco para hacerme oír a través de la música, y al levantar ligeramente la cabeza, percibí algo más en él: la forma con la que alzó la ceja, y lo claros que tenía los ojos.

—¿Me vas a mandar a paseo como has hecho con el chico de antes?

—Bueno, eso depende de lo que me digas.

—Entonces me reservo el derecho a callarme —decretó, y sus labios se curvaron en una sonrisa divertida.

Noté la risa burbujearme en el pecho y le di un trago a mi bebida, sin perderlo de vista. La sutileza no era lo mío, y bastaba que alguien me dijera que no mirase algo para yo desnucarme haciéndolo. No sin apreciación, lo observé de arriba abajo, fijándome en lo ancha que parecía su espalda y lo bien que parecía sentarle la camisa clara que llevaba junto con el chaleco negro de raya diplomática blanca. Se había arremangado las mangas y mostraba unos brazos salpicados de vello; mis ojos los recorrieron hasta detenerse en unas manos demasiado grandes para lo pequeño que parecía el vaso entre ellas.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó justo cuando hacía el intento de echarme para atrás con la esperanza de ver algo de su culo.

—Creo que me reservo el derecho a callarme —respondí, haciendo mía su respuesta.

Esta vez fue él quien soltó una carcajada, y yo quien sonrió con satisfacción. Vaya, aquel estaba siendo el mejor momento de toda la noche.

No volvimos a hablar en las dos canciones siguientes, aunque nuestros ojos se encontraron varias veces en ese lapso ese tiempo. Algo me decía que volveríamos a hablar, pero faltaba ver quién de los dos empezaba.

—¿Se puede saber qué haces aquí sola?

El abrazo inesperado de Audrey me tomó de sorpresa y me faltó poco para terminar con el culo en el suelo. Le rodeé la cintura con el brazo para que no cayera ella también.

—Estoy descansando.

Miró a mí alrededor y soltó un «¡oh!» cuando vio al hombre mirándonos con curiosidad. Mi amiga esbozó una sonrisa coqueta, se atusó el pelo sin éxito, e intentó poner una pose sexy. Y digo intentó, porque su equilibrio era más bien precario y acabó pareciéndose a *Bambi* recién nacido, con sus patas largas y torpes.

—Pues te dejo descansando, entonces. —Me dio un beso en la mejilla y se marchó.

No llegó ni a dar dos pasos cuando volvió sobre ellos y se agachó para susurrarle algo a él. Muerta de curiosidad, vi como apretaba los labios tratando de contener la risa, y después se le abrían los ojos al máximo bajo la máscara. No me pasó desapercibida la rápida mirada que le dirigió a mi entrepierna, justo donde se cruzaban mis muslos.

Iba a matar a Audrey.

Mi amiga se fue, no sin antes alzar los pulgares como si me deseara suerte y desapareciera.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté, sin andarme por las ramas, poniendo la mano en su brazo para que me prestara atención.

—¿Puedo callarme esta vez? —Mi cara debió ser suficiente respuesta, porque se echó a reír y se agachó para susurrarme el oído. Reconozco que contuve el aliento y se me creó un nudo de ansiedad en el estómago—. Me ha hablado de tu predilección por la ropa interior... o la falta de ella.

La risa en su voz me hizo cosquillas y noté como se me erizaba el vello de la nuca. Cuando cobraron sentido sus palabras, me aparté de golpe, escandalizada por la osadía de mi amiga. De haberla encontrado en medio del gentío, la habría convertido en piedra con mi matadora mirada.

—Me la cargo. —Él se echó a reír—. ¡Dios, qué vergüenza!

—Pero... ¿es cierto? —Me había tapado la cara con las manos y me sobresalté cuando lo escuché susurrarme al oído.

—¡No! —respondí, y no pude evitar echarme a reír yo también—. Ten amigas para esto.

Los dos hicimos chocar nuestras copas y bebimos sin ocultar una sonrisa. Había algo en él que me gustaba, algo más allá del físico. Había algo agradable en su boca al hablar, en la postura de su cuerpo al apoyar los codos en la barra o en ese gesto ladeado de su cabeza al mirarme.

—¿Y qué haces aquí sentada en vez de estar bailando con ellas?

—No mentía cuando le dije a mi amiga que estaba descansando. —Para enfatizar mis palabras, moví los pies lo suficiente para que él viera que iba descalza y que tenía mis zapatos guardados en el bolso—. ¿Y tú? ¿Qué te trae por aquí en esta noche mágica?

—Despedida de soltero.

No me esperaba esa respuesta y mis ojos se abrieron de golpe.

—¿Te casas? —pregunté con incredulidad, y algo de molestia, no iba a negarlo. Me caía bien.

—¡No, yo no! —exclamó escandalizado. Un insulto no le habría afectado

tanto—. Mi hermano, más bien.

Seguí la dirección de su mano y mis ojos se toparon con un chico, que bailaba en el podio como si fuera el rey de la pista. Tenía un coro de chicos y chicas animando. No era capaz de decir de qué iban disfrazados.

—¿Tiene edad suficiente para entrar en estos sitios? —pregunté al ver lo joven que era.

Y otra vez esa risa. A duras penas conseguí reprimir un escalofrío. La música había hecho que nos acercáramos más para poder hablar sin gritar y escucharnos sin quedarnos sordos, y podía ya rozar su brazo con el mío.

—Tiene veintidós años —me aclaró—. Y justo la que está bailando con él es su prometida.

—¿Pero no es demasiado joven para casarse?

—¿Cuándo es uno considerado joven para enamorarse? —me preguntó a su vez, y yo no supe qué responder—. Algunos dirían que lo es, pero llevan toda la vida juntos y no he visto pareja más enamorada que esa. ¿Quién soy yo para decirles qué deben hacer?

—No te tenía por un romántico.

—Me conoces de hace media hora —respondió, recalcando lo obvio. La sonrisa no había abandonado sus labios.

—Pero ¿lo eres? —Me miró fijamente un momento, y después negó—. Bueno, si es lo que quieren...

Yo seguía pensando que eran demasiado jóvenes, y si él no era nadie para decir nada, ¿quién era yo para decir lo contrario?. Aparté la mirada de la joven pareja y giré el taburete. Él se apartó un poco, abriendo sus piernas y quedando las mías entre las suyas. No recordaba cuándo había sido la última vez que había sentido ese tipo de familiaridad con un hombre, y me sorprendía que la hubiera encontrado con alguien que acababa de conocer.

—A todas estas, ¿de qué vas disfrazado?

—¿Cómo que de qué voy disfrazado? ¿Acaso no se nota? —exclamó, ofendido.

Abrió los brazos para que lo viera mejor, y negué con la cabeza, reprimiendo una sonrisa. Por supuesto que sabía de qué iba.

—Se supone que soy un gánster.

—Tú supones muchas cosas. —Me eché a reír, y sus labios se fruncieron en un gesto contrito—. No tienes pinta de matón de mafia. Te falta el puro y la pistola. ¡Qué poca credibilidad!

Si me hubiera conocido más se habría dado cuenta de que le estaba

tomando el pelo, pero sus labios apretados y esa forma de mirarme tan fija decían que dudaba entre tomarme en serio o pensar que era una loca. Finalmente, sacudió la cabeza haciendo que varios mechones de su pelo le acariciaran la frente por encima de la máscara, y esbozó una sonrisa lenta y perezosa, con cierto toque picante que despertó a las aletargadas mariposas de mi estómago. Tuve que carraspear para seguir hablando.

—¿Qué harías de no estar aquí?

Se tomó su tiempo para pensar, apretando los labios y con la mirada perdida. «En serio, esos ojos», me maravillé internamente.

—Posiblemente me habría quedado dormido en el sofá —reconoció con un pequeño toque de vergüenza en su voz.

—Eso suena...

—¿Aburrido?

—Que conste que lo has dicho tú, no yo. —Alcé las manos en señal de paz.

—Me paso toda la semana trabajando. Ese es el único momento que tengo para mí, sin trabajo ni obligaciones familiares.

Sonaba tan solitario que sentí lástima, aunque él parecía bastante satisfecho.

—¿Y tú? —Yo no tuve que pensar mucho y le dije que estaría durmiendo o viendo una película—. ¿Con palomitas?

—No hay película sin palomitas.

—¿Dulces o saladas? —Podría parecer una pregunta poco seria, pero teniendo en cuenta que eran una de mis perdiciones, bien podría tratarse de un asunto de estado.

—De las dos. Y que sepas que no comparto. No hasta la tercera cita, al menos.

—Me quedan dos, ¿no? —Ese guiño de ojos había roto corazones a su paso, lo sabía.

Si pensaba o no que era rara o estaba loca, no lo demostró. Se rio como si le hubiera hecho gracia mi respuesta y hasta podría jurar que me miraba con más interés aún. Mi interés por él estaba por las nubes. La edad me había hecho mostrarme cautelosa, y aunque no era la primera vez que me lanzaba a una aventura de una noche, con él me apetecía disfrutar un rato más de la charla. Me lo estaba pasando bien, y no quería arruinarlo pecando de ansiosa.

Él pareció pensar igual, porque no dejamos de hablar en toda la noche. Lo curioso fue que tocamos un montón los temas y en muy pocos coincidíamos en posturas. Pero nos reíamos y no parecía importarnos. Si yo decía negro, él

apostaba por el blanco, y cuando acababa la conversación, los dos estábamos en una confortable zona gris.

Era todo tan perfecto que daba miedo y, por primera vez en toda la noche, agradecí llevar puesta la máscara. Quitármela habría sido revelarles todo lo que quedaba oculto. Bueno, eso y mi nombre. Yo tampoco sabía el suyo; y no era algo que nos importase. Hablábamos como dos viejos conocidos que aún tenían cosas por conocer el uno del otro.

—¿Cuál es la locura más grande que has hecho?

Mis amigas ya se habían ido y yo, aunque estaba agotada, me negaba a marcharme a casa. Él tampoco había hecho la intención de hacerlo, y por su sonrisa aliviada, se alegraba de que me hubiera quedado.

—Una vez me subí a casi veinte metros de altura para pintar un mural en la pared de un antiguo edificio —respondió, y mi exclamación sorprendida le arrancó una risa—. En serio, eso es trabajar con los cojones en la garganta.

Le cogí las manos, buscando en ellas señal de pintura, sin encontrarlas. No parecían ser las manos de un artista, pero no por ello eran menos bonitas. Las tenía cuidadas, y me alegré de que no fuera de los que se mordía las uñas; detestaba esa manía.

—Fue hace años —respondió a mi silenciosa pregunta—. Dejé mi trabajo de entonces por discrepancias con el jefe y estuve dos años saltando de un trabajo a otro hasta que decidí ser mi propio jefe.

—¡Vaya...!

—¿He conseguido dejarte sin palabras? —preguntó, con cierta incredulidad. No le faltó mucho tiempo para descubrir que siempre tenía algo que decir y que pocas eran las veces en las que me sorprendían lo suficiente para dejarme muda—. Han sido los veinte metros, ¿verdad?

Con la máscara no podía verle bien la cara, obviamente, pero estaba segura de que le saldrían arruguitas alrededor de los ojos cuando se reía.

—Para que luego digan que el tamaño no importa... —Sacudí la cabeza, sonriendo. Había momentos en los que quería quitarle la máscara para ver quién se escondía debajo; y otras en las que prefería que el misterio nos envolviera un poco más—. He visto algunos murales de ese tipo y son impresionantes.

—Algún día te enseñaré el que hice.

La promesa quedó suspendida en el aire, y fue el único momento incómodo de la noche. No habíamos hablado de nosotros fuera de ahí, como si solo existiera un «nosotros» esa noche.

—No esperaba esto.

Se había puesto serio, y su mirada se había perdido en nuestras manos entrelazadas, rozando nuestras rodillas.

—¿El qué?

—Que me gustases tanto —declaró con rotundidad, y volví a quedarme sin palabras. Contuve el aliento, y mi corazón adoptó un ritmo preocupante. Le gustaba y tuve ganas de ponerme a saltar—. Hacía tiempo que no conocía a nadie así, tan auténtico, sin miedo a mostrarse como realmente es.

—¿Y cómo sabes que soy así? ¿Quién te asegura que no estoy fingiendo y que me escondo tras esta máscara para ser otra persona?

Esbozó una sonrisa perezosa y negó con la cabeza. La gente empezaba a irse y aquello se acercaba mucho a una despedida.

—Creo que haces todo lo contrario. La usas para mostrarte tal cuál eres.

Esa vez fui yo quien negó con la cabeza, nada de acuerdo con sus palabras.

—No necesito máscaras para eso. Soy la misma con o sin ella.

¿Por qué querría ser otra persona si ya era bastante complicado ser yo misma? Mis muchos defectos formaban parte de mí, no necesitaba inventarme las virtudes de otra solo para sentirme a gusto conmigo misma.

—No quiero que acabe la noche —reconoció, bajando del taburete. Era la primera vez que lo veía de pie, y aunque sabía que sería alto, no pensé que lo sería tanto. Con suerte le llegaba a los hombros, con los tacones puestos. Lo sorprendente fue que no me hizo sentir pequeña, sino femenina—. Y me muero por saber quién eres, pero...

—Pero tienes miedo de que, una vez nos quitemos esto —señalé la máscara—, y salgamos de aquí, todo se esfume.

Poner en voz alta mis pensamientos fue como poner también los suyos, porque asintió con gravedad. Después de toda la noche sintiendo que estábamos donde queríamos estar, ahora nos encontrábamos sin saber dónde ir.

—Vamos a hacer una cosa. Dame tu teléfono.

Sin dudar, lo saqué del bolso, lo desbloqueé y se lo di. Noté el calor de la vergüenza abrasando mis mejillas y mis orejas al ver que reparaba en la foto de Stanley Weber que ocupaba todo mi fondo de pantalla. Él simplemente alzó una ceja, me miró con curiosidad y negué con la cabeza, haciendo un gesto desdeñoso con una mano, restándole importancia. Se quedó mirando la foto un poco más, y al final sacudió la cabeza, marcó su número y me devolvió el teléfono.

Había dejado el espacio del nombre en blanco, y lo miré, extrañada.

—¿Cómo crees que me llamo?

—Desde luego, no tienes pinta de llamarte Vito Corleone.

—Lo dejo a tu elección, entonces.

—¿Estás seguro? —Esbocé una sonrisa maliciosa mientras tecleaba con rapidez y le daba a guardar.

Se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Sorpréndeme.

De ahora en adelante, él sería Erik para mí, en honor al protagonista de *El fantasma de la Ópera*. Era pensar en máscaras y todo me transportaba a ello.

Después me dio su teléfono para que yo grabara mi número en la agenda de contactos. Él tenía de fondo de pantalla algo tan soso como una foto del escudo del Paris Saint-Germain, el equipo de fútbol. Me hubiera decepcionado que fuera del Olympique de Lyon. Marqué mi número y me lo quitó de las manos antes de que me diera la oportunidad de poner también el nombre.

—¿Cómo me has puesto?

—La curiosidad mató al gato —sonrió, tocándome la nariz con un dedo—. Quedamos así. Vamos hablando, y si después de tres meses todo sigue igual, entonces quedamos.

—Alguien se ha contagiado por el misterio y la magia de la noche —bromeé, y después me puse seria—. ¿En serio crees que esto funcionará? ¿No sería más fácil destaparnos y ya está?

Me cogió la mano, y la mía, más pequeña, desapareció cuando él giró la suya y la cubrió.

—Vamos a averiguarlo. ¿No crees que vale la pena?

Me mordí el labio, dubitativa. Tres meses era mucho tiempo como para que lo que había pasado hoy durase, y una parte de mí quería deshacer el nudo que mantenía en su sitio la máscara y dejarla caer, para después hacer lo mismo con la suya. ¿No sería mejor coger lo que teníamos en ese momento y no tentar al destino en algo que, a lo mejor, no podría ser después?

Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Sentía que había llegado a conocerlo tanto que, si me lo encontrara por la calle, lo reconocería al instante. ¿Me reconocería él también?

—Tres meses —repitió, y su mirada parecía estar invitándome a hacer, con él, la locura más grande de nuestras vidas.

—Tres meses —acabé aceptando.

Sonando a cliché, su sonrisa me deslumbró. Satisfecho, se quedó plantado

delante de mí, y sentí que volvía a quedarme sin aliento al ver que se inclinaba con toda la intención de besarme. Me relamí los labios, porque de repente los notaba secos; me costaba hasta tragar. Para cuando noté su aliento en mi rostro, yo ya había cerrado los ojos y esperaba impaciente ese beso.

—Hasta dentro de tres meses, *Serendipia* —susurró junto a mis labios, antes de separarse.

Aturdida, no abrí los ojos hasta pasados unos segundos. ¿Y el beso? Me toqué la boca, y alcé la mirada para verlo alejarse por la pista, cogiendo a su hermano por los hombros. Hubo un momento en que se giró, buscándome con la mirada. Con una sonrisa cargada de promesas, se dio la vuelta.

Me puse los zapatos para irme, y mientras esperaba a que me dieran el abrigo en la guardarropea, le mandé un mensaje a la red de taxis para que vinieran a recogerme. No me sorprendió salir a la calle para descubrir que estaba amaneciendo. El teléfono sonó en ese momento, y me eché a reír al ver que alguien me había mandado, por la aplicación de mensaje instantáneo, el emoticono de un hombre con gafas de sol y un sombrero, como buen mafioso. Era él, lo sabía, y mis ojos volaron hacia su foto de perfil, con la esperanza de encontrar alguna foto suya, pero solo vi el escudo del equipo de fútbol del París Saint Germain. Era un fanático del fútbol, por lo que se veía. Él se habría encontrado con una frase que yo tenía puesta como perfil, y que decía así: «Error. Imagen muy sexy para ser mostrada en pantalla»

Iba a responderle cuando escuché unas voces a lo lejos y mi corazón se paró de golpe al verlo junto a un coche negro. Estaba de espaldas a mí, metiendo a su hermano en el coche, y contuve el aliento cuando se puso de perfil, ya sin la máscara.

El aliento se me escapó de golpe y un cubo de agua fría no me habría dejado más aturdida.

Conocía esa cara, y no porque hubiera estado frente a la mitad de ella toda la noche, sino porque conocía al que se escondía debajo de ella.

Asier Faure-Dumont.

Mi jefe.

5

Querida

casualidad: te odio.

Llegué a casa para encontrarme a mis amigas espatarradas en las colchonetas que habíamos puesto en el salón. Yo, tacones en mano y

caminando de puntillas, me encerré en mi habitación. Lo que menos necesitaba era que se despertaran y me acribillaran a preguntas. Ni siquiera pasé por el baño, sino que aparté la colcha, me metí en la cama con el vestido puesto y me tapé cabeza y todo. Mi mente era un bullicio agotador de actividad, y aún no había acabado con un pensamiento, cuando ya estaba a medias del siguiente.

Me dormí por puro agotamiento, solo para ser despertada, no mucho rato después, por mis amigas. Eran tan delicadas como apisonadoras y tan silenciosas como *Scuttle*, la gaviota de La sirenita.

—¿Acaso una no puede agonizar en vida sin que le arruinen hasta eso? —
Mi voz sonó amortiguada por la almohada.

—¡Queremos saber qué ha pasado!

Me zarandearon las muy malditas, y a mí me subía la bilis por la garganta. ¡La cabeza! Reconocía las consecuencias de la resaca por alcohol y esta no era una de ellas. Gemí, metida hasta el cuello en mi autocompasión.

—¿Hubo tema o no?

Blanche engañaba a primera vista, con esa apariencia modosita y la cara de no haber roto nunca un plato, pero yo sabía que se había cargado vajillas enteras y que tenía la finura del papel de lija.

No iban a dejarme en paz, estaba claro. Como pude, porque estaban todas encima de mi cama de cuerpo y medio, me senté y peleé para quitarme el pelo revuelto de la cara. Tenía los ojos pegados por las legañas y me los restregué antes de mirarlas. Después me di cuenta de que me había llevado, con los dedos, lo poco que quedaba de máscara de pestañas.

Mientras les contaba a mis amigas lo que había pasado esa noche, vi como más de una se echaba hacia atrás para evitar que las golpeará con la mano. Cuando estaba nerviosa, gesticulaba y me movía tanto que parecía que me estuviera dando un ataque de epilepsia. Al terminar, me hubiera reído de sus caras estupefactas si no fuera porque estaba tan mortificada que me daban ganas de meterme debajo de la cama y no salir hasta que acabase el siglo.

—Así que has estado ligando con tu jefe toda la noche...

Había intentado no pensar en eso desde que había descubierto su identidad, pero ahora que escuchaba a Cora decirlo en voz alta, el peso de lo que había pasado cayó sobre mí como un montón de facturas sin pagar: sin piedad.

—Me va a matar —conseguí balbucear, mirándolas con pavor.

—¡Pero si no sabe que eres tú! —replicó Audrey, supuse que con la intención de que no me fuera por las ramas, como siempre me pasaba. Demasiado tarde ya, porque yo ya había cogido carrerilla y mi mente estaba

pronosticando los peores sucesos.

—Me va a despedir. ¡Como si lo estuviera viendo! Mañana llegaré y me estará esperando en la puerta para darme una patada, y las arpías de Contabilidad e Informática se reirán de mí. —Impulsada por un resorte, salí de la cama y me puse a caminar de un lado a otro de la habitación, gesticulando como una loca. Mis pintas de desquiciada debían ser brutales—. Tengo que irme. ¿Qué está más lejos, China o Tailandia? Debería tirarme de un avión sin paracaídas. O comprarme un búnker y rezar para que haya una explosión nuclear que acabe con mi vergüenza.

Decir todo esto sin respirar no era problema para mí, aunque mis amigas me miraron como si me hubieran crecido varias cabezas. ¿Os lo imagináis? Con lo difícil que era tener que lidiar con una, como para tener que preocuparme por más. ¿Con qué cara se suponía que tenía que presentarme yo al día siguiente al trabajo? Se me daba fatal tirarme faroles en el póker y siempre acababa perdiendo hasta las bragas en caso de jugármelas. No podía simplemente entrar en la oficina como si nada, sabiendo que, por un momento, había querido que me besara.

—No se acaba el mundo porque te guste tu jefe.

—Eso lo dices porque te has casado con el tuyo —le espeté a Blanche, y se le puso tal cara de tonta que me dieron ganas de darle una bofetada a ver si se le pasaba—. No eres imparcial en este tema. Y a todo esto, en ningún momento he dicho que me gustase. ¡Faltaría más!

Sus carcajadas resonaron en mi habitación.

—Léa, cariño, parecía que se te hubiera aparecido el mismísimo Stanley Weber.

Hacía años que el actor ostentaba el privilegio de ser mi amor platónico. Podría ponerme a enumerar todos los motivos por los que creía que era el amor de mi vida, pero la lista sería larga, y aunque vosotros podríais no saberlo, mis amigas estaban cansadas de escucharme hablar de él; había insistido en ver con ellas todas sus películas y series, ensalzando sus virtudes desde los créditos iniciales.

—Más le gustaría a él parecerse a Stanley —grazné, con una mezcla de risa y sonido despectivo. Antes muerta que admitir que tenía un aire.

—No parecía importarte anoche. —Le dirigí a Cora mi mejor mirada amenazadora.

—Porque creía estar ante un tío increíble.

—Eres consciente de que son la misma persona, ¿verdad? —No respondí y

preferí cruzarme de brazos, desviando la mirada—. Y por lo que has contado, tú también le gustaste. ¡Pero si hasta dijo de seguir en contacto!

—Y no olvidéis cómo la llamó.

Como para olvidarlo. Según la Wikipedia, «una *serendipia* era un descubrimiento o un hallazgo afortunado, valioso e inesperado que se producía de manera accidental o casual, cuando se estaba buscando una cosa distinta».

—Eso fue muy bonito, tienes que reconocerlo.

—Pero no cambia el hecho de que soy un molesto grano en el culo para él. Imagínate la gracia que le hará si se entera de que soy yo.

—¿No te has parado a pensar en la posibilidad de que no le importe? Puede que se sorprenda al principio, pero si de verdad le gustas, le dará igual quién seas debajo de esa máscara.

—¿Te gusta a ti menos ahora que sabes que es él?

En serio, ¿por qué Cora tenía que hacer las preguntas que menos quería responder? La miré con enfado, sintiéndome traicionada por su flecha envenenada. La muy descarada se lo estaba pasando pipa a mi costa.

Empecé a boquear como una idiota porque no sabía qué responder. Si no me hubiera gustado tanto la noche anterior, me habría resultado más fácil asimilar que era él. El problema era que no conseguía concebir que, el hombre que me había hecho reír hacía solo unas horas, fuera en realidad el que me miraba en la oficina como si le molestara mi presencia.

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que no quiero que sepa que soy yo. —Fueron a replicar, y alcé la mano para callarlas—. Me ha costado mucho encontrar este trabajo, y aunque no es el de mis sueños, me gusta, y me permite respirar tranquila después de estar privándome de cosas durante mucho tiempo. No voy a echar todo eso a perder por una *serendipia* que quién sabe si será real después de lo de anoche.

—¿Y qué harás si te escribe?

—Eso es fácil, Blanche: no responderle.

Intenté hacer a un lado la decepción que esas palabras me provocaban. Como una tonta, me había montado mis propios castillos de arena y me había hecho ilusiones. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan a gusto con un hombre, que era una jugarreta cruel del destino que hubiera sido con una persona a la que no me podía unir nada más que una relación profesional.

El lunes por la mañana, mientras llegaba al edificio donde estaban las oficinas, las piernas me temblaban tanto que estuve a punto de tropezar con la alfombra de la entrada, y estaba tan paranoica que veía la gente señalándome por la calle. Sentía que iba a caerme redonda en el suelo, mirando a todos los lados como si Faure estuviera escondido en una esquina, esperándome.

La puerta de su despacho estaba cerrada, por lo que me dirigí corriendo a mi mesa. Agradecí estar sentada, pero estaba por llamar a emergencias porque iba a darme un infarto de un momento a otro. Encendí el ordenador, le quité el sonido a mi teléfono personal —solía llevar dos, el que uso solo para el trabajo, y el mío. Pero esa es otra historia que ya contaré en otro momento. Pero basta con matizar que a él le di el personal y en la oficina tenían el otro —, y abrí la agenda para ver qué cosas tenía que hacer.

Escuché voces animadas desde la entrada, y alcé la mirada justo en el momento en que Faure y Evans entraban. Me había mentalizado para cuando llegara el momento, pero todo se me olvidó. Iban riéndose, y la imagen de Asier sonriendo me golpeó con fuerza. Era la primera vez que lo veía y el cambio en él fue devastador. Durante un instante, volvía a estar en la barra de la discoteca y éramos nosotros quienes nos reíamos de cualquier tontería.

El tiempo pareció ralentizarse mientras avanzaba hacia su despacho, justo a mi izquierda. Por cojones tenía que pasar por delante de mi mesa, y yo no estaba preparada para tenerlo tan cerca. Cuanto más se acercaba él, más me iba encogiendo yo en mi silla, hasta que perfectamente podría pasar por una hormiga de lo pequeña que me había hecho.

Se detuvo un segundo frente a mi mesa antes de seguir hacia su despacho. No lo recordaba tan alto, ni con un carisma tan apabullante. La última vez que lo vi iba disfrazado y ya me había parecido arrebatador, pero con los vaqueros, el jersey gris de cuello redondo y la ancha espalda cubriendo todo el dintel de la puerta, estaba impresionante. Seguía sin peinarse ni afeitarse, y junto con las ojeras, le daban un aspecto rudo.

Hipnotizada, vi cómo sus labios se movían, posiblemente diciéndome algo que yo, en mi inopia, no era capaz de entender.

—¡Buenos días, Léa!

Me sobresalté por la exclamación entusiasmada de Evans. Me miraba con simpatía, como siempre, y desvié la mirada hacia Asier, que había alzado una ceja y parecía encontrar divertida mi cara de estúpida.

—Buenos días.

—¿Qué tal el fin de semana?

«¡Oh, mierda!».

Se estaba convirtiendo en una costumbre en mí eso de quedarme sin palabras, y todavía no había adquirido la habilidad para salir de eso. Pasaba mis ojos de uno a otro, buscando en sus caras una segunda intención en su pregunta.

—Eh... bien —conseguí responder, preguntándome cuando se abriría el dichoso agujero bajo mis pies para poder escaparme de aquello—. Tranquilo.

Ni siquiera sé cómo conseguí que mi mentira sonara tan creíble. Pero por si acaso, no miré a Asier, no fuera cosa que se me viera el plumero.

—Espero que hayas recargado las pilas porque se avecina una semana movidita.

«Por favor, un cohete que me mande a la luna», pedí, esbozando lo que se suponía que era una sonrisa rebosante de entusiasmo. Solo me faltó levantar los pulgares.

No pude respirar tranquila hasta que no se metieron en el despacho de Asier y cerraron la puerta. Del alivio, me entraron ganas de mear. Cogí el móvil y me fui corriendo al baño, mandando un mensaje al grupo que tenía con Cora, Audrey y Blanche. Tecleé deprisa un «prueba superada» y me metí en el cubículo del baño.

Estaba sentada en el váter cuando recibí otro mensaje. Sonriendo porque creía que era su respuesta, se me escapó un grito al ver que no lo era.

¡Me había escrito! ¡Asier me había escrito!

Hola. Se suponía que te iba a escribir para algo, pero no sé muy bien qué decir. Es un poco raro, ¿no crees?

Bueno, solo quería saber cómo iba.

Espero que vaya bien en el trabajo .

Me temblaban las manos mientras buscaba el teléfono de Audrey en la guía. Me respondió enseguida, pese a estar trabajando.

—¡Me acaba de escribir! —grité, histérica perdida. Sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro, me subí las braguitas y los pantalones—. ¡Que me ha escrito!

—¡Es Léa! —Oí como le respondía a alguien antes de volver conmigo—. ¿Qué te ha dicho?

—Estaba tan nerviosa que no lo he leído bien —reconocí, muerta de la vergüenza—. ¿Qué hago?

De lejos, escuché a Agatha preguntarle a Audrey si había novedades sobre el guapo del otro día.

—¿Se lo has contado? —exclamé, dejando caer la frente sobre la puerta del baño.

—No podía no contárselo. Y no sé a qué viene esa pregunta sobre qué haces. ¿No decías que no ibas a responderle?

—¡Cierto! —Me reí por lo tonta de mi pregunta—. Olvida lo que he dicho.

—Léa...

—Te dejo, que tengo que volver al trabajo.

Y colgué, pero no salí del baño. Bajé la tapa de váter y me senté en ella, mirando el teléfono y releendo su mensaje. La imagen de la persona que me lo había enviado se me desdibujaba un poco en la mente, porque en un momento llevaba máscara y sonreía, y en el otro, aparecía con la cara despejada, con expresión hosca.

En mi cabeza, las palabras hacían fila, esperando a que abriera otra vez la aplicación de mensajería para responderle un «Lo siento, pero creo que te has equivocado de persona. No sé a quién buscas. Soy Pierre, y si encuentras a la persona para la que iba ese mensaje, no tengo problemas en hacer un trío». Pero no era tan cabrona de hacer eso, aunque ganas no me faltaron. Así que sacudí la cabeza, alejando a la mini Léa vestida de demonio que me empujaba a hacer cosas malas pero divertidas.

Decirle que se había equivocado de persona, dejando que creyera que le había dado un número falso —no os riais, que sé que más de una lo habrá hecho—, sería la mejor manera de cortar aquello por lo sano.

Sería lo más coherente, por supuesto.

Pero no fue lo que hice.

No.

Le respondí, como bien había prometido no hacer.

6

Los
ultimátums sacan lo peor de mí.

Como podréis imaginar, no les conté a mis amigas que le había respondido. A decir verdad, ni siquiera sabía por qué lo había hecho. Vale que a veces me

lanzara sin pensar en las consecuencias, pero pensé que esta no sería una de ellas. Mi prioridad era mantener el trabajo, no redactarme a mí misma la nota de despido.

Salí del baño y me senté tras mi escritorio con una rapidez supersónica. Nunca sacaba el teléfono personal durante el horario de trabajo; esa vez me lo dejé cerca por si acaso se le ocurría responder. Me quemaba en las manos, e idiota como era, me negaba a desprenderme de él. Hubiera sido más sensato esconderlo en el bolso y evitar que mi cara me delatase, pero, vamos, ¿desde cuándo podía mantener a raya mi ansia?

Acababa de hacer las llamadas que tenía programadas y de mandar los correos que había dejado esbozados el viernes antes de irme, cuando un señor bien vestido y elegante entró por la puerta. Suponiendo que se trataba algún cliente, me levanté presurosa para recibirlo. Era mi trabajo, al fin y al cabo.

—Bienvenido a Faure-Anderson. —Puse mi mejor sonrisa de profesional competente y le tendí la mano como saludo.

—Debería darte la bienvenida yo a ti, que me parece que la nueva eres tú —sonrió el hombre con familiaridad, y había algo en sus gestos que me resultaba conocido—. ¿Eres la nueva secretaria?

—Algo así —respondí, extrañada por ese comportamiento tan abierto y cercano; parecía estar acostumbrado a andar a sus anchas por aquellas oficinas.

—Espero que te estén tratando bien, si no...

—Constantin, espero que no estés intentando llevarte a nuestra mejor secretaria.

«Soy vuestra única secretaria», pensamiento que se quedó en mi cabeza, obviamente.

—No se me ocurriría nunca —respondió a la voz guasona de Evans, que había salido de su despacho. Para mi sorpresa, ambos se abrazaron. ¿Qué manía tenían los hombres de darse palmaditas en la espalda?

Yo conocía a ese hombre, estaba segura, pero no conseguía ubicarlo en ningún sitio. Su estilo a la hora de vestir dejaba claro que no era de los que comía en la hamburguesería de la esquina de mi casa, o arrastraba el carrito del supermercado, eligiendo los cereales más baratos. Parecía ser de los que comía tostadas con caviar para desayunar.

—¿Qué te trae por aquí?

—Venía a hablar contigo y con Ash, pero no lo veo por aquí.

«Y yo que doy gracias por ello», pensé, disculpándome con una sonrisa y

volviendo a mi silla. Y por si os lo estáis preguntando, Ash no era otro más que Asier; era el diminutivo por el que lo llamaban su familia y amigos.

Sacudí la cabeza y pegué la oreja todo lo que pude y más, ansiosa por escuchar.

—Está atendiendo una llamada.

Mis ojos volaron hacia la puerta de su despacho, y me temblaron las manos por las ganas que tenía de coger el teléfono para ver si me había respondido. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se suponía que tenía que cortar de raíz aquello, no dar pie a que la conversación siguiera!

—¿Qué tal la despedida? —preguntó, y mis manos se quedaron suspendidas encima del teclado, con el cuerpo tenso de expectación. Me costó horrores mantener una cara impassible o hacer como si trabajaba. ¡Já! —. Bastien dice que estuvo muy bien.

«Ese tiene que ser el hermano del que me habló, el que se casaba», me dije a mí misma.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu hijo mayor? —Después de una fuerte carcajada, Evans señaló con la cabeza el despacho de Asier y creo que no conseguí esconder del todo la cara de idiota que se me debió quedar ante esa revelación. ¡Por eso me sonaba!—. El sábado estuvo de lo más entretenido con una chica. No nos hizo ni caso.

—¿Es eso cierto?

Para que luego dijeran que las mujeres éramos cotillas; seguro que no habían visto a aquellos dos hablar sobre Asier y la misteriosa chica del sábado que, ¡sorpresa!, era yo. Como para no estar atenta a todo lo que decían.

Evans estaba a punto de llegar a lo más interesante —qué había pasado después de salir de la discoteca—, cuando Asier hizo su aparición. ¡Qué inoportuno! Molesta por esa interrupción, entrecerré los ojos, mirándolo con acusación. Como ya venía siendo una costumbre, ni siquiera me dirigió una mirada y se acercó a su padre. ¡*Mon dieu!* ¡Si eran como dos gotas de agua! Asier superaba a su padre en altura, y ambos tenían el mismo pelo y la misma mandíbula marcada. Las arruguitas alrededor de los ojos de Constantin hablaban de su tendencia a la risa, y me sorprendí al ver las mismas en el hijo cuando sonrió al saludar a su padre.

¡Ese! ¡Ese sí que era el hombre con el que yo estuve hablando la otra noche! El pensamiento me creó un nudo de ansiedad y anticipación en la boca del estómago, y una sensación de vértigo me sacudió momentáneamente.

—Le estaba contando a tu padre lo de la fiesta del otro día.

—¡Oh, vamos! —¿Se había sonrojado? ¿Asier Faure-Dumont podía sonrojarse? Aguantó las bromas de su padre y su socio comportándose como lo haría un adolescente vergonzoso, algo que yo jamás habría asociado con él. Al menos, no con el que tenía delante—. Seguro que no estás aquí para hablar de eso.

—No, pero no me importaría saber algo más.

«Gracias, señor Faure-Dumont». Parecía una *yonki* con abstinencia, esperando la siguiente dosis de información. Quería saber más cosas, qué pensaba de mí, qué sensaciones tenía con lo que había pasado. ¡Cualquier cosa!

—Pues te vas a quedar con las ganas —respondió el siempre aguafiestas de Asier. Le pasó un brazo por los hombros a su padre—. ¿Te apetece que vayamos a tomar un café y hablamos?

Llevaba casi toda la mañana sin dar palo al agua y mi faceta trabajadora tuvo que salir a flote en esos momentos. Comprobé la agenda y me levanté, carraspeando para hacerme notar. Sentir esos ojos azules clavados en mí, tan directamente, hizo que me temblara la voz al empezar a hablar.

—Lamento interrumpirles, pero tienen una reunión a las diez.

—No te preocupes, estaremos aquí a menos cuarto —aseguró Asier y yo dudé; no es que fuera la persona más puntual del mundo, por eso había que estar recordándole a todas horas las citas que tenía. Yo era algo así como la molesta alarma que sonaba cinco minutos antes, quitándote esos momentos más de sueño.

—Me aseguraré de que así sea —intervino Constantin, palmeando cariñosamente la espalda de su hijo, y sin dejar de mirarme—. Una cosa, pequeña: sigue así, no te dejes amilanar por estos dos, que de vez en cuando necesitan una buena bajada de humos.

Apreté los labios para no reír y agradecí sus palabras con un asentimiento. La sonrisa siguió en mis labios, aun cuando mi mirada se cruzó con la de Asier en un ínfimo momento en el que pareció que desaparecía la hostilidad entre nosotros. Luego, me dio la espalda y se fue, dejándome con la duda de si me lo había imaginado o no.

Aquella fue la primera reunión a la que asistí, y me quedé tan impresionada que no pude levantar el culo de la silla pese a que todo el mundo estaba

saliendo por la puerta. Nada me había preparado para la intensidad de Asier defendiendo su trabajo, y no fui la única que se quedó sin palabras. El cliente estaba igual de afectado que yo.

Nunca había visto ese derroche de fuerza y autoridad en una persona, y el cambio que se operó en él fue devastador. Los ojos le brillaron de pasión por su trabajo, y su voz adquirió el tono grave y decidido de quién sabía de qué estaba hablando, conocedor de que la respuesta correcta estaba de su lado. Yo, que siempre había creído que era un despeinado y maleducado bloque de granito, ahora me daba cuenta de que se parecía más a una roca volcánica cuyo interior seguía ardiendo.

Mientras recogía mis cosas para volver a casa, me preguntaba sin parar si todos esos cambios que estaba notando en él venían condicionados por el encuentro de la discoteca. Estaba más susceptible a su presencia y a todo lo que tuviera que ver con él, eso tenía que reconocerlo, y quizá fuera el motivo que me llevó esa mañana a responderle el mensaje.

Mensaje del que aún no tenía respuesta, y yo ya no sabía qué uña morderme.

—¿Léa? ¿Puedes venir un momento?

Ya con el bolso colgado en el hombro y el ordenador apagado, Asier me llamó desde la puerta de su despacho. Sobra decir que tenía los ovarios ya en la garganta, aunque me las apañé para quitar la cara de idiota y asentir. Contuve la respiración al pasar por su lado, que se había hecho a un lado y mantenía la puerta abierta, cerrándola cuando estuvimos los dos en el despacho.

Juro que me costó mantener a raya las alas de mi desbordante imaginación, y debía de ser mejor actriz de lo que creía porque no se me notó nada.

—¿Qué te ha parecido la reunión?

La pregunta me descolocó por completo, pues no estaba nada preparada, y me removí inquieta sobre mis pies, pasando el peso de uno a otro.

—Ha sido... interesante. —Se me ocurrió responder, y vi como una sonrisa tiraba de sus labios reticentes.

—Esperaba algo más que ese interesante teniendo en cuenta que en tu currículum pone que has estudiado Publicidad. Supongo que no puedo pedirte más. —Chasqueó la lengua con disgusto.

¿Perdona? La indignación me subió por la garganta y me mordí la lengua, con lo que casi me envenené por el camino. Si hubiera sido una dama victoriana, le hubiera atizado con el abanico, a ver si así le quedaba claro que

no se podía ser tan imbécil.

En esos momentos, no había nada en él que me gustase.

—Supongo que si me hubieras dicho claramente qué esperabas de mí en esa reunión, podría haber hecho mejor mi trabajo —respondí con cierta agresividad, cruzándome de brazos. Y lo tuteé, cosa que nunca antes había hecho.

Era injusto. Me habían soltado allí dentro sin saber qué pintaba yo en todo eso. Atender llamadas, responder correos, hacer recados y dejar la sala bonita para las reuniones, ese era el trabajo que me habían encomendado. ¿Qué pintaba yo en las reuniones?

—¿Tan difícil es de entender que estás allí para tomar notas?

—¿Y tan difícil es explicar las cosas en vez de lanzarme a los leones sin armas y luego enfadarse porque me hayan comido?

Había visto demasiadas veces *Gladiator*.

Alcé la barbilla para mirarlo. Le latía una vena en la sien, y no sabía si le explotaría antes o después de hacer añicos el bolígrafo que apretaba con las manos. Me estaba pasando, lo sabía. Independientemente del estado anímico en el que me encontraba, y de lo nerviosa y alterada que pudiera estar por tenerlo ahí delante y no decirle quién era, hablarle así era una falta de respeto que bien podría valerme el despido. Estaba segura de que esa idea se le pasó por la cabeza en los segundos que siguieron a mis palabras, y antes de levantarse de la silla. Porque tenía ruedas, o habría dejado unas marcas preciosas en el suelo al arrastrarla hacia atrás.

No retrocedí un paso cuando rodeó el escritorio y se plantó delante de mí, y no por falta de ganas. ¿Por qué tenía que ser tan alto? ¿Por qué no podían estos tacones tan incómodos, hacerme un pelín más alta? Tan bonitos y tan inservibles.

—Valoro que una persona diga lo que piensa, pero esta insubordinación te puede costar el despido —me advirtió, controlándose para no enfadarse más.

«No entres al trapo, Léa, no entres», me repetí.

—Algo que estás deseando —respondí, mandando mi conciencia a paseo; él se enervó por mi acusación—. Mira, ya sé que no soy una trabajadora modelo y que me quedan muchas cosas por aprender, pero prometí trabajar duro y es lo que estoy haciendo. No creo que puedas tener quejas en ese aspecto. Siento si no he hecho lo que debía en la reunión, pero creo que se me deberían de haber dado un par de indicaciones. La comunicación es esencial en el funcionamiento de una empresa.

«Me va a despedir. Puede que ni siquiera eso, porque como siga mirándome así, me tira por la ventana.»

Lo que más miedo me daba en una conversación eran los silencios, esos en los que todo fluía entre miradas y cambios sutiles en las facciones. Él estaba tenso, con los brazos cruzados, las piernas ligeramente separadas, frunciendo el ceño sin apartar sus ojos claros de mí.

—Queda un par de semanas del periodo de prueba, y espero que, en ese tiempo, me demuestres que puedes hacer un buen trabajo aquí, que puedes convertirte en alguien indispensable. —Acabó diciendo, sonando a ultimátum—. Si pasado ese tiempo creo que no eres adecuada para el puesto, rescindiré tu contrato.

Que no dijera claramente que me iba a despedir en dos semanas no lo hacía menos doloroso. La humillación que sentiría cuando llegase el día, se me adelantó, revolviéndome el estómago.

—Gracias —respondí, porque sabía que era lo que él quería oír.

—Puedes irte ya. —Me despidió con la mano, dándome enseguida la espalda para volver a su silla—. Ah, y una cosa. No me tutees.

«Imbécil, ahí te atragantes», deseé con fervor.

Aún no había salido a la calle cuando recibí un mensaje:

Dime que tu día ha sido mejor que el mío.

Estaba tan enfadada por lo que había pasado que, en un ataque de rencor, cambié su nombre por «capullo integral» y no le respondí.

Aquello iba a ser más difícil de lo que creía.

7

Jefe

cabreado = mi vida corre peligro

¿No os ha pasado nunca que escucháis una canción estúpida y que, por

culpa estribillo, no podéis quitárosla de la cabeza? Pues algo así me pasó con las palabras de Faure (en mi mente, su apellido sonaba muy similar a cuando Audrey me decía que había brócoli para cenar y a mí se me revolvía el estómago), que no dejaron de taladrarme la cabeza durante varios días. Se habían convertido en mi mantra, en uno de esos malos que me amargaban la existencia.

Me lo había tomado como una ofensa personal más que profesional y, como cada vez que me encontraba en una situación así, empecé a urdir un plan para hacer que se tragara sus palabras. Y eso empezaba por desempolvar unos apuntes universitarios que los «por si acaso» me habían impedido tirar. Ahora agradecía no haberlo hecho.

Había estudiado Publicidad en la universidad, quizá alentada por los vecinos del pueblo de mi infancia que alababan los carteles tan bonitos que hacía para promocionar los nuevos dulces de mi padre, o el diseño que había hecho de las bolsitas para la pastelería. Me encantaba pringarme las manos con pinturas y pegamentos, dibujar y cortar letras, y usar todo tipo de decoración para que mis carteles resultaran llamativos. Ahora me acordaba y me echaba las manos a la cabeza por lo cutre que era con diez años. Luego llegué a la universidad y me estampé dolorosamente contra la realidad. Aun así, terminé unos estudios que no eran lo que esperaba pero que descubrí que no se me daban nada mal.

Al revisar los apuntes, me di cuenta de que estaba muy desfasada, aunque estaba segura de que me bastaría un rápido repaso para estar al día. No me paré a pensar en nada, tan solo lo tiré todo encima de la cama y saqué una libreta que llevaba acumulando polvo varios años, en la que tomé apuntes de lo que yo consideraba que me podía servir para lo que tenía en mente. También me surgieron otros interrogantes que dejaría para el momento en el que pudiera acosar a Google.

Eran pasadas las doce de la noche cuando empezaron a escocerme los ojos y se me escapó un bostezo, lo que no sabía si era de sueño o hambre, porque se me había olvidado cenar. Me hice un vaso de leche caliente en el que moqué un par de galletas de chocolate y me acosté enseguida.

Solo cuando fui a ponerme la alarma del móvil me acordé de que no le había respondido al mensaje.

Y no pensaba hacerlo.

Durante los siguientes días fui tan asquerosamente perfecta y eficiente en mi trabajo, que hasta a mí me daba repelús mirarme al espejo. Trataba a Faure con una condescendencia disfrazada de respeto, llamándole siempre por el apellido, como me había dicho. La primera vez me miró con una ceja alzada, incrédulo ante mi cambio. Después sonrió con satisfacción, sabedor de que su toque de atención del día anterior me había hecho ponerme las pilas. Después de dos días, empezó a latirle una vena en la frente, y yo escondí mi satisfacción bajo la apariencia de la secretaria modelo.

—Señor Faure, tiene una reunión en diez minutos.

¿No quería que le recordara las citas con antelación? Pues llevaba haciéndolo la última media hora, avisándole cada cinco minutos. Había descolgado el teléfono después del tercer aviso, exasperado. ¿Sabéis qué hice? Llamar a la puerta, asomando la cabeza, justo como estaba ahora.

¿Quién iba a decir que tenía la boca tan sucia? Maldecía como un curtido marinero, y yo no podía estar pasándomelo mejor. Estaba jugando con fuego provocándolo de esa manera, pero tan solo estaba haciendo mi trabajo. ¿No quería implicación? Se la estaba dando multiplicada por diez. Yo misma acabaría también por acusar el desgaste emocional que suponía sonreír siempre como si estuviera estreñida, vigilando siempre lo que decía, pero en mi mente valía la pena.

—Léa, no es necesario que me avises cada cinco minutos de la pu... reunión. —Se contuvo a tiempo antes de soltar un taco. Podía escuchar como rechinaban sus dientes y como, cada vez que me veía entrar por la puerta, se atusaba el pelo.

«Mejor su pelo que mi cuello», pensé, plantada en la puerta de su despacho.

—Chartier, señor.

—¿Perdona? —preguntó, con la exasperación propia de alguien que estaba considerando el suicidio o el asesinato.

—Estamos trabajando. No es adecuado tutearnos.

Me faltaron piernas para salir pitando de allí.

Cuando salió para la reunión, yo ya había recibido al cliente y lo había acompañado a la sala de reuniones. Faure caminaba a grandes zancadas y con cara de estar enfadado con todo el mundo. Miré el reloj y vi que no habían pasado aún los diez minutos desde la última vez que le avisé. Sonreí. Puse mi mejor cara de inocencia cuando pasó por delante de mí, y reconozco que me

temblaron las piernas ante la mirada que me lanzó. Podía ser un capullo de manual, pero era guapo a rabiar con esos ojos tan azules, esa mandíbula marcada, y hasta me estaba contagiando su amor por la barba corta y desarreglada.

¡Qué injusticia más grande!

Y supongo que os estaréis preguntando si se me pasó por la cabeza, en algún momento, responderle al mensaje. ¿Por quién me tomáis? Ese tema en concreto ocupaba el setenta por ciento de mis pensamientos; el otro treinta lo ocupaban las formas de sacarle de quicio que estaba empleando en la oficina.

Debería de haber sido una decisión fácil, pero cada vez que me acordaba de la noche tan genial que pasamos, mi decisión flaqueaba. Me gustaba el hombre de la discoteca; al de la oficina le haría la cara un cuadro cada vez que alzaba una ceja, mirándome de arriba abajo como si fuera tonta. Abría el mensaje cuando me acordaba del primero y lo cerraba sin responder cuando lo hacía con el segundo.

Ya no sabía si el lío lo tenía yo o él con su trastorno de personalidad.

Lo que estaba claro era que ninguno de los dos me resultaba indiferente.

A la hora de comer, como no me daba tiempo a ir a casa y volver, me bajaba al pequeño restaurante de enfrente. Me encantaba ese sitio, con sus reservados, sus cómodos sofás y su ambiente familiar y tranquilo. Una de las cosas buenas que tenía Faure-Anderson, era que a todos los trabajadores nos daban un talón de tickets para canjear por comidas en sitios que colaborasen con ellos. Me ahorraba el tener que coger la comida de casa o gastarme un dineral que no tenía en caros menús.

Me senté en uno de los sofás, de espaldas a la puerta, y saqué los apuntes de Publicidad. Mi plan para demostrarle a Faure que podía ser buena, era crear una campaña de publicidad para uno de los nuevos clientes, y quería hacerlo antes de que a alguno de ellos se le ocurriera. La haría, quedaría genial y después le daría el proyecto para que se lo comiera, sin patatas ni kétchup.

¿Locura o confianza? No lo tenía muy claro.

Estaba tan ensimismada con mis cosas, que no me di cuenta de que se sentaban detrás de mí. El panel a mi espalda impedía ver y que me vieran, pero no bastaba para insonorizar; se escuchaba todo con claridad.

—Me alegro de que haya ido bien la reunión —comentaba Evans y cerré los ojos, rezando para que no respondiera quien yo creía que iba a hacerlo.

—No las tenía todas conmigo. —Y, cómo no, el positivo y confiado Asier

Faure-Dumont parecía hastiado hasta de sí mismo.

No podían verme, pero aun así me encogí un poco más en el sofá y planté la oreja.

—Yo tampoco. Siempre han tenido fama de difíciles, aunque después de esta primera toma de contacto, creo que hay posibilidades de que salga una gran campaña.

—Sí, supongo.

«A ese lo que le falta es un buen meneo. Seguro que se le iban todas las idioteces», como si pudiera escuchar a Blanche diciendo aquello. Era tan propio de ella...

Estuvieron hablando un par de minutos más de cosas relacionadas con el trabajo, y yo me permití relajarme un poco, lo suficiente para poder comer sin atragantarme por los nervios. ¿Debería haberles dicho que estaba detrás y que me estaba enterando de todo? Debería, ¿no?

—Oye, ¿sabes algo de la chica del sábado?

El corazón me dio tal vuelco, que eché la cabeza hacia atrás para ver si se había quedado pegado en el techo después de salir pitando de mi pecho. Era la segunda vez que salía en una conversación entre ellos y estaba que me moría de la curiosidad.

—Quitando ese primer mensaje, nada de nada.

¿En serio estaba molesto? Casi podía verle fruncir el ceño, con la mirada perdida en algún punto frente a él mientras se perdía en sus pensamientos. Lo había visto demasiadas veces así en los últimos días como para no saberlo.

—Sigo sin entender cómo se te pasó por la cabeza eso de los mensajes.

—Porque se me da fatal hablar con las chicas, ya lo sabes.

Eso me sorprendió y, al mismo tiempo, no lo hizo. En la oficina ladraba, parecía costarle decir las cosas, pero en la discoteca no había notado en ningún momento que se sintiera incómodo, ni tampoco me lo hizo sentir a mí. Además, había sido él quien había empezado la conversación. Quizá la máscara había ayudado a que se relajara y se soltara.

—Pero con ella fue tan fácil que no quise que se acabara nunca.

Una sonrisa tiró de mis labios al sentirme identificada con ese sentimiento. Yo no es que tuviera problemas para hablar con los hombres, sino todo lo contrario. Todos los novios que había tenido, que podrían contarse con los dedos de una mano, habían coincidido en algo: no solo me gustaba llevar la voz cantante en la relación, sino que mi palabra siempre solía ser la última; no les dejaba mucho margen de respuesta. Con él no me había importado ceder, y

el quedarme con la palabra en la boca no solo no me molestaba, sino que le daba vidilla a algo que se removía en mi interior, provocando que sonriera.

—En el fondo eres todo un romántico —se burló Evans, y me hubiera gustado asomarme un poco para ver qué cara ponía Asier en esos momentos —. Podrías haber hecho como la gente normal, que sigue viéndose después y toma algo, hablan, se conocen y todo eso, pero no. Tú tenías que ligar con mensajitos.

—Ya sé que no es algo común, pero no veo qué tiene de malo —respondió Faure, más contrito que enfadado por las bromas de su amigo.

—¿Y eso lo dice quién quiere hablar cara a cara porque por otro método se pueden malinterpretar las palabras? —le recordó, y ahí tuve que darle la razón.

—En este caso es diferente. —Esta vez sí que sonaba molesto; no le gustaba nada tener que dar explicaciones.

—¿Por qué? La conoces de una noche. Podría estar jugando contigo y tú ni te darías cuenta.

—Ella no es así. —La vehemencia de su defensa me dejó tan sorprendida que tuve que taparme la boca con una mano porque casi se me escapa un grito —. Es real. Lo sé, la conozco.

—¿Eso crees? ¿Me estás diciendo que, después de una noche hablando sin haberle visto la cara, y sin saber su nombre ni nada, podrías reconocerla si la tuvieras delante?

—¡Por supuesto!

—Retiro lo de romántico. Eres idiota. Podría ser la persona que está sentada en el reservado de detrás y tú ni siquiera le dirigirías una mirada si pasase por tu lado.

¡Oh, Dios! Estaba al borde del infarto. Ninguno de los dos sabía lo cerca que estaba Evans de la verdad. No solo estaba detrás de ellos, sino que había tenido razón al decir que no me reconocería. Me había tenido delante, me había mirado a los ojos y en ningún momento vi en su mirada signos de ver en mí a la chica de la otra noche.

«No hay peor ciego que el que no quiere ver», me dije, notando como mis hombros se hundían por la decepción.

Estaba segura de que podría levantarme en esos momentos y decirle que yo era Serendipia, y él no me creería. Y no lo haría porque, en su realidad, yo no entraba en sus suposiciones sobre su identidad. No dejaba de ser una desquiciante empleada a la que le había dado un ultimátum apenas unos días

antes. ¿Cómo podía ser yo esa persona tan especial y real que tanto impacto había causado en él? Apenas me soportaba.

—No es la única mujer del mundo, Ash. Deberías dejar de perseguir ilusiones y aferrarte a la realidad.

—Ilusión o no, es la única mujer que me interesa ahora mismo.

Había decidido ya no responderle y cerrar ese corto capítulo de mi vida con él, pero escucharle decir aquello abrió en mí el cosquilleo de emoción que me hizo quedarme a su lado toda la noche en la discoteca. Puede que él no me relacionase con la misteriosa chica del antifaz, pero yo tampoco le había dado oportunidad a él de mostrarse como aquella noche.

Saqué el teléfono del bolso y abrí el mensaje que me había mandado.

¿Respondía o no?

8

a la boca del lobo.

Directa

No fui capaz de responderle en esos momentos. Se me quedaron los dedos

suspendidos encima del teclado táctil. No quería hacer aquello en un sitio público, no cuando iba a verlo en la oficina diez minutos después. No iba a ser capaz de ser indiferente. Hasta el momento, mis compañeros no se habían mostrado curiosos sobre mí, pero teniendo en cuenta la suerte que me acompañaba, quizá les diera por preguntarme por qué parecía más despistada de lo normal, o por qué me sobresaltaba cada vez que alguien me llamaba. No quería suscitar preguntas.

Así que esperé a llegar a casa. Audrey estaba sentada en la alfombra, recostada sobre las decenas de cojines y tapada en una manta mientras veía una película.

—¿Qué tal el día? —Pausó la película y se giró para mirarme.

—Estoy agotada. —Me dejé caer a su lado, y alzó la manta para que me tapase con ella. Apoyé la espalda en el sofá, con las piernas estiradas—. Deberíamos comprar un sofá nuevo. Este viejo es como ese compañero de piso que no da palo al agua y que encima está de gorra porque no paga su parte de alquiler.

Audrey se echó a reír, negando con la cabeza. El pelo oscuro lo llevaba lleno de harina, señal de que se había puesto a cocinar nada más llegar a casa después del trabajo. Desde que yo había empezado a trabajar, no habíamos hablado de su otro trabajo: hacer encargos para cumpleaños y fiestas. Casi siempre la ayudaba, cosa que no me importaba porque me encantaba, y echaba de menos esos momentos de nosotras dos en la cocina, con la música a tope y divirtiéndonos mientras cocinábamos.

—¿Tenías un encargo? —pregunté, subiéndome la manta hasta la barbilla. Debería levantarme y hacer lo que tenía en mente, que era ducharme, ponerme el pijama y responder al mensaje de Asier, pero una parte de mí se resistía a hacerlo. Estaba alargando el momento, y estaba segura que era porque no sabía qué iba a decirle. Esperé a que mi amiga asintiera antes de seguir hablando—. Podrías habérmelo dicho. Te hubiera ayudado.

—No eran más que unos *cupcakes* y una tarta infantil. Nada que no pueda hacer sola —respondió, con la mirada pendiente en la película. ¿Cuántas veces había visto *Los chicos del coro*? Si hasta tenía una de las canciones como tono de llamada de móvil—. Además, lo menos que quiero es darte trabajo después de venir a casa tarde y cansada.

—Tú también estás trabajando todo el día, y lo haces.

—Ya, pero es mi trabajo, no el tuyo.

Buen punto. Los encargos fuera de horario eran cosa suya; yo solo era una

acoplada que le echaba una mano de vez en cuando. Estaba tan cansada que bien me habría quedado ahí toda la noche. Además, empezaba a formárseme un dolor de cabeza bastante molesto. Cerré los ojos y solté un profundo suspiro.

—¿Estás bien?

Su voz sonó demasiado clara, y fue porque había decidido pausar otra vez la película. Me miraba como siempre hacía, con su genuina curiosidad y una preocupación que me revolvía el estómago por culpa de los remordimientos. Le había mentido. No le conté en su momento que sí le había respondido a Asier a ese primer mensaje y que, además, en cuanto cenase y me acostase, pretendía seguir haciéndolo. Era la peor amiga del mundo.

—Sí, solo cansada —respondí, con la vista fija en la televisión. No quería preguntas, pero sabía que me las iba a hacer.

—¿Cómo llevas lo de estar trabajando con él?

Suspiré, cerré los ojos, y mi cabeza cayó hacia atrás, apoyándose en el sofá.

—Lo llevo —respondí, sin querer entrar en muchos detalles. No sabía mentir, y Audrey me conocía demasiado bien.

—¿Ha vuelto a mandarte algún mensaje?

Negué con la cabeza, y la mentira me supo amarga y pastosa en la lengua. No me había separado del teléfono en todo el día, y lo notaba pesado en el bolsillo del abrigo.

—Se ve que no le interesaba tanto como parecía —respondí, torciendo el gesto.

Audrey me miró fijamente, quizá dudando entre creerme o no. No dijo nada, gracias a Dios, pero yo no podía dejar de sentirme mal por estar mintiéndole. Éramos amigas desde que tenía uso de razón, y siempre nos lo habíamos contado todo.

—¿Has avanzado con lo del proyecto publicitario que me comentaste?

Había llegado a casa tan enfadada después del ultimátum de Asier, que se lo solté nada más entrar en casa. Blasfemé contra él todo lo que pude y más, mientras iba creciendo en mí la espina ponzoñosa de la venganza. Audrey, que siempre me había animado en todas mis locuras, por muy grandes que fueran, esta vez no estuvo para nada de acuerdo conmigo.

—Sigo repasando temario.

No quería admitir, ni siquiera ante ella, que posiblemente tenía razón al decirme que aquello estaba muy por encima de mis posibilidades. Y no porque

no me creyera capaz de hacerlo, sino porque no bastaba con releer unos viejos apuntes para hacer una campaña de publicidad decente. Necesitaba experiencia, y por desgracia, no la tenía. Empezaba a notar que la realidad iba mermando la excesiva confianza con la que había emprendido ese proyecto días atrás.

—Léa, no creo que él, al decirte aquello, pretendiera que crearas una campaña de la nada, sino que te implicaras algo más.

—¿Quién ha dicho que no esté implicada? —Había sonado demasiado agresiva, dolida por su comentario. Me sentía como si me estuviera acusando de haberme acomodado después de los primeros días en los que me esforzaba al máximo para agradar a todo el mundo, sin mucha efectividad.

—No te tomes las cosas tan a la tremenda, Léa —Audrey alzó las manos, defendiéndose de mi ataque—. Nadie ha dicho que no lo estés, tan solo estoy diciendo que, en vez de volverte loca con la campaña, trates de hacerles ver que puedes hacer más de lo que estás haciendo, que estás preparada para más responsabilidades.

Era lo más sensato, sí. Había empezado la cuenta atrás del ultimátum, y la arena del reloj bajaba demasiado deprisa para mi gusto. Tenía que ponerme las pilas, y si no podía darles una campaña perfecta, sí que haría que se dieran cuenta de que no era una tonta como muchos parecían pensar. No quería ser la chica de los recados, la que se encargaba de las llamadas y lo preparaba todo para que los demás brillaran.

—Voy a darme una ducha. —Aparté la manta y me levanté. Audrey me miraba, pero yo esquivaba su mirada—. Preparo yo la cena.

—He aprovechado que estaba antes en la cocina para hacer la cena también.

—Gracias.

Audrey asintió, y noté su mirada clavada en mi espalda aun cuando ya estaba a salvo en mi habitación, con la puerta cerrada.

Estuvimos calladas durante la cena, y cuando acabamos, cada una se retiró a su habitación. Hasta que no estuve acostada en la cama, no saqué el teléfono móvil.

¡Madre mía! Hacía casi tres días que no le respondía, y aun así, él parecía tener la esperanza de que iba a hacerlo. A decir verdad, no sabía qué poner.

Una disculpa habría estado bien, aunque el «siento no haber respondido antes, pero después de conocer a tu *alter ego* y ver lo capullo que podía llegar a ser, se me quitaron las ganas» no parecía ser adecuado. No lo borré porque no había llegado a escribirlo. De haberlo hecho, mis dedos se estarían moviendo frenéticamente sobre la tecla de borrar.

Y ahí me tiré un buen rato, pensando qué decirle.

Hola. Siento mucho no haber respondido antes. Me gustaría decir que no he tenido tiempo, pero sé que no creerías esa excusa. Después de pensarlo bien, no estaba segura de esto fuera a funcionar, de que fuera buena idea. ¿Qué sentido tenía alargarlo?

Lo mandé antes de arrepentirme. Con el alma en vilo, me quedé mirando la pantalla, esperando ver el «en línea» y después los dos tics azules por haber leído el mensaje. No pasó en los siguientes veinte segundos, como era de esperar, pero mi paciencia se estaba tomando unas vacaciones y no tenía pinta de volver en lo que quedaba de noche. O hasta que me respondiera... si lo hacía.

—Idiota. —Dejé el móvil encima de la mesilla y, apartando las mantas, salí de la cama, enfadada conmigo misma—. ¿Tú te tiras tres días sin decirle nada y eres tan ansias que no puedes esperar ni un minuto?

Fui al baño para hacer tiempo, calenté un poco de leche con canela y volví convencida de que habría pasado el tiempo suficiente para que hubiera respondido; al menos media hora, estaba segura. Se me escapó un bufido al ver que habían pasado cinco minutos y que no había leído el mensaje aún.

Traté de leer y acabé cerrando el libro porque era incapaz de leer más de dos líneas sin estar pendiente del teléfono. Así que me tumbé en la cama y mis ojos se perdieron en el techo. La cabeza me iba a marchas forzadas, pensando.

Casi me caigo al suelo cuando vibro el teléfono, pillándome por sorpresa. Luché contra mis nervios y mi ansiedad mientras desbloqueaba el teléfono.

—«¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?» —Leí su mensaje en voz alta, y no sé qué esperaba recibir, pero mis hombros se hundieron por la decepción. Después de su defensa en el restaurante, esperaba algo más efusivo que aquello. Me puse a escribir con rapidez. Tuve que borrar varias veces porque me ponía nerviosa verlo conectado y no atinaba con las teclas—. «Acordarme

de lo genial que fue la otra noche.»

Su respuesta no se hizo de rogar. Juro que me subió un cosquilleo por el estómago, una especie de excitación que había olvidado lo bien que me hacía sentir. Tenía casi treinta años, pero cualquier diría que era una adolescente de dieciséis hablando con el chico que le gustaba. Cerraba los ojos y la imagen de Asier se desdibujaba; un momento llevaba la máscara, y al siguiente, me estaba dando un ultimátum en el trabajo. Aún había veces en que me costaba pensar en ellos dos como la misma persona.

¿Lo suficientemente genial como para seguir con esto tres meses más?

Cierto, el plazo de tres meses en el que, si todo seguía bien, quedaríamos para vernos. Le tenía un miedo atroz a ese momento.

¿Por qué tres meses? ¿Por qué no la semana que viene?

«Como me diga de quedar la semana que viene, ya puedo darme por muerta. Si no me mata él, me va a matar la vergüenza», pensé para mis adentros mientras lo veía escribir.

Devoré con los ojos su respuesta, frenética.

¿Estás diciéndome que quieres que nos veamos antes?

¡No! Miré con espanto el teléfono, como si fuera a salir él de ahí, con su ceño fruncido y su hosca expresión, con ese pelo alborotado que no merecía su atención ni de buena mañana.

—«No, lo que no quiero es pensar en esos tres meses como si fuesen un ultimátum. No me gustan» —murmuré en voz alta mientras mis dedos se movían con tanta rapidez que se volvían borrosos ante mis ojos—. «Tampoco sabemos si esto irá a alguna parte, y puede que, dentro de unos días, ni nos acordemos el uno del otro».

Se me daba mejor mentir por mensaje que a la cara, pero después me acordé de que Evans creía que le podía estar mintiendo a Asier y me sentí mal. Un poco, al menos. Mientras pudiera, me mantendría al filo de la verdad.

O puede que queramos vernos antes.

¿Quién sabe?

Entonces, ¿qué propones?

Ceñirnos al plan original: ir hablando.

Su respuesta tardó un poco en llegar. Ese último intercambio de mensajes había sido bastante rápido, pero habíamos llegado a un punto en el que parecíamos querer pensar un poco más las cosas. Mientras leía mi último mensaje, me subió un escalofrío por la espalda, estremeciéndome. ¿Por qué tenía la sensación de que me había metido de lleno en la boca del lobo? Lo peor de todo era que no estaba segura de querer salir. Hasta ahí me llegaba la locura.

¿Puedo preguntarte algo?

Ya lo estás haciendo.

¿Estás con alguien?

No estaría pensando en exclusividad, ¿verdad? No es que tuviera una retahíla de hombres haciendo cola para meterse en mi cama, pero no creía que esa «relación» de mensajes que habíamos empezado bastase para hablar de fidelidad.

Debería dedicarme a escribir novelas porque estaba claro que mi imaginación se bastaba ella sola para montarse sus historias.

¿Por qué me preguntas eso?

Porque vi la foto de tu teléfono y no quiero interponerme entre nadie.

En aquellos momentos, no supe si reír o llorar. ¿Había visto la foto de Stanley Weber en mi pantalla y creía que estaba conmigo? ¿Qué acaso no sabía que era uno de los actores más conocidos del país? ¿Qué era, algo así como *Bob Esponja* que vivía en una piña debajo del mar y no sabía que había más

mundo fuera de ahí?

A la incredulidad se le unió otro sentimiento, el de la indignación subiéndome por el cuello y haciéndome chirriar los dientes. Le habría enseñado el dedo anular de saber que podría verme.

¿En serio crees que estaría hablando contigo de ser así? No sé qué clase de chica te di la impresión de ser el otro día, pero si es este el concepto que tienes de mí, será mejor que cortemos esto.

—«No pretendía ofenderte». —Imité con voz de falsete su mensaje—. Pues para no ser tu intención, bien que se te da.

Te voy a ser sincera.
No sé qué se supone que es esto que estamos haciendo, pero lo que tengo claro es que no eres mi pareja y, aunque la otra noche estuvo muy bien, tampoco eres mi amigo. Y si he respondido al mensaje no ha sido porque buscase la parte romántica de esto, sino porque creo que vale la pena que nos conozcamos un poco más. Si al final acabamos siendo una cosa u otra, el tiempo lo dirá.

Conocer su identidad me había hecho mostrarme comedida. De no haberlo sabido, me habría lanzado como una loca porque me había gustado lo suficiente como para arriesgarme, que era lo que estaba haciendo él. Me sentía halagada, pero uno de los dos tenía que poner los pies en el suelo y me había tocado a mí ser la voz de la conciencia, un papel que no siempre se me daba bien interpretar.

—«Lo siento». —Escribí al ver que no respondía.

No, tienes razón.
Normalmente no suelo dejarme llevar por el entusiasmo.

—Lo sé —murmuré mientras le respondía—. «No quería empezar esto con malentendidos.»

Y él, por su respuesta, tampoco.

No se me ocurría qué más decir, así que no dije nada. Él parecía encontrarse en el mismo estado que yo, porque no volvió a escribir en los siguientes minutos. Ahí estábamos los dos, como idiotas, esperando a que el otro empezara a teclear.

Al final fui yo quien rompió el tenso momento.

Será mejor que me vaya a dormir.

Sí, yo también.

Buenas noches, entonces.

Buenas noches.

¿Hablamos mañana? ¿Sobre esta hora o un poco antes?

Claro.

Oye

Gracias por la sinceridad, y por responder.

Y tras un escueto «de nada», cerré la aplicación, dejé el móvil en la mesilla y me tapé hasta la barbilla.

¿Qué demonios estaba haciendo?

9

se convierte en una telenovela.

Mi vida

Nunca había tenido tantas ganas de que llegara el fin de semana. Estaba a

tal nivel de agotamiento, tanto físico como mental, que llegué a casa el viernes por la noche arrastrando los pies. Solo me dio tiempo a saludar a Audrey antes de dejarme caer bocabajo en la cama y no levantarme hasta la madrugada siguiente, cuando me sonó el despertador para ir a la pastelería.

Cuando conseguí entrar en Faure-Anderson, ni siquiera se me pasó por la cabeza dejar el trabajo en la pastelería. Era algo con lo que disfrutaba, y estar con de Agatha y Monique hacía que me sintiera más cerca de casa, en familia.

Agatha me estaba esperando ya, con una taza de café caliente y una pieza de bollería tan tierna que se me deshizo en la boca con el primer mordisco.

—Gracias a ti tendré que ir a renovarme el armario.

Si mi padre me viera hablar con la boca llena, el rapapolvo que me caería sería monumental.

—Estás demasiado delgada, *ma petite*. —Me dio otro bollo, el cual habría sido una ofensa rechazar—. Come, come.

Su poder de persuasión era envidiable, aunque tampoco es que yo necesitase de mucha insistencia para comer. Éramos la pareja perfecta: a mí me encantaba comer, y a ella, ver comer a la gente.

Aún era pronto para que empezara mi turno, por lo que Agatha cogió una silla y se sentó a mi lado. ¿Sabéis esa incomodidad cuando alguien os está mirando fijamente, sin apenas parpadear? Como un ave rapaz revoloteando sobre su presa herida, esperando el momento perfecto para lanzarse en picado a por ella. La imagen bastó para que el bollo se convirtiera en una masa sin sabor en mi boca. Mastiqué y tuve que ayudarme del café para que bajara por la garganta.

—¿No tienes nada que contarme?

Tamborileó los dedos sobre la mesa, y yo me puse más nerviosa. Estaba en modo cotilla, y tuve el presentimiento de que sabía a qué se refería.

—Estoy segura de que Audrey te habrá contado lo suficiente para saciar tu curiosidad —respondí, haciendo el intento de levantarme. Me puso una mano en el hombro, haciendo que me sentara otra vez—. Agatha...

—Cuéntame sobre ese chico guapo de la discoteca.

—Yo no he dicho que sea guapo.

Una cosa era decir las cosas, y la otra, pensarlas. Nunca admitiría en voz alta que consideraba guapo a Asier Faure-Dumont, pero mentalmente tenía que reconocer que tenía su morbo. Estaba ese aire salvaje que lo envolvía y que dispararía la tórrida imaginación de hasta una monja de clausura. Cosa que a mí no me había pasado... casi nunca. También tenía esa sonrisa sardónica y

hasta burlona que, a pesar de ponerme de los nervios, también despertaba cosquilleos en partes que no debería. Pero bueno, me pasaba a mí y a más de la mitad de la plantilla de la oficina. Tampoco era para alarmarse.

¿Verdad?

—Pero lo es —admití, un momento después, hundiendo los hombros—. Se parece a Stanley.

—¿Nuestro Stanley? —Asentí, y Agatha se puso una mano en el corazón, impresionada. A las dos nos gustaba el actor, y la edad no era impedimento para que la mujer soltara lo que pensaba de él—. ¿Me lo presentarías? ¿Tú crees que le gustan las mujeres maduras?

—¡Agatha! —exclamé, escandalizada. Me había puesto roja mientras ella se reía a mi costa.

—¿Qué? Audrey ha dicho que no te interesa, que ni siquiera le has respondido al mensaje, ¿qué problema hay en que yo lo intente?

Me estaba tomando el pelo, y lo sabía, pero no me salían las palabras. ¿Sabéis lo complicado que era eso en mí? La gente decía de mí que no callaba ni en pintura. ¿O era debajo del agua? Sacudí la cabeza, aturullada por todo. Miré con acusación a Agatha.

—No tiene gracia —renegué, levantándome para ir a cambiarme—. Y para tu información, sí que le he respondido.

La exclamación ahogada de Agatha fue lo que me hizo darme cuenta de lo que había dicho, y mi reacción fue taparme la boca con las manos. Noté como los ojos se me salían de las órbitas, enfadada conmigo misma, por bocazas. Agatha solo tuvo que dar un paso en mi dirección para que yo echara a correr, huyendo de las preguntas que se arremolinaban en su cabeza, como esos rulos con los que se hacía la permanente.

—¿Acaso nadie trabaja hoy aquí? —reclamó una voz femenina y autoritaria.

—¡Monique!

Me alegré tanto de verla que le planté dos besos en las mejillas, sorprendiéndola hasta el punto de cortar por lo sano su diatriba hacia mi persona y lo escandalosa y chirriante que sonaba mi voz. Agatha, por su parte, me pisaba los talones y yo me escondí tras su hermana, que estaba plantada con las manos en las caderas.

—¿Te puedes creer que sí que le ha respondido? —Miró a su hermana, y creí intuir cierto tono satisfecho en su voz—. Ya verás cuando se lo contemos a las chicas del bingo.

¿Qué? ¿Acaso mi vida era tan interesante como para seguirla como si fuera un culebrón de sobremesa? No me vi en el espejo en esos momentos, pero estaba segura de que parecería una loca fugada del manicomio, con los pelos rojizos revueltos, los enormes ojos azules abiertos a más no poder, y la cara hirviendo de indignación y vergüenza.

—No me puedo creer que estéis cotilleando sobre esto.

—Cariño, hay apuestas por ver cómo acaba.

—¡Es mi jefe! ¿Cómo crees que va a acabar?

—Yo apuesto por boda en seis meses —declaró, y yo me quedé muerta de la impresión.

¿Acababa de escuchar lo que yo creía que acababa de escuchar? Porque no podía creer que estuvieran haciéndose apuestas sobre este asunto, y aunque todo el mundo lo encontraba gracioso y divertido, para mí era un quebradero de cabeza del copón. Pero claro, como yo sola me había metido en ese lío, no me correspondía quejarme.

—Menos mal que quedan personas honradas como Monique. —Miré con agradecimiento a la mujer, solo para verla esquivarme la mirada. Un momento, ¿se estaba sonrojando?—. No me digas que tú también...

—Confío en ti, y sé que no duraréis ni dos meses.

—¿Perdona? —Eso no podía estar pasando, de verdad que no. Tenía que ser una pesadilla de la que aún no me había despertado, y casi daría gracias por caerme de la cama y darme un coscorrón en la cabeza—. Traidoras, las dos.

¿Y qué hicieron? Se echaron a reír, sacudieron la cabeza, y volvieron cada una a su trabajo. Monique pasó por mi lado, parándose a mi altura.

—Lo que no te pase a ti...

En el gesto más cariñoso que había tenido hasta el momento conmigo, me palmeó la cabeza como si fuera su caniche, y soltó algo parecido a una risa estrangulada. ¡Se estaba mofando de mí!

Me pasé toda la mañana refunfuñando, y no ayudaba nada que Monique hubiera decidido sacar su lado gracioso, cosa que no sabía que tenía, e intercambiara bromas con su hermana. Todas a mi costa, por supuesto.

Hubo un momento en que Agatha se acercó, me dejó una Paris-Brest delante, una pequeña corona de pasta *choux* rellena de un tierno mousse de praliné, en un platito, y me dio un beso en la mejilla, abrazándome:

—No lo hacemos con mala intención, *ma petite*.

—No intentes ganarte mi perdón con la comida, mala mujer —renegué, sin

mucho convencimiento, escapándoseme una sonrisa que intentaba camuflar torciendo los labios. Los enfados me duraban poco, era de pronto rápido y mecha corta, y no podía resistirme al olor del dulce.

—¿Sigues enfadada? —Los ojos, surcados de arrugas, estaban llenos de calidez y cariño, aderezados con un toque de picardía.

—Dame otro de estos y ya hablaremos.

Me hice la indignada volviendo con mi manga pastelera y las tartaletas de hojaldre que estaba rellenando de crema y adornando con nueces caramelizadas.

Para cuando me tocó salir a descansar, no tenía ni hambre, aunque sí que acepté el café porque estaba que me caía del sueño. Pasé por alto las miradas de las dos cotillas que tenía por jefas, y saqué el teléfono del bolsillo.

La noche anterior, con el cansancio, no le había respondido a Asier. No podéis haceros una idea de lo que costaba saber con qué nombre debía llamarlo en cada momento. En el trabajo era Faure, él mismo me había pedido, con no demasiada amabilidad, que no le tuteara, pero cuando hablábamos por medio de mensajes, era con Asier con quien compartía las anécdotas del día a día.

Tenía que ir con pies de plomo, y estaba segura de que acabaría delatándome yo sola porque, para bien o para mal, se me daba fatal fingir.

—«Anoche estaba tan cansada que me dormí nada más llegar a casa» —le respondí, tecleando con rapidez. Había salido a la calle, agradeciendo que me diera el aire. El corazón me dio un pequeño vuelco cuando se conectó, y contuve la respiración al ver que estaba escribiendo. Había decidido cambiar el «capullo integral», ya más reconciliada con él, aunque no me atreví a ponerle su verdadero nombre.

¿Una semana dura?

—Tiene huevos la cosa que me pregunte eso el causante de que mi semana sea más dura de lo normal —mascullé por lo bajo, recordando lo agotador que era tratar de impresionarlo y no conseguir más que un perfecto e irritante alzamiento de ceja. En cinco días podía estar desempleada otra vez y se me acababan las ideas.

Bastante.

Bueno, piensa que ahora tendrás todo el fin de semana para descansar.
¿O tienes algún encargo?

Ninguno.

Le había contado una media verdad sobre mi trabajo. Para él, yo trabajaba en una pastelería entre semana, y aceptaba encargos para fiestas los fines de semana. En realidad, era más trabajo de Audrey que mío, pero no podía decirle que trabaja en una empresa de marketing porque, siendo él del mismo negocio y sabiendo lo empecinado que podía llegar a ser, insistiría en saberlo.

¿Planes para hoy?

Comida familiar.
Una vez al mes nos reunimos tooooda la familia.

Algo me dice que ese “tooooda la familia” significa mucha gente.

Digamos que, entre unos y otros, llegamos a juntarnos más de treinta personas.

“ícono escandalizado”

No nos van las reuniones pequeñas, jajaja

Ya lo veo, ya...

No quiero ni imaginarme la cantidad de gente que habrá en la boda de tu hermano.

Yo tampoco, créeme
“ícono escandalizado”

Mi hermano es futbolista profesional, y va a venir más de la mitad del equipo a la boda.

Súmale a eso que se casa con la hija pequeña del mejor amigo de mi padre que, a su vez, es padre de mi socio y mi

padrino.

Me estoy estresando, jajaja.

El día que me case, será algo sencillo e íntimo. Nada de locuras de este tipo.

Algo había visto en mí aquella noche para tener esa confianza. A Léa, la chica de su oficina, jamás le habría contado lo que le estaba contando a Serendipia. Asier no se caracterizaba por ser una persona abierta, él mismo había reconocido no dársele bien hablar con las chicas, pero parecía muy suelto hablando por mensajes. Pese a la frialdad y lo impersonal que podía ser un sistema de comunicación por texto, se le notaba cercano, más parecido al chico de la discoteca que al jefe gruñón de la oficina.

A ver si es tan íntima y sencilla que se te
olvida invitar a la novia a la boda.
“¡cono riéndose”

Valoro mucho mi espacio, pero no tanto
como para casarme conmigo mismo,
jajaja.
¿Y qué me dices de ti?
Te veo con una boda a lo grande.

Lo que me gusta de las bodas son las
despedidas de soltera y la barra libre.

Buena elección.
Pero ponte zapatos cómodos, no te pases
la fiesta sentada en la barra, charlando con
algún desconocido al que acabas dándole
el número de teléfono.

Tendré en cuenta tu consejo.
Con un acosador en mi vida tengo
suficiente.

¿Perdona? “¡cono alzando una ceja”

icono sacando la lengua

Me llamé tonta de todas las formas posibles cuando me descubrí sonriendo y sacándole la lengua a la pantalla. No tenía remedio. Muy a mi pesar, y pese a lo bien que me lo estaba pasando, tenía que volver al trabajo. A Agatha solo le faltaba salir a buscarme y mirarme por encima del hombro a ver qué tanto hablaba y, lo más importante, con quién.

Tengo que irme.
¡Que vaya bien esa comida!
Nos vemos esta noche.

Solía despedirme de la gente mandando un montón de iconos de un gatito dando besitos, pero nuestra confianza no había llegado aún a ese punto. Además, cuando le diese un beso, no sería virtual, eso seguro.

«¿Pero qué demonios estoy pensando?», me reñí, escondiendo el teléfono en el bolsillo de la cazadora, y entrando en la pastelería como si me persiguieran.

Trabajar y no pensar, eso era lo que tenía que hacer.

10

Las
oportunidades no se dan, se ganan. Fdo. Asier FD.

Me temblaban tanto las piernas que parecía que estuviera bailando claqué. Tanto Faure como Evans estaban reunidos en el despacho del primero, y yo tenía que hablar con ellos en cuanto acabasen de organizarse el día.

Debería estar redactando unos correos electrónicos, pero mis dedos lo único que hacían era tamborilear inquietos sobre las teclas. Tenía la cabeza en otro lugar, y no hacía más que recordar todos esos datos que llevaba un par de días memorizando. Descartada la campaña de publicidad, había optado por hacer una recopilación de ideas sobre las direcciones que podrían tomar las campañas para las que estábamos trabajando en esos momentos. No era lo que habría querido hacer, pero teniendo en cuenta las circunstancias y el poco tiempo del que disponía, creía que había hecho un buen trabajo.

Si servía para que Faure cambiara de opinión sobre mi despido, me daría por satisfecha.

Pese a estar esperando a que salieran, di un salto en la silla cuando los vi. Tenía que reconocer que, desde que habíamos empezado con eso de los mensajes, veía a Asier de otra manera en la oficina. Seguía poniéndome de los nervios cuando se ponía en plan Grincheux, el enanito gruñón de *Blancanieves y los siete enanitos*, pero saber que tenía un sentido del humor contagioso y que no era tan capullo como parecía, hacía que me resultase más fácil tolerarlo. Además, empezaba a entender por qué me había impresionado tanto en la discoteca: cuando sonreía, el efecto era demoledor. Su sonrisa ladeada y canalla prometía muchas cosas, y ninguna de ellas inocentes.

Se quedaron hablando cerca de mi mesa, y busqué el informe que tan concienzudamente había preparado. Esperé a que acabaran para levantarme de la silla y carraspear para hacerme notar.

Me encogí ligeramente cuando Faure se giró y clavó sus intensos ojos azules en mí. Tragué saliva, y me obligué a enderezar la espalda, alzando la mirada sin parecer desafiante.

—¿Tienen un momento? —pregunté, y ambos alzaron las cejas en perfecta sincronía—. Hay algo que me gustaría comentar con ustedes.

—¿Ocurre algo? —La preocupación de Evans contrastaba con la curiosidad velada de Faure, que había metido las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones claros, y se limitaba a dejar que su amigo hablase por él—. ¿Vamos?

Asentí, y rodeé mi escritorio para seguirlos. Pensaba que iríamos al despacho de Evans, pero abrió la puerta del de Faure y yo contuve el aliento cuando tuve que pasar por delante de él para entrar. Justo igual que el día de la

entrevista. Esta vez no me pasó desapercibido su olor, y la calidez que traspasaba su grueso jersey gris. Un estremecimiento me erizó la piel de los brazos cuando pasó por detrás de mí para sentarse en su escritorio.

Evans se sentó en una cómoda silla delante de él, y me invitó a imitarlo. Apoyé la carpeta con los informes encima de mis piernas y la abrí para darle uno a cada uno. Contuve el aliento mientras lo ojeaban por encima, y reprimí una sonrisa apretando los labios al ver que había conseguido sorprenderlos. Al menos, Faure lo parecía.

—Ya sé que encargarme de la publicidad no es parte de mi trabajo — empecé, tratando de sonar lo más segura y confiada posible—, pero el tema no me es desconocido, y he pensado que podría aportar mi pequeño grano de arena.

—Aquí hay más que un granito, Léa —comentó Evans sin despegar los ojos de las hojas del dossier, mientras pasaba de una hoja a otra, con ojos ávidos. Fruncía el ceño cuando estaba concentrado—. ¿Has hecho tú esto?

—Gracias a las reuniones a las que he asistido, he podido hacerme una ligera idea de qué podría funcionar para cada cliente.

Llegados a este punto, miré directamente a Faure porque era, indudablemente, a quien quería impresionar. Había sido Evans quien me había contratado, pero de Faure dependía que yo siguiera en el puesto o no.

—A falta de un estudio de mercado más exhaustivo, podrán encontrar en el informe dos líneas de actuación que impulsarán el producto para que llegue a los clientes potenciales de la forma más efectiva posible.

Se me acabó secando la boca de lo mucho que hablé en esa hora. A mi parecer, no daba la impresión de haber memorizado y repetido como si fuera un loro, sino que me salió natural. Me interrumpían de vez en cuando con preguntas para las que casi siempre tenía respuesta; y cuando no la tenía, prometía revisarlo hasta encontrarla.

Contrariamente a lo que solía pasar, fue Faure quien llevó la voz cantante. Fue él quien me ponía a prueba en cada pregunta, en cada dato que me obligaba a refutarle. No sabría decir si fue imaginación mía, pero le vi disfrutar. Se veía cada vez más implicado, tanto que incluso se levantó de la silla y empezó a pasear por su despacho. Yo lo observaba sentada en el sillón, siendo más consciente que nunca de su alta envergadura y lo imponente que resultaba.

Salí de allí convencida de que había hecho un buen trabajo. Puede que no fuera lo bastante bueno como para quedarme, pero me había permitido

reconciliarme con unos estudios que había acabado aborreciendo con el paso de los años, cada vez más decepcionada con mi elección.

Tanto Faure como Evans estuvieron encerrados en el despacho casi media hora más. Al salir, ninguno de los dos me dijo nada, y en la oficina todo volvió a la normalidad.

Yo, por mi parte, sentía que acababa de quemar mi último cartucho y esperaba que no me estallara en la cara.

Había una tradición en la oficina en la que, hasta el momento, yo no había participado: todos los viernes por la noche, después del trabajo, bajaban al bar de abajo a tomarse algo antes de ir a casa. Jefes incluidos.

Ese viernes en particular ya estaba recogiendo mis cosas para irme a casa cuando Evans se acercó a mi mesa.

—¿Por qué no vienes con nosotros?

Miré por encima de su hombro para ver a quién se refería con «nosotros», y me encontré con Faure abrochándose el abrigo negro. Se había subido las solapas, y su cara quedaba medio oculta por ellas. Estaba pendiente del móvil, y el corazón empezó a latirme como un loco ante la perspectiva de que estuviera mandándome un mensaje.

Debió tomarse mi silencio como signo de duda, porque volvió a insistir:

—Solo será un rato. Además, te lo mereces. Has trabajado muy duro.

Acabé asintiendo, agradecida por sus palabras, mientras un pequeño brote de esperanza surgía en mi interior.

—¿Vamos?

Faure se había acercado a nosotros, con las manos resguardadas en los bolsillos del abrigo. No vi en él rastro de la animosidad que flotaba entre nosotros desde hacía casi dos semanas, y eso me hizo sentir bien.

En el bar tuvieron que juntar varias mesas para que cupiéramos todos, y si lo que buscaba era acércame más a mis compañeros, lo había conseguido. Estábamos tan pegados que no había espacio ni para que corriera el aire entre nosotros.

Faure estaba sentado justo enfrente de mí, con las mangas del jersey subidas hasta el codo. Totalmente ajeno al escrutinio al que lo estaba sometiendo, reía de algo que Evans le estaba contando. Sus ojos se encontraron un segundo con los míos, y yo fui la primera en desviar la mirada,

fingiendo estar interesada la conversación de mis compañeros.

Tenía que controlarme y no mirarlo tanto. Alguien se daría cuenta y me podría meter en un lío más gordo del que ya estaba metida.

—Muy bien, chicos —Evans se había levantado, llamando la atención de todos—. Hoy es un día especial. Como sabéis, hace dos meses se incorporó a la familia un nuevo miembro.

Sonreí incómoda cuando me vi siendo el centro de atención del grupo.

—El lunes es el último día de Léa en la oficina. —Hizo una pausa dramática para que se me hiciera agria la cerveza, y para ganarme la lástima de mis ya ex compañeros. Evans me miró y se encogió de hombros, como si me estuviera pidiendo disculpas por adelantado—. Léa, lo siento mucho. Me temo que vas a seguir aguantándonos.

No lo entendí al principio, y por eso no reaccioné al brindis que tenía lugar sin mí. Aturdida, miré a mí alrededor, y me detuve en Faure, quien alzó el botellín de cerveza como saludo antes esconder una sonrisa dándole un trago.

Mientras tanto, mis compañeros me felicitaban, y yo esboqué una sonrisa tan grande que me hizo hasta daño en la cara.

Un rato después, me excusé para ir al baño, y cuando salí, encontré a Faure con los codos apoyados en la barra. Dudé un momento antes de acercarme, y acabé sentándome en el taburete de su lado. La imagen me llenó de recuerdos, pero los dejé de lado.

Alzó una ceja al verme, sin decir nada. Con lo que hablaba por mensajes y lo que costaba tirarle de la lengua en persona.

—Gracias.

—¿Por qué? —Se mostró sorprendido, aunque sabía perfectamente por qué se lo decía.

—Por darme otra oportunidad.

Faure suspiró, me miró y negó con la cabeza.

—Las oportunidades no se dan, Léa, se ganan.

Tanto tiempo llamándome Chartier, que me sorprendí ante lo bien que sonaba mi nombre en sus labios.

—Has hecho un buen trabajo con el informe. Son ideas generales, y hay mucho que pulir, pero tiene potencial.

Eso era lo más bonito que me había dicho nunca, laboralmente hablando. Teniendo en cuenta cómo era en el trabajo, y lo exigente que podía llegar a ser, era para sentirme orgullosa de mí misma que dijera aquello.

—¿Es gracias a eso que me quedo? Sé que no he sido la primera opción

desde el principio.

No era un reproche, aunque por la forma en que frunció el ceño, él pareció tomárselo así.

—No, no lo eras. —Me dio la razón, y aunque ya lo sabía, sentí el resquemor subirme por la garganta—. Demasiado alocada, demasiado sincera.

—¿Desde cuándo es un pecado ser sincera?

Faure echó la cabeza hacia atrás y soltó un fuerte suspiro. Parecía estar impregnándose de paciencia para explicarme las cosas.

—No hay nada de malo en ello, pero hay ocasiones en las que hay que saber comportarse, y eso no pasa por decir lo primero que se te pasa por la cabeza.

—Y por eso no quería contratarme —acabé por él.

—Eres demasiado impetuosa para mi gusto.

¿Quién estaba siendo el sincero ahora? Ciertamente era que mi boca me había metido en algún que otro lío, pero nunca me lo habían dicho tan claramente. Quizá porque nunca les daba la oportunidad de hacerlo.

—Fue Evans quien te contrató. No yo —reconoció, y yo asentí porque era algo que ya sabía.

¿Qué se supone que tenía que decir yo ahora? Uno de mis jefes no me quería en la empresa, no me lo podía decir más claro, e iba a estar trabajando a su lado durante mucho tiempo. Toda la euforia de momentos antes se desinfló hasta dejarme los hombros hundidos y pocas ganas de sonreír.

—Pero te quedas por mí.

Había centrado mi mirada en la gotita de líquido que había en la barra porque era demasiado descorazonador estar mirando a alguien a la cara y descubrir que no sentía el mínimo aprecio por tu persona. Pero al escucharlo hablar, alcé la cabeza de pronto, sorprendida. Sonreía de esa forma que estaba descubriendo que me gustaba, y que me creaba un cosquilleo de lo más agradable en el estómago.

—En estas dos semanas he visto en ti a alguien implicado de verdad.

Perdí momentáneamente la atención a sus palabras cuando se pasó la mano por el pelo, y me obligué a parpadear para escucharlo porque no era buena idea, en esos momentos, preguntarme si sería suave al tacto o si olería bien.

—Quitando esos molestos recordatorios cada cinco minutos sobre mis reuniones... —Sabía que lo había hecho adrede, y yo traté de poner mi mejor cara de inocencia. Por supuesto, no lo conseguí y la sonrisa arrepentida que esbocé, me delató—. Has hecho un buen trabajo. Solo espero que sigas así.

—Así será. Gracias.

—¿Dos veces en una noche? Debe ser un milagro.

¿Cómo lo hacía para levantar la ceja de esa forma? Era como lanzarme un guante blanco y no esperar que aceptara el reto. Debería haberme mordido la lengua, pero...

—No habrá una tercera.

Challenge accepted.

Su carcajada me tomó por sorpresa, y me quedé atontada viendo el cambio que se produjo en él. Y ahí estaban esas arruguitas alrededor de los ojos cuando se reía. ¿Dónde estaba el jefe irascible? Era como estar sentada con él en la discoteca, tomando una copa.

—Bienvenida, esta vez sí, a Faure-Anderson. —Alzó su botella de cerveza, y yo asentí, aceptando el brindis, porque no había pedido nada para beber—. Nos vemos el lunes.

—Gra... —Faure alzó una ceja, sabiendo lo que iba a decir, y apreté los labios para no decirlo—. Hasta el lunes entonces.

—Espero que vengas preparada, porque vas a trabajar como nunca.

Era una promesa —o amenaza— en toda regla, y llamadme masoquista, pero estaba deseando que empezara la nueva semana para empezar.

11

salve a la Reina.

Dios

Cuando Faure me dijo que iba a trabajar como nunca, no pensé que sería tan literal. El lunes por la mañana, cuando llegué a la oficina, tenía ya unas cuantas carpetas encima del escritorio. Me pasé casi toda la mañana redactando informes, respondiendo correos electrónicos y atendiendo llamadas. Se respiraba un ambiente frenético de trabajo, pero estaba todo tan bien organizado que funcionaba como una máquina recién engrasada.

Faure solo salía de su despacho para ir, con ese andar suyo tan enérgico, hasta la máquina de café, aprovechando el paseo para ladrar órdenes y pedir que le pusieran al día de lo que llevaban entre manos. Había aprendido a diferenciar los días en que arrastraba tras de sí un tufillo a mal humor, de los normales. Era gracioso cuando estaba así de irascible, aunque no era algo que fuera admitir nunca ante él. Más de una vez había tenido que contener la risa cuando, desde su despacho, me llegaban los bramidos que soltaba, echándole la culpa al mundo por haberse confabulado en su contra, o renegando que se había vuelto invisible porque hablaba y nadie le hacía caso.

Me seguía imponiendo cuando se ponía así, no os vayáis a creer, porque era una fuerza de la naturaleza que lo arrasaba todo a su paso, pero ya no me encogía cuando me miraba como si fuera la mismísima Pandora y hubiera sustituido un montón de carpetas por la vil caja. Ahora, alzaba una ceja en un gesto que le había visto hacer a él cientos de veces, y después se marchaba remugando por lo bajo algo que sonaba como «secretarias insolentes».

Pero insolente o no, creía que valía lo suficiente como para participar en los procesos de publicidad de cada campaña de marketing que hicieran. Mis conocimientos de la materia estaban algo oxidados aunque, con ese tono suyo tan característico, me había dicho que a su lado me pondría las pilas en nada. Llamadme mal pensada, o acusadme de tener la mente sucia, pero mis pensamientos cogieron la directa hacia una dirección que no me convenía.

Tampoco ayudaba que las charlas por mensajes fueran tan bien, y que cada vez me resultase más atractivo pese a ese aire malhumorado que casi siempre lo acompañaba. Estaba descubriendo una vena masoquista que no sabía que tenía.

Volviendo al tema laboral, estábamos todos en la oficina con los nervios a flor de piel, como cada vez que llegaba un cliente nuevo y había que causar la mejor impresión posible. La diferencia estaba en que este nuevo cliente, el señor Maunier, prometía ser de los que lanzaban carreras o las hundían.

El viernes salí pronto de casa por la mañana y pasé por la pastelería antes de ir a la oficina. Había pensado en coger una bandeja de dulces para causar

buena impresión. No me dio mucho tiempo a charlar con Agatha, Monique o Audrey, porque ellas tenían trabajo y yo no quería llegar tarde al mío, pero nos deseamos ánimos para el día.

Me topé con Evans en el ascensor, y enseguida trató de averiguar qué era la caja que llevaba en brazos.

—¿Qué es eso?

—Nada para ti —le dije, moviéndome de forma que no pudiera meter las manazas. Me reí al ver que se movía por el otro lado, y le corté el paso—. Es algo para los clientes.

—¿Has comprado dulces para ellos? —preguntó, olisqueando el aire, como un perro.

—He investigado un poco. —Salí del ascensor y me acerqué al pequeño cuarto que usábamos de área de descanso, donde podría dejar los dulces en la nevera—. El señor Maunier es un apasionado de la repostería. Y resulta que le encantan las *religieuse* de café.

Las *religieuse* eran un postre hecho con dos buñuelos de pasta *choux*, uno grande y otro pequeño, puestos uno encima de otro. Iban rellenos de crema de café y cubiertos por un glaseado del mismo sabor. Las posibilidades con los sabores eran infinitas, encontrándolos de fresa, limón, pistacho o crema de leche.

No me gustaba quedar como una tonta delante de un cliente, y más si este era conocido, así que me encargué de hacer una búsqueda por internet. Era un importante promotor inmobiliario que ahora, casi a las puertas de la jubilación, había decidido que quería dedicarse a la telefonía móvil, como si no hubiera ya bastantes compañías repartidas por todo el país.

—Solo es un pequeño detalle, para que vea que aquí le cuidaremos bien.

—¡Esa es mi chica! —Me pasó un brazo por los hombros, y así salimos del cuarto para irnos a nuestra oficina.

Puede que alguien de fuera viera en ese gesto una muestra de interés, pero lo cierto es que Evans era así con todo el mundo. Abrazaba y estrechaba manos con naturalidad, como si para él fuese normal ese tipo de contacto con la gente. Yo nunca me había sentido incómoda, pero cuando nos encontramos con Faure en la puerta de su despacho, con los brazos cruzados y el ceño fruncido, me revolví ligeramente y me aparté. Ni siquiera sé por qué lo hice, pero de pronto no quería que él me viera tener ese tipo de familiaridad con otra persona.

Llamadme tonta, podéis hacerlo.

—Léa, coge la agenda y ven a mi despacho.

Eso, traducido en mi idioma, sonaba algo así como: «Buenos días, Léa. ¿Podrías coger la agenda y venir a mi despacho? Por favor y gracias».

Asentí, dejé el bolso colgado de la silla, y me quité el abrigo para colgarlo en la percha. Para ese entonces, y como cada vez que tenía que reunirme con él en su despacho, ya tenía un nudo de ansiedad y expectación retorciéndome las entrañas. Puede que estuviera siendo una exagerada, y que no había pasado nada entre nosotros para que mi cuerpo —y mi mente— actuaran así, pero me ponía nerviosa. Yo, que era una persona que vivía en un estado constante de agitación e hiperactividad, debería estar acostumbrada a esas aceleraciones de mi corazón, o a que se me entrecortara la respiración, y ahí estaba, sufriendo los efectos de un vértigo que hacía temblar algo más que mis piernas.

Lo encontré hablando por teléfono, sujetando el aparato entre la oreja y el hombro, mientras usaba las manos para escribir a ordenador. Como siempre, se había arremangado las mangas del jersey, y me sorprendí al encontrarme con una pulsera de actividad inteligente, de las que controlaban el ritmo cardíaco y otros parámetros en aquellos que practicaban deporte. Mi único deporte era correr para llegar al tren, así que dudaba que me lo convalidaran para algún maratón o algo.

Con un gesto de la cabeza, me indicó que me sentara, y yo lo hice con la espalda recta, con las piernas una al lado de la otra. Me gustaba sentarme con las piernas cruzadas encima de cualquier silla o sillón, una postura nada adecuada en estos momentos.

Debería dejar de fijarme tanto en él, pero yo era como esos insectos inconscientes que, pese a gritarles que se van a quemar, siguen volando como idiotas hacia la luz.

Cuando colgó, giró la silla para quedar frente a mí, y por un momento pareció sorprendido al verme. No sé qué le pasó por la cabeza durante esos segundos, pero sacudió la cabeza y se recompuso enseguida.

—Tenemos mucho trabajo que hacer.

Dejamos claras las tareas para ese día, y nos pusimos enseguida con el plan para la semana siguiente.

—Hay algo que necesito comentarte. —Rebuscó entre los papeles hasta que encontró la tarjeta de un hotel que después me entregó—. Tengo que visitar la semana que viene a un cliente en Toulouse, sabes que a veces lo hacemos, y necesito que hagas una reserva para dos en ese hotel.

—¿Para dos?

—Sí. —Alzó la mirada, y clavó sus ojos azules en mí—. Tú vienes conmigo.

Teniendo en cuenta cómo estaba mi mente de desatada, os podréis imaginar cómo se puso de contenta cuando juntó todo lo que había dicho y se formó sus propias ideas. Se me daba de fábula fantasear.

Tenía razón Blanche al decir que, luego a ser más tonta, y no nazco.

—Creo que no acabo de entender del todo... —conseguí decir pese a que él ya no me prestaba atención y estaba consultando algo en el ordenador—. ¿Le acompaño?

—¿Hay algún problema con ello? —Otra vez esa ceja alzada, y ese reto en la mirada.

—No, es solo que me ha sorprendido. Pensaba que...

Estaba claro que pensar era lo que menos estaba haciendo, pero...

—Nos iremos el martes por la mañana, y volveremos el miércoles después de comer.

—¿Tengo que hacer reserva de avión, tren...?

—Iremos en coche. Así que, si me pasas la dirección de tu casa, pasaré a recogerte.

Cuando les contara esto a mis amigas, iban a volverse locas. Y si se lo decía a Agatha, era capaz de esconderse en el neceser.

No sabía a qué distancia estaba París de Toulouse, pero lo que sí tenía claro es que iban a ser muchas horas encerrada en el coche con él. Ahora solo faltaba que nos dijeran que solo les quedaba una habitación en el hotel y que tendríamos que compartirla, y ya estaba la película montada.

Me puso al día de lo que tendríamos que hacer en Toulouse, y lo que esperaba de mí durante ese viaje. Iba a ser su soporte, y me serviría también como toma de contacto de primera mano de lo que se hacía fuera de las oficinas.

Al terminar la reunión con el señor Maunier, estuve a punto de colgarme la corona de laurel y declararme vencedora del combate.

Entró en las oficinas con andares de superioridad, algo normal en un hombre que estaba acostumbrado a limpiarse las manos con billetes de cien euros, y tuve que apretar los labios para que no se me escapara la sonrisa al ver a Faure mostrarse más suave que una toallita de bebés. ¡Ver para creer!

Pocas eran las veces en las que se quedaba sin argumentos, y se notaba que no estaba acostumbrado. Hasta Evans, que nunca perdía la sonrisa por muy complicada que estuviera yendo una reunión, tragaba copiosamente, claramente agobiado. Estaba claro que no estaba yendo bien, y la frustración era evidente por las dos partes. Entre uno que no conseguía hacerse entender y comprender, y los otros que no veían con buenos ojos la información que estaban recibiendo, no conseguían llegar a un punto medio.

Al ver que Faure estaba a punto de saltar encima de la mesa, a juzgar por lo blancos que tenía los nudillos y que no tardarían en partir en dos la pluma estilográfica con la que siempre escribía, decidí intervenir. Propuse tomar un pequeño receso, y parecieron agradecerlo.

Faure y Evans se disculparon y salieron fuera de la sala, charlando en un rincón. El señor Maunier, sin moverse de la silla, le había pedido a su ayudante que le trajera un café. ¿Y qué hice yo? Ganarme al hombre por medio de su estómago. Saqué la bandeja de dulces y, con toda la inocencia, la dejé en la mesa.

—¿Y qué es esto? —preguntó con sospecha, frunciendo el ceño de tal forma que sus dos cejas pasaron a ser una sola.

—Un pequeño refrigerio —respondí con amabilidad—. En Faure-Anderson nos gusta cuidar de nuestros clientes.

Deberíais haber visto cómo se le iluminó la cara al ver las *religieuse*. Pidió permiso con la mirada y yo asentí. Tuve que apartar la mirada, incómoda, por la cara de placer que puso cuando le dio el primer mordisco.

—Están incluso más buenos que las que hacía mi abuela —reconoció, limpiándose la boca con una servilleta—. ¿De dónde son?

—De la pastelería de una amiga. *Coeur de sucre*.

—¿Cómo has sabido que me gustaban?

Yo me sonrojé por haber sido pillada, pero él no dio muestras de haberse molestado. Parecía más bien curioso.

—Sé lo duras que pueden ser estas reuniones, y también que un pequeño detalle puede equilibrar la balanza.

No respondió; tampoco fue necesario que lo hiciera. Su semblante se había serenado, y aunque no creía que el dulce fuera a hacer que acabase por contratarnos, sí que parecía mostrarse más receptivo a las ideas que tanto Faure como Evans le ofrecieron.

Se marchó, casi dos horas después, con más predisposición de la que entró, dejando tras de sí un aire de esperanza del que todos se impregnaron.

—Creía que tendría que sacudirle y decirle que volviera a los inmuebles, que se le daba mejor.

Todos seguíamos en la sala de reuniones, y Faure, mostrando un agotamiento que me sorprendió, se dejó caer en la silla, estirando sus largas piernas. Apoyó la cabeza en el respaldo, con la cabeza hacia atrás. Evans, por su parte, estaba comiéndose la última *religieuse* que quedaba.

—Ha sido un hueso duro de roer —dijo Evans, aflojándose el nudo de la corbata.

—Pero Léa nos ha salvado el culo.

Menos mal que estaba sentada o me habría caído redonda en el suelo. Con la cabeza vuelta hacia mí, su sonrisa agradecida me dejó tan afectada que noté como me subía el sonrojo por el cuello, asentándose de forma alarmante en mis mejillas. ¿Quién necesitaba colorete cuando le decían estas cosas?

—Gracias. —Asintió en mi dirección.

—Solo estaba haciendo mi trabajo.

Puede que por fuera no quisiera llevarme el mérito completo de lo que había pasado, pero por dentro estaba siendo coronada como la nueva reina de la empresa.

—Pues buen trabajo, entonces.

—Ya sabes lo que dicen... «*C'est le morceau de sucre qui aide la médecine à couler, la médecine à couler...*»

Salí del despacho con las risas de Evans y Faure siguiéndome. *Mary Poppins* era una de mis películas favoritas, y todo el mundo sabía que, con un poco de azúcar —y actitud—, todo podía solucionarse.

12

Mataré

al próximo que diga que ronco

No pegué ojo el lunes por la noche, y cuando sonó el despertador a las

cuatro de la mañana, quise llorar. Había visto pasar todas las horas, y estaba agotada de tanto dar vueltas por la cama. Me levanté porque tenía que hacerlo, pero lo hice con los hombros hundidos y arrastrando los pies como si me esperase el cadalso al final del camino.

Los nervios me habían cerrado el estómago, así que pasé de largo la cocina y me metí en el baño. El orco pelirrojo del espejo me devolvió la mirada, y le enseñé los dientes, amenazante, antes de inclinarme para lavarme la cara con agua fría. Me temblaban hasta las manos, y me daba rabia que este tema me afectara tanto.

Iba a pasar seis horas de coche con él, ¿y qué? No era la primera vez que viajaba en coche, y menos a solas con un hombre, pero con él todo me parecía un mundo.

Mis padres debieron llamarme Exagerada en vez de Léa, porque, desde luego, iba más con mi personalidad.

Para cuando recibí la llamada perdida de Faure avisando de que ya estaba debajo de mi casa, yo estaba pensando en presentarme al casting para la próxima película de *Spiderman*. Lo de subirme por las paredes lo tenía controlado, y estaba segura de que el traje me quedaría de fábula.

Con los ojos hinchados por la falta de sueño, me metí en el ascensor, que ese día había decidido funcionar. No sé cómo no me desniqué con la cabezada que di, y juraría que me entraron en la boca una bandada de pájaros, una estampida de leones y un par de dinosaurios mientras bostezaba.

Faure había aparcado en doble fila, y salió del coche en cuanto me vio aparecer por el portal.

—Buenos días. —Vino a mi encuentro, quitándome la maleta de las manos.

—Buenos días —respondí, reprimiendo un bostezo.

En serio, ¿cómo podía estar tan fresco a esas horas? ¡Ni siquiera había salido el sol aún! Mientras lo veía coger mi maleta para dejarla en el maletero, me fijé en algo en lo que no había reparado hasta el momento. Pese a lo brusco que podía ser a veces, y lo abrumador que podía llegar a ser con su intensidad, sus movimientos podían llegar a ser delicados y hasta elegantes. Y eso lo hacía, casi con toda seguridad, más peligroso.

—¿Nos vamos?

Miré con aprensión el asiento del copiloto, y me armé de valor antes de entrar. El aire acondicionado mantenía caliente el coche, por lo que me quité el abrigo para no asarme de calor después. Faure esperó a que me pusiera el cinturón para incorporarse al tráfico.

Ninguno de los dos dijo nada en los primeros minutos de trayecto, mientras avanzábamos por una ciudad que ya empezaba a despertarse.

Yo miraba por la ventana, evitando en todo momento mirarlo a él. Habíamos hablado la noche anterior por mensaje, y ahora estaba sentada a su lado sin que supiera que yo era la mujer con la que hablaba todos los días y le contaba cosas que no le había contado a nadie. Cada vez me costaba más separar una situación de otra.

—Llegaremos justo a la hora de comer —comentó, después de un rato. Apartó los ojos un momento de la carretera y me miró—. ¿Estás bien?

—Una mala noche. No es nada —respondí con el tono más desapasionado que pude.

—El viaje es largo, puedes echar una cabezadita si quieres —propuso, y yo no supe qué responder—. Te despertaré cuando haga la primera parada, ¿vale?

Asentí y me moví hasta encontrar la postura menos incómoda. Le miré una última vez antes de cerrar los ojos. Pensé que me costaría más, pero debía de estar más agotada de lo que pensaba, porque me dormí enseguida.

Me desperté como Debra Messing en *El día de la boda*, con el pelo hecho un desastre y babeando después de dormir como un lirón buena parte del trayecto. La diferencia era que a mí no me esperaba un gigoló como Dermot Mulroney, sino un Asier Faure-Dumont la mar de divertido. ¿Podía una persona sentirse más avergonzada que yo en esos momentos? ¿Dónde estaban las capas de invisibilidad cuando una las necesitaba? Me habría gustado tanto desaparecer en esos momentos...

—Te preguntaría qué tal ha ido la siesta, pero creo que tus ronquidos lo han dicho todo —soltó en un tono jocoso.

—¡Yo no ronco! —exclamé, indignada. Se me había ido el sueño de golpe, y lo miré, frunciendo el ceño.

—He tenido que subirle la voz a la música porque no me dejabas escucharla.

Se estaba quedando conmigo, y estaba tan mortificada que no podía evitar entrar al trapo.

—No ronco —repetí, como si así lo hiciera desaparecer.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que no roncas como un camionero, pero que haces unos ruiditos muy graciosos?

—¡No!

Ahí sí que no pudo aguantarlo y se echó a reír. Echó atrás la cabeza, y soltó

una carcajada gutural que puso a bailar la conga a mis hormonas. Se me erizaron hasta los pelos de los brazos.

—Si te sirve de consuelo, yo sí que ronco.

—¿Cómo un camionero? —pregunté, notando como una sonrisa divertida tiraba de mis labios. Él asintió, con el humor brillando en sus ojos azules—. En ese caso, sí, me sirve de consuelo.

Hubo un momento de complicidad cuando nos miramos y sonreímos a la vez. Sería demasiado fácil acostumbrarse a esto, tanto que podría llegar a asustarme.

Cinco minutos después, paramos en una estación de servicio, y mientras él ponía gasolina, yo me acerqué al baño. No tenía tan mal aspecto como habría creído, sin contar las ojeras, claro. Me peiné el pelo con los dedos y lo recogí en una coleta.

Encontré a Faure apoyado en el coche, con un vaso de papel en una mano, y el teléfono móvil en la otra. ¿Me estaría escribiendo? Me había dejado el teléfono en el bolso, y este estaba dentro del coche.

—No sé cómo te gusta el café, así que te he pedido uno con leche —se disculpó, tendiéndome otro vaso.

—Gracias.

Lo rodeé con las manos, y le di un pequeño sorbo. Me habría recostado en el coche a su lado, pero me quedé plantada frente a él. Aprovechando que había cerrado los ojos y parecía estar disfrutando de la cálida caricia del sol en su cara, lo miré largo y tendido. Un cosquilleo de emoción me estremeció por dentro ante la sola ilusión de mis manos enredándose en su revuelto pelo castaño, o mis labios rozando los suyos.

—¿Qué miras? —Me había pillado mirándolo, aunque parecía más curioso que enfadado.

—A usted —respondí sin pensar mucho en la respuesta, y rogué a todos los dioses, desde Zeus hasta Alá, para que no me estuviera sonrojando hasta la punta de las orejas—. Está diferente. No sé, más... ¿relajado?

Seguía sin tutearlo, aunque cada vez me costaba más tratarlo de usted.

—¿Acaso no estoy relajado en el trabajo?

El sol dándole en la cara hacia que entrecerrara los ojos, pero no me hacía falta que los tuviera abiertos del todo para saber que me estaría mirando de esa forma que siempre conseguía llevarse con él varios latidos de mi corazón.

—¿En serio me está preguntando eso? —Esta vez fui yo la que alzó una ceja, y él se echó a reír—. He estado a punto de comprarme una espada y un

escudo para entrar en su despacho.

—Cualquiera diría que eres gladiadora y no publicista.

Que me llamase publicista y no secretaria había sido todo un detalle por su parte, y me había halagado hasta límites insospechados.

—No soy ni una cosa ni otra, señor.

—Pero vas por el buen camino para llegar a lo segundo —declaró con seguridad.

Le dio un último trago a su café y esperó a que yo terminara el mío para tirar los vasos a la papelera. Era el momento de emprender el viaje otra vez, así que nos subimos al coche. Puso la música a un volumen medio, para que pudiéramos hablar sin tener que alzar la voz.

—Y Léa... —Me giré para mirarlo—. Puedes llamarme Asier.

Llegamos a Toulouse a tiempo para dejar las maletas en la habitación del hotel e irnos a comer.

Había esperado encontrarme con un hotel moderno y elegante, pero lo que tenía ante mis ojos se podía clasificar de todo menos de esa forma. Estaba en un *château* del siglo dieciocho, con unos inmensos y verdes jardines que me habían dejado boquiabierto a medida que el coche se adentraba por el sendero. La fachada clara estaba impoluta, y me faltaron dedos en las manos para contar la enorme cantidad de ventanas que había, repartidas en las dos plantas superiores.

Fue entrar dentro y sentir que, al cruzar el umbral del gran portón, había viajado en el tiempo. Los muebles, clásicos y nada recargados, estaban tan bien cuidados que tuve miedo de sentarme en una de las sillas.

Jean Fourneau nos estaba esperando ya en el restaurante, y se levantó a saludarnos nada más vernos entrar por la puerta.

—¡Ash, muchacho!

Los dos hombres se saludaron con un efusivo abrazo, y yo me quedé a un lado, sorprendida por la familiaridad con la que se trataban. Asier imponía con su elevada estatura, pero el señor Fourneau, pese a no rozarle siquiera los hombros, desprendía un aura de respeto que despejaba las dudas sobre quién mandaba.

—¿Y esta jovencita quién es?

Estuve a punto de levantar la mano para saludarlo, pero me limité a

sonreír.

—Es Léa, mi ayudante.

Ayudante, secretaria, gladiadora, publicista... A este paso, necesitaría un paquete de quinientas hojas para rellenar el currículum.

—Un placer conocerlo.

—Lo mismo digo. —Me soltó la mano después del saludo, y señaló las sillas a su lado—. ¿Comemos?

Aún no habíamos acabado de sentarnos cuando ya teníamos el primer entrante frente a nosotros. El primer bocado fue una auténtica explosión de sabores, y se me encogieron los dedos de los pies ante el placer que estaba sintiendo al comer. Empecé a urdir un plan para secuestrar al —o la— responsable de esa maravilla, y obligarla a cocinarme todos los días.

—Y cuéntame, Léa, ¿cómo te va por Faure-Anderson?

Abrí la boca para responder, pero crucé una mirada con Asier. No daba muestras de estar preocupado por lo que pudiera decir.

—Bien —respondí.

—¿Bien? ¿Y ya está? —El señor Fourneau pareció decepcionado y Asier, divertido—. Te voy a dar un consejo: no te dejes amilanar por esos dos, que de vez en cuando se merecen que les bajen los humos.

Me tapé la boca para que no se me escapara la risa.

—Es la segunda persona que me dice eso. Una vez más y empezaré a creer que es verdad.

—¿Quién más te lo ha dicho?

—Mi padre —respondió Asier con buen humor—. Y a Léa solo le ha faltado escucharlo una vez para tomarse en serio esas palabras.

—Nadie lleva mejor unos pantalones que una mujer que sabe lo que vale.

—Cierto.

¿Era respeto eso que asomaba por los ojos de Asier? Boqueé porque no sabía qué decir, y escondí mi alborozo agachando la cabeza y comiendo.

Ellos siguieron como si nada hubiera pasado, y pronto dejaron los temas personales para adentrarse en los laborales. El señor Fourneau era dueño del *château*, que llevaba en su familia desde los tiempos de Catalina de Médici, y que había sufrido varias reformas a lo largo de los siglos, adaptándose a los estilos arquitectónicos de la época.

No fue hasta cincuenta años atrás que decidieron convertirlo en un hotel. Los gastos de mantenimiento eran desorbitados y muy difíciles de soportar para una familia que, pese a ser acaudalada, no podía permitirse ese lujo. Hizo

falta una gran inversión para acondicionarlo, y viendo el resultado, había valido la pena.

—Margot ha estado trabajando en varios proyectos, y es de ellos de los que quería hablarte.

—¿No está por aquí? —Como si esperase ver a esa tal Margot, Asier recorrió el restaurante con los ojos.

—Está en Dublín —respondió el hombre, y debió ver la confusión en mi cara—. Margot es mi hija mayor. Y una gran amiga de Asier, aunque hubo un tiempo en el que fueron algo más que eso.

Me dolió la cara de lo mucho que forcé la sonrisa. No tenía motivos para estar celosa, pero la sensación me había dejado con tan mal sabor de boca, que noté algo agrio y desagradable subirme por la garganta. Solo hizo falta escuchar el tono con que lo dijo para no tener dudas de cuál era el cariz de esa relación.

—Soy amigo de todas tus hijas, Jean —respondió Asier, tuteándolo, pasando por alto la última frase del hombre. Después, me miró a mí—. Jean es el padre de Diane, la prometida de mi hermano. Y, además, padrastro de Evans.

Todo quedaba en familia, por lo que estaba viendo. Aquello era como la serie *Dinastía*, donde las ramas del árbol genealógico se enredaban unas con otras hasta perder por completo el origen.

Me pusieron al corriente. Marie, la madre de Evans, se casó con Jean Fourneau después de quedarse viuda muy joven, cuando su hijo tan solo tenía tres años. Fruto de ese segundo matrimonio nacieron Margot y Diane.

El resto de la comida y el postre lo pasaron hablando de los planes que la chica tenía para el hotel, no queriendo centrarse solo en ello. Quería ampliar horizontes, algunos, según Asier, demasiado ambiciosos, aunque prometió tenerlos en cuenta y les ofrecería alternativas.

Fourneau se llevó con él todas las palabras porque, después de su marcha, Asier y yo nos quedamos en silencio en la mesa.

—¿Tenemos algo de trabajo que hacer? —pregunté porque no soportaba más ese silencio.

—Puedes tomarte la tarde libre. —Sonrió, levantándose—. ¿Por qué no das una vuelta por los alrededores? Hay unas vistas increíbles aquí.

—Sí, haré eso —¿Por qué me sentía tímida ahora?

—¿Quieres que cenemos esta noche?

Asentí, y me quedé mirándolo hasta que desapareció por la puerta.

En ese momento, lo único que me vino a la cabeza, fue la ropa que me pondría. Estaba claro que mis prioridades necesitaban una reacomodación, porque estaban algo desordenadas.

13

Y de
postre, una discusión aderezada con chocolate.

En la ducha, me decía a mí misma que no era necesario arreglarme tanto y

que bastaría con unos cómodos vaqueros y un jersey para estar presentable. Secándome el pelo y poniendo especial énfasis en resaltar mis ondas naturales, pensaba que no tenía sentido perder el tiempo porque iba a acabar recogíendome en una coleta. Después, mirándome al espejo mientras me ponía máscara de pestañas, le decía a mi reflejo que Asier ni se daría cuenta. Podría moverlas hasta formar un vendaval y él solo pensaría que hacía un poco de viento.

Entonces, ¿por qué me esforzaba tanto? No es como si aquello fuera a ser una cita o algo por el estilo. Pero al encontrármelo esperándome a los pies de la escalera, no me hubiera importado que lo fuera. Como una tonta, esboqué una tímida sonrisa como saludo cuando se dio la vuelta y reparó en mí. Me gustó ver que también él se había esmerado en su aspecto, con el pelo húmedo peinado hacia atrás y la barba recortada. La sorpresa me la encontré al reparar en sus gafas, pues no tenía ni idea de que usase lentillas a diario.

—¿Vamos?

Como ya presentía, no se dio cuenta ni del pelo, ni de la ropa, ni mucho menos del pequeño detalle de que mis pestañas lucían más largas y marcadas.

Nos acomodaron en una de las mesas cercanas a los grandes ventanales, y desde ahí se podían ver los jardines, iluminados con sobre muros que marcaban el límite del sendero por el que esa tarde había paseado. Sentados uno frente a otro, nos pasó lo mismo que antes, que no sabíamos qué decir.

Por mensajes podíamos hablar de cualquier cosa, y físicamente era como si solo nos uniera el trabajo.

—¿Cómo ha ido la tarde?

—Bien —respondí, jugueteando con el borde de la servilleta—. Dan ganas de perderse por estos lares y no volver a la civilización.

Mostró su conformidad soltando una risa y asintiendo a su vez. La sonrisa me duró poco, pues estaba tan nerviosa que no sabía qué decir. Y él, más que nervioso, parecía incómodo.

—Me han recomendado el *con a ven*. Dicen que es el mejor de esta región.

Puede que fuera el mejor pollo al vino de la región, pero no podría superar al de mi padre.

Fue eso lo que pedimos para cenar, junto con una botella de vino blanco. Los entrantes los comimos en silencio, evitando, en casi todo momento, mirar más allá de nuestros platos. Actuábamos como dos desconocidos, y cuando una de las veces lo miré de reojo, descubrí que eso éramos. Sabía cosas de él, sobre todo porque había sido él mismo quien me las había contado, pero no lo

conocía.

—¿De dónde eres?

Su pregunta me pilló por sorpresa, sobre todo porque no me esperaba que optara por los temas personales.

—De La Gravelle, un pequeño pueblo perdido de la mano de Dios.

A veces me sorprendía de lo mucho que echaba de menos el lugar donde crecí pese a hacer años que no iba.

—No lo conozco.

—Lo sorprendente sería que lo hicieras. —Sonreí, pues él no había sido el primero en poner cara de extrañeza al escuchar el nombre—. No es tan bonito como esto, pero es un sitio lo bastante especial como para querer quedarse.

—¿Y por qué te fuiste?

Asier había terminado con su cena y había dejado los cubiertos encima del plato. Con los codos apoyados en la mesa, me prestaba toda su atención. Y si le mirarais a los ojos como estaba haciendo yo, seguro que sentirías el mismo vértigo que yo.

—Porque se me quedó pequeño, y yo quería ver mundo —expliqué, apartando también los cubiertos—. Me fui con dieciocho años, y solo pensaba en el montón de experiencias que tenía por descubrir. Pronto me di cuenta de que no era todo tan bonito como yo creía.

—¿Qué pasó?

—Que ser adulto no es fácil.

Asier se echó a reír, y yo sonreí también. Tengo que confesar algo: nunca me habían gustado las gafas en un chico; lo veía más como un pegote que otra cosa, pero a él le añadían atractivo. Como si lo necesitase. Le daban un aire intelectual difícil de resistir. Casi podía imaginármelo en la universidad, yendo a la biblioteca y todas las chicas peleándose por sentarse a su lado para que les explicara las cosas con esa voz tan grave que tenía.

—Raramente lo es —concordó conmigo.

—¿Sabes cuál es el problema? —pregunté, y continué sin esperar respuesta por su parte—. Que no hay margen de error. Quiero decir, con diecisiete o dieciocho años tienes que elegir qué quieres ser de mayor, cuando la gran mayoría no sabe siquiera quién es. Puedes elegir unos estudios en base a una asignatura que se te da bien en el instituto, sacarte la carrera porque no quieres decepcionar a la gente que te ha apoyado, y, al cabo de unos años, darte cuenta de que eso no era lo que tú querías. Y no puedes volver atrás porque ya eres lo bastante mayor como para estudiar otra vez y se exige de ti

que tengas un trabajo, te independices y pienses en formar una familia.

Después de mi discurso, me callé de golpe. Yo misma me sorprendí por lo amargada y resentida que había sonado. Me temblaban las manos cuando cogí la copa de vino, y le di un trago para tener algo que hacer, mientras notaba como Asier me miraba fijamente, sin decir nada.

—Tomar decisiones nunca es fácil —dijo al cabo de un momento, torciendo el gesto

—Pero unos lo tienen más fácil que otros para afrontarlas —respondí haciendo referencia a la buena colocación de su familia.

A él no le habrían hecho falta becas para costearse otros estudios, ni tampoco compaginar el trabajo y las clases para llegar a fin de mes. No pretendía insultarlo diciendo que su vida había sido más fácil que la mía, pero estaba claro que había tenido más posibilidades que yo. Era una realidad que él se lo tomó a mal. Frunció el ceño, molesto.

—A mí no me han regalado nada —respondió, estremeciéndome con su frialdad. Había enderezado la espalda y había vuelto a mirarme con el mismo desagrado del principio—. He tenido que pelear por todo, como cualquier otra persona.

—No estoy diciendo lo contrario —traté de defenderme.

—Pues quizá deberías pensar antes de hablar —me espetó con dureza.

Boqueé, estupefacta por su ataque. Se me escapó una risa incrédula y miré al jardín para no mirarlo a él. No me hacía falta tampoco. Tenía demasiado presente lo marcada que tenía la mandíbula por lo fuerte que la apretaba, o los nudillos blancos al tener las manos en puños. Le latía una vena en la frente, señal de que estaba enfadado de verdad.

Sus ojos azules parecían hielo cuando volvieron a fijarse en mí después de haber apartado la mirada.

—Me he dejado la piel para sacar esta empresa adelante, y no he tenido ayuda de nadie. —Rezumaba cabreo e indignación—. Estuve dos jodidos años trabajando sin parar en muchos sitios, y ahorrando cada maldito euro para poder afrontar la inversión. Estoy hasta el cuello de deudas por culpa del puto préstamo con el banco, y trabajo más de catorce horas al día. No sé quién te crees que soy, pero en la vida me han regalado nada.

Su estallido me echó para atrás, consiguiendo que pegara la espalda en el respaldo de la silla. Me faltaba hasta la respiración, y el corazón se había vuelto loco en mi pecho. No había levantado la voz, pero no habría tenido más efecto de haber gritado. Tenía clavadas en el oído sus palabras arrastradas,

con el desdén esparciéndose por mis venas como el peor de los venenos. Por eso no era de extrañar que quisiera echar a correr hasta llegar a mi habitación y llorar sin que nadie me viera. Y él menos que nadie.

—Necesito salir a tomar aire —balbuceé, con la voz entrecortada.

Arrastré la silla con más fuerza de la que debería, y me escabullí con las piernas temblando. Tenía un nudo de ansiedad en la boca del estómago, y sentía que podría ponerme a vomitar de un momento a otro.

¿Cómo podía haberse torcido tanto una cena? Había tenido tantas esperanzas, y ahora más que nunca me daba cuenta de que no podría haber nada entre nosotros más allá de la relación laboral que teníamos. Por mucho que hubiera llevado la máscara aquella noche, yo jamás sería Serendipia para él.

Salí fuera, insuflando aire a unos pulmones que parecían haber reducido su tamaño porque me faltaba la respiración y sentía que me ahogaba. Nunca me habían gustado las discusiones, y esta impotencia era uno de los motivos.

Estuve varios minutos dando vueltas por los jardines, dudando entre entrar otra vez o irme a mi habitación. En esos momentos, lo que menos quería era enfrentarme a él otra vez. El viaje de vuelta iba a ser todo un infierno. Finalmente, decidí quedarme un rato más en la intemperie, sentada en un banco frente a una bonita fuente iluminada.

No me moví ni cuando escuché el sonido de unos pasos pisando la gravilla y acercándose a mí; tampoco hice nada cuando Asier se sentó a mi lado, a una distancia prudencial. Ni siquiera le miré de reojo cuando suspiró con fuerza.

—Siento haberte hablado así —empezó, y la gravedad de su voz consiguió lo que no había conseguido la brisa fresca: estremecerme—. Pero has tocado un tema delicado para mí.

Me tragué las disculpas, y apreté los labios. Afrontaba mi parte de culpa, pero él se había pasado en su reacción. Estaba cansada de pedir disculpas por lo que decía, y de sentirme tonta porque alguien me lo echase en cara, así que esa vez me regalé los oídos con una disculpa.

—No tienes ni idea de lo complicado que es tratar de sacar esto adelante teniendo como competencia a mi propio padre. Siempre me comparan con él, y creen que tener mi propia empresa no es más que un capricho de niño rico. Tengo que demostrar cada día lo que valgo, y no es fácil cuando ponen en entredicho cada decisión que tomo o las ideas que tengo.

Ahora entendía muchas cosas, como la agresividad en su trabajo y la exigencia a la que sometía a sus trabajadores; por eso no había querido

contratarme, porque yo no aportaba nada a la plantilla, todo lo contrario. Conmigo en la empresa habría un eslabón defectuoso que podría mandarlo todo a tomar viento. Y si en algún momento había sentido, aunque fuera un poco, confianza en mí misma y mi trabajo, esta acababa de irse por el retrete después de tirar de la cadena.

—En ningún momento he querido ofenderte —dije al cabo de un rato, pero seguía sin mirarlo.

—Lo sé, y yo no debería haber reaccionado así.

Lo miré. Estaba inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en la fuente. Se retorció las manos con nerviosismo. Llevaba el pelo seco ya, y se le ondulaba en las puntas, sobre todo a la altura de la nuca. Aparté la mirada, y esta vez fue mi suspiro el que se escuchó en esa callada noche.

—Hace una buena noche para pasear. ¿Te apetece?

De habérmelo preguntado al principio de la noche mi respuesta habría sido diferente a la de ahora. Sonaba bien eso de pasear de noche, a la luz de la luna, pero iba a ser una tortura después de la discusión porque no me sentía cómoda con él. No es que hubiera dejado de gustarme después de esa muestra innecesaria de carácter y mal humor, pero sí que me había dolido más de lo que habría creído posible.

—Mejor voy a acostarme —respondí, levantándome del banco de piedra.

Asier se levantó también y, plantada frente a él, me sentí pequeña e insignificante. Desde la distancia me llegaba el olor a cítricos, sin saber si era por los naranjos que nos rodeaban o es que venía de él. Sabía que sería un olor que tardaría en desaparecer de mi memoria, asociándolo a este momento.

—Buenas noches.

Me cogió de la muñeca antes de que hubiera dado cuatro pasos. Era la primera vez que me tocaba, y la piel me ardía allí donde su piel se rozaba con la mía. Me topé con sus ojos al alzar la mirada, y la poca luz los había oscurecido, volviéndolos insondables y peligrosos.

—Lo siento.

—Yo también.

Nada más soltarme, forcé a mis piernas a ir deprisa, y llegué a mi habitación resoplando. Apoyé la espalda en la puerta cerrada, y cerré los ojos.

Aquello me estaba superando.

14

Paris-Saint Germain!

¡Allez

Como ya suponía, la discusión había conseguido que el trayecto de vuelta fuera tan incómodo que ninguno de los dos fue capaz de decir nada para aligerar el ambiente. Asier simplemente puso la música —tenía que reconocer su buen gusto al poner a David Garret, cuya versión de *Smooth Criminal*, de Michael Jackson, me encantaba— y dejó que fuera ella quien llenara el vacío.

En la oficina no mejoraron las cosas en los días siguientes. Si alguien notó que parecíamos haber dado un paso atrás en nuestra relación laboral, no dijeron nada. Tampoco creo que se atrevieran teniendo en cuenta que Asier estaba más irascible que de costumbre.

Al parecer, no había sido la única en volver tocada del viaje.

El domingo estaba tan cansada que me pasé todo el día tirada en la cama, con el portátil a modo de televisión, y levantándome lo justo para ir al baño o coger algo para comer. Audrey tenía un cumpleaños, por lo que tenía la casa para mí sola, algo que no ocurría muy a menudo. El fin de semana estábamos para el arrastre y no solíamos tener ganas de salir.

A mediodía, después de comer, ya había bailado con los melones y Patrick Swayze en *Dirty Dancing*, había puesto a tono a mis cuerdas vocales —y otras cosas, no vamos a negarlo— con Gerard Butler y su *Fantasma de la Ópera*, y en esos momentos estaba preparándome las palomitas y los pañuelos para ver *Tienes un e-mail*. Me ponía sensiblera esa película, y me sentía tan identificada con Tom Hanks, que llegó un punto del metraje en el que imaginaba a Meg Ryan con la cara de Asier.

Deberían encerrarme antes de que mi locura se volviera crónica.

Aún estaba limpiándome los mocos después acabar la película, cuando recibí un mensaje. Y supe enseguida quién era. Asier y yo no habíamos dejado de hablar por mensajes en ningún momento.

¿Peli y palomitas?

¡Cómo me conoces!
¿Comida con la familia?

Mi madre me ha secuestrado.
Está redecorando el salón, y me tiene
colgando cuadros y cambiando muebles.

Pobrecito...

¿En serio te estás riendo de mí en una
situación así?
Qué mala persona...

¡Cómo me conoces!

Cuando me ponía los típicos «jajaja» al reírse por los mensajes, no podía evitar recordar cómo sonaba su risa, y no se parecía a nada que yo hubiera escuchado antes. Esa onomatopeya no le hacía justicia.

¿Qué peli estás viendo?
Y no me digas que El fantasma de la Ópera
otra vez.

¿Y para qué preguntas?

No sé qué le ves al Fantasma.
¡Es el malo de la película!

Lo de la máscara tiene su atractivo...

Gracias.

¿Acaso eres Gerard Butler?
No, ¿verdad?
Pues no iba por ti.

Me acabas de romper el corazón

Tu ego lo superará... y tú también.

Teníamos la costumbre de comentar películas, aunque no coincidiéramos mucho en el estilo. Él me hablaba de la última que había visto, y por qué debería yo verla; y yo hacía lo mismo con él. Su ego no necesitaba que le dijera que, su última recomendación, me había gustado más de lo que esperaba. Además, estaba segura de que mi móvil no tendría suficiente memoria ni capacidad para recibir su enorme «te lo dije».

Un día de estos te enseñaré el buen cine.

El porno prefiero practicarlo, no verlo.

...

¡Me la has puesto a huevo!

¿Era raro o no estar hablando de estas cosas con él? Ni loca se me ocurriría soltarle esas cosas en persona. Y mientras que el Asier de los mensajes mostraba su exasperación de forma graciosa con un emoticono tapándose la cara, el de carne y hueso tenía una forma de poner los ojos en blanco que me hacía sentir como si fuera tonta.

Yo no sé, pero todas te las pongo a
huevo...
¿No será que tienes la mente muy sucia?

¡Habló el santurrón!

Si te pregunto algo, ¿me lo dirás?

¿Sabéis ese escalofrío en la espalda que os anuncia que va a llegar algo que puede que no os guste? Pues ese estremecimiento que me borró la sonrisa me decía que la pregunta de Asier iba a ponerme en un compromiso. Y como no tenía ya frentes abiertos... ¿qué más daba tener uno más?

Pregunta y yo veré si respondo.

No te voy a pedir la talla de sujetador,
aunque si quieres dármela...

¿Quién es el de la lengua sucia ahora?

Solo quiero saber tu nombre.

¡Oh, *merde!* Solté el teléfono como si quemara, y lo miré como si fuera un invento del demonio. ¿Y qué iba a decirle? Bastante había tardado en preguntarlo, la verdad. Yo porque sabía el suyo, pero de haber vivido en la feliz ignorancia, habría querido preguntárselo desde el minuto uno en que empezaron los mensajes.

Podría inventarme un nombre, pero no me salía eso de improvisar cuando estaba nerviosa. Y puedo aseguraros que me temblaban las manos al coger el teléfono otra vez.

Audrey.

Así, con todos mis ovarios. No había nombres suficientes en las webs para bebés que tenía que decirle el de mi mejor amiga y compañera de piso. Sin saber que yo conocía de él más de lo que creía, me dijo su nombre. Nada de Asier, sino Ash, el diminutivo por el que lo llamaban los más allegados a él.

La bola de nieve, que un mes atrás era del tamaño de una pelota de tenis, ahora me perseguía como ya le pasó a *Indiana Jones* cuando se fue a buscar el arca perdida.

Y eso debería estar haciendo yo, buscando un sitio en el que perderme cuando Asier destapara el pastel.

El martes por la mañana hubo una pequeña revolución en la oficina.

Yo estaba en el despacho de Asier comentando un par de detalles de la reunión de esa tarde, cuando un revoloteo fuera hizo que saliéramos. Ví a mis compañeros comportarse como adolescentes en un concierto de Justin Bieber. Estrechaban la mano del desconocido, le palmeaban la espalda, y hasta le pedían fotos. O se trataba de un famoso, o creía estar delante del próximo Mesías.

A mi lado, Asier se cruzó de brazos y observó el espectáculo con la cara más seria que le había visto usar. Yo, por mi parte, miraba al recién llegado con la sensación de que lo conocía de algo. Había algo en sus facciones que me resultaban familiares, pero no acababa de ubicarlo.

—Señor, le rogaría que dejara de marearme al personal.

Todos se callaron en la oficina, y hasta yo pegué la espalda a la pared. Daba miedo cuando se ponía en ese plan, tan censorador.

—No puedo hacer nada si la gente me ama —respondió el chico acercándose sin borrar la sonrisa de su cara—. Que tú seas un cascarrabias sin sentido del humor no quiere decir que los demás también tengamos que serlo.

¿Habéis visto el vídeo ese de una gacela, agazapada, esperando para

saltarle al cuello a la pobre cebra? Pues yo era la tonta de la cámara de vídeo, grabándolo todo desde primera línea. Si saltaba la sangre, me salpicaba de lleno.

—Menudo caradura estás hecho.

Y sin más, se echaron a reír, y tuve que echarme a un lado porque el chaval se lanzó hacia mi jefe y lo estrechó en un fuerte abrazo. Asier soltó una risotada y le palmeó la espalda. Al separarse, ambos lucían unas sonrisas deslumbrantes. Le cogía por los hombros, y lo miraba de arriba abajo, evaluándolo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, apretándole el hombro.

—No seas maleducado y preséntame a tu secretaria —le riñó, y yo sonreí al ver su cara de picardía—. Papá me ha dicho que es guapa. Veo que sigue conservando el buen gusto con la vejez.

«¿Papá?».

—Léa, mi hermano Bastien.

La última vez que había visto a Bastien, bailaba desenfrenado en el podio de una discoteca, y su hermano tuvo que meterlo en el coche de la cogorza que llevaba. No se parecía en nada a Asier, aunque ambos tenían los ojos azules y una sonrisa arrebatadora. La diferencia era que Bastien estaba acostumbrado a sacarle provecho, y Asier las regalaba a cuentagotas. El hermano pequeño tenía el cuerpo más estilizado, todo lo contrario a su hermano mayor, que era más portento físico.

—El adoptado es él —soltó Bastien, mirando a su hermano con adoración.

—¿Qué me estás contando? —exclamó Asier, y después de días viéndolo con mal humor, era un alivio que estuviera tan relajado—. A ti te compraron en el supermercado.

—Fue lo que le dijeron mis padres cuando, el señor aquí presente, no hacía más que preguntar que de dónde venía. Mi madre, harta, le dijo que del súper.

Apreté los labios para no echarme a reír, pero era tan gracioso lo que me contaba, que no pude evitar soltar una risita. Asier cambiaba mucho cuando estaba con su familia, y se le veía más suelto, más cercano.

—No creo que a Léa le interesen esas cosas. —Trató de cambiar de tema Asier, y por lo rojas que tenía las orejas, debía de sentirse avergonzado.

—A Léa le interesan, eso seguro, aunque será mejor que vuelva al trabajo.

—Es una pena. Sé muchas cosas de Ash que podrás usar para hacerle chantaje. ¿Quieres que te cuente la vez que...?

Ash calló la diatriba de su hermano poniéndole una mano en la boca y empujándolo hacia su despacho. Riendo, me senté en mi mesa y seguí haciendo lo que había dejado a medias cuando me llamó un rato antes.

Estaba a punto de irme a comer cuando los dos hermanos salieron. Asier le pasaba un brazo por los hombros a Bastien, en un gesto claramente protector. Yo no tenía hermanos, y sentí añoranza por una relación así que nunca había tenido.

—Ha sido un placer conocerte, Léa. —Me tendió la mano, y yo se la estreché.

—Lo mismo digo.

—¡Se me olvidaba! —exclamó mientras rebuscaba en los bolsillos hasta encontrar la cartera, de la que sacó dos papeles rectangulares—. Tengo dos entradas para el partido de esta noche.

—Pensé que se las darías a papá y mamá —respondió Asier, cogiendo las entradas.

—Esa era la idea, pero no pueden ir al partido. —Chasqueó la lengua, disgustado—. ¿Por qué no invitas a alguien para que te acompañe? ¿Evans?

—No está en París.

Retiro lo que dije antes de que no se parecieran. Cuando se ponían pensativos, la mirada se les perdía en algún punto en la lejanía, y fruncían el ceño hasta que las dos cejas pasaban a ser una solo.

—¿Por qué no vas con Léa? —propuso, y la idea parecía hacerle muy feliz. Me miró con entusiasmo—. ¿Te gusta el fútbol?

Abrí la boca para responder, pero no me salió nada. Así que solo asentí. Lo había practicado, además. Tenía cero coordinación entre manos y pies, así que me ponían siempre como portera. Sudé sangre, sudor y lágrimas en mi primer partido... después de que un pelotazo me rompiera la nariz y acabase en urgencias llorando a lágrima viva. Fue entonces cuando decidí que el fútbol era mejor verlo que practicarlo, y como a mi padre le gustaba, pues ambos encontramos nuestros momentos de paz y cercanía tras la muerte de mi madre, viendo partidos.

—¡Perfecto entonces! —Dio una palmada, declarando sentencia, y ni su hermano ni yo pudimos decir nada—. Me he escapado un momento para saludarte, pero tengo que volver al hotel. ¡Espero veros después del partido!

Un rápido abrazo a su hermano, una sonrisa para mí, y Bastien Faure-Dumont salió de la oficina sin saber la que había liado con su propuesta.

—Ve con quien quieras —dije, al ver lo serio que estaba Asier. Seguía

sujetando las entradas.

—¿Te apetece ir?

—Sí, pero no quiero que se convierta en un momento incómodo. Así que no te preocupes.

—Nos vemos a las siete y media en la puerta de la Boutique Officielle, ¿vale?

—Vale.

Asintió, me miró un momento y se metió en el despacho.

15

Juro y
perjuro que ha sido la mejor celebración de un gol que he
hecho nunca

Nunca había estado en el Parc des Prince, el campo de fútbol del París Saint-Germain, y me quedé impresionada por lo moderno y majestuoso que era. Había miles de personas rodeando el recinto, todos con sus camisetas y sus bufandas, creando ambiente antes del partido. Se respiraba un no sé qué en el aire que hacía bullir la sangre de expectación.

Asier llegaba tarde, para no perder la costumbre. Llevaba ya diez minutos esperándolo en la puerta de la tienda oficial del equipo, y habría dado lo que fuera por tener una bolsa de pipas y conservar así mis uñas. Cuando apareció, a mí ya no me quedaba esmalte.

—Lo siento, no encontraba sitio para aparcar.

Se disculpó al llegar a mi altura, y tuve que echar un poco la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara. No llegaba a acostumbrarme a su altura, y lo mucho que me afectaba esa cercanía, esa forma que tenía de comerse mi espacio vital aun sin pretenderlo. Y llevaba puestas las gafas de sexy intelectual, como las había bautizado.

—No te preocupes, acabo de llegar —mentí, y él se dio cuenta, aunque no dijo nada—. Será mejor que vayamos entrando, hay mucha gente.

Yo tenía que hacer puntillas para mirar dos personas más allá, pero a él le bastaba con estirar un poco el cuello para hacerse una idea del montón de gente por el que tendríamos que pasar para llegar a la entrada. Asier fue delante, y yo lo seguí a muy poca distancia.

El primer metro fue bien, pero cuando tuvimos que abrirnos paso por el grueso de la gente, nos separamos. Para las personas bajitas como yo, es muy fácil perdernos entre el gentío, y fue una suerte que no sufriera de claustrofobia, porque me habría dado un ataque de ansiedad al verme rodeada de cuerpos calientes, sudorosos y, algunos de ellos, con alergia al jabón. El olor a cerveza y a tabaco me mareó, y no podía parar para tomar aire porque me empujaban por todos los lados. De Asier no quedaba ni rastro ya, y si no había vuelto la vista atrás, no se daría cuenta de que me había perdido hasta que no estuviera dentro.

—¡Léa!

¡Asier había aparecido! Sonreí aliviada al verlo, aunque él miraba ceñudo a los aficionados que empujaban, como toros embravecidos, para llegar los primeros, como si no tuvieran a miles de personas delante de ellas.

—Dame la mano —pidió Asier, y yo tragué saliva antes de poner la mía sobre la suya.

No miento si digo que me estremecí. Soy una exagerada, ya lo sé. Pero su

mano era tan grande, y la mía tan pequeña, que perfectamente podría desaparecer en ella. Entrelazamos los dedos, y el gesto fue tan familiar que sentía que llevaba haciendo aquello toda la vida. Asier actuó de escudo, yendo delante, facilitándome el paso.

Solo nos soltamos las manos cuando tuvo que sacar las entradas, lo que me dejó un vacío difícil de asimilar. Aún podía notar la calidez de su piel junto a la mía, la seguridad que había sentido sabiendo que él estaría delante para tirar de mí.

Yo fui la primera en pasar el control en la entrada, y tuve su mano en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba hacia nuestra correspondiente grada.

No pudimos respirar tranquilos hasta que estuvimos sentados en nuestros lugares. Desde mi posición, tenía una visión perfecta del césped, y estábamos lo bastante bajos como para poder ver todo el partido sin problemas.

—Es impresionante, ¿verdad? —Asentí, contagiada por su sonrisa—. Llevo viniendo aquí desde que era pequeño, y aún me emociono al verlo.

—Nunca he visto un partido de fútbol en un campo tan grande —respondí, bajando la cremallera de la chaqueta. Con el agobio y todo, estaba muerta de calor.

—No mentías cuando decías que te gustaba el fútbol.

Hacía referencia a la camiseta del equipo que me había regalado mi padre un par de temporadas atrás, por mi cumpleaños, y que no había dudado en ponerme para la ocasión.

—No podía venir a ver el partido y no llevarla.

—He pensado lo mismo.

Llevaba una sudadera sin cremallera y con capucha, y se la alzó por debajo para enseñármela. Con la sonrisa que esbozamos, volvimos a recuperar la complicidad que tanto había echado en falta en la última semana. No me gustaba estar a malas con él.

—¿A quién se supone que animamos hoy?

—¿Acaso hay otro equipo al que animar que no sea el PSG?

—Pero, tu hermano...

—No tengo conflicto de intereses aquí, si es lo que estás preguntando —respondió con ligereza. Se le achicharon los ojos cuando sonrió, saliéndole arruguitas alrededor de estos—. Que mi hermano juegue en el Borussia no quiere decir que quiera que gane él. Sabe que con los colores no se juega. Aquí no hay lazos familiares que valgan.

Me eché a reír y, por un momento, vi como su rostro se dulcificaba al mirarme. ¿Y qué hice yo? Sonrojarme y emplear la típica táctica del despiste, colocándome el pelo tras la oreja. Llevaba coleta y gorra, así que podréis haceros una idea de lo efectiva que resultó.

—Oye, voy a por algo para beber y picar. ¿Quieres algo?

Asier se había levantado, y deberían lavarme la mente con lejía o desengrasante porque mi imaginación se había ido de fiesta al darse cuenta de que tenía su entrepierna muy cerca de mi cara. Él no se daba ni cuenta, obviamente, pero mis orejas estaban a punto de arder.

—Ya iré yo después. Gracias.

—Léa, ¿qué quieres? —insistió, con un tono que no admitía réplica.

—Una cerveza y pipas.

Tardó en volver, y yo pasé todo el rato en su ausencia haciéndome *selfies* para mandárselos a mi padre, prometiéndole que le traería a ver algún partido. Estuve a punto de mandárselo a mis amigas, pero dudé en el último momento. Tendríais que haber visto la cara de Audrey cuando le dije que iba a ir con Asier a ver el partido. Su mirada de «¿qué estás haciendo?» aún me perseguía.

Asier volvió y yo me levanté para ayudarlo con todo. Y mientras él vivía en su ignorancia, a mí no me pasó desapercibida la mirada apreciativa que las chicas de la fila de arriba le dedicaron a su trasero. Y no es que pudiera culparlas, pero no me corté en lanzarles una mirada cargada de intención, marcando territorio.

Esa noche, Asier era todo mío... Al menos, hasta que acabara el partido.

—¿Me das? —preguntó, mirando la bolsa de pipas que él mismo había traído.

—Lo siento. —Chasquéé la lengua, aunque estaba bromeando—. Pero no las comparto hasta la tercera cita.

No entendí por qué me miró de forma tan rara, con el ceño ligeramente fruncido. Fuera lo que fuera, pareció olvidarse al ver que los jugadores salían al campo.

Minutos después, se puso la pelota en el centro, el árbitro hizo sonar el silbato... Y se desató la locura.

Contagiados por el ambiente, nos lamentábamos por cada ocasión fallida, aplaudíamos cada córner y falta a favor como si fuera la acción determinante del partido, nos acordamos del árbitro y sus familiares ante una ocasión injusta, y nos levantábamos del asiento cuando veíamos que se acercaba un posible gol.

Asier estaba desatado. Se había quitado la sudadera, anudándosela a la cintura, y lucía su camiseta con orgullo. Agitaba los brazos, gesticulando tanto que pensé que acabaría sacándoselos del sitio. Y yo no podía estarme quieta viendo ese despliegue de energía, así que animé con él. Del partido me enteré poco, pues mis ojos se desviaban, sin remedio, a él. Solo sé que, cuando faltaban cinco minutos para el final, el resultado era de uno a uno, y el árbitro acababa de señalar un penalti a favor de los locales.

La emoción y los nervios hicieron que subiera a mi asiento, usando los hombros de Asier para sujetarme. Él mismo se había puesto en pie también, como la gran mayoría de gente de nuestro alrededor.

—Venga —murmuró Asier con los hombros tensos—. Venga...

Cuando el número diez de nuestro equipo marcó, pensé que el campo se vendría abajo.

Tengo un recuerdo vago del gol y de lo que hice antes de él. Sí que sé que me dejé las cuerdas vocales gritando, eufórica, pero todo perdió interés cuando, en pleno subidón, Asier y yo nos abrazamos. Seguía estando subida al asiento, y esta vez era él quien quedaba ligeramente por debajo de mí. Solo estábamos compartiendo un momento de alegría, pero cuando nos separamos un poco, conmigo rodeándole el cuello con los brazos y con sus manos en mi cintura, lo que menos hacíamos era sonreír.

A mí se me había escapado el aliento de un solo golpe, y mi propio corazón estaba dejándome sorda con tanto martilleo. Asier aspiró bruscamente, y yo me estremecí cuando su aliento me acarició el rostro. Sus ojos azules, que siempre había catalogado como fríos, ahora refulgían de deseo, y por la forma con la que pasaba la mirada de mis labios a mis ojos, yo era lo que él quería en ese momento.

Me gustaría decir que fui yo quien dio el paso, aunque no creo que tenga importancia. Lo que de verdad importaba era que tenía a Asier besándome como si le fuera la vida en ello, poniendo en ese beso, la misma intensidad, fuerza y pasión con la que lo hacía todo. Fue abrumadora la forma en la que mis sentidos despertaron, creándome una ansiedad tan cruda y primaria que no me bastaba con lo que me estaba dando para saciarla. Enredé los dedos en su pelo, y Asier respondió gimiendo por lo bajo, aferrándose con más fuerza a mi cintura. Notaba sus dedos hundirse en mi piel, y sabía que tendría un moretón al día siguiente, pero en lo único en lo que podía pensar era en que quería que marcara más partes de mi cuerpo, al igual que yo quería marcar el suyo.

No sé qué fue lo que hizo que nos separásemos, pero yo lo hice con una

angustiosa sensación de irrealidad. Entreabrí los labios para coger aire después de que su beso me hubiese dejado seca, incapaz de apartar los ojos de él. Me cosquilleaban los labios, y sus ojos siguieron el movimiento de mi lengua cuando me la pasé por ellos. Él mismo tenía los labios rojos e hinchados, y quise volver a besarlo cuando me soltó de golpe. No había mucho hueco con el cual retroceder, pero sí que dio un paso atrás, tambaleante.

Esa reacción tuvo el mismo efecto en mí que un jarro de agua helada. Con las piernas temblorosas, y con un deseo abrasándome por dentro, bajé del asiento sin atreverme a usarlo como apoyo, y me senté. Al poner las manos encima de las rodillas, vi que me temblaban, y las apreté con fuerza.

Mi cuerpo reaccionó a su calor y cercanía cuando, después de unos minutos más de pie en los que se mesó el pelo hasta dejárselo de punta, se sentó a mi lado.

No me miró ni un momento, y cuando el partido acabó, con la victoria para los locales, ni siquiera festejamos. Hablaba por mí, y creo que por él también, cuando al decir que seguíamos sin haber asimilado lo que había pasado. Ese beso y, sobre todo, la pasión y el deseo que pusimos en él, fue algo que nos había pillado por sorpresa a los dos.

Dejamos que el campo se vaciara lo suficiente para salir sin toparnos con todo el mundo, y bajamos los escalones taciturnos, evitando rozarnos.

—Yo... Eh... Tengo que quedarme. Bastien vuela esta noche a Alemania y voy a despedirme —me dijo en un tono monocorde que no me engañó en absoluto. Le temblaba la voz, y tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños—. Si quieres que te lleve a casa...

—¡No! —exclamé, con más efusividad de la que pretendía—. Iré en metro. Está la parada justamente aquí detrás.

Su alivio fue evidente, y me miró un momento antes de asentir.

—Bien. Esto..., buenas noches.

—Buenas noches.

No me deshice de su mirada clavada en mi espalda hasta que llegué a casa y me acosté en la cama, y aun así, cada vez que cerraba los ojos, veía el deseo en sus ojos antes de besarme.

16

hecho yo para merecer esto?

¿Qué he

Un huevo.

Dos huevos.

Cuatro huevos.

Seis huevos.

Después del décimo, perdí la cuenta de la cantidad de huevos que estaba separando, echando la clara en la batidora. A este paso, habría merengue para dos años enteros de *macarons*.

Llevaba días en los que era incapaz de concentrarme en algo. Y creo que no hace falta que explique el motivo, ¿verdad?

¡El maldito beso!

Me perseguía por todos los lados. Al día siguiente al partido, nada más entrar en la oficina, tuve que meterme corriendo en el baño porque me entró un ataque de pánico ante la idea de ver a Asier. En mis sueños me lanzaba sus brazos, y en la vida real no era capaz de caminar sin tropezarme con mis propios pies, y eso que mis ojos no se despegaron del suelo en ningún momento.

—¿Y qué hace él? —Mascullé para mí misma, mientras ponía en funcionamiento la batidora—. ¡Hacer como si no hubiera pasado nada! En serio, si no fuera porque me metió la lengua hasta la campanilla y me besó como si se acabara el mundo, habría jurado que era de piedra. ¡Que a mí me tiembla todo cuando lo veo!

Demasiado tarde me di cuenta de que, en realidad, lo que yo creía que eran pensamientos, había acabado siendo una confesión a voz en grito. Monique, que estaba preparando profiteroles, me miró boquiabierta, con la manga pastelera suspendida. Hasta Agatha, que estaba atendiendo a los clientes, se había asomado para mirarme. La sorpresa inicial dio paso a una sonrisa ladina.

Oh, *mon Dieu*.

Me había costado horrores callarme delante de Audrey, aunque sabía que se lo contaría en el momento menos esperado. No podía seguir manteniendo un secreto así, y mi amiga era lo bastante avispada para darse cuenta de que estaba más rara que de costumbre.

—¿He oído algo de un beso?

Sin clientes fuera, Agatha se quedó en la puerta que separaba la parte de atención al público, con la cocina. Llevaba el delantal blanco impoluto, aunque se le habían escapado un par de mechones canosos del recogido bajo que siempre llevaba. Monique, por su parte, me miraba fijamente, con

insistencia.

—Has debido de oír mal —mentí, sin resultado—. Y no ha sido más que un besito de nada.

—Llámame anticuada, pero en mi época, un besito de nada no implicaba meter la lengua hasta la campanilla.

Había descubierto algo que hacía que Monique se riera: yo. Encontraba un placer insano metiéndose conmigo, y vale que Agatha fuera su hermana, pero estaría bien que alguna vez se pusiera de mi parte. ¡No podía pelear con ellas cuando se aliaban para sacarme los colores... y las verdades!

—Vaaaale. ¡Fue un señor beso! ¿Es eso lo que quieres escuchar?

—¿De los que aflojan rodillas? —insistió, con una sonrisa soñadora en el rostro. ¿Quién querría ver telenovelas si me tenía a mí para alegrarle la sobremesa o cualquier hora del día?—. ¡Ay, qué romántico!

—Agatha, me soltó como si quemara.

—Mujer, algo calentita sí debías de estar después de todo, ¿no?

Mortificada porque dos señoras de sesenta años estuvieran consiguiendo que me sonrojara, me tapé la cara con las manos mientras ellas no paraban de reír. Aquello era surrealista. Tanto, que acabé riéndome yo también. Si no puedes con el enemigo, únete a él. ¿No decían eso?

Tuve que sentarme en un viejo cajón de madera volteado hacia abajo hasta que se me pasó la risa. Las lágrimas me caían por las mejillas como rebeldes riachuelos, y me dolía tanto el costado de reírme que se me entrecortaba la respiración. Los hipidos eran lo más molesto de todo.

Secándose las lágrimas con el borde del delantal, Agatha salió cuando sonó la campanilla, anunciando que había entrado un cliente. Monique sonreía mientras acababa de llenar la bandeja de profiteroles, que metió enseguida en el horno.

—Buenos días.

Se me cortó el hipo de golpe al reconocer la voz. Y creo que estaba a punto de desmayarme o algo porque toda la cocina empezó a dar vueltas frente a mis ojos. Miré a Monique, con el pánico blanqueándome la cara, y me miró como si no entendiera qué me pasaba.

¿Qué demonios hacía Asier en la pastelería?

Desde fuera no se podía ver la cocina, pero desde dentro sí que teníamos un pequeño rinconcito por el que echar un ojo. La acústica era perfecta, por lo que tuve cuidado de no hacer ruido mientras me subía al cajón, haciendo puntillas para mirar fuera.

Me apreté la mano para no soltar el chillido que pugnó por salir de mi garganta. ¡Era él! Me recreé un momento en su apariencia, más informal de lo que me tenía acostumbrada. De hecho, iba con un chándal negro y una sudadera gris. Una gorra azul marino, la misma que tenía yo del PSG, tapaba su pelo revuelto; se me escapó un suspiro al recordar lo suave que era.

La sorpresa me la llevé cuando fui capaz de apartar los ojos de él y vi que no iba solo. Una niña de cuatro o cinco años se abrazaba tímidamente a su pierna, escondiéndose tras él. Hubo un momento en que él bajó la cabeza y le revolvió el pelo, sonriendo con cariño. Me desarmó con ese gesto, y me sentí muy identificada con el emoticono que tenía corazones por ojos. Era la escena más adorable que había visto en mucho tiempo.

—¿Es tu hija? —Oí que le preguntaba Agatha, y fue entonces cuando caí en la cuenta de lo que podría significar que Asier estuviera con una niña.

—No —respondió él, entre risas. Se agachó para separar las manitas de la niña de sus piernas, y la alzó como si no pesara nada—. Es mi ahijada. La hija de mi mejor amigo.

Tendría que ser la hija de Evans, y cuando pude verle bien los rizos claros, supe que estaba en lo cierto. Reprimí un suspiro de alivio.

—Es una niña muy guapa —dijo Agatha, tratando de arrancarle una sonrisa a la pequeña. Esta se abrazó al cuello de Ash y escondió su carita en él—. Y algo tímida, por lo veo.

—No le gustan mucho los extraños —se disculpó con una media sonrisa adorable—. Venía buscando *religieuses*, ¿tienen? Me han dicho que son los mejores de la ciudad.

¡Quería los mismos dulces que yo había llevado a la oficina! Y se ve que habían gustado lo suficiente como para que Asier fuera personalmente a la pastelería a por ellos. Porque no había otro motivo, ¿verdad?

¿Verdad?

—¡Vaya! ¿Quién ha dicho eso?

—Mi secretaria.

—¿Tu secretaria?

—Sí, una chica bajita y pelirroja. Léa.

—¡Oh, la *belle rose*! —exclamó Agatha, y estuve a nada de nominarla para el Oscar a mejor actriz de reparto por su interpretación—. Bueno, creo que sí que nos quedan, pero voy a confirmarlo, ¿de acuerdo?

Asier asintió, y Agatha se recogió un poco la falda y entró deprisa a la cocina. Yo me quedé embobada viendo como ese hombretón de casi metro

noventa cogía a una niña pequeña con tanto cuidado y mimo, paseando por la pastelería, hablándole y señalando cosas.

Se me escapó un grito cuando me tiraron de la pernera del pantalón, y me escondí deprisa porque Asier lo había escuchado y se había girado en mi dirección. Fulminé a Agatha con la mirada.

—Me has dado un susto de muerte —susurré tan bajito que casi ni me escuchaba yo.

—¿Es él? —preguntó, y yo asentí efusivamente con la cabeza—. Lo sabía. Cuando lo he visto entrar...

—Ni se te ocurra decirle nada de mí —la advertí, muerta de miedo—. No puede saber que trabajo aquí.

—¿Por quién me tomas? —Fingió indignarse—. Sé guardar un secreto... Serendipia.

La hubiera matado allí mismo, con mis propias manos. Fue una suerte que estuviéramos hablando en susurros y que apenas se escuchaba nada porque, con Asier fuera, se habría destapado el pastel y me habría estallado en la cara.

Antes de salir, sacó una bandeja de *religieuses* que habíamos preparado por la mañana. A mí me temblaban tanto las piernas que no me atreví a subir al cajón otra vez, y me senté en él, pegando la oreja.

—¿Quiere algo más?

—No, gracias. Eso es todo.

Escuché la caja registradora seguido de la suave voz de Asier diciéndole a la niña que fuera mayor y bajara de sus brazos.

—Perdone, ¿nos conocemos de algo?

«Agatha, ¿qué estás haciendo?», quise gritar. Monique había dejado lo que estaba haciendo, demasiado entretenida por la conversación de su hermana con mi jefe.

—No creo.

—Me suena su cara —insistió la mujer—. Monique, ¿puedes salir un momento?

Negué con la cabeza, y casi me desnuqué. Esta me sonrió, se limpió las manos con un trapo y se acercó hasta la puerta. Escondí la cara en mis manos, mortificada. ¡Menudo desastre!

—¿No te suena este joven?

—Sí, la verdad. —Fingió pensar, y después chasqueó los dedos, como si hubiera caído—. ¿No se parece al actor ese que tanto le gusta a nuestra Léa?

A mí me iba a dar un infarto, lo veía venir. Me dolía el pecho, y tenía el

corazón a punto de salirse del pecho.

—¡Stanley! —exclamó Agatha, contenta, dando un par de palmadas—. Por un momento he pensado que eras él. Os parecéis tanto...

—Lamento no ser él —respondió, chasqueando la lengua. Me daba rabia no poder ver si estaba sonriendo de verdad o, por el contrario, tendría esa sonrisa de compromiso, la que no le llegaba a los ojos —. Ha sido un placer conocerlas. Que pasen un buen día.

—¡Espera!

Escuché a Agatha trastear por el mostrador, y me pregunté qué estaría haciendo. Cada vez me daba más miedo, y si era así con sesenta años, no quería ni imaginarme cómo de revolucionaria habría sido en su juventud.

—Un detalle por parte de la casa.

—No es necesario...

—Es una porción de tarta de limón. La favorita de Léa.

Cuando entraron, me encontraron tesa en el cajón. Mi corazón seguía dando tumbos por la cocina, y juraría que mi aliento se había ido por la puerta que acababa de cruzar Asier.

—¡Que chico tan educado y guapo! No me extraña que se te aflojaran las rodillas con un beso, porque ese chico mira como si fuera a devorarte. Le ha cambiado la cara cuando hemos dicho tu nombre, ¿verdad, Monique?

Salí de mi estupor y me levanté con rapidez, acercándome a ellas.

—¿Qué ha hecho?

—Juraría que se ha sonrojado —soltó Monique, como si nada, volviendo a su puesto—. Pero más te vale ponerte zancos cuando estés a su lado, que *mon Dieu*, me duele el cuello echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara.

Después de decir eso, ¿sabéis quién no pudo volver a concentrarse en nada?

Habéis acertado: yo.

Pensé que lo ocurrido hoy no tendría más consecuencias, por el bien de mi presión arterial, pero Asier me sorprendió con su mensaje esa noche.

¿Cómo me recuerdas?

No sé si entiendo la pregunta.

Solo nos hemos visto una vez.
¿Qué recuerdas de mí?

Que eras alto. Muy alto.

¿Y ya está?

¿Qué esperabas?
Estábamos en una discoteca, disfrazados,
casi a oscuras y gritando para hacernos
escuchar por encima de la música.
¿Acaso recuerdas tú algo más de mí?

Me gustaría decirte que sí, pero...
Solo sé que eras pelirroja, y pequeña.

Como un tercio de la población.
¿A qué ha venido lo de la pregunta?

Hoy me han comparado con un actor, y me
ha dado qué pensar.

¿Con quién?

Un tal Stanley.

¿Stanley Weber?
¡Woow!
¿En serio?

Eso parece.
Así que ya tienes con quién compararme
cuando quieras saber cómo soy.
¿Cómo tengo que imaginarte yo a ti?

Lo tienes fácil.
Como Nicole Kidman en Moulin Rouge
Solo que ni tan alta, ni tan guapa Tampoco
canto igual de bien.

No fue hasta casi despedirnos, cuando me confesó que le había llevado a preguntarme por lo que yo recordaba de él. Agatha y Monique, al decirle que se parecía a Stanley, habían encendido una bombilla en él y le había hecho acordarse de Serendipia. Reconoció que al principio había estado seguro de reconocerme por la calle si me viera, cosa que yo sabía que no era cierta, pero mi imagen con la máscara empezaba a ser difusa y, con el tiempo, había ido olvidando detalles. ¿Qué esperaba? Lo raro era que esta «relación» estuviera durando tanto, aunque también era cierto que no entrábamos en temas serios y éramos más como dos amigos charlando animadamente.

17

Las
cosas se nos van... un poco de las manos.

¿Creéis las casualidades? Hasta el momento, yo lo hacía, pero después de

coincidir con Asier en el ascensor cuatro veces seguidas en una semana, empezaba a pensar que aquello tenía poco de casualidad y mucho de premeditación. No por mi parte, que conste, que aunque mi falda rozando la rodilla dijera lo contrario, yo no estaba buscando salseo, y menos en horario laboral.

Todas las mañanas se daba la siguiente situación: yo llegaba primero y me metía en el ascensor, y cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, entraba él corriendo, como si se hubiera dormido —su pelo así lo confirmaba— y tuviera prisa. Nuestra planta era de las últimas, por lo que siempre acabábamos con la espalda pegada al fondo, uno al lado del otro, con nuestros brazos rozándose, y fingiendo interés en el móvil cuando los dos sabíamos que nada nos interesaba más que la persona que teníamos al lado.

Una vez salíamos del ascensor, todo volvía a la normalidad. Él volvía a ser el jefe, y yo, su secretaria. Pero dentro de ese cubículo, éramos Ash y Léa, y entre los dos parecía flotar algo que, igual tiraba de nosotros para acercarnos, como nos frenaba cuando estábamos cerca. Era complicado lidiar con eso, sobre todo cuando ni él ni yo sabíamos qué pasos dar.

Cuando llegaban los viernes, no sabía si suspirar de alivio porque podría por fin relajarme después de tanta tensión —podéis añadir sexual a la frase, creo que le pega bastante a la situación— o, por el contrario, echar de menos el cosquilleo y la emoción al verlo todos los días.

Como bien le gustaba decir a Monique: «quién te entienda, que te compre». Mujer sabía donde las hubiera.

Esa misma mañana conocí a Amélie, la mujer de Evans, y a Evelyn, su hija. Aunque todos, menos ellos, sabemos que ya conocí a la pequeña en la pastelería. Y puede que se hubiera mostrado tímida aquel día, pero cuanto entró en la oficina, parecía que estuviera en su casa. Estaba yo sentada delante del ordenador cuando escuché un grito agudo seguido de una risa, y el sonido de unos pasos cortos y rápidos acercándose. Nadie salió a mirar, y solo yo me levanté para descubrir quién era el intruso. Por su carita redonda, sus enormes ojos azules y el pelo rubio y rizado, parecía un *hobbit* de lo más mono.

—¡Evelyn, no corras! —Oí cómo la llamaban; la niña tan solo se echó a reír.

Con cuidado para que no se me viera nada con la falda, me puse en cuclillas para quedar a su altura. Se había parado frente a la puerta del despacho de su padre, pero era demasiado pequeña para llegar al pomo.

—Hola. —Sonreí, y la niña, aunque se retrajo un poco, me miró con

curiosidad—. ¿Cómo te llamas?

Volvió a soltar un chillido y pasó veloz por mi lado. Al incorporarme y darme la vuelta, la niña le pedía a su madre que la alzara en brazos. Pese a haber visto la foto de familia que Evans tenía en la mesa de su despacho, me sorprendió el enorme parecido que Amélie tenía con la actriz Julie Delpy, la cual yo adoraba desde que vi *Antes del amanecer*. La pequeña Evelyn me miró, se sonrojó, y después le susurró algo a su madre.

—Dice que te pareces a Arielle, *La Sirenita*.

—También es mi princesa favorita —respondí, halagada por la comparación.

A partir de entonces, conseguí una nueva mejor amiga. Evelyn me miraba como si fuera la verdadera princesa de cuento, y no hacía nada más que mirar y tocar mi pelo rojo. Amélie, divertida, nos observaba desde una silla.

Evans y Asier habían salido a hacer unas gestiones y, cuando llegaron, me encontraron sentada en el suelo de la sala de descanso, jugando a las muñecas con Evelyn. Era la hora de mi almuerzo, y cada vez que eso pasaba, desviaba las llamadas a otro compañero para que siempre hubiera alguien disponible.

Nada más ver a su padre, la niña volvió a soltar un chillido, me dejó tirada en el suelo y se fue corriendo. Con una carcajada, Evans la levantó en brazos y dio un par de vueltas, para regocijo de la pequeña.

El momento incómodo vino cuando intenté levantarme del suelo llevando una falda tan estrecha que, si la forzaba un poco, acabaría reventando. No creo que a la princesa Ariel se la comparase alguna vez con una morcilla.

Fue Asier quien acudió en mi rescate, inclinándose hacia mí mientras me tendía las manos, esperando que yo las aceptara. Su cara no decía nada, se le daban bien los faroles, pero sus ojos azules gritaban con tanta intensidad, que sucumbí a su presión. Un roce de manos no era gran cosa, pero no fui la única que contuvo el aliento; también él lo hizo. ¿Por qué? Porque era la primera vez, desde el beso en el partido, que nos tocábamos, y el efecto fue electrificante.

Yo, al menos, me quedé momentáneamente sin respiración mientras Asier tiraba de mí para levantarme, y al tambalearme un poco, fui consciente de la fuerza y la dureza de sus brazos al apoyarme en ellos, o lo cálido que era su aliento cuando soltó aire cerca de mi sien. Si no me hubiera apartado, azorada, habría acabado abandonándome a la cálida promesa de su cuerpo.

—No deberías ir por el suelo llevando eso —masculló, con la voz estrangulada, dando un paso atrás para alejarse de mí.

—A eso se le llama «falda» —respondí, divertida con su incomodidad—. Muchos dirían que me queda bien.

No respondió, y no creo que fuera por falta de ganas. Lo que pasaba, creo yo, era que tenía miedo de que sus propias palabras le traicionaran reconociendo algo que no quería decir.

Evans no acudió al bar esa noche, como todos los viernes, pero los demás sí lo hicimos.

La relación con mis compañeros había mejorado mucho, por lo que no tuve problemas en acoplarme con ellos y charlar con confianza. Ya estaba por mi segunda cerveza cuando llegó Asier, saludando a todo el mundo con un movimiento de cabeza. Sus ojos se detuvieron un segundo más de lo necesario en mí, pero se recompuso enseguida y se acercó a la barra, volviendo poco después con un botellín de cerveza.

Juro que intenté no embobarme viendo sus labios húmedos después de beber, o el movimiento de su garganta al tragar. He dicho que lo intenté, no que lo consiguiera.

Cuando fue acercándose la hora de irme a casa, me disculpé, cogí el bolso y me metí en el baño. Minutos después salí de allí, secándome las manos con un trozo de papel, para encontrarme con Asier apoyado en la pared. Su postura no tenía nada de casual, aunque fingiera estar mirando el móvil, esperando que salieran del baño para poder entrar él. Enderezó la espalda nada más verme, y pareció comerse el pequeño espacio con su estatura y su ancha espalda. Contuve la respiración, y sus ojos se desviaron hacia mis labios cuando los entreabrí después de que se me escapara un quedo jadeo.

¡*Mon Dieu!* No podía estar tan cerca de él sin que me acosaran los «¿y si...?». ¿Y si daba los dos pasos que nos separaban y me pusiera de puntillas para darle un beso? ¿Y si dejaba que fuera él quien se acercara como parecían querer sus ojos? ¿Y si nos encontrábamos a mitad de camino? De una forma u otra, siempre tenía el mismo final: yo volvía a estar entre sus brazos y él me besaba como lo hizo en el partido.

Asier avanzó un paso; yo perdí el ritmo de mis latidos. Volvió a avanzar otro paso, y mi corazón latió sin ton ni son, enloquecido. En ningún momento me tocó, aunque no creo que fuera necesario para que mi piel ardiera; la caricia de sus encendidos ojos azules era suficiente. Yo había retrocedido sin

darle cuenta, y se me escapó el aire cuando mi espalda topó con la pared. Temblando, eché un poco la cabeza hacia atrás para mirarlo bien a la cara, y me lo encontré a esa distancia de mi rostro.

—¿Me vas a besar? —solté, con la voz entrecortada y estrangulada.

Asier negó con la cabeza y soltó una carcajada que se me antojó amarga. Y yo me enfadé con él; por esos «quiero y no puedo» que me lanzaban sus ojos cada vez que la tensión flotaba entre nosotros. Era la contradicción personificada porque decía una cosa pero su cuerpo era de la opinión contraria, y yo ya no sabía a quién creer.

—Pues si no me vas a besar, yo me voy.

Debí haber practicado mejor mi intento de huida porque, aún no había dado dos pasos cuando ya volvía a tener la espalda pegada a la pared, y esta vez no habría escapatoria posible. Había querido beso, y Asier se estaba encargando de cumplir el deseo de mi boca. ¿Cómo podía besar tan bien un hombre? Era más que un beso; era un baile de labios, una perfecta coreografía hecha para avivar mi deseo y conseguir así que me volviera en una cálida gelatina, lista para ser moldeada por él.

Como buenamente pude, me puse de puntillas y enredé las manos en su pelo, acercándolo todo lo posible a mí. Buscaba en él la manera de aplacar mi ardor, aunque lo único que conseguía era acalorarme más. Perdí el resuello tratando de adaptarme al ritmo frenético de su boca, con sus manos vagando por mi cintura y resbalando por mis muslos. No tenía bastante; quería más.

—Esto es un error —masculló, con el aliento escapándosele entre sus labios entreabiertos, húmedos por el beso. Volvió a apoderarse de mi boca, igual de hambriento que un momento antes—. No podemos...

—¿Y quién dice eso? —Conseguí preguntar, siendo esta vez yo quien le robó un beso a él.

—Yo.

Éramos incapaces de separarnos. Intentábamos hablar, pero nuestros besos se llevaban las palabras antes incluso de pronunciarlas.

—No tienes autoridad suficiente para decir eso.

—¿Siempre tienes que hablar tanto? —Soltó un gruñido, apoderándose de mi boca otra vez. Entre un beso y otro, no me daba tiempo a recuperar el aliento—. Eres exasperante.

—Pero te gusto. —Me atreví a decir, envalentonada por lo que estábamos compartiendo y por las reacciones de su cuerpo, esas que decían lo que él mismo no quería admitir.

—Y sigo sin saber por qué.

—Pues cuando lo descubras, me lo dices.

Si no parábamos, se nos iba a ir la situación de las manos. Quería quedarme y acabar lo que fuera que habíamos empezado, pero nunca me había considerado una «chica calentón» y Asier me gustaba lo suficiente como para querer ser algo más que un capricho pasajero para él.

—Léa —me llamó cuando ya me había alejado un par de pasos, inseguros y tambaleantes, de él. Tenía la cara colorada y el pelo hecho un desastre, y no sabía qué pinta tendría yo, pero él tenía cara de haber recibido un morreo de los que dejaban huella—. Esto no volverá a pasar.

—¿Intentas convencerme a mí? —Sonreí, engreída—. ¿O a ti mismo?

Lo escuché murmurar un «descarada» antes de sacudir la cabeza, sonreír muy a su pesar, y meterse en el baño.

18

tentación vive arriba

La

Una semana después de ese escarceo en los baños del bar, Asier seguía sin encontrar los motivos por los que yo le gustaba tanto. Lo que sí encontró fue una gripe lo bastante fuerte como para no venir a trabajar. Lo intentó, que conste, pero Evans tuvo que llevarlo a casa porque estaba temblando de fiebre y sacando los pulmones por la boca cada vez que tosía. Ni siquiera cuando su amigo lo sacaba a rastras de allí, dejó de dar órdenes.

El primer día que llegué a la oficina y no me lo encontré en el ascensor, se me quedó mal cuerpo. Me había acostumbrado tanto a verlo revolotear por la oficina, que se me hizo raro que todo estuviera tan tranquilo. Y aunque muchos días llegaban a ser estresantes, todo se me hacía demasiado vacío sin él.

Esperaba el día en el que, al entrar, tuviera que hacerme a un lado para que él se pusiera a mi lado en el ascensor, o tener las cosas preparadas para cuando me llamara a su oficina para poner en orden los asuntos del día.

—¡Lea! ¡Menos mal que llegas!

Desde que Asier no estaba en la oficina, cuatro días ya, Evans estaba desbordado. Tenía que encargarse tanto de su parte como la de Asier, y la faena se acumulaba.

—¿Qué ocurre?

Dejé las cosas en mi mesa y me acerqué a su despacho. Me sorprendí al ver lo desarreglado que iba, sin la chaqueta, sobre todo teniendo en cuenta lo impoluto que iba siempre con su traje negro, su camisa blanca y la corbata que nunca faltaba. Ahora que lo pensaba, nunca había visto a Asier con corbata. Sacudí la cabeza para alejar ese pensamiento de mi cabeza y esperé a que Evans dijera algo.

—¿Tienes algo importante que hacer ahora?

—¿Trabajar? —pregunté, sorprendida por su pregunta. Sonreí al ver que sus labios se curvaban en una media sonrisa.

—Esta tarde tenemos la firma del contrato con el señor Maunier y acabo de ver que Asier no lo ha firmado. —Eso sí que era un contratiempo de los malos—. Necesito que te acerques a su casa y que lo firme.

—¿Qué? —Una propuesta indecente no me habría sorprendido más—. ¿Quieres que vaya a su casa? Eres consciente de que me estás echando a los leones, ¿verdad?

Evans se echó a reír, pero no me hizo caso. Sacó el bloc de notas, abrió la pluma estilográfica —una preciosa Caran d’Ache, negra y plateada, cuyo precio superaba con creces lo que ganaba yo en un mes— que siempre guardaba en el bolsillo de su chaqueta, y garabateó lo que yo supuse que sería

la dirección de la casa de Asier.

Me tembló la mano al coger el papel. De repente, estaba nerviosa. Una cosa era vernos en un entorno laboral, y otra muy distinta pasar esa línea y entrar en su casa.

Y cinco minutos después de haber entrado en la oficina, ya estaba en la calle otra vez.

Asier vivía en pleno centro histórico de París, en el primer piso de un edificio antiguo, pero bien cuidado, con vistas al río Sena. Llamé al timbre, y mientras esperaba a que respondiera, aproveché para mirar un poco a mí alrededor. Encontré un par de galerías de arte y varias librerías de segunda mano, las cuales visitaría antes de volver a la oficina.

Pasaron cinco minutos y Asier no me respondió. Volví a llamar, esta vez con más insistencia.

—¿Quién es?

Reconocería esa molestia en su voz en cualquier sitio. El resfriado la había vuelto más nasal, y me encogí un poco cuando lo escuché toser.

—Soy Léa —respondí, y otro ataque de tos se llevó su respuesta.

—Por el amor de Dios, que estoy muriéndome. ¿No tienes un poco de compasión? —Se quejó, lastimero, lo que me hizo sonreír.

—No me paga por ser compasiva, señor.

—No sé qué he hecho para merecer esto. —Oí que murmuraba.

Una señora pasó por mi lado, me miró raro por estar manteniendo una conversación vía telefonillo, y se fue negando con la cabeza.

—Solo vengo a que firmes unos papeles —le dije—. Después, prometo que mostraré compasión y me iré.

Asier murmuró algo ininteligible y colgó. Por un momento pensé que iba a dejarme en la calle, pero escuché abrirse la puerta y me adentré antes de que cambiara de opinión. Me recibió el impoluto mármol blanco del piso y las escaleras, acompañado de un aroma a dinero que me hizo sentir incómoda.

Subí los dos pisos —¿Cómo no había ascensor en un edificio así?— y me encontré con una puerta entreabierta. La única en la planta, de hecho.

—¿Asier? —lo llamé, terminando de abrir la puerta.

Quien inventó el concepto abierto en una estancia, seguro que lo hizo después de ver su piso. Desde la puerta de entrada podía ver con toda claridad

el enorme sofá del salón en forma de «C», la mesa rectangular del comedor y la moderna y acristalada escalera que daba acceso al piso superior. La cocina, al fondo, estaba separada del resto por una gran puerta corredera blanca.

Y justo de ahí vi salir a Asier con peor cara de la que esperaba ver. Estaba pálido, y los cuatro días que había pasado en cama habían hecho mella en su cuerpo, pues su ropa parecía quedarle enorme. Era el primer signo de debilidad que vi en él y me dieron ganas de acercarme y abrazarlo.

Se quedó mirándome, aunque por los ojos entrecerrados y la mirada algo enfibrecida, no estaba segura de que fuera a mí a quien estuviera mirando.

—Deja los papeles ahí y ya los firmaré. —Me señaló la mesa con un gesto desganado antes de rodear el sofá y dejarse caer en él.

—Los necesito ahora —respondí, sacando la carpeta del bolso—. La reunión es esta tarde.

—Maunier —masculló, como si acabase de recordarlo.

Se levantó del sofá como si no pudiera con el peso de su propio cuerpo y se acercó a mí arrastrando los pies, tendiéndome la mano para que le diera los papeles. Estampó su firma de forma rápida, y temí por un segundo que fuera a caerse al suelo por cómo tambaleó. Apoyó las manos en el borde de la mesa, y con la cabeza colgando hacia adelante.

No pretendía asustarlo, pero se sobresaltó cuando le aparté el pelo de la cara. Me lanzó una mirada estupefacta, y maldije mi atrevimiento. Aun así, no aparté la mano, la cual notaba arder por su alta fiebre. Asombrada, lo vi cerrar los ojos y apoyarse ligeramente en mi palma. Se me encogió el corazón; hacía tiempo que no sentía tanta ternura por alguien y la sensación me dejó las piernas temblorosas.

—¿No has ido al médico? —susurré, y él negó—. Testarudo hasta con esto.

—¿Dónde está la compasión? —murmuró, y mi corazón aleteó al ver su media sonrisa temblorosa.

—Espero que en la nómina del mes que viene —bromeé, apartándole los mechones de la frente, empapada por la fiebre—. ¿Por qué no vas a darte un baño mientras te preparo algo para comer?

—No irás a envenenarme, ¿verdad? —preguntó, alzando una ceja.

Me alegraba de que, pese a estar enfermo, aún tuviera algo de sentido del humor. Había esperado encontrarme con un ogro y resultaba que estaba ante un gracioso dragoncito.

—Me he dejado el cianuro en casa —respondí, empujándolo hacia las escaleras, donde supuse que estaba su habitación y el baño—. Tendrás que

conformarte con mi malísimo caldo de pollo. Puede que no te quite el resfriado, pero te depurará el estómago.

Se me escapó una carcajada al ver el terror en su cara. Si antes había creído que no tenía color en la cara, con lo que le había dicho acababa de perderlo todo.

—Anda, ve y date una ducha.

—¿Me vas a frotar la espalda? —preguntó, y vi un destello de interés y esperanza en sus adormilados ojos azules.

—Asier, estás resfriado, no manco —repliqué, tratando de camuflar el temblor que me había sacudido al imaginarme frotándole algo más que la espalda en el baño—. Y no te pongas el agua muy caliente. La idea está en bajarte la fiebre, no en conseguir que explotes por combustión.

Esperé abajo en la escalera hasta que escuché el agua de la ducha correr. Entonces, me puse manos a la obra, intentando en todo momento no imaginármelo bajo el agua. La tentación de subir las escaleras y meterme en la ducha con él era demasiado grande. Obligué a mis pies a quedarse en el sitio; con las alas de la imaginación poco podía hacer.

Ya en la cocina, abrí la nevera e hice inventario de lo que tenía para poder hacerle un caldo comestible. Necesitaba hacer la compra con urgencia, pues lo único que encontré fue un *tupper* con algo que olía a caldo de verduras. Lo volqué en un bol y lo metí en el microondas para que se calentara. Después, llamé a Evans para ponerlo al corriente, asegurándole que estaría ahí lo más pronto posible.

Al colgar, el agua de la ducha dejó de correr también. Pasaron un par de minutos más antes de que se abriera la puerta del baño.

Venga, ¿no me digáis que soy la única que se lo imaginó saliendo del baño con una toalla enredada a las caderas, con el pecho al descubierto y sacudiendo el pelo mojado? Me niego a ser la única con exceso de imaginación.

Una advertencia por si alguna vez os encontráis en una situación como la mía: nunca subáis las escaleras con un bol de caldo; no hacen buena liga con las piernas temblorosas y el calor de la expectación (y excitación, todo sea dicho). Más de una vez estuve a punto de comprobar la textura de la madera con mis dientes, pero conseguí llegar al piso de arriba sin derramar ni una sola gota. Me merezco un pin o una medalla a la valentía y el aguante.

La habitación de Ash era enorme, casi como todo el piso que compartía con Audrey, y la cama tan grande, que me perdería con facilidad entre las

sábanas y nadie me encontraría. Tampoco es como si quisiera que alguien me encontrara si llegaba a ocupar esa cama, aunque eso era otro asunto.

Por suerte o por desgracia, Ash estaba vestido con una camiseta de manga corta y unos pantalones de deporte por la rodilla, sentado en el lado izquierdo de la cama. No se había secado el pelo, y por la forma flácida de sus brazos apoyados en las piernas, no le deberían de quedar fuerzas. Dejé la bandeja con el caldo, la botella de agua y las pastillas encima de la mesilla, y volví a rozarle la frente con la mano.

—Así no se comprueba si tengo fiebre o no —murmuró, con ese tono de sabihondo que no dejaba ni enfermo.

—¿Ahora eres licenciado en Medicina además de en Marketing? —Me crucé de brazos, esperando su explicación.

—Mi madre me daba un beso aquí. —Me señaló la frente, y creo que yo también debía de tener fiebre porque ardía por dentro.

No tenéis ni idea de lo irresistible que me resultaba Asier así. Lo rodeaba un halo de ternura ante el que se me hacía complicado no ceder. Me daban ganas de acurrucarme a su lado, abrazarlo, y dejarme mimar también por él.

—Yo no soy tan sabia como tu madre —conseguí decir cuando recuperé el habla.

—Para eso estoy yo, para enseñarte.

Me reí, tenía que hacerlo. Era eso o hacer una locura de la que más tarde me arrepentiría. Sabía que había algo flotando entre nosotros, pero no era el mejor momento para averiguar qué tan profundo podía llegar a ser. Así que me mantendría a un paso de distancia de él hasta que se recuperara, y después ya pondríamos las cartas sobre la mesa.

—¿No vas a hacerlo? —preguntó—. Podría morir por la fiebre y caería sobre tu conciencia.

«Y luego dicen de mí que soy dramática», pensé, mientras Asier me miraba con el reto en sus ojos.

—Asier...

—Solo es un besito, Léa —pidió, cerrando los ojos.

—Contigo no es solo un beso —murmuré, con la voz tan baja, que su falta de respuesta me hizo creer que no lo había escuchado.

Cuanto más me iba inclinando hacia su rostro, más fuerte me latía el corazón. Olía demasiado bien, a una mezcla de cítricos aderezada con su olor particular. Contuve el aliento mientras posaba mis labios sobre su frente, dejándolos más tiempo del necesario. Tenía la piel caliente, señal de que la

fiebre aún no le había bajado. Uno de los dos suspiró, y tenía los sentidos tan embotados por su cercanía, que no sabría decir si había sido él o yo.

Me aparté enseguida, retrocediendo un par de pasos. Asier abrió los ojos, me miró un momento y luego se dejó caer en la cama, tirando de la colcha para arriba para taparse. Estaba temblando.

—No te duermas. —Lo zarandeeé un poco, oyéndolo mascullar—. Bébetelo primero esto para poder tomarte la medicación.

No dejó que lo ayudara a beberse el caldo, cosa que agradecí. Le reñí cuando pretendió dejarlo después de haberle dado dos tragos, y no me moví del sitio hasta que no vi el bol vacío. Después, le di el analgésico para la fiebre y las molestias causadas por ella.

—Tienes que tomarte otra dentro de ocho horas. Seis, si te encuentras muy mal —le expliqué mientras lo recogía todo para dejarlo en la cocina antes de irme—. Te pondré la alarma en el despertador por si te duermes.

—Eres una tirana —masculló—. Una bruja.

—No me dices nada nuevo. —Me reí, bajando un poco la persiana—. A las chicas como a mí nos quemaban en las hogueras por brujas.

—¿A las chicas como tú?

—A las pelirrojas.

—Me gustan las pelirrojas —murmuró, con voz apenas audible; estaba quedándose dormido.

—Lo sé —murmuré, recordando que ese detalle era uno de los que más recordaba Asier de Serendipia o, como la llamaba ahora por culpa de mi mentira, Audrey—. Que descanses.

No me respondió; se había dormido ya. Me quedé mirándolo unos minutos más y supe, con una claridad asombrosa, que si no tenía cuidado, acabaría colgándome de él más de lo que habría esperado.

19

Compruebo lo débiles que son los castillos en el aire

No sabéis la emoción que, el lunes por la mañana, me sacudió cuando

Asier entró en el ascensor. Se abrió paso entre la gente y pronto estuvo con la espalda apoyada en la pared del fondo, más cerca de mí de lo que solía ponerse.

—Buenos días.

Me lanzó una de sus raras, pero deslumbrantes sonrisas, antes de centrar su atención en el teléfono móvil. Apreté los labios tratando de contener una sonrisa, demasiado contenta de verlo para ocultarlo. Tenía mucho mejor aspecto que cuando fui a su casa, aunque seguía teniendo las ojeras marcadas y su voz sonaba aún algo congestionada.

—Dichosos los ojos —respondí.

—Creo que alguien me ha echado de menos... —dejó caer, mirándome con una ceja alzada.

Su sonrisa pícaro estaba causando estragos en mí, resultándome tan atrayente que, en vez de saltar por lo que estaba insinuando, se la devolví.

—Sin que sirva de precedente, tengo que reconocer que sí, que te he echado de menos. No todos los días tiene una a su jefe soplándole en la nuca para ver cómo hace las cosas...

Llegamos a nuestra planta, y me adelanté para salir. No había dado ni un paso cuando me estremecí, y la sonrisa se me borró de la cara. Asier estaba detrás de mí, y el muy... maldito me había soplado en la nuca. Se me puso la piel de gallina, y tuve que tragar con fuerza porque había sido la cosa más erótica y placentera que había sentido en mucho tiempo.

Creo que podréis haceros una idea de cómo de escasa estaba siendo mi vida sexual últimamente.

—Yo también te he echado de menos —murmuró cerca de mi oído, antes de pasar por mi lado y salir del ascensor.

Ni siquiera se dignó a mirarme, sino que echó a andar con aires enérgicos. Yo, por mi parte, me había convertido en una masa gelatinosa cuyas piernas temblaban tanto que tuve que apoyarme para no caer. ¡Maldito! ¡Y malditas mis hormonas que se revolucionaban cuando estaba cerca!

Todos lo recibieron como si fuera un héroe de guerra, cuando en realidad solo había estado resfriado, como al resto de mortales nos había pasado alguna vez en la vida. Pasé por el lado de algunos de mis compañeros que parecía que fueran a descoyuntarle el brazo de lo efusivos que estaban siendo estrechándole la mano, felices por volver a verle.

Fui consciente de cómo su mirada me siguió en mi camino hasta llegar a mi escritorio. Encendí el ordenador mientras me quitaba la chaqueta y la colgaba,

junto con el bolso, en el perchero que tenía detrás.

—Léa, reunión en mi despacho en cinco minutos —dijo, parándose frente a mí.

No sé si aún me quedaba rastro del sonrojo que me había provocado su gesto en el ascensor, pero su sonrisa autosuficiente me dejaba claro que sabía que me había afectado y no podía sentirse más que satisfecho por ello.

—¿Ya ha llegado?

Evans llegó cuando Asier estaba ya encerrado en su despacho. Yo había abierto el correo electrónico y estaba revisando que no hubiera nada urgente.

—El dragón ya está en su cueva.

Mi otro jefe se echó a reír y entró conmigo al despacho de su amigo. ¿Cómo podía una persona, en solo cinco minutos, desordenar lo que a mí me había costado toda una mañana dejar ordenado? Ya no se veía ni de qué color era la madera del escritorio porque un montón de carpetas y papeles lo llenaban por completo. Me permití el lujo de fulminarlo con la mirada cuando asintió al vernos entrar.

Pese a estar casi una semana sin ir al trabajo, Asier estaba bastante al día de todo, señal de que no había desconectado ni siquiera con fiebre, así que la reunión no fue más que un mero trámite. Pese a ello, mi libreta estaba llena de anotaciones y de tareas que tendría que tener listas antes de parar a comer.

Ya iba a salir cuando Asier volvió a llamarme.

—Léa, necesito que reserves, para el viernes, mesa para dos en el Café Les Deux Molins. A eso de las ocho de la tarde estará bien.

No encontré nada raro en el pedido, y me limité a apuntarlo, diligente, en el cuaderno. Solo cuando estaba acabando de escribir caí en la cuenta del sitio que era. Noté que mis ojos se agrandaban, y lo miraban con incredulidad. Asier, por su parte, ya no me prestaba atención y seguía a lo suyo, con Evans frente a él.

—Te lo confirmo cuando lo tenga.

Aún aturdida, y con una idea empezando a formar parte en mi mente, salí del despacho, dejando la puerta entreabierta, lo que me permitió escuchar parte de la conversación que mantenían los dos hombres.

—¿Y esa reserva? —Oí que preguntaba Evans con la misma curiosidad.

—Creo que es el momento de ir un paso más allá, así que voy a pedirle de cenar juntos —respondió Asier. El corazón me dio un vuelco, y apreté los labios para contener la sonrisa emocionada que pugnaba por salir.

Me dejé caer en la silla, nerviosa y emocionada a partes iguales. ¡Asier

iba a pedirme una cita! Apenas me lo podía creer, aunque también era cierto que, en las últimas semanas, nos habíamos ido acercando. Además, ya nos habíamos besado dos veces —¡y qué besos!—, y estaba claro que yo le gustaba. Por si fuera poco, había escogido uno de mis sitios favoritos de toda la ciudad, y eso tenía que significar algo, ¿no? Él también me gustaba, no iba a ponerme tonta a estas alturas de la historia, pero esto lo cambiaba todo.

Saqué el teléfono del bolso —el personal, no el del trabajo—, y les mandé un mensaje a mis amigas, diciéndoles que tenía algo muy gordo que contarles.

A ver quién se concentraba ahora en el trabajo.

Estuve con el «¡ay!» en el cuerpo todo el día, esperando el momento en el que Asier me pidiera ir a cenar el viernes. Yo, por mi parte, ya estaba haciendo inventario de vestuario —del mío y el de Audrey, que no sería la primera vez que nos dejábamos ropa—, y decidiendo qué me pondría. Nada demasiado sexy, pero sí lo bastante sugerente para que él no pudiera apartar los ojos de mí.

Pero no me dijo nada en todo el día, y yo seguí con la sonrisa en la cara hasta llegar a casa. Audrey ya me estaba esperando, con el portátil abierto.

—¡Hola! —Saludé a la pantalla, donde Blanche y Cora estaban ya por vídeo-llamada—. ¿Ya me habéis despellejado bastante?

Sonriendo, dejé el bolso en el recibidor y me senté al lado de Audrey en el suelo. Sí, seguíamos sin haber cambiado el sofá. Ayudándome de los dedos de mis pies, me deshice de los zapatos, aliviada después de todo el día andando con ellos.

—Nunca es suficiente, Léa, deberías saberlo —respondió Blanche, y todas nos echamos a reír—. Nos tienes en ascuas. ¿Qué era eso que tenías que contarnos?

—Asier me va a pedir una cita. —Intenté sonar contenida, y hasta indiferente, pero acabé soltando un chillido emocionado.

—¿Asier? ¿Tu jefe? —preguntó Cora desde la parte de derecha de la pantalla—. Creo que me he perdido algo. ¿No decías que era un imbécil? Chica, estás tan emocionada que cualquiera diría que vas a cenar con Stanley.

—¡No seas exagerada! —Me reí, haciendo un aspaviento con la mano. Nada de lo que me dijeran iba a borrar mi buen humor—. No es tan imbécil. Tiene su encanto.

—Encanto del que nosotras no tenemos conocimiento —me acusó Blanche, y me encogí un poco ante el tono. Les había ido contando cosas, pero lo más jugoso me lo había dejado para mí—. Desembucha, *roussi*.

Pasé por alto el mote que me puso en el instituto, cuando me quemé el pelo tratando de usar la plancha por primera vez. Desde entonces, pasó de llamarme *rousse* por mi pelo rojo, y pasó a llamarme *roussi* por lo chamuscado que se me quedó.

Les conté por encima lo que había pasado entre Asier y yo, incluyendo lo del partido de fútbol y lo del baño. Eso sí, me abstuve de contarles lo de los mensajes. Cuando acabé, el silencio envolvió el salón, y yo esperé a su reacción.

—¡Yo no sabía eso!

—¡Qué calladito lo tenías!

—¡Quiero más detalles!

Me tapé las orejas ante el estallido, y acabé riéndome. Mi sonrisa se tambaleó cuando me encontré con la mirada de Audrey. Con la mirada le pedí disculpas por no haberle contado nada.

—Pero a ver, que yo me aclare. —Blanche carraspeó y se acomodó en la silla, porque su imagen se movió—. ¿Cómo estás tan segura de que te va a pedir una cita? ¿Te lo ha pedido ya?

—Llámame loca, pero si me lío con una persona dos veces, lo más normal es pedirle ir a cenar si quieres ir más allá, ¿no?

—Es un hombre, cariño, nunca hacen lo que se supone que deberían hacer.

—Asier no es así —lo defendí—. Le gusto.

Aproveché que me había sonado el móvil para levantarme y dejar que mis amigas asumieran mis palabras. También yo tenía que hacerlo, porque había sonado muy segura y confiada en su defensa, más de lo que habría creído.

El bolso seguía en el recibidor, y rebusqué en su interior hasta encontrarlo. Nada en el teléfono del trabajo, cosa que me decepcionó, pero sí que tenía un mensaje en el personal. Me invadió un mal presentimiento al ver que el mensaje era de Asier... hablándole a «Audrey».

He estado pensando...

¿Sabes que ya hace casi tres meses que nos conocimos? Y creo que es momento de que nos veamos, ¿qué dices? Había pensado que podríamos cenar el viernes. He reservado mesa en el Café Les Deux

Molins; sé que te gusta ese sitio por la película de Amélie.

—Qué cabrón... —murmuré, sin poderme creer lo que estaba pasando.

Me encontré boqueando, con los pulgares suspendidos, listos para responder. Aparecía como conectado, esperando una respuesta que yo no estaba preparada para darle. Apagué el teléfono y volví a dejarlo en el bolso. ¿Cómo había sido tan tonta de creer que me pediría a mí la cita? Me la había pedido, pero él no lo sabía. Y me sentí decepcionada y traicionada, lo cual era una locura porque no tenía sentido tener celos de mí misma.

—Rectifico: no solo es un imbécil, también un cabrón —decreté, apagando el teléfono y guardándolo en el bolso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Audrey, haciéndose a un lado para que cupiéramos las dos frente a la cámara.

—La cita no era para mí... sino para Serendipia.

Ese nombre, que tan bonito me había parecido en un principio, ahora sabía amargo y pastoso en mi boca, con una textura que me dio arcadas.

—Han pasado tres meses y quiere cumplir la promesa de quedar para vernos.

Demasiado tarde me di cuenta de que tampoco les había contado que hablaba con él por mensajes. Me sentí la peor amiga del mundo por haberles mentido, por decirles que no le había respondido a ese primer mensaje cuando en realidad llevaba casi tres meses haciéndolo. El karma se estaba riendo a mi costa como un descosido; me tenía merecido todo lo que me pasara.

—¿Cómo lo haces para meterte en estos berenjenales? —preguntó Blanche, con incredulidad.

Rodé los ojos, hastiada. Me conocía desde hacía años y me había visto en situaciones surrealistas donde las hubiera, ¿en serio me estaba preguntando eso? Tenía un imán para ese tipo de situaciones, y resultaban graciosas vistas desde fuera, como si estuvieras delante de una película, pero no lo era tanto cuando tú misma eras la protagonista.

—Dijiste que no ibas a responderle...

No soportaba la mirada decepcionada de Audrey, así que bajé la mirada hacia mis uñas pintadas de rojo. Empecé a retirar, con ayuda de una uña, todo el esmalte. Me estaba encarnizando con ellas de tal manera que no habría quien lo solucionara después.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Audrey, y ella misma, después de

chasquear la lengua, se respondió—. Por supuesto que no, o no le habría pedido la cita a «ella».

—¿Algo más que no sepamos? —preguntó, esta vez, Cora, que se había mantenido bastante callada.

Mentí, y negué con la cabeza. Si le decía que había mentido también con mi nombre, no sabía qué serían capaces de hacerme. Si me creyeron o no, no dijeron nada. Supongo que bastante tenían pensando en las posibles formas de salir indemne de esa situación.

—Deberías decírselo, Léa. —Me negué en redondo a la solución de Audrey—. ¡Tienes que hacerlo! Hazlo antes de que lo descubra por sí mismo y la lées parda.

—¿Acaso no lo ha hecho bastante ya? —dijo Blanche, remarcado lo obvio. La fulminé con la mirada.

—No se lo voy a decir. —Me mantuve en mis trece—. ¿Qué sentido tiene? ¡Me lo acaba de dejar a huevo! Le mandaré un mensaje diciendo que no quiero quedar con él, que lo mejor será no volver a hablar... ¡y ya está! Serendipia desaparecerá del mapa y yo seguiré viendo qué tal nos va a nosotros dos.

—¿Y si te descubre? —Cora ahí, dando donde más dolía—. Eres una pésima mentirosa. No sabes guardar secretos.

—No seré tan mala si llevo tres meses así y no se ha dado cuenta.

—Pues porque es tonto; no hay más —decretó Blanche—. Además, las mentiras tienen las patas muy cortas. Si no te ha descubierto por el físico, lo hará por otra cosa.

Era difícil enfrentarse a tres titanes de los interrogatorios como ellas, pero yo estaba segura de la validez de mi plan. Había estado bien eso de hablar por mensajes, de conocernos más, pero había llegado al punto en que me gustaba más el Asier de todos los días, el que veía en la oficina, que aquel con el que hablaba por mensajes. Sentía que lo conocía, y no por lo que me había contado, sino por lo que veía en él.

—¿No se lo quieres contar? Perfecto —empezó Audrey, y la ilusión por ver que me daba la razón se esfumó pronto porque sabía lo que venía—. Pero creo que hay un detalle que no has considerado.

—¿Cuál?

—Que la ha invitado a «ella», no a ti. No sabe que sois la misma persona.

—Estoy de acuerdo con Audrey —dijo Blanche—. Está jugando a dos bandas, porque puede que se haya liado contigo, pero no veo que le interese algo más allá de los magreos que habéis tenido. En cambio, a la otra sí que le

pide citas.

—Me va a estallar la cabeza.

La escondí entre mis rodillas, gimiendo cuando el martilleo se volvió incesante y doloroso. Sentía los pinchazos hasta detrás de la cuenca de los ojos, y la bilis me subía por la garganta. Debería haberme escondido en un búnker como quise en un principio; me habría ahorrado el estar hasta el cuello en arenas movedizas.

—Según lo veo, tienes dos opciones: decirle quién eres y esperar que te perdone por haberle mentado y que le gustes lo suficiente para que no le importe —empezó Cora, y todas contuvimos el aliento—, o callarte, hacer desaparecer a Serendipia y preguntarte en todo momento si está contigo porque le gustas de verdad o solo has sido un premio de consolación. Ya sabes, ese segundo plato que nadie quiere.

—¿Y qué hay de la tercera opción? —pregunté con la voz lastimera.

—Si tan segura estás de que le gustas, no creo que necesites una tercera, ¿no crees?

Quería llorar. Me estaban doliendo las palabras de mis amigas, y tenía ganas de gritarles que no era asunto suyo y que era lo bastante mayorcita para tomar mis propias decisiones, pero una parte de lo que decían era cierto. No había nada entre Asier y yo que me llevara a pensar que quería algo serio, algo más que esos escauceos en el ascensor típicos de las novelas románticas porque, mientras yo me había hecho ilusiones, él había estado «tonteando» con otra chica. Daba igual que fuera yo, un detalle que él no conocía.

Y eso era lo que me dolía, que yo no le gustaba tanto como él a mí porque, de ser así, no buscaría en otras chicas lo que podría tener conmigo si me daba la oportunidad.

Era Asier el que estaba jugando a dos bandas, la diana a la cual lanzarle los dardos. Entonces, ¿por qué me sentía yo tan culpable?

20

venganza se sirve fría, o eso dicen

La

El día siguiente de la no-cita, como había decidido llamarla, descubrí una vena vengativa que no sabía que tenía.

Y empezó con un «Allí estaré» vía mensaje aun sabiendo que no iba a hacerlo.

Como cada mañana, me subí al ascensor y cambié el sitio en la parte trasera por el hueco frente al panel de botones. Fue muy satisfactorio darle al botón justo cuando Asier entraba en el edificio, cerrándole las puertas en las narices. La palabrota que soltó me hizo sonreír, triunfante. Ya podía poner en marcha esa pulsera suya de actividad porque tenía por delante unos cientos de escalones antes de llegar a nuestra planta.

«Eso es el karma, querido Ash, que te lo devuelve con intereses», pensé para mí, entrando tan ligera en la oficina que parecía que flotaba. La coleta con la que me había recogido el pelo se balanceaba, rozándome la nuca.

Para cuando Asier llegó a la oficina, yo ya llevaba mis buenos diez minutos delante del ordenador. Entró pisando fuerte, a grandes zancadas y el ceño tan fruncido que, en vez de conseguir que me encogiera en la silla, ensanchó mi sonrisa. Con toda la chulería, me levanté y fui a su encuentro, como la secretaria solícita que era.

—Buenos días, Asier —lo saludé, carpeta en mano. Él me fulminó con la mirada, y parecía no saber si estrangularme o mandarme al cuerno—. Hace un día espléndido, ¿verdad? Pero tú pareces algo acalorado. Espero que no hayas recaído en el resfriado.

El pelo le iba en todas direcciones, señal de que se lo había manoseado, y la satisfacción después de mi jugarreta se desvaneció al percatarme de que el esfuerzo había coloreado su cara, y de que los ojos le brillaban de forma peligrosa. Al menos, para mis hormonas y la facilidad con la que bailaban a su son.

No me respondió, y estoy segura de que se envenenó cuando se mordió la lengua. Las paredes se tambalearon después del gran portazo que dio al encerrarse en su despacho.

La cosa está en que él me devolvió la jugada al día siguiente, y ya aviso de que subir siete plantas con tacones no es la mejor forma de hacer ejercicio. Llegué a mi planta resollando, con el pelo hecho un asco después de que se me hubiera aflojado el recogido, y llevaba sin respiración desde hacía unos cuantos tramos de escalera. Mis piernas, poco acostumbradas al ejercicio, me ardían tanto que no me cupo duda de que tendría unas buenas agujetas cuando el músculo se enfriara.

¿Sabéis lo peor de todo? Que Asier me estaba esperando en la puerta, con los brazos cruzados y una sonrisa socarrona plasmada en la cara. ¡Cómo me hubiera gustado abofetearlo!

—Llegas tarde —me dijo, con toda su cara dura. Me miró de arriba abajo, alzando las cejas, y su sonrisa se ensanchó al ver el desastre de persona que era en esos momentos.

Apreté los dientes y cogí aire, decidiendo si le lanzaba un zapato rogando para que le diera el tacón en un ojo, o me hacía la digna y le daba la espalda. No me dio buen resultado la segunda opción porque, seamos sinceros, con mis pintas, cojeando por culpa las rozaduras que me habían dejado los zapatos en los pies, y sin haber recuperado el aire, de poca dignidad podía presumir.

Pero lo intenté, al menos conseguí alejarme de él con la espalda recta y una actitud orgullosa que me duró hasta entrar al baño. Me vi en el reflejo y la palabrota que solté en honor a Asier llegaba a la categoría de malhablado nivel Dios. Creo que, menos guapo, le dije de todo. Suerte que era previsora y llevaba siempre un pequeño neceser en el bolso para casos de emergencia, y según la loca que me miraba desde el espejo, este era uno de esos.

Diez minutos después, ya había recuperado mi condición de persona normal y me puse a trabajar. Tenía mucho que hacer, pero Asier se había levantado con el modo tocapelotas activado y no hacía más que llamarme a su despacho, lo que impedía que pudiera avanzar. La primera vez me lo tomé en serio; después de la cuarta, mis ganas de mandarlo a la mierda aumentaron a un ritmo vertiginoso. Gilipolleces, la gran parte de las cosas que me decía, y eran asuntos que podría comentarme por el teléfono de la oficina.

Los pies me estaban matando, y creo que todas aquellas que os habéis puesto tacones y os han hecho rozaduras o heridas, os solidarizaréis conmigo. Sacarme de quicio se había convertido en su pasatiempo favorito, y en los momentos en los que me hervía la sangre, era yo la que no sabía por qué me gustaba él.

¡Era insufrible!

Después del tercer día, el agua volvió, aparentemente, a su cauce.

Las putadas las dejamos a un lado y nos centramos en lo importante: el trabajo, que abundaba bastante. Llevábamos un ritmo frenético en la oficina, y no había nadie que, al final del día, no tuviera que quedarse un poco más de

tiempo. Había noches que yo, después de salir pasada mi hora, veía a Asier encerrado en su despacho, trabajando hasta saber qué hora.

Era entonces cuando recordaba lo que me había dicho en Toulouse y lo importante que era aquello para él, y me ablandaba un poco. Un poco solo, porque luego me acordaba de su juego a dos bandas y volvía a acordarme de sus antepasados, y no en un buen término, precisamente.

Me daba rabia que, mientras que yo no podía dejar de darle vueltas a las cosas, él hacía como si nada. Le daba exactamente igual que yo llevara días distante con él y que hablásemos lo justo y necesario porque, al parecer, solo le importaba su cita del viernes. Hasta Evans se había dado cuenta de lo tensos que estábamos el uno con el otro, y yo me encogía de hombros cuando me preguntaba con la mirada. Que se lo preguntara a su amigo, a ver qué le decía.

El viernes por la noche, con pocas ganas de salir a tomar algo, me tomé mi tiempo para recoger mis cosas. Estaba agotaba física y mentalmente, y solo quería salir de allí.

—Que paséis un buen fin de semana.

Asier había salido de su despacho y se despedía de todos los empleados. Tuve que hacer esfuerzos para no quedarme mirándolo, embobada. Estaba guapo, el muy capullo. Llevaba unos pantalones negros de pinzas y una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados. Tuve que tragar cuando mis ojos se recrearon en esa porción de piel tostada que asomaba por la camisa. Y ya podía considerarse afortunada Serendipia, o Audrey, que ya no sabía cómo llamarla, porque se había hasta peinado. El olor de su colonia se hizo más intenso al pararse delante de mi escritorio.

Nos miramos fijamente, y mi corazón aleteó, perdida como estaba yo en el mar de sus ojos azules.

—Que descanses. —Su voz carecía del tono malicioso de los últimos días, y parecía transmitir cierta ternura—. Buen trabajo esta semana.

Asentí a su alabanza, sin responderle. Expectante, vi que hacía el intento de añadir algo más, pero luego se echaba para atrás. Sacudió la cabeza, consiguiendo que un mechón de pelo le cayera sobre los ojos, y apreté los labios para contener las ganas que tenía de apartárselo.

—Nos vemos el lunes.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció, y entonces me senté en la silla otra vez. No quedaba nadie ya en la oficina, a excepción de Evans y yo.

—No pensarás quedarte el fin de semana a hacer horas, ¿verdad?

Esboqué una sonrisa tirante cuando Evans salió de su despacho y me vio sentada en mi puesto. Se acercó a mí, dejando sus cosas encima de mi escritorio.

—¿Asier ya se ha ido? —Asentí, y él suspiró—. No va a pasar nada.

—¿A qué te refieres?

—Esta noche. Con Asier y su cita.

«Lo sé», pensé, «porque la cita soy yo y no voy a ir».

—No es algo que me incumba —respondí, levantándome. Me colgué el bolso en el hombro.

—¿Sabes que se te ponen las orejas rojas cuando mientes? —Se rio, y su cara se dulcificó—. Te importa, aunque no quieras admitirlo. Asier...

—No quiero escucharlo, Evans —lo corté—. Y no deberías estar diciéndome estas cosas. Es mi jefe, y tu mejor amigo y socio.

—Pero eso no quita que os gustéis. Llámame ingenuo, pero contra esas cosas no se puede luchar.

—Pues tu amigo lo hace de perlas. —Me reí, y lamenté que me saliera medio histérica la risa—. Me tiene a su lado todos los malditos días y aun así se ha ido a cenar con otra.

—Es normal que estés enfadada.

—No, ese es el problema. Los enfados me duran nada, pero las decepciones se aferran a mi pecho como la mala hierba.

—Le cuesta ver esas cosas —admitió, saliendo en defensa de su amigo.

—Te equivocas. Lo peor es que lo ve y no quiere admitirlo.

Evans no supo qué más decir, y yo vi en su silencio la mejor vía de escape. No era la primera vez que me dejaba caer que le gustaba que entre Asier y yo hubiera algo, pero no era algo que dependiera de él.

El autobús me dejaba a dos calles de casa, y para llegar tenía que pasar, sí o sí, por delante del restaurante donde Asier esperaba una cita que no iba a llegar. Mi primer pensamiento fue pasar de largo, pero acabé mirando por la ventana. No me fue difícil localizarlo, y no por su físico, sino porque desentonaba en el ambiente. La mayoría de clientes eran trabajadores que se tomaban unas cervezas después del trabajo, y él iba demasiado elegante. Además, estaba solo y eso le hacía merecedor de la curiosidad del resto de comensales.

Se había arremangado la camisa, y vencía el nerviosismo rompiendo en mil pedazos pequeños una servilleta.

Debería entrar y decírselo, acabar con esto de una vez. Estaba cansada de

estar desdoblándome para tener una parte de él sabiendo que no podría tenerlo al completo. Me vi incluso rodeando el restaurante y entrando, pero mis pies seguían pegados a la acera. Me hubiera gustado poder mirarlo a la cara y decirle: «Soy yo. Yo soy esa *serendipia* que encontraste sin buscarla y que te gustó lo suficiente como para, después de tres meses de hablar por mensajes, hayas decidido dar un paso más allá. Pero también soy la chica a la besaste en el campo de fútbol y que aún se estremece al recordarlo. Soy la persona que está a tu lado todos los días, y que te echa de menos cuando no estás».

Podría haberle dicho todo eso y más, pero era, aparte de todo, una cobarde. Y era mejor dejar que las cosas cayeran por su propio peso que forzarlas a caer.

Así que agaché la cabeza, dejé a Asier esperando y me fui a casa.

21

Una

puerta se cierra, y ninguna se abre

Audrey me estaba esperando, y al ver mi cara larga, se calló lo que fuera a

decirme y me tendió los brazos. Sus abrazos tenían un no sé qué que siempre conseguía calmarme; la sensación era lo más parecido a lo que sentía cuando mi madre me abrazaba de pequeña.

—Lo he visto —dije, al cabo de un rato en el que, después de cenar, nos habíamos puesto a ver televisión—. Estaba en el bar esperando.

—¿Te ha mandado algún mensaje? —Negué con la cabeza; no supe si sentirme aliviada o no—. ¿Qué vas a hacer cuando lo haga?

En esos momentos, mi encogimiento de hombros era la única respuesta que podía darle. Apreté con fuerza el teléfono, como si él fuera a darme la solución al problema en el que me había metido. Audrey asintió, y volvimos a sumergirnos en la película. Al menos, ella creo que lo hizo. Yo, por mi parte, era incapaz de fijarme en lo guapo que salía Gerard Butler en *Posdata. Te quiero*. Esa sonrisa canalla de medio lado siempre me había aflojado las piernas; ahora, me parecía un tío más.

Creo que pegué una cabezada, no lo recuerdo bien, pero me desperté al escuchar el teléfono. Audrey, que también se había quedado dormida y babeaba sobre mi hombro, enderezó la espalda y me observó con atención. Cogiendo aire con fuerza y soltándolo poco a poco, alargué el brazo para cogerlo.

Era él, lo sabía.

No has venido. ¿Ha ocurrido algo?

«Aún estás a tiempo de decirle la verdad», me dije, y mis dedos, suspendidos encima del teclado, dudaron.

—¿Léa?

Oí a Audrey llamarme, pero no le respondí y empecé a teclear sin descanso.

Creo que te debo una explicación. He estado muy cerca de ir, de hecho, he llegado hasta la puerta, pero no me ha parecido bien hacerlo.

¿Recuerdas que me preguntaste si estaba con alguien? Te respondí que no, y en aquel momento era cierto, pero en estas semanas, algo ha cambiado. Quizá debería haberte hablado de esto y no esperar a este momento para hacerlo. Hay alguien de mi entorno que está empezando a importarme mucho, más de lo que lo ha hecho nadie en mucho tiempo.

Había química entre nosotros, creo que no fui la única en notarla aquella noche. Suelo ser la chica de las locuras, y aquella noche, contigo, con todo esto de los mensajes, hice honor a mi fama. Pero no todas salen bien. No estoy segura de que esto hubiera funcionado fuera de aquí, y no porque no nos gustásemos, sino porque idealizamos tanto lo ocurrido

aquella noche, que no creo que hubiéramos sabido lidiar con esas expectativas tan altas después de enfrentarnos a la realidad.

Quizá deberíamos habernos descubierto aquella noche; creímos que la magia estaba en seguir manteniendo el misterio y deberíamos habernos dado cuenta de que la verdadera magia brillaba bajo la máscara. Hablo por mí cuando digo que, con todo esto, perseguía un ideal y que, cuando he sido capaz de mirar más allá, a mí alrededor, me he dado cuenta de que la felicidad estaba ahí mucho antes y que tenía que pelear por conseguirla.

Me ha encantado conocerte, Ash, y aunque suene trillado, espero de todo corazón que todo te vaya genial en la vida; te lo mereces. El mundo está lleno de *serendipias*, y en una de ellas encontrarás la felicidad.

Adiós.

Escribí el mensaje de un tirón, y cuando estaba a punto de darle a enviar, volví a dudar. Aquella era una despedida en toda regla, y aunque estaba deseando dejar esa parte de mi relación con él, se me hizo un nudo en el estómago. Hasta la vista se me volvió borrosa, y sorbí por la nariz para alejar esas traicioneras lágrimas que camparían a sus anchas por mis mejillas.

Antes de arrepentirme, lo envié.

—Es lo mejor.

Asier aparecía como conectado, señal de que estaba leyendo el mensaje interminable que le había mandado. ¿Qué se suponía que iba a decirle si me respondía? Me costaba la vida no eliminar mi propio mensaje, y si le daba por pedirme explicaciones, me iría de la lengua.

No pensé mucho, la verdad, y antes de darme cuenta de lo que hacía, había bloqueado su número.

De ahora de adelante, ya no habría más mensajes entre Ash y Serendipia.

Pasé un fin de semana horroroso, y cuando llegó el lunes, las ojeras me llegaban al suelo y estaba tan cansada que no era capaz de hilar un pensamiento tras otro. Como era de esperar, Asier se hizo amo y señor de mi mente, asentándose sin que pudiera hacer nada para sacarlo de ahí. ¿Cómo habría reaccionado al mensaje? Lo imaginaba dolido, sobre todo después de no darle la oportunidad siquiera a responder. Cerraba los ojos, y lo veía una y otra vez sentado en el restaurante, esperando.

Al igual que yo había esperado ser la receptora de esa invitación para cenar.

Casi podía sentir simpatía por él, por esa primera impresión de incredulidad al ver que pasaba el tiempo y no llegaba, la decepción al ver que no lo haría y, finalmente, el enfado. Si estaba cabreada con alguien, era conmigo misma. Me había hecho ilusiones como una tonta y me las habían pisoteado sin piedad.

Asier estaba en su despacho cuando llegué, lo que me dio algo de tiempo para prepararme para el momento en que saliera y me encontrase con él. Saludé a Evans con una sonrisa tensa, y su mirada voló de inmediato hacia la puerta de su amigo. Me conocía ya lo bastante como para saber que él era el motivo de mi malestar y de la cara larga que tenía pese a que me había esmerado en el maquillaje para, precisamente, evitar eso.

Se acercó a mi mesa, inclinándose para hablarme en confidencia.

—No pasó nada. Lo dejó plantado.

Casi parecía alegrarse, y yo me alegré de que, al menos, alguien estuviera de mi parte. Asier aprovechó ese momento para salir, y me resultó muy complicado no mirarlo tan fijamente.

Mayo había traído consigo el buen tiempo y había dejado en los armarios los abrigo y los jerséis gruesos. Asier había cambiado los suyos por camisas con botones, que llevaba siempre por fuera de los pantalones, con las mangas arremangadas. Me fijé en sus brazos, y en el vello que los salpicaba, y recordé que había sido una de las primeras cosas en las que me fijé de él y que me gustaron. Estaba fresco de buena mañana, con el pelo aún húmedo por la ducha y cepillado con los dedos, y lo odié por verse tan guapo y sexy cuando yo estaba tan hecha mierda.

—Buenos días, Léa.

Le sonreí con tirantez, cabeceando como saludo, y le presté a la pantalla del ordenador toda mi atención. Apreté los dientes y contuve la respiración cuando se inclinó hacia mí, invadiendo todo mi espacio vital con su olor, una mezcla de champú y especias que estaba segura no olvidaría en mucho tiempo.

—Tenemos una reunión fuera hoy, y como Evans tiene cosas que hacer aquí, vendrás tú conmigo.

Mi mente gritó un ensordecedor «No» cargado de pánico, y miré a Evans esperando que me sacase de ese apuro. El muy —el epíteto que le dediqué no es apto para oídos sensibles— sonrió en mi dirección, mandándome ánimos. Mientras, Asier esperaba mi confirmación. ¿Qué alternativa tenía? Era mi jefe y mi trabajo, y negarme habría suscitado preguntas que no estaba preparada para responder.

Así que ahí estaba, encerrada con él en el coche y rezando en silencio para llegar lo antes posible a nuestro destino. Compartíamos el gusto por las versiones de David Garret de canciones conocidas, pero esa vez no pude disfrutar de ellas. Miraba todo el rato por la ventana, pero aun así sentía su mirada en mí, y mi piel se erizó, como si hubieran sido sus manos y no sus ojos los que me hubieran acariciado.

—¿Va todo bien? Te noto muy callada.

—No tengo ganas de hablar.

Con mi tono seco pretendía dejar claro que no quería entrar en el tema, y aunque Asier no insistió en un buen rato, no tardó en volver a la carga.

—¿Estás enfadada conmigo?

El cuello me dio un tirón por lo deprisa que giré la cabeza para mirarlo, sorprendida por esa pregunta. Y maldición, no debería haber puesto esa cara contrita e inocente, como si nunca hubiera roto un plato o no entendiera que alguien pudiera estar enfadado con él.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Hace días que estás rara —respondió, sin desviar la atención de la carretera—. Con todo el mundo estás bien, pero conmigo...

—¿Has hecho algo por lo que deba estar enfadada?

Le miré con intensidad, con la ansiedad por su respuesta cerrándome la garganta. No dudó al responder, y mi decepción alcanzó el pico de la Torre Eiffel.

—No.

—Pues ya está.

Fin de la conversación.

No volvimos a hablar del tema en lo que duró el trayecto, y las únicas palabras que intercambiamos estuvieron relacionadas con el trabajo. La reunión fue todo un éxito, y salimos de allí con un cliente más engrosando la cartera de Faure-Anderson. Asier era incapaz de esconder la satisfacción que eso le provocaba, y hasta yo sentí un pinchazo de orgullo en el pecho por haber contribuido.

Paramos a comer por el camino, y en vez de meternos en un restaurante, cogimos un par de hamburguesas y nos sentamos en un parque. Hacía demasiado buen tiempo para desaprovecharlo encerrándose entre cuatro paredes. Mi claustrofobia era la misma, estando en un sitio abierto que cerrado, pues sentía que apenas podía respirar con Asier sentado a mi lado, rozándome el brazo cada vez que lo alzaba para darle un mordisco a la

comida. El banco era enorme, y estábamos pegados el uno al otro. El problema era que, cuanto más distancia trataba yo de poner entre nosotros, él se las apañaba para acercarse.

—¿Sabes qué podríamos hacer? Pasar del trabajo esta tarde e irnos al cine.

—Sí, claro, ¿y qué más? —me burlé porque, vamos, él sería la última persona que haría pellas en el trabajo para hacer algo divertido.

—Hablo en serio. —Giró el cuerpo para mirarme, apoyando uno de los brazos sobre el respaldo del banco—. Podríamos, no sé, pasar la tarde juntos.

«Marchando un segundo plato» pensé, con amargura. «Serendipia lo rechaza y ahora sí tiene ganas de quedar conmigo».

—Lo que tendríamos que hacer es volver a la oficina y dejarnos de tonterías —escupí, con los dientes apretados.

Me acerqué a la papelera para tirar los envases, y al darme la vuelta, me topé con el ancho pecho de Asier. Me tambaleé por la sorpresa, y sus manos me sujetaron por los brazos. Me quemaba allí donde me tocaba, y la blusa que llevaba no era coraza suficiente.

—¿Me vas a contar de una vez lo que te pasa? —Había suavizado el tono, ya sin rastro de exigencia en él, pero lo transmitía con su firme agarre—. Tú dirás lo que quieras, pero algo me dice que estás enfadada conmigo.

—Y yo te he dicho que, si no has hecho nada, no tienes de qué preocuparte.

—Se te ponen las orejas rojas cuando mientes —sonrió, y con una mano me apartó un mechón de pelo de la cara, colocándolo suavemente tras la oreja—. Está bien, aceptaré tu mentira de que no estás enfadada conmigo. Entonces, ¿por qué no quieres que vayamos al cine?

—Porque es un lunes, y tenemos trabajo. —¿Esa voz temblorosa era mía? Apenas la reconocía.

Asier echó la cabeza hacia atrás, soltando una fuerte carcajada.

—Soy el jefe, me puedo permitir una tarde libre.

—Pues ve tú.

Me zafé como pude de su agarre, apreté el bolso contra mi pecho, y eché a andar hacia el coche. Escuché sus largas zancadas tras de mí, y cuando me quise dar cuenta, estaba a mi lado y acomodaba sus pasos a los míos.

—Léa, solo quiero que nos veamos fuera del trabajo.

—¿Y si yo no quiero? —espeté, frenando para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—Lo respetaría de ser verdad.

Su cara dura no tenía límites, como tampoco su insistencia. Me sentiría halagada si no fuera porque sabía que, de haber estado la otra, a mí no me habría dicho nada. Y ya sé que la otra soy yo, pero él no lo sabía, y eso era lo que me dolía. Ese sentimiento de traición tardaría en abandonarme, y mientras tanto, no quería tener nada que ver con él.

¿Cómo había llegado a meterme en esta situación tan surrealista?

Maldita la casualidad que me llevó a encontrarme con él en la discoteca.

—Escúchame bien: no va a pasar nada entre nosotros. —Acompañé mis palabras con un par de golpecitos con el pulgar contra su pecho.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees? —Cogió mi dedo entre sus manos, y tiró de él para cercarme más a su cuerpo—. Yo recuerdo claramente una ocasión en un campo de fútbol...

—Un error que no se repetirá.

—¿Y qué me dices de lo que pasó en el baño del bar? ¿Ese también fue un error?

—No habrá una tercera vez.

Me daban ganas de borrarle a guantazos la sonrisa de suficiencia que tenía plasmada en la cara, como también me moría por comerle la boca a besos, pero una no siempre conseguía lo que quería.

—Deberías saber que no puedo hacerme a un lado cuando me lanzan un reto como ese.

—¡No era un maldito reto, Asier!

Algo debió ver en mi cara para soltarme y permitir que me alejara un par de pasos. Quizá la histeria que empezaba a hacer mella en mis nervios.

—¿Tan malo sería salir conmigo?

—No se trata de eso, sino... Esto no es lo que tú quieres.

—¿Desde cuando hablas por mí?

—¿Podemos irnos? —El dolor de cabeza era insoportable y no quería seguir hablando del tema—. No me encuentro bien.

—No te tenía por una cobarde.

—No me conoces.

—Bueno, acabo de invitarte a salir para remediar eso, así que culpa mía no es.

Desde luego, la piedad brillaba por su ausencia.

Con esa frase suya, dimos la conversación por zanjada, que no el tema. Me dejó en casa nada más llegar a París, y con un seco «tómame la tarde libre y que te mejores», se despidió.

¿Quién me mandaba a mí meterme en estos berenjenales?

22

Segunda no es plato de buen de gusto para nadie
Ser la
Estuvimos de morros buena parte de la semana, evitándonos en la medida

de lo posible. Coincidíamos en el ascensor todos los días, pero nos cuidábamos de quedarnos cada uno en una esquina, dejando salir primero al otro para no tocarnos siquiera.

Después de un par de intercambios verbales algo subidos de tono, empecé a notar que la gente nos miraba con expectación, que plantaban la oreja cuando me veían entrar a su despacho o lo veían a él acercarse a mi mesa.

Primero era la molestia lo que flotaba entre nosotros, mostrándonos susceptibles ante cualquier palabra o gesto del otro, pero con el paso de los días fue tornándose en algo completamente diferente. Hasta yo, que había decidido no tener nada que ver con él hasta que no se me pasara la decepción y el enfado, notaba la electricidad que chispeaba ante el mínimo roce o ante una mirada oscurecida con algo parecido al deseo.

Pero ninguno de los dos hizo nada por dar el primer paso... De momento.

El viernes por la noche nos encontramos en el bar de siempre, tomándonos una cerveza después de una semana agotadora. Después de la segunda, decidí que era hora de volver a casa. Tenía que trabajar en la pastelería la mañana siguiente, y si tenía en cuenta lo poco que estaba durmiendo esos días, más me valía tratar de descansar lo máximo posible. Hubo exclamaciones apenas cuando dije que me marchaba, y negué con la cabeza, sonriendo, cuando trataron de convencerme para tomarme otra.

Asier fue de los que calló, limitándose a mirarme con el ceño fruncido y una expresión hosca en su cara. Evans se levantó poco después, ofreciéndose a llevarme a casa.

—Ya la llevo yo. —Asier intervino antes de que yo tuviera tiempo siquiera de aceptar o negarme. Debió verle las orejas a mi negativa, porque siguió hablando—. No te va a servir de nada negarte. Ni de coña te vas a casa a estas horas en tren.

—Llevo haciéndolo todos los días —mascullé, incómoda al ver que nadie hacía nada por ocultar la curiosidad y el morbo que les producía nuestra discusión—. Agradezco el gesto, pero sé llegar a casa sola.

¿He dicho ya que odio que me dejen con la palabra en la boca? ¿O que parezca que hablo con la pared? Notando el enfado bullir en mis venas, apreté las manos en puños, clavándome las uñas en las palmas, y vi cómo se despedía de sus empleados y de Evans. Después, se reunió conmigo casi en la puerta. ¿Qué manía tenía con poner su mano en mi espalda para empujarme suavemente hacia adelante? Me estremecí de la cabeza a los pies, y reprimí un escalofrío, huyendo de su toque. Asier me lo permitió, aunque volvió a

tocarme para ayudarme a entrar en el coche, cogiéndome suavemente por el codo.

—No necesito ayuda —mascullé por lo bajo, y la única respuesta que recibí fue el portazo que dio al cerrar.

—Esta nueva Léa está empezando a tocarme los huevos —se quejó después de rodear el coche para sentarse a mi lado.

—Pues acostúmbrate.

—Qué tocapelotas puedes llegar a ser...

Me mordí la lengua y casi me enveneno con la réplica que tenía lista para lanzarle. Enfurrñados como dos críos, pasamos el uno del otro hasta llegar a mi casa. Justo cuando iba a bajar del coche, Asier me retuvo cogiéndome de la mano.

—Necesito saber qué está pasando. En serio, no dejo de darle vueltas, y...

—Si estás tan ciego que no eres capaz de verlo, no voy a ser yo quién te lo diga.

—Así que admites que estás enfadada conmigo.

¿Qué sentido tenía negarlo? No era como si estuviera siendo la discreción personificada. Así que asentí, y me zafé de su brazo para poder salir.

—Buenas noches, Asier.

Esperó a que entrara en el portal para marcharse, y lo hizo derrapando en el asfalto.

Si algo tenía Asier, era la perseverancia e insistencia cuando algo se le metía entre ceja y ceja. Se había propuesto sonsacarme el motivo de mi enfado, y lo había intentado todo menos lo que tenía que hacer: pararse a pensar en lo que había hecho. Había acorralado a Evans en su despacho para preguntarle por mí, y no le hizo mucha gracia que su amigo le dijera lo mismo que yo. Lo raro era que estuviera manteniendo el tipo, porque no es que destacase precisamente por su paciencia.

Miedo me daba cuando estallase y me pillase por delante.

Ese momento pasó un par de días después, cuando volvía de comer. Asier y Evans habían estado sentados en otra mesa, hablando con unos clientes, y yo me había refugiado en uno de mis libros para pasar el rato. Cuando levanté la mirada, ellos se habían ido y tuve que echar a correr porque se me echaba el tiempo encima e iba a llegar tarde.

Asier me esperaba en la puerta del restaurante, apoyado indolentemente en la pared. Me vi reflejada en sus gafas de sol cuando se giró hacia mí.

—Esto roza ya el acoso —me quejé, caminando lo más deprisa que podía, alargando mis zancadas con tal de dejarlo atrás.

Imposible, porque ya lo tenía pegado a mí. Si esto hubiera sido un juego de «persigue a tu presa» a mí me habrían alcanzado antes de los créditos iniciales.

—Solo te ayudo a cruzar el paso de peatones.

Reprimí la risa, y me salió un sonido estrangulado. Tosí para disimular, pero Asier me había pillado, y ahora era él quién sonreía.

Nos paramos frente al ascensor, en la planta baja. Asier no me daba cuartel, y se había puesto a mi lado, más cerca de lo que era necesario, pues no había nadie a nuestro alrededor que nos obligara a estar con los brazos pegados el uno al otro. Mi blusa no era lo bastante gruesa como para actuar de protector contra la calidez de su brazo, y sentí expandirse ese calor por cada fibra de mi ser. Había llegado al punto en que lo deseaba más de lo que creía posible, pero mi orgullo me impedía ser la primera en demostrarlo.

—Quiero saber por qué estás enfadada conmigo.

Y otra vez con la misma canción.

«Señor, dame paciencia. O un ladrillo para golpearle en la cabeza».

Un pitido anunció la llegada del ascensor y nos hicimos a un lado para dejar pasar a la gente que se iba a comer. Nuestro sitio en la pared frontal del ascensor nos estaba esperando, y pese a que traté de ponerme en una esquina para no estar cerca de él, Asier me siguió y acabé embutida entre la pared izquierda y él.

«En serio, ¿dónde coño está el ladrillo? Me encantaría borrarle esa sonrisa de suficiencia. Es exasperante», pensé mientras me apartaba con toda la intención de irme al otro lado. Adivinó mis intenciones y se movió, cortándome el paso.

Solo estábamos nosotros dos en el ascensor. El olor de su colonia había invadido el pequeño habitáculo, y estaba empezando a notar esas manos invisibles rozarme la piel, erizando cada vello de mi cuerpo. Se me había cerrado la garganta, y notaba como el sonrojo cubría mis mejillas de forma alarmante. Mis terminaciones nerviosas no habían olvidado aún el estremecimiento que les provocó el susurro de Asier la semana anterior.

—Léa, deja de ignorarme.

—No te estoy ignorando —mentí, mientras rogaba porque el ascensor se

diera prisa en llegar a nuestra planta.

—Pues a ver si con esto me haces caso.

De haber sabido lo que tenía en mente, habría subido por las escaleras. Pasando por mi lado, apretó un botón y el ascensor dio una sacudida antes de detenerse. El corazón me dio tal vuelco que pensé que no volvería a latir.

—¿Pero qué coño haces? —le grité, sin temor porque me viera como una desquiciada. Alargué la mano para poner el ascensor en marcha, pero Ash se puso delante—. Esto es una locura.

—Vamos a hablar. —Se cruzó de brazos, tensó la espalda y su mandíbula apretada me dejó claro que no pensaba ceder en eso—. No saldremos de aquí hasta que no dejemos las cosas claras. Estoy harto de esa indiferencia tuya.

—Que seas mi jefe no significa que tenga que lamerte el culo como hacen los demás —respondí, y lamenté enseguida haber usado esa expresión. A mi mente acudieron imágenes mías lamiendo cada centímetro de su piel.

Me sonrojé, y él se dio cuenta a juzgar por la sonrisita presuntuosa que adornaba sus labios.

—Pensé que nos habíamos... acercado.

Acompañó sus palabras con un par de pasos que lo acercaron a mí. Lo toreeé y me puse todo lo fuera de su alcance que pude. Parecíamos el ratón y el gato.

—Pues pensabas mal —le espeté—. Eres un cerdo.

Un insulto más fuerte no lo habría dejado más estupefacto. Sus ojos azules, que si no eran ya lo bastante grandes e impresionantes, se abrieron al máximo. Entreabrió los labios pero, al parecer, lo había dejado tan sorprendido que no tenía ni palabras para defenderse. ¿Quién tenía la cara sonrojada ahora?

—No puedes empotrarme contra la pared del baño y meterme la lengua hasta la campanilla, y después ir a pedirle una cita a otra. —Me crucé de brazos, apoyando la espalda en la pared. Alcé la barbilla, desafiante. A ver cómo se defendía.

—¿Estás celosa? —La sorpresa había dado paso a la diversión. Su boca de labios generosos se ensanchó en una sonrisa enorme; exudaba satisfacción.

—Yo no he dicho eso —refunfuñé. Me había salido el tiro por la culata, y en vez de esperar su defensa, tendría que trabajar en la mía—. No te creas tan importante.

—Estás celosa. —Se echó a reír, confirmando lo que él ya sabía que era cierto—. Me encanta.

—No te acerques —le advertí al ver que tenía toda la intención de

acorralarme en la esquina en la que estaba—. Esto no tiene gracia, Asier. Ahora mismo, no me gustas nada.

—Es una pena —chasqueó la lengua con fingida decepción, pero no detuvo su paso—, porque tú a mí sí.

Con eso, mi intento de huida se evaporó como un voluta de humo. Conteniendo el aliento y muda de palabras, lo vi acercarse a mí cuál depredador, y se me escapó un jadeo cuando su cuerpo me cubrió por completo. No quedó aire que respirar, y solo su olor inundaba mis fosas nasales. Era bastante más alto que yo, por lo que tuve que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara. ¡Y qué cara! Poseía una belleza salvaje, con una mirada directa y una sonrisa que prometía placeres que nunca antes había sentido. La oleada de excitación me recorrió de la cabeza a los pies, asentándose entre unos muslos que necesitaban el calor de una mano fuerte y cálida como la suya.

—No me beses —solté, sin pensar muy bien qué decía. Me salió la voz entrecortada, pero entendedme, no recordaba muy bien cómo se hacía eso de respirar.

—¿Por qué? —preguntó, inclinándose cada vez más hacia mí. Su aliento me hizo cosquillas en la cara. Su susurro ronco estaba poniéndome a cien.

—Porque estoy enfadada contigo. —No me salía ya ni el enfado.

Asier se echó a reír, y yo sabía que el calor que me subía por el pecho no era fruto del sonrojo.

—Vas a tener que buscar otra excusa; esa no me sirve.

Sentí en la piel sus palabras porque las había susurrado tan bajo, que el furioso retumbar de mi corazón me impidió escucharlas. Estaba echando abajo todas y cada una de mis defensas con una facilidad tan pasmosa que me habría indignado si no estuviera tan pendiente de sus labios, peligrosamente cerca de los míos.

Nuestro aliento se entrecortó instantes antes de fundirnos en un beso. Sus labios suaves contrastaban con el hambre y la ansiedad con la que devoraba los míos. Sentí las brasas de ese beso en mi cintura, donde sus manos la rodeaban, ejerciendo la presión suficiente para hacer que me pusiera de puntillas, apegándome más a él. Sabía a café y chocolate, y paladeé su sabor con gula, enredando mi lengua con la suya.

Había olvidado por qué estaba enfadada con él, y también que debería seguir estándolo. Pero estaba mareada, sumergida en la marea de sensaciones que, con sus besos y sus caricias, hacían arder mi cuerpo. Seguía de puntillas,

y la necesidad me urgía buscar más contacto con él. Me había vuelto tan avariciosa que lo quería solo para mí, sin tener que compartir.

«Está jugando a dos bandas, porque puede que se haya liado contigo, pero no veo que le interese algo más allá de los magreos que habéis tenido. En cambio, a la otra sí que le pide citas».

Y ahí estaba la voz de Blanche enroscándose en mi mente, ponzoñosa. Me aferré a ese resquicio de lucidez para sacar la fuerza suficiente para interrumpir el beso, cosa que, como comprenderéis, no fue para nada fácil. Sus manos estaban por todo mi cuerpo, y hasta se habían atrevido a levantarme la falda hasta los muslos. No tardé nada en darme cuenta de que mis manos también habían estado muy ocupadas. No había trozo del trasero de Ash que no hubiera abarcado con ellas. Ese hombre tenía un culo digno de mención y sobeteo.

Lo empujé y conseguí apartarlo, aunque me miró con el ceño fruncido. ¡*Mon dieu!* No podía estar más guapo, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por mi culpa. Una corriente de satisfacción me hizo hinchar el pecho, orgullosa. Me duró poco.

—¿Qué pasa? —preguntó, y no sé si el pelo revuelto era por haber enredado yo los dedos en él o lo había hecho Asier mismo.

—Que no quiero esto —respondí, tratando de recuperar la dignidad—. Mira a tu alrededor. ¡Estamos en un maldito ascensor! ¿Es eso lo que esperas de esto? ¿Rollos esporádicos donde te venga el calentón? Porque yo no. No quiero ser la chica a la que le metes mano mientras llevas a otra a cenar.

—Léa...

—No voy a ser segundo plato de nadie.

—¿Qué segundo plato ni qué mierdas? —exclamó, retrocediendo. Llevaba la camisa medio desabrochada, y tenía la misma pinta que debería tener yo: como si acabáramos de darnos un revolcón—. Solo hay un plato. Tú.

—¿En serio? ¿Y qué tal la cena del otro día? ¿También pasasteis directamente al postre?

—¿Cómo hemos acabado hablando de comida? —se preguntó, y yo aproveché para acomodarme bien la ropa. Me bajé la falda, y me invadió la vergüenza—. Me gustas. Lo sabes.

—No, lo único que sé es que te atraigo, que no es lo mismo. ¡Ni siquiera me harías caso si no fuera porque te dieron plantón el otro día!

—¡Eso no es cierto!

—¡Anda que no!

—¡Eres exasperante!

—¡Mira quién fue a hablar!

Nos faltó enseñar los dientes y gruñir. Yo apretaba tanto mi mandíbula que no me extrañaría que se me pusiera dolor de cabeza. Asier parecía desquiciado, con los ojos azules más abiertos de lo normal, y pasándose la mano por el pelo casi con rudeza. A ese paso iba a quedarse calvo.

—Vale. Estás enfadada. Lo acepto —dijo, al cabo de unos segundos de silencio y erráticas respiraciones—. Te lo compensaré invitándote a cenar.

—No —respondí con rotundidad, lo que me hizo ganarme una mirada exasperada por su parte—. Sigo enfadada contigo.

—¡No me jodas, Léa! —Se pasó una mano por la cara, aunque sé que más le habría gustado cogerme del cuello—. ¡No hay quien te entienda!

—No tengo nada más que decir —respondí, encogiéndome de hombros.

Mi coherencia brillaba por su ausencia en esos momentos, y no pensaba decirle, ni loca, que no podía pensar cuando lo tenía cerca, y que cada beso suyo me dejaba sin respiración. El ascensor no era lo bastante grande como para acogernos a nosotros dos y a su ego.

—Yo no he hecho más que empezar —masculló, volviendo a poner en marcha el ascensor.

Nos arreglamos la ropa como pudimos, y salimos del ascensor dejando una molesta distancia entre nosotros.

23

cortejo, o lo que es lo mismo: Asier vs Léa

El

No sé a qué se refería Asier con su «yo no he hecho más que empezar», pero después de dos días, estaba que me tiraba de los pelos con su actitud. Me miraba con esa sonrisa suya tan enervante, como si fuera poseedor del conocimiento del mundo y mi mente fuera demasiado simple para comprenderlo. O como esas personas repelentes que creían tener siempre la razón cuando en realidad lo único que tenían era una patada en la boca.

No decía nada, nunca lo hacía, pero yo estaba segura de que esperaba que fuera yo quien lo acorralara esta vez y le hiciera un examen exhaustivo a su boca. Como si no empezara a conocerla bien...

Pero no pensaba ceder en eso, no sin pelear, al menos. Quería ver hasta qué punto le gustaba y, sobre todo, qué estaba dispuesto a hacer para que lo perdonara. Me negaba a ser las sobras que, después de una fallida relación, uno veía con buenos ojos.

Creo que es comprensible que no quiera estar preguntándome, todo el tiempo, si me habría dicho que le gustaba de no ser porque le dieron plantón, ¿no?

El primer día, me estaba esperando en el trabajo con una sonrisa conciliadora y un café. Lo cogí, le di las gracias y me puse a trabajar. Se le quedó cara de tonto, quizá porque esperaba que con eso me ablandara y me lanzara a sus brazos. Ganas no me faltaron, eso tengo que reconocerlo, y si vosotros no decís nada, yo tampoco.

Al día siguiente, a la sonrisa y al café se le unió un trozo de tarta.

—Agatha me dijo que era tu favorita. —Me miraba con expectación, y yo cogí un tenedor para comerme un trozo—. He ido esta mañana a primera hora a por ella.

Estaba demasiado mono con ese aire contrito, y tuve que apretar los labios para que no se me escapara la sonrisa. Era como un niño pequeño que no sabe cómo pedir disculpas después de una travesura.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás intentando ablandarme con todo esto?

—¿Está funcionando? —preguntó, esperanzado, y sin negarlo. Obvio que no iba a hacerlo.

Chasquéé la lengua, negué con la cabeza y a él se le cayeron los hombros del desánimo.

—Joder, Léa...

—¿Qué quieres que haga? Esto no me demuestra nada. —Señalé el café que ya había terminado y el plato con la tarta en el que solo quedaban las

migas—. Lo siento.

—Eres un hueso duro de roer —soltó, y el aire molesto de antes dio paso a un brillo decidido en sus ojos azules. Me había convertido en todo un reto para él, y reprimí un escalofrío. Miedo me daba lo que pudiera pasársele por la cabeza—. Te prometo una cosa: en una semana estaremos cenando, tú y yo.

—Yo ceno todas las noches... —dejé caer, y lo vi rodar los ojos antes de dar media vuelta y encerrarse en su despacho.

Se me escapó un suspiro de esos profundos; sabía que iba a costarme mucho resistirme a él, pero quería que se lo trabajara. Asier era una persona tan persistente y decidida, con las ideas tan claras, que haría lo que fuera necesario para conseguir lo que quería. Y una cosa te digo: puede que, como había prometido, cenáramos los dos en una semana, pero antes de eso, iba a hacerle sudar la gota gorda.

Siempre se había dicho que el corazón de un hombre se conquistaba por el estómago.

En los siguientes días, Asier puso a prueba ese dicho, pero al revés. Me dejó una caja de bombones encima del teclado del ordenador. Se me escapó una sonrisa, y negué con la cabeza mientras encendía el ordenador y me sentaba.

Sonó el teléfono, y me pilló con un bombón en la boca. Reconocí su número, y cogí aire antes de descolgar.

—¿Están buenos? —me preguntó con humor. Le respondí con un «hmm» que pretendía ser un entusiasta asentimiento—. No hagas nada el domingo.

—Muy positivo estás tú... —El chocolate me había dejado un sabor increíble en la boca, y estaba deseando colgar para coger otro.

Me estremecí de placer al escuchar su risa ronca a través del teléfono, y mis ojos volaron veloces hacia la puerta de su despacho. Podía imaginarlo recostado en su silla, con las piernas encima de la mesa y cruzadas por los tobillos; con una mano sujetaría el teléfono, y con la otra se pasaría la mano por el pelo. Estaría sonriendo, y no me hizo falta tenerlo delante para que notara los efectos de esa sonrisa.

—¡Qué aproveche!

Y colgó, dejándome con una sonrisa idiota en la cara.

Al volver de comer, me encontré con una cajita alargada, con un delicado

lazo rosa, al lado del teléfono de mi mesa. Noté la emoción bullir en mi estómago hasta explotar en una sonrisa. Había dejado también una nota, y la abrí con manos temblorosas antes de ver qué había dentro de la caja.

—«Guárdame uno» —leí, y solté una risotada porque no podía creer que tuviera tanto morro. Solo cuando la dejé al lado para abrir la caja, me di cuenta de que había escrito algo detrás—. «O mejor todavía, deja que lo pruebe de tus labios».

Desde luego, estaba jugando fuerte. Y me sorprendía que fuera tan detallista, e incluso romántico. Me estaba ganando con demasiada rapidez, pero es que nunca habían tenido ese tipo de detalles conmigo y la romántica que había en mí estaba dando saltos, emocionada.

En la cajita había seis *macarons* de limón y, sin poder resistirme, le di un mordisco a uno. Se me escapó un suspiro lleno de deleite; estaban de muerte. Crujientes por fuera, y tiernos y sabrosos por dentro. Se deshacían en la boca.

A todo esto, en la oficina todos se habían dado cuenta de lo que Asier estaba tratando de hacer, y se debatían entre la diversión y la censura. Los primeros seguían con todo lujo de detalles el cortejo, como lo habían bautizado. Gracias a Evans, a quien la situación le resultaba de lo más entretenida, me enteré de que habían hecho apuestas a ver cuánto tiempo tardaba yo en ceder. Porque claro, estábamos hablando del jefe, en mayúsculas, y no cabía la posibilidad de que fuera a quedarse con dos palmos de narices en lo que a mí se refería.

¿Qué clase de seriedad había en esa oficina?

Lo que me aliviaba era que el ritmo y el ambiente de trabajo no habían cambiado en absoluto. Si Asier tenía que reprenderme por algo, no se cortaba a la hora de hacerlo, como tampoco tenía reparos en mandarme trabajo, al igual que al resto.

Cosa de la que, por las miradas desaprobadoras de otra parte de la plantilla, algunos dudaban. No se habían atrevido a llamarme trepa a la cara por tener algo con él, pero me lo lanzaban por la espalda cuando creían que no me daba cuenta. Había conseguido mi trabajo por méritos propios, y lo había mantenido a base de trabajo y dedicación; nadie podría reprocharme haberme aprovechado de la atracción entre Asier y yo para escalar posiciones hasta convertirme en lo que era, su secretaria y parte del equipo del proceso de publicidad.

Capté una de esas reprobatorias justo cuando iba a comerme el segundo *macaron*, y se me quitaron las ganas. Torciendo el gesto, volví a dejarlo en la

caja y la dejé a un lado. Asier, que en ese momento pasaba por delante de mí, captó el gesto y su mandíbula se endureció. Me dirigió una mirada larga en la que intuí que estaba molesto; ese regalo tampoco había funcionado.

Lo vi alejarse y tuve el presentimiento de que estaba a punto de batirse en retirada, de que no iba a insistir más porque había entendido que no merecía el esfuerzo por conquistarme.

En aquellos momentos, metida en la ridícula autocompasión, no podía ni pensar en lo equivocada que estaba.

Al día siguiente, estaba tan concentrada trabajando que no me di cuenta de que todos habían salido de sus despachos al ver entrar a un desconocido, caminando directamente hacia mi mesa.

—¿Léa Chartier?

Pegué un bote al escuchar mi nombre, y cuando aparté la mirada del ordenador, me encontré con un enorme ramo de flores, justo enfrente de mis narices. Mi primer instinto fue echarme atrás, como si fuera a atacarme. Al mirar al repartidor, noté cómo mis ojos empezaban a lagrimear, y un picor desagradable se me asentaba en la nariz.

—¿Es usted Léa o no? —Volvió a preguntar, esta vez con impaciencia.

No sé qué hice primero, si asentir o ponerme a estornudar como una descosida. Creo que nadie esperaba esa reacción mía, porque toda la oficina se quedó en completo silencio. Entre un estornudo y otro, pude ver a Asier en la puerta de su despacho. Estaba serio, e intenté sonreírle para agradecerle el detalle, pero volví a estornudar, lo que arruinó por completo el gesto.

Alguien debió de darme un pañuelo, porque me soné con poca delicadeza. ¿Dónde estaba el hoyo en el suelo en el que poder esconderme hasta que pasara la vergüenza?

—¿Estás bien?

Asier se las había apañado para girar mi silla y acuclillarse frente a mí. Notaba los ojos tan hinchados que apenas era capaz de verlo. Necesitaba lavarme la cara, por lo que cogí el bolso y salí pitando hacia el baño. El repartidor con el ramo había desaparecido, y mis sentimientos fueron contradictorios al respecto. Era un ramo precioso, y me hubiera gustado conservarlo, pero no podía estar cerca de las flores sin que me acabasen estallando los ojos o se me pusiera la nariz como una berenjena.

Me lavé las manos a conciencia, y cuando estuve segura de que no habría peligro de llevarme nada a la cara, entonces me eché agua fría en el rostro. Al mirarme en el espejo, se me escapó una risa mortificada. La máscara de

pestañas estaba dejando un buen riachuelo oscuro bajo mis ojos enrojecidos, y creo que nunca había tenido tanta cara de desquiciada.

—¿Léa? —Asier había asomado la cabeza por la puerta—. ¿Estás visible?

—No —respondí, con la voz nasal. Solté una exclamación a verlo entrar. ¿Para qué preguntaba si luego hacía lo que le daba la gana? —. Asier, no es un buen momento.

Con la espalda apoyada en el lavabo y la cabeza gacha, lo noté ponerse a mi lado. Quería apoyar la cabeza en su brazo, cerrar los ojos y que me envolviera en ellos. Pero lo único que hice fue suspirar.

—Siento el espectáculo de ahí fuera.

—No sabía que tenías alergia. —Sonaba mortificado y preocupado, y fue tierno verlo así—. Lo siento.

—Era un ramo precioso.

Pese a lo dramática que puedo ser la mayor parte de las veces, nunca he sido de las que sollozan hasta quedarse sin aliento. Pero ahí estaba yo, vencida por las circunstancias y llorando como si mi vida no tuviera solución. Se me entrecortaba hasta la respiración, y cuando Asier me rodeó con sus brazos, acallé mis sollozos en su pecho. Me aferré a su camisa con fuerza, hasta que los dedos se me agarrotaron.

—Si llego a saber que te ibas a poner así, no te hubiera regalado el ramo —soltó, y me atraganté entre una risa y un sollozo—. ¿Así cómo vas a querer a venir conmigo el domingo?

Cogiéndome por los hombros, me apartó levemente de él, lo suficiente para mirarme a los ojos. Era tan guapo que mis ojos no soportaron tanta belleza y se emocionaron. ¡*Mon Dieu*, el polen me había llegado al cerebro y no hacía más que decir idioteces! Con sus manos, me abarcó el rostro, llevándose las lágrimas de mis mejillas con los pulgares. Sonreía con ternura.

—Estás espantosa —soltó, conteniendo la risa, y yo me aparte para atizarle. ¡Qué bocazas! Sin dejar de reírse, asió mis manos y las colocó tras mi espalda, sin soltarme. Se puso serio cuando me pegó a él y se inclinó para mirarme—. Pero, aun así, me gustas. Contigo, uno nunca sabe qué esperar, y aunque algunas veces me sacas de quicio, creo... No. Sé que te echaría de menos si no te tuviera pululando por aquí.

—Si me hubieras dicho eso al principio, te hubieras ahorrado los bombones y lo demás —Me bebí su risa en un beso húmedo en el que nuestros labios apenas exploraron la textura y sabor del otro, y que fue tan especial que me tocó un poco el corazón—. Después de lo de hoy, tendré que aceptar

quedar contigo el domingo. Con regalos así, o salgo rodando por la puerta o con los pies por delante.

—Estás como una regadera, ¿lo sabías?

El brillo apreciativo en sus ojos hizo que me sintiera feliz por sus palabras. Sabía que estaba hecha un asco, y que muchos en su lugar habrían salido por patas —posiblemente ni hubieran llegado a entrar en el baño—, pero él se había quedado ahí y me estaba haciendo sentir especial.

«Has caído, Léa», me dije, «estás enamorada hasta las trancas».

—Te dejo para que termines de asearte. —Me acarició la mejilla pegajosa por culpa de las lágrimas y el maquillaje. Mi recién descubierta revelación me había privado del habla—. Tómame tu tiempo.

Con una última sonrisa, salió del baño.

Yo, por mi parte, tardé mis buenos diez minutos en recomponerme lo suficiente como para sentirme capaz de hacerle frente a todo.

«Mierda, me he enamorado».

24

La
mierda huele igual de mal hoy que siglos atrás

Una vez acepté quedar con Asier, este hizo voto de silencio sobre lo que

tenía planeado. Lo único que me dijo, como si se tratara de un favor y después de que yo le insistiera mucho, fue que eligiera ropa cómoda y que me recogería a las cuatro de la mañana. Al ver mi cara escandalizada por lo pronto de la hora, se echó a reír y me dejó con toda la intriga.

Bueno, a mí, a Agatha y a Monique, cuando fui a pedirles el día libre para poder ir con él. Audrey estaba presente, aunque no dijo nada y miró con algo parecido a la censura. Sabía qué opinaba del asunto: no veía con buenos ojos que saliera con Asier sin ser sincera con él sobre quién era.

Después de estar mucho rato revolviendo mi armario, opté por unos vaqueros, unas zapatillas que reservaba solo para cuando quería ir cómoda pero bien arreglada, y un jersey fino de manga larga color crema. Estábamos a finales de mayo, y aún refrescaba un poco por la tarde, así que añadí también una cazadora vaquera al conjunto. Me dejé el pelo suelto, aliviada de no tener que recogerlo para ir a trabajar. ¿No os ha pasado nunca que, después de estar todo el día con el pelo recogido, os duele después la cabeza? Es una tortura china, en toda regla.

Me miré en el espejo y sonreí al verme guapa. Me brillaban los ojos, y sabía que era por la emoción de pasar todo el día con él, fuera del trabajo. Ahora, cada vez que pensaba en Asier, el corazón me daba un vuelco. Hasta a mí me dejaba pasmada lo bien que había aceptado que estaba enamorada de él, aunque fue una información que me callé.

Estaba ya haciendo un surco en el suelo por culpa de los nervios cuando escuché el teléfono. Asier ya había llegado, y yo tropecé con mis propios pies tratando de coger lo más deprisa posible mis cosas y bajar antes de que se le ocurriera irse y dejarme atrás.

Me quedé paralizada al verlo, y tuve que apretar fuerte los muslos porque mis bragas podrían caerse de un momento a otro. Apoyado sobre una moto tipo Harley Davidson, con esa media sonrisa canalla que tantos cosquilleos levantaba por mi cuerpo, el revuelto pelo castaño que le daba un aire salvaje tan atractivo, y ese cuerpo grande y fuerte, era la seducción hecha hombre.

«Perdóneme, padre, porque voy a pecar», pensé, mientras se incorporaba, acercándose a mí. Las piernas me temblaban tanto que tuve que pegar los pies al suelo y dejar que él acortase la distancia que nos separaba. Al igual que yo, había optado por unos vaqueros, pero los suyos eran negros y se amoldaban a la perfección a sus caderas, y estaba segura de que también a su trasero, aunque no pudiera verlo en esos momentos. Para ese entonces, mi corazón había empezado a dar saltos como si estuviera en un castillo hinchable y tuve claro

que eso de respirar con normalidad estaba sobrevalorado. Me faltaba el aliento.

—Buenos días. —Sonrió al llegar a mi altura. Aún tenía retazos del sueño en su rostro, y a juzgar por su voz grave y algo ronca, yo era la primera persona con la que hablaba desde que se había levantado.

—Buenos días —conseguí decir, sintiéndome tímida de repente.

¡Pero qué tonta! No sabía qué hacer, bueno, sí que lo sabía. Colgarme en sus brazos cual koala y pedirle que pasara del plan que tuviera planeado para llevarme escaleras arriba, de vuelta a mi cama.

Lo vi inclinarse hacia mí, y antes incluso de que sus labios estuvieran cerca de los míos, yo ya había entreabierto la boca y se me escapaba un quedo jadeo que se convirtió en un gemido en cuanto me besó. Empezó con la parsimonia de quien acaba de despertarse, desperezándose poco a poco, y siguió avivándose hasta que me encontré enredando la lengua con la suya y poniéndome de puntillas para rodearle el cuello con los brazos. Sabía a menta, quizá del dentífrico.

Le ardía la piel allí donde tenía las manos, y me encantó acariciarle el pelo en la nuca, sintiendo como se amoldaba a mis dedos. Sus manos, rodeándome la cintura, me apegaban a él. Puede que él aún estuviera adormilado, pero ciertas partes de su cuerpo estaban más que despiertas.

—Será mejor que paremos —susurró junto a mis labios, con la respiración entrecortada. Pareció costarle la vida misma soltarme, pero acabó retrocediendo un par de pasos, poniendo distancia entre nosotros—. Ojalá no hubiera hecho planes.

Me miró de arriba abajo con avidez, y lo vi tragar saliva antes de dar media vuelta y volver a la moto. Mis piernas tardaron un poco en ser capaces de moverse; después me puse a su lado.

—Aún no me has dicho a dónde vamos —pregunté, aceptando el casco que me daba. No me lo puse, y esperé a que lo hiciera él.

—Ni te lo voy a decir tampoco. —Sonrió, y aunque parecía algo más sereno, sus ojos seguían refulgiendo cada vez que me miraba. Nunca había visto un deseo tan crudo dirigido a mí, y me daba vértigo porque era como estar mirándome a mí misma en el espejo de sus ojos—. Toma, ponte la chupa.

Aproveché que no miraba para acercar la cazadora a mi rostro y aspirar así su olor. Me venía enorme, y me sobaban dos palmos en cada manga, y no se me enfriaría el trasero porque me lo cubría. Asier sacó otra del asiento de la moto, y se la puso, subiéndose la cremallera hasta el cuello. Una vez se

aseguró de que tenía el casco bien puesto y abrochado, se puso el suyo y, pasando su larga pierna por encima de la moto, se subió en ella. Desde atrás, la perspectiva de su trasero era de diez, como la puntuación que le daba. Y eso que estaba tirando por lo bajo.

Una vez subida en la moto, la puso en marcha y se giró un segundo para mirarme por encima de su hombro. La diversión teñía su voz cuando me dijo:

—Cógete fuerte.

El primer acelerón me pegó por completo a su espalda, y no tardé nada en rodearle la cintura con los brazos. Mi sentido de supervivencia se equiparaba al placer de estar tan íntimamente pegada a él.

Lo último que escuche, antes de perdernos entre el tráfico, fue el sonido de su risa.

Nos dirigimos al norte, ya no solo de París, sino de Francia. Estuvimos dos horas y media conduciendo, haciendo una parada rápida para desayunar. Por supuesto, Asier seguía sin contarme a dónde íbamos, y a mí se me acababan las ideas para sonsacárselo. Pero nada, que era como una maldita tumba y se limitaba a sacudir la cabeza y a reírse de mi impaciencia.

Y cuando ya empezaba a compadecerme de las pobres gentes que usaban el caballo para viajar, llegamos a nuestro destino. Se me habían dormido las piernas, y caminé un par de pasos antes de asegurarme de que no se me habían torcido o algo.

—¿Dónde estamos? —pregunté, mirando a mi alrededor.

Era un pueblo pequeño con el encanto propio de aquellos que vivían anclados en el pasado. Los edificios no parecían saber lo que era el paso del tiempo o las modernidades, porque seguían gozando de ese aire rústico y antiguo que muchos buscaban emular sin conseguirlo. Había mucho verde a nuestro alrededor, y el aire que se respiraba era tan puro y tan libre de la contaminación, que insuflé mis pulmones de él, extasiada.

—Estamos en Sedan —me contestó Asier, poniéndose a mi lado.

Ambos nos habíamos quitado ya los cascos, y yo me había desabrochado la cazadora porque la temperatura era cálida pese a estar tan al norte.

—¿Y qué hemos venido a hacer aquí?

—Vamos ahí arriba.

Solo cuando señaló a un punto a mis espaldas, vi el enorme castillo

medieval que se alzaba, glorioso y poderoso, sobre una colina rocosa, cerca del bosque. Desde la distancia se veía tan bien cuidado y conservado, que casi podía ver a un poderoso señor dominar todo el terreno que había bajo sus pies.

—Juro que no esperaba esto —reconocí, y no supe definir cómo me sentía; quizá un poco decepcionada.

—Alegra esa cara, que aún no has visto nada.

Nunca lo había visto tan entusiasmado. Guardó todo lo que pudo en el asiento de la moto, y el resto lo puso en una mochila negra que se colgó a la espalda sin dificultad. Cualquiera diría que se iba de excursión.

A medida que nos acercábamos al pie de la colina, más gente se nos iba uniendo en el camino. Miré a Asier de reojo y capté su sonrisa enigmática. El trayecto era largo, de casi media hora de pendiente, pero Asier lo hizo ameno, dándome una pequeña lección de historia. El *château* de Sedan era uno de los castillos medievales más grandes de Europa, con más de treinta mil metros repartidos en siete plantas. Tuvo un papel importante tanto en la Primera como en la Segunda Guerra Mundial, con los alemanes como protagonistas. Y eso era la versión reducida para *dummies*.

—¿Cómo es que sabes todo eso?

—Mi madre es profesora de Historia. —Sus rasgos se dulcificaron al hablar de ella. Era el único miembro de su familia al que no conocía—. Y digamos que los cuentos que nos contaba de pequeños no eran como los que escuchaban el resto de niños.

Cuando llegamos a la cima, con la enorme muralla frente a nuestras narices, la gente se contaba por centenares. Algo se estaba cocinando ahí dentro, y yo no era la única que apenas podía contener la emoción, y eso que ni siquiera sabía qué iba a encontrarme.

Las puertas se abrieron en esos momentos, y dejamos que pasara todo el mogollón de gente antes de entrar nosotros. Asier sacó unas entradas y se las dio a un señor que, para mi sorpresa, había sustituido los vaqueros y la camiseta, por un jubón y unas calzas.

Asier se puso a mi espalda, rodeándome la cintura con sus manos y apoyando la barbilla en mi cabeza. Me estremecí al notar su cuerpo pegado al mío. Mis ojos apenas podían creer lo que estaban viendo.

—Bienvenida a la Edad Media.

Había viajado en el tiempo, no había otra explicación. A nuestra derecha, un hombre corpulento daba martillazos a lo que parecía ser un arma candente a

juzgar por su color rojizo y el sudor que resbalaba por su frente y sus brazos. El sonido era tan real, tan martilleante, que di un pequeño salto. Asier me dejaba mirar sin meterme prisa para seguir adelante.

Demasiadas cosas estaba viendo para que pudiera asimilarlas en un instante.

—Todos los años, por estas fechas, hacen una especie de festival medieval donde recrean la forma de vida de aquella época —me explicó Asier, cogiendo mi mano y resguardándola entre la suya, más grande y cálida que la mía—. Aunque no lo parezca, en muchos pueblos de estos siguen trabajando el material como antaño.

—¿Las ovejas son de verdad?

Su carcajada me hizo sentir tonta porque vamos, la pregunta había sido estúpida a más no poder.

—Y también las vacas. —Siguió riéndose y, en un acto reflejo, me cogió por los hombros para apartarme—. Y la mierda del suelo también es de verdad, así que mira por dónde pisas.

Estaba sin palabras. De todas las cosas que pensé que podría haber planeado, esa era la que menos se me habría ocurrido.

—Espero que no te haya decepcionado —preguntó, y vi la indecisión agravar su rostro.

—¡Para nada! —exclamé—. Estoy sorprendida.

—¿Qué es lo que esperabas?

—No lo sé, la verdad. —Me reí, porque aquello escapaba a mi imaginación—. Pero me gusta.

—El día es muy largo y hay muchas cosas que ver.

Su sonrisa era la mejor invitación que podría haberme dado, y me cogí a su mano con la confianza de saber que, daba igual dónde me llevara o qué fuera lo que me enseñara: a mí me bastaba estar con él.

25

Desenmascarando a Asier

Asier tenía razón al decir que aún había muchas cosas por ver. Junto a

muchos turistas venidos de todos los puntos de Europa, hicimos un tour por el castillo donde, en cada habitación, habían hecho una recreación de escenas cotidianas del día a día medieval. Las figuras eran tan reales, que tuve miedo de acercarme para verlas mejor por si me daban un susto. Los ropajes, la ambientación, todo estaba calculado al milímetro y con tanta fidelidad, que no nos quedó ninguna duda, a ninguno de los visitantes, de que era así como se vivía y se vestía en la época.

En lo que antaño debió ser el patio de armas, un grupo de artistas itinerantes, entre los que destacaba un juglar y un par de músicos y bailarines, amenizaban a los visitantes con un número de lo más entretenido. Había tenderetes repartidos por todo el patio, y encontramos desde joyas artesanales hasta piezas de alfarería.

Y lo que a mí más me gusto:

—¿Dan clases de tiro con arco?

Asier asintió, sonriendo ante mi entusiasmo. No me soltó la mano en ningún momento, y juntos nos pusimos a la cola para probar.

—Es más difícil de lo que parece.

—¿Ya lo has probado? —pregunté al ver que parecía muy convencido, y él cabeceó—. ¿Y qué tal?

—En mi defensa diré que los deportes nunca han sido mi fuerte. —Se rio, y mis ojos siguieron el sugerente movimiento de su nuez al subir y bajar—. Es un poco vergonzoso que tu hermano pequeño te dé una paliza cada vez que lo intentas.

—¿En serio? —Abrí los ojos al máximo—. ¿Hay algo que a Asier Faure-Dumont no se le dé bien?

—Hay muchas cosas que no se me dan bien —respondió, no entrando al trapo en mi intento por tomarle el pelo.

—¿Cómo cuáles?

—A ti te lo voy a decir...

Me dio una palmada en el culo para hacerme avanzar, y mi exclamación indignada acabó convirtiéndose en una risa estrangulada cuando subió su mano hasta mi nuca y la dejó ahí durante todo el rato que estuvimos en la cola. Tenía la piel de gallina.

Al final, resultó ser cierto eso de que no era tan fácil como parecía. Asier aún consiguió darle a la diana, y eso que decía que se le daba mal, pero yo por poco no le ensarto el pie a uno de los profesores con la flecha.

—Así que nunca has sido deportista —retomé el tema mientras

paseábamos por los alrededores.

Habíamos hecho un alto en nuestra visita para acercarnos a la enorme carpa donde asaban carne a la brasa, preparaban panes caseros y servían cerveza. Aún era pronto para comer, así que cogimos un cucurucho de cacahuets garrapiñados con miel para picar.

—Me gusta el deporte, de hecho, tengo un pequeño gimnasio en casa, pero soy demasiado torpe para practicarlo —reconoció, y sentí un calorcillo muy agradable expandirse por mi pecho porque era algo que no sabía de él; ni siquiera Serendipia tenía conocimiento de eso—. Bastien siempre ha sido el deportista de la familia.

—¿Y qué hacías tú? ¿No tenías ningún hobby? —Le ofrecí el cucurucho y cogió un par de cacahuets.

A nuestro alrededor, la vida medieval retratada en *selfies* y *stories* de Instagram, seguía su curso. De vez en cuando me paraba a mirar algo, pero Asier se llevaba toda mi atención.

—Al contrario que a Bastien, a mí me van las cosas tranquilas —explicó, acercándose a él después de que dos niños, vestidos con ropajes antiguos, pasasen junto a nosotros peleando con espadas de madera—. Pasaba el tiempo leyendo o pintando. Bueno, aprendiendo más bien.

—¿De veras? —Me giré para mirarlo con una sonrisa. Conocía ya esa faceta artística suya, no por nada se lo había dicho a Serendipia, y me hizo feliz saber que confiaba en mí lo suficiente para contármelo.

—¿Por qué parece tan sorprendida?

—Me cuesta imaginarte frente a un lienzo en blanco, pincel en mano.

—Mis habilidades con la pintura van más allá de eso.

Me eché a reír por el tono pretencioso con el que hizo alarde de sus cualidades.

—Apartaos todo el mundo, que llega Ash a lomos de su ego —solté, abriendo los brazos, y con la voz más alta de lo normal.

Apenas podía contener la risa, pero noté como se me emborronaba la sonrisa de la cara al ver el ceño fruncido con la que me miraba. Un mal presentimiento se enganchó en mis entrañas, consiguiendo que me pusiera nerviosa.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó, con extrañeza.

«Mierda», pensé, y quise darme con la cabeza en uno de esos martillos de decoración, por idiota.

Nunca, jamás, lo había llamado Ash. De hecho, no debería saber que su

familia y amigos lo llamaban por ese diminutivo... Bueno, ellos y Serendipia.

—Lo siento —me disculpé, sin saber muy bien cómo salir de ese embrollo—. Es solo que escuché a tu padre y tu hermano llamarte así, y se me ha escapado.

—No, no te preocupes —dijo, al cabo de un momento. Suspiré de alivio al ver que desaparecía su ceño fruncido y la sonrisa volvía a iluminar su cara—. Se me ha hecho raro escucharte llamarme así. Poca gente lo hace.

—Asier, entonces.

—No, Ash está bien. —Sonrió, marcándosele unas arruguitas alrededor de sus ojos.

Después, entrelazó una mano con la mía y emprendimos la marcha otra vez. Yo tardé un poco en conseguir olvidar mi metedura de pata, y me prometí tener cuidado con lo que decía de ahora de adelante.

—¿A qué te referías antes con lo de la pintura?

—A que, durante un periodo de mi vida, me dediqué a pintar murales en las paredes de edificios.

—No te tenía por un *graffitero*.

—Y no lo soy, al menos, no como imaginas. —Se echó a reír, divertido con mi ignorancia—. Son dos formas de arte diferentes que buscan transmitir cosas totalmente distintas. Además, los estilos no se parecen en nada pese a que se utilicen materiales similares.

A primera vista, nunca hubiera dicho que Asier fuera una persona creativa. Lo veía demasiado serio, recto y cuadrulado, pero después de ver cómo era en el trabajo, con la mente tan abierta que tenía, y las ideas que se le ocurrían para los proyectos, esa creatividad ya no me sorprendía. Puede que el marketing no fuera una expresión de arte como a la que todo el mundo estaba acostumbrado, pero no dejaba de ser un lienzo en blanco en el que trabajar para dotarlo de forma.

—¿Y por qué pintar?

—Primero porque me gustaba y no se me daba del todo mal, y ahora, principalmente porque me relaja. —Se encogió de hombros, no teniendo más motivos—. A veces, cuando llego a casa estoy tan agotado que, incluso durmiendo, mi mente no deja de dar vueltas y más vueltas. No sería la primera vez que, en mitad de la noche, salgo al estudio y me pongo a pintar. Me sirve para vaciar la mente, y después de eso, ya puedo dormir tranquilo.

—No recuerdo haber visto un estudio en tu casa. —Intenté hacer memoria de cuando fui a verlo cuando estaba enfermo, pero no vi más allá de lo que

estaba a la vista.

—Algún día te lo enseñaré —me prometió, pasándome un brazo por los hombros—. Eso y el mural que pinté.

Solo pude asentir. Asier estaba sorprendiéndome cada vez más. Me estaba mostrando un lado tierno y romántico que hacía que me enamorara cada vez más de él. No le molestaban las muestras públicas de afecto a juzgar por todas las veces que me tomaba el pelo para robarme un beso. Como si necesitase engañarme para besarme; mis labios siempre estaban listos para él.

Caminando así como estábamos ahora, con uno de sus brazos sobre mis hombros, me invitaba a rodearle la cintura con mi brazo, apoyando la mejilla en su pecho. Nunca me había sentido tan cercana a una persona como lo estaba con él en esos momentos, y tuve claro entonces que no todo estaba en los gestos que compartías, sino en la persona con la que lo hacías. Mi mano no huía cuando intentaban cogérmela, sino que se encontraba a mitad de camino con la suya, como si hubieran quedado y se emocionasen al verse. Tampoco hacía nada por acortar un beso que se me antojaba, si duraba mucho, incómodo, sino que me ponía de puntillas para profundizarlo.

Lo dicho: no era el gesto, era la persona.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Algún placer oculto que deba saber?

—¿Qué emoción tendría que te lo dijera? —Alcé una ceja, y sus labios se curvaron en una sonrisa—. Dejaré que lo vayas descubriendo...

Con una sonrisa sugerente, me aparté de él para acercarme a un puesto donde, una señora mayor, vendía pequeñas figuras de duendes, hadas y brujas. No era coleccionista, pero me encantaban.

—Es una lástima que no tenga ninguna bruja de pelo rojo.

Me estremecí con el susurro de Asier en mi oído cuando se puso tras de mí, observando también las figuras. Me llegó el olor de su colonia, y sin saber cuál era, sabía que podría reconocerla en cualquier lado.

—Nos quemaron a todas —solté, y su risa me hizo cosquillas en la mejilla.

La mujer nos miraba sonriente, y negué cuando me preguntó si podía ayudarme en algo. Me bastaba con mirar, y tampoco es que tuviera demasiado sitio en el piso para poner otro trasto. Aun así, me quedé más rato de lo necesario mirando una bruja la mar de graciosa que, sentada encima de un montón de libros, removía algo en un caldero.

—No me has respondido a lo de antes.

Habíamos dejado atrás los tenderetes y estábamos sentados debajo de la carpa, protegiéndonos del sol. Ya teníamos la comida frente a nosotros, y

esperábamos a que se enfriara para hincarle el diente. Eso sí, ya habíamos probado la cerveza y estaba deliciosa.

—¿Qué hace que Léa Chartier pierda el sueño?

—Tú —se me escapó, y me tapé la boca con las manos, escandalizada. Asier, que estaba bebiendo, se atragantó y empezó a toser. Acabó riéndose y yo más roja que la camisa de la señora de al lado—. No he querido decir eso.

—No vale desdecirse —me acusó, limpiándose la boca con una servilleta—. No sé si preguntarte qué pasa por tu cabeza para no poder dormir por estar pensando en mí.

Era imposible resistirme a esa sonrisa, y aunque cada vez era más frecuente verlo sonriendo, no acababa de acostumbrarme a ello.

—¿Arriba o abajo?

Le lancé un trozo de pan a la cara, y se apartó, desternillándose de risa. En serio, el pasatiempo de ese hombre ya no era pintar, sino sacarme los colores. Lo curioso era que, en otras circunstancias, le habría respondido a la provocación, pero ese paso recién dado en nuestra relación estaba sacando la vena tímida en mí. Me encantaba tomarle el pelo y reírme de él, pero cuando hablábamos de intimidad, era peor que una monja virgen de monasterio.

—¿Dónde está la Léa que me comía la boca en el ascensor?

—Muriéndose de vergüenza ahora mismo —respondí, notando como las mejillas se me encendían.

Asier dejó de chincharme en lo que quedó de día, pero eso no fue impedimento para que yo dejara de imaginarme cómo sería estar encima o debajo de él en la cama. Y creo que, por su sonrisa ladeada, él lo sabía.

Volvimos a casa casi a medianoche. El tiempo había refrescado y, subida en la moto, trataba de resguardarme del aire, con Asier haciendo de parapeto. Rodeándole la cintura con mis brazos, volví a recostarme en su espalda, deleitándome con la sensación de estar tan cerca de él.

Llegamos a mi casa, y la calle estaba tan solitaria y tranquila, que daba la impresión de estar desierta. Asier paró la moto, y enseguida bajé, quitándome el casco. ¡Qué alivio! Llevaba siempre un coiletero en la muñeca, y lo usé para recogerme el pelo en un moño alto y algo desastrado.

Volvió a invadirme la timidez cuando Asier bajó de la moto y se plantó frente a mí. Su elevada altura me absorbió por completo, y eché la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara. Justo en ese momento, me rodeó el rostro con las manos y se apoderó de mis labios. Mi lengua se lanzó a la cruzada de encontrarse con la suya, y gemí por lo bajo al saborear el regusto amargo de la

cerveza que habíamos tomado antes de volver.

Sin darme cuenta, había ido retrocediendo hasta que mi espalda se topó con la pared, y me puse de puntillas para conseguir rodearle el cuello con las manos. Sentí un cosquilleo de placer entre mis muslos, y pronto me vi con los pies suspendidos en el aire. Asiéndome por el trasero, Asier me había levantado sin querer dejar el banquete que nos estábamos dando con ese beso, y un pequeño resquicio de cordura me hizo recordar que estábamos en plena calle y que cualquier podría vernos. El exhibicionismo no entraba en mis planes.

—Creo que hoy necesitaré pintar muchos cuadros para conseguir relajarme —susurró junto a mi cuello, y lo noté estremecerse por la risa, la misma que me sacudía a mí—. Deberías soltarme.

A regañadientes, bajé las manos con las que le rodeaba el cuello. Su entrecortado aliento me hacía cosquillas en la cara. Los ojos se le habían oscurecido y estaba segura de que no era solo por la escasa luz de las farolas.

—Y tú deberías soltarme el culo. —Apreté los labios, tratando de no reírme al ver su cara de sufrimiento. Y teniendo en cuenta lo abultado de su entrepierna, me solidaricé con él; al fin y al cabo, yo sentía la misma necesidad.

—Iba a decirte que te dejaras el pelo suelto mañana, pero si tengo que estar empalmado todo el día, mejor que no. —Su confesión me arrancó una carcajada, y tuve que taparme la boca con las manos porque no podía parar de reír—. Eso, tú riéte, pero luego no te quejes si te pillo en el ascensor y...

—Acosar a las secretarias no es profesional, señor.

—No veo que te hayas quejado antes —me recordó, y no sin razón—. Será mejor que me vaya o los vecinos tendrán un buen espectáculo que ver esta noche.

Noté su ausencia en el primer paso que retrocedió, y me abracé con los brazos porque la brisa fresca me había hecho estremecerme. No perdí detalle de su trasero enfundado en esos vaqueros que me habían llevado por la calle de la amargura todo el día, y me despedí con la mano cuando subió a la moto y sonrió antes de ponerse el casco.

Estuve ahí plantada hasta que desapareció y dejé de escuchar el sonido de la moto.

26

Compruebo el alicatado del baño de Ash

Ash tardó, al menos un par de semanas más, en cumplir la promesa que me había hecho de enseñarme el mural que había pintado en un viejo edificio.

Fue un domingo por la tarde en el que, después de aprovechar el buen tiempo e irnos a comer por ahí, entrelazó su mano con la mía y empezamos a pasear. Hacíamos mucho eso, dejar que nuestros pies marcaran el ritmo y el destino mientras nosotros solo nos preocupábamos por seguir conociéndonos mejor el uno al otro. Bastante rato después, nos sentamos en un banco, conmigo con las piernas cruzadas encima del asiento y él girado hacia mí. Veía mi sonrisa y mi pelo alborotado en el reflejo de sus gafas de sol, y no recordaba cuándo había sido la última vez que había sonreído así, sin inhibiciones. Bueno, también contaba el hecho de que los chistes de Ash estuvieran tan cargados de humor negro que me resultaba imposible no echarme a reír pese a no entenderlos.

—Eso no ha tenido gracia —me quejé, dándole una palmada en el brazo.

—Eso lo dices porque has tardado más de dos horas en pillarlo, y cuando lo has hecho... Bueno, a la vista está el resultado.

Alargó la mano para llevarse con ella las lágrimas que no había podido evitar derramar después del ataque de risa.

—No sabes contar chistes. Te ríes tú solo antes de contarlo y luego no hay quien te entienda.

Se le entrecortaba la voz por la risa y hacía que fuera imposible entender nada de lo que decía. Pero él se reía igual, y a mí me bastaba con tener la oportunidad de ver esa parte suya que mantenía celosamente guardada en el trabajo. Nos habíamos acercado mucho desde ese viaje exprés a la Edad Media, y la afinidad que en un principio creíamos tener, se fue convirtiendo en una compenetración que nos llevaba a entendernos a veces sin necesidad de decir nada.

Era maravilloso y perfecto, pero también aterrador.

—Anda, ven aquí.

Ash se había acomodado mejor en el asiento y yo me recosté a su lado, apoyando la cabeza en su hombro y dejando que su brazo me rodease. Frente a nosotros, un enorme mural cubría por entero una de las caras de un edificio. Me fijé en los detalles y los colores, en lo realista que resultaba esa escena cotidiana donde, desde las ventanas de sus casas, una comunidad de vecinos hablaba y se relacionaba con los otros. Casi podía escuchar sus voces, oler el perfume de las rosas de las macetas o tocar la tela suave del vestido rojo, tendido en una de las ventanas.

—Admiro a la gente que hace estas cosas —murmuré, con mis ojos incapaces de asimilar todo lo que veía.

—Gracias. —Sonrió Ash, dándome un beso en la sien.

—¿Es el tuyo? —Asombrada, giré la cabeza, buscando su confirmación, y se me escapó una exclamación cuando asintió—. Es impresionante.

—Y también acojonante. —Se rió él a su vez—. A veces vengo aquí, me siento y me paso las horas mirándolo. No me acabo de creer que yo haya contribuido a hacer una maravilla como esta.

—¿Y no has pensado en volver a hacerlo?

—No tengo tiempo para ello. —Negó con la cabeza, aunque se le veía la emoción en los ojos, las ganas por volver a rodearse de pinturas y dejar que sus manos hicieran arte de la nada.

—El tiempo se saca si quieres.

No me respondió, y nos quedamos un rato más así, en silencio.

Fue la inesperada lluvia la que marcó el final de ese idílico momento, y agradecemos que Asier no viviera muy lejos de allí.

Echamos a correr como gallos sin cabeza, y la risa nos entrecortó la respiración mientras subíamos las escaleras hasta la puerta de su piso. Íbamos dejando un reguero de agua tras nosotros, chorreando como estábamos. A mí empezaban a castañearme los dientes por el frío. La ropa, empapada, se me pegaba al cuerpo y no había forma de mantener el calor.

Delante de su puerta, Asier peleaba para meter la llave en la cerradura. Tenía las manos frías y entumecidas, y yo me debatía entre reírme de su cara de cabreo y los tacos que se le escapaban sin filtro, o gemir lastimosamente por lo que estaba tardando en abrir. A esas alturas, pensaba que nunca entraría en calor.

Soltamos una exclamación de júbilo cuando lo consiguió, y entramos deprisa, como si la lluvia nos hubiera perseguido hasta allí y solo estuviéramos a salvo de puerta para adentro. Asier encendió las luces, y se giró para mirarme, plantada en la puerta y dejando un charco bajo mis pies.

—Damos pena. —Fue lo primero que dijo antes de echarse a reír—. Será mejor que nos demos una ducha antes de que nos resfriemos.

Cogiéndome de la mano, tiró de mí, escaleras arriba. Pasamos de largo de su habitación y entramos en un baño inmenso. Me quedé plantada en la puerta, sin poder creerme la injusticia de la situación. Él con una ducha enorme y acristalada, a ras del suelo, y yo que tenía que golpearme constantemente contra la mampara de mi baño de lo estrecho que era.

Antes de darme cuenta de lo que estaba pasando, Asier estaba desabrochándome el botón del pantalón.

—Tenemos ganas, por lo que veo —solté, y me eché a reír por lo temblorosa que me salió la voz.

—Ganas hay, no te lo voy a negar —respondió con la risa burbujeando en sus ojos azules—, pero primero necesitamos una ducha caliente. Yo no sé tú, pero estoy helado.

La camiseta de manga corta se le pegaba a la piel de forma que mis ojos pudieron seguir el contorno de sus músculos sin necesidad de que se la quitara, aunque era obvio que quería que lo hiciera. La mano con la que me había cogido estaba húmeda y fría, y se le había puesto la piel de gallina.

Sus manos, que torpes y entumecidas trataban de bajar la cremallera, se quedaron quietas. Estaba en cuclillas frente a mí, y echó la cabeza hacia atrás. La risa seguía curvando sus labios en una sonrisa irresistible, pero sus ojos azules se habían oscurecido de nubes cargadas de deseo. Mi intento de broma había desatado una tormenta en él, y me estremecí al sentir la electricidad de su mirada en cada terminación nerviosa.

Tragué saliva al verlo incorporarse, ya sin rastro de humor en su rostro. La suave caricia de su mano apartándome el pelo de la cara me mantuvo en el sitio pese a que mi cuerpo, por inercia, había hecho el intento de retroceder, abrumada por la cantidad de promesas que se agolpaban entre los dos. El aliento me salió entrecortado al notar su mano resbalar por mi cuello, rodeándolo suavemente antes de esconderse en la nuca, cobijada por mi pelo. Un ligero temblor sacudió mis piernas, pues las caricias en ese punto me dejaban indefensa.

Su beso me pilló por sorpresa pese a que lo deseaba con fervor. Sus labios, húmedos y helados, se movieron con suavidad sobre los míos, recreándose en ellos como si tuviera todo el tiempo del mundo. Empecé a temblar, y no tenía tan claro que fuera por el frío.

Poniéndome de puntillas, me aferré a su camiseta, consiguiendo que se inclinara sobre mí. Abrí la boca, y un gemido reverberó en las paredes alicatadas del baño, incentivo más que suficiente para que el beso de Asier se desbordara en intensidad. Ahora, nuestras lenguas danzaban la una con la otra con una entrega que se llevaba nuestro aliento con ellas.

La curva de mi espalda ondeó siguiendo el movimiento de sus manos resbalando hasta abarcar mi trasero con ellas. Leyéndonos el pensamiento, di un pequeño salto al tiempo que él me alzaba. El roce áspero de los pantalones

contra mi entrepierna fue incluso doloroso cuando le rodeé la cintura con las piernas. Lo escuché maldecir dentro de nuestro beso, y se me escapó un quejido cuando mis pies volvieron a tocar suelo.

Nuestras manos pelearon las unas con las otras, intentando desnudar al otro con la mayor rapidez posible. Asier se estremeció cuando le acaricié el estómago al subirle la camiseta, y yo lo imité cuando, arrodillado frente a mí, me acariciaba la parte traseras de las piernas al tiempo que me bajaba los pantalones.

Apenas le dimos tiempo a nuestros ojos para que se recrearan con el cuerpo del otro, y dejamos que fueran nuestras pieles las que lo hicieran. Como si no pesara nada, Asier me asió en brazos, buscando mi boca con urgencia, y yo volví a enredar mis piernas en torno a su cintura, metiendo los dedos entre su húmedo cabello. Los pezones se me endurecieron al instante, y el roce contra su pecho y el vello oscuro que lo salpicaba, no hacía más que avivar un deseo tan intenso que no solo me había desbordado a mí; Asier parecía haber perdido la cabeza también.

Mis manos no tenían bastante con acariciar la piel que tenían al alcance, sino que trataron de dejar huella con las uñas, al igual que estaba haciendo el roce de sus dientes en mi cuello y mis hombros. Me moví sobre él, empachándome del gemido de su boca cuando mi sexo, húmedo y palpitante, rozó su erección. ¡Dios! Lo notaba grande y duro, y solo podía pensar en lo increíble que sería tenerlo dentro, haciéndome alcanzar las estrellas con cada embestida. Porque con él no podría ser de otra forma más que perfecto e intenso, una experiencia de la que una nunca llegaba a recuperarse.

Entramos en la ducha así, comiéndonos hambrientos la boca, restregándonos sin pudor; nos habíamos desprendido de este con la misma rapidez que de la ropa. Éramos como dos piedras que, frotándose la una con la otra, sacaban chispas hasta avivarse en un fuego que acababa consumiéndolo todo a su alrededor.

El agua caliente nos dio de lleno, y yo eché la cabeza hacia atrás para que me cayera sobre el rostro, perdiéndose en la unión de unos cuerpos que aún no habían alcanzado el grado de intimidad que deseaban.

Las piernas apenas me sostuvieron cuando Asier me dejó en el suelo, y tuve que apoyarme en las baldosas tras de mí. Aproveché esa distancia para observarlo ávidamente. Parecía un maldito dios pagano, con el pecho esculpido, el vello oscuro, y unas piernas largas y fuertes que podrían soportar mi peso sin dificultad mientras me penetraba una y otra vez. Estaba totalmente

empalmado, y la sola imagen bastó para hacerme jadear.

Cerré los ojos, echando la cabeza ligeramente hacia atrás, y me mordí los labios mientras me lo imaginaba levantándome en brazos otra vez, hundiéndose hasta el fondo en mí. Empecé a gemir, y a través de mis ojos entrecerrados, vi como su respiración se agitaba viendo cómo me acariciaba a mí misma.

—Joder, Léa. —Lo oí mascullar con la voz ronca.

Apenas le hice caso, y seguí dándome placer. Mis dedos se movían con presteza, marcando el ritmo adecuado para hacerme perder la cabeza. Pronto, unos dedos más grandes se unieron a los míos, y mis jadeos fueron engullidos por su boca. Me penetró primero con un dedo, tanteando y buscando ese punto que me mostraría las estrellas. Cuando lo encontró, sentí su sonrisa en mis labios y añadió un segundo, tocando en el mismo punto.

Yo no podía pensar ya, ni siquiera tenía el control de mi cuerpo. Mi coherencia se había reducido a un murmullo ininteligible, acompañado de un sin parar de gemidos y jadeos. No había parte de mi cuerpo que no ardiera por la tensión, que no notara la cantidad de placer que estaba recorriéndome de la cabeza a los pies.

El orgasmo estaba tan cerca que podía notarlo llegar con la promesa de una fuerza devastadora. Asier lo sabía, y por eso se afanó más en sus caricias. Me deshice en sus manos, soltando un grito que se llevó con él mis cuerdas vocales y toda mi fuerza. Pero Asier no paró, y siguió penetrándome con los dedos, acariciándome el clítoris para alargar el orgasmo lo máximo posible.

Tuvo que sujetarme, apretándome contra su pecho, cuando las fuerzas me abandonaron. Apenas era capaz de respirar con normalidad, y la garganta me ardía, empeorando a cada bocanada de aire con la que intentaba llenar mis pulmones. Asier me rodeó con los brazos, pasándome una mano por el pelo empapado, desenredándolo, y posando los labios sobre mi sien.

Nos abrazamos bajo el agua caliente, con su corazón retumbando bajo mi mejilla.

No fui consciente de que había cerrado el grifo y de que me envolvía en una toalla antes de cogerme en brazos y sacarme tanto de la ducha como del baño. Abrí los ojos cuando me dejó en la cama, y el corazón se me paró en el pecho al encontrarme con su mirada. Había algo en esa forma de mirar, un sentimiento bajo esos ojos azules, que me hacía tener esperanzas de que mi «te quiero» podría tener como respuesta su «yo también».

—Ahora mismo, más que una bruja, pareces una sirena sacada del mar —

bromeó, sin que la ternura abandonara su mirada. Apoyándose sobre los codos, se agachó para darme un beso, y después susurrar sobre mis labios—: Te deseo tanto que duele.

Me impulsé hacia arriba, apoyándome sobre mis codos, y lo besé. No me veía con la confianza suficiente para confesarle lo que sentía, pero traté de que mi cuerpo lo dijera por mí. Recorrí cada centímetro de piel con las manos y los labios, sabiendo que no podría deshacerme jamás de su sabor, de esa combinación de ternura y picardía que solo le pertenecía a él.

Nos enredamos en las sábanas, húmedas por nuestra culpa, porque no habíamos sido capaces de separarnos el uno del otro el tiempo suficiente como para secarnos bien. Rodamos por la cama, quedando a ratos arriba y otros, abajo. Lo hicimos con calma, estudiándonos en profundidad, aprendiendo qué nos gustaba y qué nos volvía locos. Unos besos nos los robábamos; otros los entregábamos sin reserva.

Podría asegurar, sin temor a equivocarme, que ninguna experiencia sexual hasta el momento me había unido tanto a otra persona. También porque, para mí, no era un polvo más, y Asier no era un ligue como los demás.

Me aferré a sus hombros cuando se hundió, poco a poco, en mí, y escondí la cara en la curva de su cuello, acallando mis gemidos contra su piel. Empezó a moverse, primero con una lentitud enloquecedora, y luego con una fuerza y una rapidez a las que me costaba seguir el ritmo. Los rescoldos de mi anterior orgasmo se avivaron, y empecé a arder otra vez, esta vez conocedora de que no sería la única en estallar al final.

Nos abandonamos de tal manera que, cuando llegamos al orgasmo, casi al unísono, fuimos incapaces de encontrar nuestros pedazos. Yo solo podía abrazarlo, acariciarle el pelo, acercar mi rostro a su cuello para aspirar su olor. Tenía el pecho henchido de felicidad, y habría pagado la fortuna que no tenía para que siempre fuera así de perfecto, para que el tiempo se congelara en ese instante.

Asier salió de mí, arranchándose un quejido, y lo vi quitarse el preservativo antes de anudarlo, dejarlo a un lado y volver a tumbarse a mi lado. Quitó la sábana húmeda bajo nosotros y nos echó una manta por encima, y quedándonos en silencio. No tardé en verme rodeada por sus brazos, escuchando el latir de su corazón bajo mi oído.

—¿Te quedas a pasar la noche?

Alcé la cabeza para mirarlo, y mostré mi entusiasmo por la idea con una sonrisa que él correspondió.

Nos besamos, me apretó más a él y creo que, en medio de esa languidez que nos había invadido, nos quedamos dormidos.

27

Resurgen fantasmas de viejos conocidos

A estas alturas de la historia y la relación, perfectamente podría decir que

era todo idílico, pero estaría mintiendo como una bellaca. Vamos, nos conocéis, ¿en serio creéis que no discutíamos? Pasábamos mucho tiempo juntos, y la línea que separaba el trabajo de la vida personal se desdibujaba más de una vez. Tratábamos de mantener las distancias en la oficina, pero no siempre podíamos dejar de lado la intimidad que estábamos compartiendo y nos íbamos de la lengua. Por mi parte, no llevaba tiempo trabajando con él sin callare ni una para empezar a hacerlo ahora. Lo malo era que no siempre controlaba lo que salía por mi boca y acababa pecando de confiada y respondiendo cosas que no debería. A él le pasaba lo mismo, además de que me exigía más que a los demás para que no lo acusaran de favoritismo.

Nos llevábamos el trabajo a casa, pues yo pasaba casi todas las noches con él, y era inevitable que saliera el tema en medio de la cena. Después de una discusión fuerte en la que casi tembló la casa por los gritos, decidimos tomarnos las cosas con calma. Entre semana, y más si el día en la oficina había sido duro o tenso entre nosotros, dormíamos cada uno en su casa. Lo mejor que podíamos hacer era calmarnos antes de discutir en caliente y acabar diciendo algo de lo que después nos arrepentiríamos. Éramos de los que nos guardábamos la espinita para lanzarla en el momento menos oportuno.

Nos vino bien esa distancia, y cuando los viernes por la noche yo entraba por la puerta de su casa, dejábamos los problemas con el trabajo fuera. Ahí dentro solo había espacio para nosotros dos.

No había tardado en descubrir que Asier podría ser bueno en muchas cosas, pero lo más sensato sería no dejar que le pusiera las manos encima a una sartén. Una vez insistió en preparar una cena romántica para los dos, y aunque me gustaba que me prestara la atención suficiente como para recordar que me gustaba el toque picante en la comida, hubiera preferido que no tuviera tan buena memoria. Creo que aún me dura el ardor y mi lengua aún no ha recuperado la sensibilidad. Y no entiende la diferencia entre una tostada y un trozo de carbón, así que entenderéis que no dejara que se acercara a la cocina mientras yo estuviera allí.

Justo como ese sábado por la noche, en la que mandé a Ash a poner la mesa frente al televisor mientras yo preparaba la cena. Cenamos sentados en el sofá, viendo una película. Al acabar, Ash se levantó para quitar la mesa y yo aproveché para observarlo a mis anchas. Me gustaba verlo ir por casa descalzo, sin camiseta y solo con unos pantalones cortos de deporte. Estaba tan acostumbrada a verlo sin gafas en el trabajo, que a veces olvidaba que las usaba en casa, y estaba tan guapo que, más de una vez, me había pillado

mirándolo embobada. Él, en vez de sonrojarse o mostrarse tímido, me sonreía con maldad.

—Me vas a desgastar el culo de tanto mirármelo —me soltó en tono jocoso, dejándose caer en el sofá. Entre risas, solté un chillido y me aparté—. No te vayas muy lejos, pelirroja.

Me pasó el brazo por los hombros, apegándome a él, y me dio un beso en la frente antes de que yo apoyara la cabeza en su pecho.

—No ponen una mierda en la tele —se quejó, pasando de un canal a otro; se había acabado la película de acción que estábamos viendo.

—¡Oh, déjala ahí! —exclamé al reconocer una escena. Me incorporé en el sofá, prestando más atención—. Me encanta esta película.

—¿El fantasma de la Ópera? —preguntó, con un matiz extrañado en su voz.

—¡Es genial! Adoro los musicales, y a Dios pongo por testigo que este es uno de los mejores.

—No sabía que te gustasen...

—Pues ya lo sabes. Además, Gerard Butler aquí hace un papelón. —Sonreí, y fruncí un poco el ceño al verlo con una expresión rara que no supe identificar—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Sonrió, pero no fue una sonrisa como a las que me tenía acostumbrada, abierta y sincera, sino que era tirante y algo forzada—. Sabes que el fantasma es el malo de la película, ¿no?

—¡No es el malo! —Me indigné, como si hubiera insultado a un familiar mío cercano—. Es solo un incomprendido. La vida lo ha tratado mal.

—Es el malo, Léa —insistió—. Aunque se redima al final, no deja de ser un villano. Que lo hayan tratado mal no lo exime de culpa por todo lo que ha hecho.

—Me niego a darte la razón en eso. —Me crucé de brazos, torciendo el gesto.

—¿Acaso me la das alguna vez? —Volvió a reírse, pero empezaba a estar paranoica porque notaba algo impostado en él.

—Cuando la tienes, te la doy.

—¡Já!

—Tú tampoco me la das a mí.

—Porque casi nunca la tienes. —Era imposible atacarle con las cosquillas porque no se movía del sitio y siempre acababa yo retorciéndome de la risa. Frené mis manos cogiéndolas con las suyas, y acercando nuestros rostros—. Admite que te gusta porque es guapo. Prometo no ponerme celoso.

—¡Nunca! —exclamé al ver que nuestras posiciones se invertían y que, perdiendo el aire de golpe, me encontré con la espalda pegada al sofá. Se me escapó la risa, aunque el corazón me dio un vuelco al verlo inclinarse sobre mí, con esa espalda tan ancha que se comió todo resquicio de luz—. ¿Igual de celosa que debo ponerme yo cuando se te descuelga la mandíbula cada vez que ves a Léa Seydoux?

—Con una Léa en mi vida es más que suficiente. —Su aliento entrecortado por la risa me hizo cosquillas en las mejillas—. ¿Por qué te gusta tanto el personaje del fantasma?

No entendía su insistencia. Mi respuesta parecía importarle demasiado, y el presentimiento de que no era la primera vez que mantenía una conversación de este tipo me invadió, al igual que el nerviosismo.

—Por el aire de misterio que lo envuelve —conseguí decir, con el aliento entrecortado. Asier me estaba mirando tan fijamente que me estremecí bajo su cuerpo.

—La verdadera naturaleza de las personas se esconde bajo una máscara —dijo en un tono extraño.

—Hay quien no necesita de máscaras para mostrarse tal cual es.

—Cierto.

Y tan deprisa como había empezado la conversación, terminó. Me dio un beso en la punta de la nariz y se apartó, recostando otra vez la espalda en el sofá. Yo tardé un poco más en recuperar el aliento, y sacudí la cabeza tratando de alejar con ello el nudo de ansiedad que se me había asentado en la boca del estómago.

En esas semanas, me había acostumbrado tanto a dormir con Ash que no noté extrañeza alguna cuando abrí los ojos la mañana siguiente y me vi en su habitación. Lo que sí eché de menos fue la calidez de su cuerpo junto al mío. Me encantaba despertarme con él pegado a mi espalda, estremeciéndome con su pausada respiración sobre mi nuca. Era el mejor momento del día, sobre todo cuando, aún con la bruma del sueño y la sonrisa perezosa, nos dedicábamos caricias bajo la sábana.

Bostezando, me restregué los ojos con las manos y me incorporé, ayudándome con los brazos, para mirar a mí alrededor. Nuestra ropa seguía donde la habíamos dejado la noche anterior: desperdigada por el suelo

después de habérsela casi arrancado por las ganas de unirnos otra vez. A esas alturas, y después de todo lo que habíamos hecho, no debería ser capaz de sonrojarme, pero noté un calor abrasador en las mejillas al recordar. Sonriendo como una tonta, me mordí el labio inferior y se me escapó una risita.

Aparté la sábana y, desnuda, me agaché para recuperar alguna prenda de ropa con la cual cubrirme. Lo primero que encontré fue la camiseta de Asier, y no dudé en esconder el rostro en ella para aspirar su olor, y ponérmela.

Estaba la casa en silencio, así que supuse que no estaría haciendo nada por abajo, y mis pies lo sabían, porque me estaban llevando directamente hacia su estudio de pintura.

Y ahí lo encontré, vestido solo con unos pantalones cortos de deporte, y sentado en un taburete frente a un lienzo salpicado de pequeñas motas de color. Llevaba los auriculares puestos, porque decía que le gustaba escuchar música mientras pintaba, y me tomé mi tiempo para observarlo bien. Había desistido en mis intentos de arreglarle el pelo, pero me gustaba ese aire desenfadado que le daba y era una característica que asociaba con él. No concebía un Asier con un pelo perfectamente peinado; no era él.

Me pasé la yema de los dedos por mis labios, recordando cómo, después de un par de días sin afeitarse, los raspó e irritó. Y cuando mis ojos recorrieron su espalda y vi su piel surcada de pequeñas líneas rojas, apreté las manos en puños porque habían sido mis uñas las culpables.

Algo debió alertarlo de mi presencia, porque se giró hacia mí y, después de un ligero asomo de sorpresa, acabó sonriendo.

—Buenos días. —Se quitó los auriculares, apagó el reproductor y me tendió la mano. Acabé sentada en su regazo, de lado, con las piernas colgando—. Esta camiseta me suena.

—Creo que me la voy a quedar. —Sonreí, tratando de no estremecerme cada vez que su mano recorría mi espalda sobre la tela.

Me bebí su risa en un beso lánguido, y gemí por lo bajo cuando abarcó uno de mis pechos con una de sus manos. Mi cuerpo era altamente sensible a sus caricias, y el hambre surgía a la mínima provocación de sus labios o sus manos. Nos separamos con la respiración entrecortada y las frentes juntas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, en un susurro quedo, aspirando su aliento al tiempo que yo expulsaba el mío—. No me gusta despertarme sola.

—Lo siento —se disculpó, dándome un beso corto y echando para atrás la espalda. Pasó de mirarme los labios a posar sus ojos sobre el cuadro—. Me

he despertado inquieto y no quería despertarte.

—¿Qué pasa? —Mostré mi preocupación acariciándole la mejilla.

—No lo sé, la verdad. —Se encogió de hombros, y la frustración había tensado los músculos de su espalda y de los brazos con los que me rodeaba—. Siento que hay algo que se me escapa y que debería saber, y me da rabia no saber qué es.

Lo ocurrido la noche anterior vino a mi mente, con todo el tema del Fantasma de la ópera, y sonreí para que no viera mi gesto de preocupación. Traté de aligerar el ambiente.

—Yo creo que sí sé qué es —le respondí, sonriendo—. En poco más de un mes se casa tu hermano.

—Se casa él, no yo.

Solté una carcajada, alborotándole más el pelo.

—Pero sé lo volcado que estás con eso, y lo perfeccionista que eres. Estás nervioso por si sale algo mal. Y a medida que se acerque el día, más lo estarás.

No pareció muy convencido de mis palabras, aunque acabó asintiendo, dándolas por válidas. Le pregunté por el cuadro que estaba pintando, tratando de que no le diera más vueltas a eso que le inquietaba, pero mientras lo hacía, yo misma no podía evitar que ese mismo sentimiento me invadiera a mí. Un estremecimiento me hizo temblar, y fue señal suficiente para que Asier decidiera que era el momento de desayunar.

Desayunamos sentados en la gran isla que coronaba la cocina, uno al lado del otro. Hablamos un poco sobre los planes que teníamos para ese día, y acordamos salir a tomar un helado y dar una vuelta.

—Por cierto, se me olvidaba comentártelo.

Asier había bajado de un salto, me había quitado el plato vacío de las manos y me dio la espalda para dejarlo en el fregadero. Me entenderéis si dijera que no perdí detalle de su culo, sobre todo cuando se inclinó para meterlo todo en el lavavajillas, y tuve la decencia de sonreír y encogerme de hombros cuando se dio la vuelta y me pilló.

Al levantarse, se colocó frente a mí y abrí las piernas para que se colocara entre ellas. Instintivamente, le rodeé el cuello con los brazos y sus manos se asentaron en mis caderas.

—El sábado que viene es el cumpleaños de Evelyn, la hija de Evans. —
¡Un momento! ¿Eso que tenía en las mejillas era un sonrojo?—. Me estaba preguntando si... ¿querrías venir conmigo? Sé que le has cogido cariño a

Evelyn y...

—¿No te han dicho nunca que estás muy mono cuando te sonrojas? —le solté y me eché a reír al ver su cara indignada—. ¿En serio quieres que vaya?

—Ya es hora de que mi familia conozca a la persona que hace que me salte las comidas de mi madre los fines de semana. —Fue su turno de echarse a reír.

—Pues menuda imagen tendrán de mí...

—La mejor. —Se inclinó hacia mí, recreándose en mis labios. Percibí su sonrisa junto a ellos—. Sabes que mi padre y Bastien te adoran. Y mi madre está deseando conocerte.

—¿Y en calidad de qué vamos a ir? —pregunté, más interesada de lo que esperaba por su respuesta.

—¡Oh, vamos! —Echó la cabeza hacia atrás, riéndose—. ¿Acaso hay alguien que no sepa que estamos juntos? ¿Por qué te has puesto nerviosa?

—¡Porque voy a conocer a tu familia! ¿Te parece poco? —Traté de bajar, y Asier me lo impidió afianzando su agarre sobre mis caderas.

—Léa, ya los conoces. Te he dicho que tanto mi padre como mi hermano no tienen más que palabras buenas sobre ti.

—Solo me han visto una vez.

—Suficiente.

—¿Y qué me dices de tu madre?

—A ella le vas a encantar —me respondió con tranquilidad, como si estuviera frente a una niña que estaba aprendiendo a hablar y a entender todo lo que la rodeaba.

—¿Por qué?

—Porque me gustas a mí.

A ver quién era la guapa que le rebatía eso. Y me quedé sin palabras, cosa que, como ya habréis supuesto a estas alturas de la historia, pasaba pocas veces. Veía a Asier plantado delante de mí, con esa sonrisa que me tenía loca y esos ojos azules que, últimamente, se suavizaban al posarse sobre mí, y sentía que el corazón iba a estallarme en el pecho.

Pero en medio de la alegría y la felicidad, estaba también el miedo. Las cosas entre nosotros estaban avanzando muy deprisa, tanto que a veces daba vértigo, y la intensidad y la magnitud de nuestros sentimientos —sobre todo de los míos, que los conocía bien— me asustaba. No era una persona a la que las cosas le hubieran ido sobre ruedas en la vida, y estaba tan acostumbrada a que esos episodios de felicidad fueran tan efímeros, que temía que pasara algo que lo mandase todo por los aires.

Me acordaba de Serendipia más veces de las que me gustaría, y me invadían los remordimientos cada vez que lo hacía. Bueno, eso y la inseguridad. Asier y yo estábamos juntos ahora, sí, pero no había que olvidar que no fui yo precisamente su primera elección.

—Sea lo que sea lo que está pasando por tu cabeza, déjalo. — Abarcándome el rostro con las manos, rozando su nariz con la mía—. Luego soy yo el que se preocupa por nada...

Sonreí, decidida a hacerle caso.

Estábamos genial, ¿qué podía salir mal?

28

de cumpleaños me estalla en la cara

La tarta

Nunca había tenido que preocuparme por conocer a la gente del entorno de mis parejas porque, hasta el momento, los chicos con los que había salido se movían por los mismos círculos que yo, o eran amigos y conocidos de gente cercana a mí.

En el caso de Asier era, para mí, una experiencia nueva... y aterradora.

Conocí a tanta gente aquel día, en la fiesta de cumpleaños de Evelyn, que apenas pude retener la mitad de caras, nombres y parentescos. Todos eran primos o tíos de unos y otros, y teniendo en cuenta que yo era hija única y que el único familiar que tenía, aparte de mi padre, era mi tía Edna y mi primo Fred, pues me abrumaba un poco tanta gente. Esto de las familias numerosas me quedaba muy grande.

No quería ni imaginar la cantidad de gambas y mariscos que tendrían que comprar para abastecerlos a todos en la comida de Navidad.

Nosotros llegamos poco después de comer, cuando la mayoría de invitados aún no habían llegado. Hacía un día demasiado bonito para desperdiciarlo metiéndonos en casa, así que decoraron el jardín con tantos detalles —y acorde con los gustos de la cumpleañera, con princesas Disney en cada esquina—, que le confesé a Asier, por lo bajini, que quería que mi fiesta de cumpleaños fuera así.

Tengo casi treinta años y sigo viendo películas de princesas, ¿pasa algo?

Quise esconderme debajo de la mesa de los regalos cuando todos se giraron hacia nosotros después de la carcajada que soltó Asier.

—¿También quieres la corona de princesa y la varita mágica? —preguntó, deslumbrándome con su sonrisa... literalmente, porque me daba el sol en la cara.

—No soy yo quien tiene la varita mágica... —solté, y esta vez fui yo quien soltó una risotada, viendo como mi comentario lo había dejado momentáneamente fuera de fuego—. Pero ya que lo dices, sí, quiero la corona, la varita y los globos esos transparentes llenos de purpurina.

—¿Y la tarta?

—Ya sabes cuál es mi tarta favorita.

Asier asintió, y Evans nos interrumpió justo cuando iba a besarme. Lo escuché gruñir por lo bajo, molesto, y le di un beso rápido antes de que se fuera.

Así que ahí me quedé yo, sola y desamparada en una fiesta en la que no conocía a nadie y en la que parecía ser el centro de atención: todos me miraban. Con una timidez poco usual en mí, miré a mi alrededor, titubeante.

Dudaba entre acercarme a entablar conversación con el señor sentado al lado de la mesa de dulces y que estaba dando buena cuenta de las tartaletas de crema y frutos rojos, o a la adolescente que, seguramente, estaría contando por Twitter lo aburrida que era esa fiesta y lo injusto que era que sus padres la hubieran arrastrado a ella.

A ver cuál de los tres parecía estar más fuera de lugar.

—Así que tú eres la famosa Léa.

Miré a la mujer que se me había acercado, tendiéndome un vaso de limonada que acepté con una sonrisa agradecida. Los padres de Asier no habían llegado aún y los nervios por el encuentro me tenían con el estómago cerrado.

—Famosa no sé, pero Léa, sí —respondí, dando un pequeño sorbo a la limonada a la que, para mi gusto, le sobraba un poco de azúcar.

No había duda de que era familia de Asier, porque tenían rasgos similares, pero es que en esa familia, todos se parecían. Y seguro que os estaréis preguntando: ¿qué pinta la familia de Asier en el cumpleaños de la hija de Evans? Pues porque era tan estrecha la relación entre las dos familias que se consideraban una sola, acudiendo todos en tropel en cada celebración.

—Es agradable ver a Asier tan contento —dijo, sonriendo con agrado, y yo me sonrojé porque me sentí, en parte, responsable de su felicidad—. Normalmente cuesta sacarle una sonrisa, y ahora, míralo...

Como para no verlo, con lo alto que era y lo mucho que me afectaba su cuerpo y cercanía pese a que estaba tan lejos de mí que no podía escuchar lo que hablaba con Evans. Como si hubiera notado mi mirada, se giró, me sonrió y alzó la mano como saludo. No solo yo le respondí, sino que su tía a mi lado —más tarde le diría a Ash que me dibujara el árbol genealógico porque me perdía entre tantos tíos y primos— también lo hizo.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Unos meses —respondí, presintiendo que estaba ante el interrogatorio de una pariente amiga del salseo.

—He oído que trabajas para él —preguntó, y esperó a que yo asintiera para seguir—. No debe ser fácil trabajar con tu pareja.

—Intentamos separar las dos facetas de nuestra relación.

—Buena decisión, querida. —Asintió, dándome la razón—. ¿Y qué tal os va?

—Hay días en los que me lo comería a besos y otros en los que lo mandarían a tomar viento. —Me encogí de hombros—. Como toda relación,

creo yo.

—Y más sabiendo lo cabezota que es...

—Teniendo en cuenta que a mí me acusan de lo mismo, creo que la competición por ver quién de los dos se rompe antes la crisma estará igualada.

—Una mujer de armas tomar, por lo que veo.

—Se intenta.

La sonrisa de la mujer se ensanchó, y me miró con creciente simpatía. Me sentí aliviada, como si hubiera pasado una prueba a la que no sabía que me estaba enfrentando.

Estuvimos hablando lo que parecieron horas, mientras la gente que acababa de llegar se acercaba a saludarnos, a ella porque la conocían, y a mí porque les podía la curiosidad por saber quién era esa pelirroja que destacaba tanto entre tantos rubios y castaños. La mujer me presentaba como «Léa, la novia de Ash», y después de la cuarta vez, empecé a familiarizarme tanto con la palabra como con su significado.

Tuve ganas de echar a correr porque, una cosa era llamarme mentalmente a mí misma «novia de Ash», pero otra muy distinta esa formalidad frente a su familia.

No fue hasta un buen rato después que Asier se acercó a nosotras, saludando a la mujer con un beso en la mejilla y un susurro que no alcancé a escuchar. Después, me cogió de la mano, se disculpó y me llevó dentro de la casa. Cuando atiné a ver dónde íbamos, ya tenía la espalda pegada a la pared y Asier se lanzaba sobre mí, con su boca a escasa distancia de la mía.

—Te dije que no tenías de qué preocuparte. —Su aliento me hizo cosquillas en los labios.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, entreabriendo los labios, ansiando un beso.

—Con mi madre. Le encantas —afirmó con orgullo.

—Ash, no conozco a tu madre.

—Llevas todo el rato hablando con ella.

La risa entrecortaba su voz y yo quise morirme de la vergüenza cuando asimilé lo que estaba diciendo.

—¡No sabía que era ella! —exclamé, tapándome la cara con las manos—. ¡Pensaba que era una de tus muchas tías! ¡Tienes tantas! ¡Y os parecéis todos tanto!

—No es para tanto, Léa. —Me cogió de las manos, apartándomelas de la cara. Me encontré con su rostro sonriente—. Me preguntó si ibas a venir y le

dije que sí. Fue idea suya no decirte quién era para que no estuvieras nerviosa.

—Y no se equivocaba... —musité, desviando la mirada—. Si hubiera sabido que era ella desde el principio, no le habría hablado con esa confianza.

—Con lo directa que eres, ¿cómo puede ser que tuvieras tanto miedo por conocer a mi madre?

—¡Precisamente por eso, porque es tu madre! Posiblemente, la persona más importante de tu vida. ¡Es como si yo te dijera de presentarte a mi padre!

—No le veo el problema. —Se encogió de hombros, y a mí me faltó patear por sentirme incomprendida—. Lo saludaría y le daría las gracias por la hija tan increíble que tiene.

Dudé entre sonrojarme hasta las orejas por el halago, o reírme en su cara, porque no tenía ni idea de cómo era mi padre, así que acabé haciendo una mezcla de las dos que me hizo parecer una desquiciada.

—Te voy a recordar estas palabras, que lo sepas —le advertí, señalándolo con el dedo— Y ahora, voy a disculparme con tu madre y a decirle que tiene un hijo cabezota e increíble.

—No serás capaz... —me retó, divertido. Se había cruzado de brazos, y me miraba con una ceja alzada.

—Por supuesto que no. —Me reí, saliendo del cuarto donde nos habíamos metido.

La sonrisa que la carcajada de Asier me había arrancado perduraba cuando me miré en el espejo del baño. Me incliné hacia adelante, asegurándome de que mi coleta seguía en su sitio. Cogí aire, enderecé los hombros, y salí del baño en dirección al jardín para saludar, esta vez sí, a la madre de Asier.

Pero justo cuando iba salir, me encontré con la persona que menos esperaba encontrar.

—¿Audrey?

¿Sabéis esos momentos en el que algo os golpea con tanta rapidez que os deja noqueados y ni siquiera sois capaces de entender qué ha pasado o de dónde ha venido el golpe? Pues algo así me ocurrió cuando me encontré a mi mejor amiga y compañera de piso. Las dos nos quedamos sorprendidas, yo más que ella, mirándonos fijamente antes de que la arrastrara hacia la cocina.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, notando como la histeria subía un par de decibelios mi voz.

La presencia de Audrey podía ser el desencadenante de un suceso desastroso, sobre todo para mí. Especialmente para mí. ¿He dicho ya que podía ser un desastre para mí?

—Me encargo de los dulces y la tarta —respondió, sin entender a qué venía mi aterradora reacción—. Sabías que iba a venir.

—No, sabía que tenías un cumpleaños, pero no que fuera este.

—¿Y eso qué importa? Estás muy rara, ¿lo sabías? —Frunció el ceño y me miró como siempre hacía cuando nunca sabía muy bien cómo tomarse lo que yo soltaba sin filtro ni finura.

—Rara es mi segundo nombre —respondí, mirando sobre mi hombro, alerta a cualquier sonido de pasos que me indicara que se acercaba alguien—. Tengo que pedirte un favor, y ya sé que te va a parecer extraño y sin sentido, pero...

—Léa, nada de lo que digas puede sorprenderme.

—¿Ni siquiera que hagas como si no me conocieras? —pregunté con tiento, atenta a su reacción. Puede que dijera que no podía sorprenderla ya, pero sus ojos abiertos en la más pura incredulidad decían lo contrario—. Te juro que te lo explicaré todo, pero por favor...

—No sé qué te traes entre manos, pero no me gusta un pelo.

Lo sabía, y también sabía que iba a caerme el sermón del siglo cuando se lo contara todo. Pero era un problema que ya afrontaría cuando llegara el momento; ahora, lo que más me preocupaba era que Audrey y Asier se encontraran.

Con toda la gente que había en la fiesta, ¿qué probabilidades había de que fuera él quien entrara en la cocina?

—¿Léa? ¿Qué haces aquí?

Al parecer, el cien por cien.

—Admirando la tarta —mentí, intentando sonar creíble. ¡Já! Sin darle tiempo a hacer más preguntas, enlacé el brazo con el de Asier y le di la vuelta en dirección a la puerta—. ¿Nos vamos?

Capté la mirada exasperada de Audrey a mis espaldas, negando con la cabeza.

«Sí, Audrey, yo tampoco creo que tenga remedio», pensé.

Normalmente, cuando Audrey se encargaba de los dulces o la tarta para una fiesta, solía entregarla el mismo día de la celebración; también había ocasiones en las que se quedaba durante la fiesta para asegurarse, en todo momento, de que a las mesas no les faltaba de nada y que toda la comida se mantenía perfecta, además de partir la tarta y repartirla en pequeños platos. Era en esas fiestas en las que los clientes no querían preocuparse de esa parte y preferían disfrutar de sus invitados sabiendo, con seguridad, que había

alguien encargándose de eso.

Como comprenderéis, no fui capaz de relajarme en lo que quedó de fiesta. Era tanta la tensión que tenía que estuve a punto de dar un salto hasta la Torre Eiffel cuando me tocaron el hombro para llamar mi atención. Amélie, la pobre mujer de Evans, se quedó anonadada, y yo me disculpé enérgicamente, alegando que me había sorprendido. Me pidió ayuda para entregarle los regalos a Evelyn, que los invitados habían ido colocando en una gran mesa. Creo que era una forma de hacerme sentir parte de aquella gran familia.

Evelyn estaba en su salsa, y no tenía bastantes manos para abrir todos los regalos. Se me enterneció el corazón cuando, al reconocer el mío, se me echó al cuello y me abrazó. Sabía lo mucho que le gustaba Arielle, *La Sirenita*, así que le había regalado una muñeca que cantaba cuando le apretabas la mano.

Había terminado en cuclillas frente a ella, y cuando me levanté, lo primero que hice fue buscar a Asier con la mirada. Hablaba con sus padres, y reía de algo gracioso que estaban contando. Después, mis ojos ansiosos recorrieron el jardín y se detuvieron en Audrey, quien también me miraba. Con la cabeza, me señaló el interior de la casa y, disculpándome con Amélie, me reuní con ella en el baño.

—¿De qué va todo esto, Léa? ¿O se supone que tengo que hacer como si no te conociera? —Me miró con resentimiento, y mi malestar aumentaba.

—Lo siento.

—Nada de lo siento. ¿Qué está pasando? Cualquiera diría que no quieres que sepa que somos amigas. ¿Acaso no piensas presentarnos? ¿Vas a evitarnos toda la vida?

—No es tan fácil, Audrey.

Tanta pregunta me estaba agobiando. Tuve que sentarme en el váter, bajando primero la tapa. Las piernas me temblaban, y lo poco que había comido se me había agriado; el sabor a bilis me subía por la garganta.

—Lo que pasa es que tú te empeñas en complicar las cosas, Léa. Llevas meses con él y ni siquiera has sido capaz de invitarle a subir a casa cuando ha venido a recogerte. ¿Por qué ese miedo?

—Porque te vio en la discoteca, ¿recuerdas?

—Así que es eso... —Sacudió la cabeza, como si todo cobrara sentido para ella. Al chasquear la lengua, supe que seguía disgustada conmigo—. Pero si no te ha reconocido a ti, ¿por qué crees que sí lo hará conmigo?

Preso del nerviosismo, había empezado a quitarme el esmalte de uñas.

—Hay algo que no os he contado —empecé, con un hilo de voz—. En una

de las conversaciones que tuvimos por mensajes, me pregunté el nombre. Le dije que me llamaba Audrey.

—¿Qué?

—Y no solo eso, sino que le dije también que trabajaba en una pastelería, cosa que era cierta en aquellos momentos, y que quería montarme mi propio negocio.

A trompicones, porque no sabía cómo contárselo todo, la puse al corriente.

Audrey estaba tan conmocionada que no podía decir ni una palabra. Y la decepción con la que me miró después me hizo sentirme muy mala persona. Había dejado que la mentira se hiciera cada vez más grande, y había acabado salpicando a la gente de mí alrededor.

—Por eso he intentado que no os conocierais —admití—. No quería tentar a la suerte y que atara cabo hasta descubrirlo todo.

—Pero ¿tú te estás escuchando? ¡Soy tu mejor amiga, y él, tu pareja! En algún momento saldrá el tema de los amigos y la familia y, entonces, ¿qué harás? ¿Me esconderás debajo de la alfombra? ¡Las cosas no funcionan así!

—¡Ya lo sé!

—¡Pues deja de complicarlo! Llevas tentando a la suerte desde que respondiste a ese mensaje, y no sé cómo no te ha explotado todo en la cara ya.

—No quiero perderlo.

—Pues díselo antes de que sea tarde. Díselo. —Su tono no admitía réplica, y yo me encogí en el baño—. Dile quién eres. Dile que eres Serendipia.

En esos momentos, alguien tocó con los nudillos la puerta y las dos nos sobresaltamos. El pánico abrió nuestros ojos, y nos tapamos la boca con las manos, dándonos cuenta de que habíamos estado gritando; cualquiera podría habernos escuchado.

—¡Está ocupado! —exclamó Audrey, sin despegar sus ojos de mí, mientras yo era incapaz de mirar la puerta sin temor.

Volviéron a llamar, con insistencia, y yo temí encontrarme con Asier cuando la abriera.

—Será mejor que salgas ahí y arregles ese lío —me apremió Audrey.

Tambaleándome, me levanté del baño y abrí la puerta. Me encontré con una cara sorprendida y conocida, muy conocida.

—¿Eres Serendipia?

29

La
mentira no es una buena amalgama para mantener en pie

los castillos en el aire

Tenía a Evans delante de mí, preguntándome si era la chica que su amigo conoció en la discoteca, pero yo solo podía ver la cara de Asier cuando se enterara. Me invadió una sensación de mareo tan fuerte que noté como la temperatura de mi cuerpo bajaba de golpe. Empecé a ver borroso, y di un salto cuando la puerta del baño se cerró tras Evans, aunque solo supe que se había quedado cuando se acuclilló frente a mí. Ni siquiera me había dado cuenta de que mis piernas habían cedido a la presión y había terminado sentada en el váter.

Debí balbucear algo sin sentido porque Evans me preguntaba qué decía.

—No se lo digas. —El pánico teñía de urgencia mi voz, y me aferré a su camisa—. Por favor.

—Tranquila, no lo haré —me dijo, en tono pausado, poniendo sus manos sobre las mías. Lo agarraba tan fuerte que se me habían agarrotado los dedos, y tuvo que tirar de mis manos para soltarlo—. Pero eres tú, ¿verdad?

Asentí, y vi la expresión de su cara. El entendimiento se abrió paso a empujones entre la sorpresa, y aunque no sabía qué tan al día estaba con el tema, sí supe que había encontrado las piezas que le faltaban del puzle y que su cabeza ya lo estaba montando.

—Debiste decírselo desde un principio —apuntilló Audrey, y el reproche de sus palabras fue el detonante para que un persistente y molesto dolor cabeza me hiciera taparme la cara con las manos.

—¿Os conocéis?

—Es mi mejor amiga, y mi compañera de piso —aclaré.

—La cosa mejora por momentos —masculló Evans, levantándose y sacudiéndose los pantalones para alisar cualquier arruga que se hubiera podido formar al acuclillarse—. Me encantaría seguir hablando del tema, presiento que hay más cosas de las que enterarme, pero no creo que sea el momento adecuado para hacerlo. Tengo a más de treinta invitados fuera y Asier no tardará en venir a buscarte.

Gemí por lo bajo y me eché hacia adelante, escondiendo la cabeza entre mis rodillas. Aquello era una pesadilla. Había creído que el tema de Serendipia estaría olvidado, que por fin dejaría de sentirme la tercera en discordia en mi relación con Asier, pero la realidad me había golpeado con tanta fuerza que me veía obligada a afrontar que había sido yo misma la tonta que había metido un tercer factor en esa ecuación sin solución.

—No puedo verlo ahora mismo.

—Léa, no puedes huir ahora.

—¡No intento hacerlo, Audrey!

Sabía que tenía la culpa de todo, pero en esos momentos no necesitaba que me echaran en cara mis errores, sino que tuvieran un poco de empatía. Solo necesitaba... algo de tiempo para serenarme. No podía salir ahí fuera sabiendo que se me notaría enseguida que pasaba algo. Nunca había sido capaz de esconder mis emociones, y tenía claro que no era el mejor momento para aprenderlo.

—Vamos a hacer una cosa. —Evans se erigió como el cabecilla del grupo—. Voy a salir fuera y trataré de distraer a Asier para que puedas recomponerte un poco, ¿de acuerdo? Pero vas a tener que salir en algún momento. La gente de ahí fuera no ha venido solo por Evelyn, también por ti.

—No me digas eso... —Quise echarme a llorar.

—Eres la primera chica en mucho tiempo que Asier presenta a la familia. No le hagas quedar mal delante de ellos.

Necesité mis buenos minutos para volver a sentirme capaz de enfrentarme a Asier sin delatarme. Audrey siguió a Evans fuera para no levantar más sospechas, y yo me quedé sentada en el váter, compadeciéndome del desastre en el que estaba metida, convencida de que no había más que una salida, por mucho que tratara de hacer como si esa opción no fuera plausible.

Aún no había puesto un pie en el jardín cuando Asier acudió a mi encuentro, con el ceño fruncido de preocupación. Al parecer, Evans le había dicho que me encontraba algo indispuesta y que estaba en el baño. Solo le bastó ver mi cara demacrada para creérselo. Se me estrujaba el corazón cuando lo miraba, siendo más consciente que nunca de que la mentira ya no era solo cosa mía, sino que había conseguido que su mejor amigo también formara parte de ello.

—Venga, nos vamos a casa —dijo Asier apretando mi mano con la suya. Su calor, que me habría reconfortado en otro momento, ahora me hacía sentir mal. No rechazo, jamás dejaría de desear una caricia suya, pero sí me parecía mal aceptarlas cuando le había ocultado tanto.

Nos despedimos de su familia, y traté de sonar entusiasmada aunque me sentía fatal. Asier me trataba con mimo y delicadeza, acompañándome hasta la puerta del copiloto con la mano en la parte baja de mi espalda. Y cuando subió al coche, me apretó la mano y solo la soltó cuando tenía que cambiar la marcha.

—¿Puedes dejarme en casa? —pregunté, al cabo de unos minutos de silencio.

—¿No quieres venir conmigo? —Paró en un semáforo y se giró levemente para mirarme. Se había hecho de noche y las luces del coche hacían brillar más aún sus ojos azules—. Voy a estar toda la semana fuera. Me gustaría pasar contigo esta noche.

No me acordaba de que se había tomado la semana en el trabajo porque tenía unos asuntos personales que atender en Toulouse, como asegurarse de que la boda de su hermano iba por el bien camino.

—No me encuentro bien, y solo quiero llegar a casa y acostarme.

No me hizo falta sonar lastimera o enferma de verdad, porque mi voz estaba focalizando mi estado anímico.

—¿Qué te ha pasado?

—Habrà sido una bajada de tensión o algo —mentí sobre la marcha—. Han sido unas semanas complicadas en el trabajo, y no es que hayamos descansado mucho en todo este tiempo.

Una sonrisa perezosa y satisfactoria curvó sus labios, seguramente recordando las noches que habíamos pasado revolcándonos en la cama, o esos desayunos en la cocina a base de besos con sabor a fruta, y caricias suaves y tiernas como el mejor bizcocho.

—Te prometo que, cuando todo este lío de la boda acabe, nos iremos tú y yo a algún sitio. Sin trabajo, sin madres que conocer, ni llamadas telefónicas. ¿Qué te parece?

—Suena genial. —Sonreí, y me alegré de que no pudiera ver cómo mis ojos se humedecían, adivinando ya que esa promesa no se haría realidad.

—A tu casa, entonces.

Condujo en silencio, y cuando llegamos a mi portal y bajó para despedirse de mí con un beso, yo me encontraba lo bastante tranquila ya. Lo besé y abracé como si no fuera a hacerlo más.

Sabía a despedida.

No recordaba haber pasado una semana como aquella en mi vida, ni siquiera cuando, meses atrás, pensé que tendría que volver a mi casa porque no encontraba trabajo. Me sentía más perdida que entonces, y no ayudaba nada que Audrey me presionara en todo momento para que se lo contara todo a Ash,

alegando que tenía derecho a saberlo. ¡Claro que lo tenía! Pero no era fácil hacerlo, y por muchas veces que imaginara esa conversación, por muchos giros que le diera, siempre acababa de la misma forma: mal.

Evans no me dijo nada el primer día en la oficina, vacía y solitaria con la ausencia de Asier, pero no paró de insistir a mediados de semana hasta que acepté bajar a comer con él.

—No quería que habláramos de esto en la oficina —empezó, una vez sentados ya en el restaurante y con nuestras bebidas delante.

—Yo preferiría no tener que hablar de esto en ningún sitio. —Sonreí con amargura, y cogí mi copa de agua para que, al beber, bajara también el nudo en la garganta—. ¿Qué quieres saber?

—Tu versión de la historia.

Hubo algo liberador en el hecho de contarle, a alguien externo, cómo había sucedido todo desde el principio. No me dejé nada en el tintero, y cuando acabé, nuestra mesa se quedó en silencio. Supuse que Evans necesitaría asimilarlo todo, como también empezar a preguntarme cosas.

—¿Cómo una cosa tan sencilla puede haberse liado tanto?

—Porque se ve que no sé hacer las cosas de otra forma.

—Tampoco es necesario que te machaques así, Léa.

Se me escapó una risotada histérica, y sacudí la cabeza.

—Voy a perderlo todo si se lo cuento, Evans.

—Para empezar, te estás adelantando a los acontecimientos. —Alzó las manos, como tratando de pausar el ritmo vertiginoso de mis pensamientos—. No vas a perder nada.

—Asier no me perdonará haberle ocultado quién soy. Y lo sabes.

Evans bufó, asintiendo, pero parecía decidido a verle el lado positivo a la situación. Daba igual las vueltas que le diera, yo llevaba días pensando en ello y no había final feliz posible.

—Se enfadará al principio, creo que es normal, pero acabará perdonándote y olvidándolo. Le gustas mucho, Léa.

—No creo que eso sea suficiente.

—Asier es bastante impulsivo, aunque no lo parezca, pero siempre acaba recapacitando.

—¿Acaso estamos hablando del mismo Asier? —Me reí—. Es orgulloso y cabezota hasta la médula. Le he visto mirar mal al perro del vecino solo porque una vez le meo la rueda del coche. ¡Un perro, por el amor de dios!

Evans apretó los labios, no sé si para morderse la lengua y no darme la

razón, o para no reírse por la comparación tan mala que había hecho.

—Entiendo el punto —acabó diciendo, y se quedó unos segundos en silencio—. ¿Eso significa entonces que se lo vas a contar todo?

Y ahí venía cuando yo me quedaba sin respuestas. ¿Se lo iba a contar todo? Debería, sí, pero ya habíamos dejado claro que era más fácil decirlo que hacerlo. Un día me levantaba convencida de que, cuando Asier me llamara por la noche para hablar, se lo contaría todo. Pero después pensaba que eso sería muy cobarde por mi parte y que tenía que afrontar el problema de cara; ya había huido bastantes veces. Y luego estaban los momentos en los que recordaba lo bien que estábamos juntos y pensaba: «¿Por qué no podemos seguir como hasta ahora? Todo va perfecto y no hay necesidad de lanzarlo todo por la borda por algo de lo que Asier nunca llegaría a saber».

En resumidas cuentas: estaba hecha un lío.

—¿Qué crees que debería hacer?

—Como mejor amigo de Asier, y como alguien que te aprecia mucho, te diré que se lo cuentes. No sé si es lo que quieres escuchar, pero es lo único que puedo decirte. —Literalmente, me desinflé de la decepción—. Es mejor que se entere por ti, y no lo averigüe él solo. Si eso pasa, entonces sí que será complicado que te perdone. Además, las mentiras suelen tener las patas cortas, y puede que tú misma te hayas delatado ya sin haberte dado cuenta. No puedes estar alerta en todo momento.

«Puede que tú misma te hayas delatado ya sin haberte dado cuenta».

Las palabras de Evans encendieron una bombilla en mi cabeza, y sentí un sudor frío resbalándome por la espalda. Con las manos temblorosas, e incapaz de no ceder a la angustia y los nervios, abrí el bolso y saqué el teléfono. El personal. Lo desbloqueé y abrí la aplicación de mensajería instantánea, buscando hasta que encontré el chat con el que, como Serendipia, había hablado meses con Ash. Pasé con rapidez la conversación y me paré en el punto que buscaba.

Pensé que se me pararía el corazón del salto que dio.

—Merde.

El dichoso *Fantasma de la Ópera*. Por eso había sentido una fuerte sensación de *déjà vu* por la conversación en el sofá. ¡NO ERA LA PRIMERA VEZ QUE HABLÁBAMOS DE ESO! Estaba a punto de ponerme a hiperventilar, y miré a Evans con el pánico impreso en mis desorbitados ojos azules.

—Te lo dije: las mentiras no están hechas para durar.

Sobre decir que, después de todo esto, no pude apenas comer. Se me había cerrado el estómago y un puño de hierro me golpeaba el esternón, dejándome sin respiración cada vez que se me agitaba el corazón al pensar en Asier.

Pagó Evans la comida, y no dijo nada durante el corto trayecto entre el restaurante y nuestro edificio, situado justo enfrente. En el ascensor, que para mí siempre olía a Asier cada vez que entraba y me acordaba de los tanteos allí, me apreté en una esquina, con la mirada perdida.

—¿Crees que debería dejar el trabajo? —pregunté, con la voz apenas audible.

—¿Qué? —Mi pregunta debió sorprenderlo, porque le salió casi un grito—. ¿Por qué habrías de hacer eso?

—Porque no voy a poder trabajar con él si las cosas se tuercen.

—Siempre puedo hacer que seas mi secretaria personal, y buscar a alguien que te sustituya con Asier. O puedo hacer que te cambien de departamento. ¿Qué tal Publicidad? Creo que estás preparada para dejar de ser secretaria y ser ya parte oficial del equipo de Publicidad.

—Todo eso suena muy bien, pero no estás siendo realista. Seguiría teniendo que verlo todos los días, y no creo que pudiera soportarlo.

—No quiero que te vayas.

No, no quería, pero también sabía que no había otro camino.

—No te precipites en cualquier decisión que tomes en relación al trabajo, ¿de acuerdo? Deja que piense en una solución.

—Gracias.

Llegamos a nuestra planta, y cuando me disponía a salir, Evans me sorprendió dándome un abrazo. Abrumada y sensible como estaba por todo, se lo devolví, y aunque sabía que era una tontería creer que él podría solucionarlo todo, por un momento sentí que los problemas me abandonaban y que podía respirar tranquila.

El peso volvió a mí en cuando nos separamos.

—Me gustas mucho para Asier, y espero que las cosas se solucionen.

Tuve que meterme en el baño antes de entrar la oficina porque se me habían humedecido los ojos y no quería que me vieran llorar.

30

una propuesta difícil de rechazar

Recibo

El viernes por la noche estaba tan cansada, tanto física como anímicamente, que me acosté nada más llegar del trabajo y no me levanté hasta bien entrada la mañana del sábado. Mi cuerpo y mi mente habían recurrido al sueño como escape a mis problemas, y durante todas esas horas desconecté de todo hasta el punto de sentirme mucho mejor y más animada al despertar.

Audrey se había ido al pueblo el fin de semana al ser el cumpleaños de su madre, por lo que tuve la casa para mí sola. Pedí la suficiente comida china para un almuerzo tardío y la cena, y mi plan consistió en pasarme las horas muertas viendo una película tras otra. Hacía tanto tiempo que no tenía un momento para mí y me supo a gloria.

Sobra decir que tampoco me esmeré mucho en mi vestimenta, por lo que llevaba una camiseta de *Los Vengadores* que había comprado en la sección masculina de unos grandes almacenes, y me había recogido el pelo, de cualquier manera, en un moño alto.

Estaba la mar de sexy yo así, pero como lo que buscaba era comodidad y no tenía a nadie a quien seducir, me sobraba.

Trataba de pensar lo menos posible en Asier, y creo que no hace falta decir que fallaba de forma estrepitosa en el intento. Llegaba el día siguiente por la tarde noche a París, y yo seguía sin saber qué iba a decirle, si es que iba a hacerlo. El problema era que cada vez me sentía más entre la espada y la pared, y me invadían los remordimientos cuando escuchaba su voz animada por teléfono.

A la hora de la cena, calenté en el microondas los restos de comida china y los dejé encima de la mesa, frente al televisor, sentándome en el suelo, con las piernas cruzadas. Aún no había abierto el paquete de palillos, cuando sonó el teléfono. Me puse muy nerviosa al ver el nombre de Asier en la pantalla, y mi corazón empezó a aletear en un baile nervioso y alegre.

—Hola —respondí, y apreté los labios porque la sonrisa me salía sola, como una adolescente enamorada que, a media noche, se escapaba para ver a su chico.

—Hola. —Sentí la sonrisa en su voz como una tibia caricia, erizándome el vello—. ¿Qué tal el día?

—Poca cosa —respondí, recostando la espalda en el sofá—. Te dije que iba a estar sola el fin de semana, y he aprovechado el tiempo haciendo un maratón de películas.

—Me gusta más tu plan.

—¿Cómo ha ido por allí?

Asier estaba ejerciendo de padrino, madrina y organizador de bodas, porque gran parte de lo que había ido a hacer a Toulouse estaba relacionado con la boda de Bastien. Su hermano estaba concentrado con la Selección de Fútbol Francesa y no acabaría hasta una semana antes de la boda.

Hablábamos todas las noches, por lo que no hubo mucho en lo que ponernos al día.

—¿Qué llevas puesto?

Me eché a reír al escuchar la picardía en su voz; me hacía esa pregunta todas las noches. Siempre le decía que llevaba un camisón fresquito y nada de ropa interior debajo, cosa que era mentira a juzgar por mis pintas. Él lo sabía, pero le gustaba imaginarme.

—No puedo poner en palabras lo sexy que estoy ahora mismo —solté, y lo escuché reírse a través del teléfono.

—O sea, que voy a tener que comprobarlo por mí mismo.

—Me temo que sí.

—Perfecto. Pues abre, que subo.

¿Qué? Me quedé clavada en el sitio, porque aunque sabía reconocer cuándo bromeaba, esa vez no escuché la risa en su voz, sino una gran decisión. Era imposible que estuviera aquí, y fui tan idiota de mirar a mí alrededor como si fuera a aparecer de la nada en cualquier momento.

—Hablo en serio, Léa. Estoy abajo.

Tropecé con mis propios pies levantándome del sofá, me golpeé el dedo meñique del pie en mi prisa por rodear el sofá y acercarme a la ventana. Llegué dando saltitos, y aparté la cortina de golpe.

Ahí estaba. Con una mano sujetaba el teléfono, y con la otra, al verme aparecer, me saludó. Se me secó la boca, y mi corazón latía con tanta fuerza, que no me extrañaría que saliera de mi pecho y se tirase por la ventana para recibirlo. Yo lo habría hecho de no estar tan sorprendida al verlo.

—He conducido como un loco desde Toulouse hasta aquí porque te echaba de menos. ¿En serio me vas a dejar aquí fuera abandonado?

—Es... Es el quinto piso. —Conseguí decirle; sus palabras me habían dejado fuera de juego.

Colgó, y experimenté un momento de pánico mientras miraba a mí alrededor, esperando encontrarme con un desastre catastrófico en el salón. Estaba todo ordenado, por suerte, y no tuve tiempo de fijarme en mi desastre personal cuando llamaron al timbre. Idiota de mí, salté.

Contuve la respiración y, descalza, me acerqué a la puerta para abrirla. Mi

corazón no iba a aguantar tanta emoción, y me veía sufriendo un jamacuco elegante como el de las damas victorianas, con la mano en la frente. Tragué con fuerza, y lo vi recorrerme de arriba abajo con la mirada. Una sensual y satisfecha sonrisa curvó sus labios, señal de que no estaba para nada decepcionado con lo que llevaba puesto, aunque creo que le gustaba más lo mucho que enseñaba.

—Sí, creo que yo tampoco tengo palabras para expresar lo sexy que estás.

Solo dio un paso adelante, y cuando me quise dar cuenta, yo había saltado a sus brazos. Me comí su risa en un beso hambriento, y quise llorar de la emoción al reencontrarme con el sabor de su boca, o esa forma tan enloquecedora que tenía de enredar su lengua con la mía. Sus manos, grandes y fuertes, me abarcaban el trasero al tiempo que yo le rodeaba la cintura con las piernas.

Me sería imposible explicar lo que sentí al verlo en esos momentos. Sabía que lo quería, que estaba enamorada de él hasta las trancas, pero no supe la fuerza arrolladora de mis sentimientos hasta que no estuve en sus brazos. Fue como si, durante toda esa semana, yo hubiera sido la pieza perdida de un rompecabezas y solo le hubiera encontrado sentido a mi existencia al abrir la puerta y verlo.

—Vaya, creo que alguien me ha echado de menos por aquí.

Sonrió junto a mis labios, satisfecho y feliz. No fui capaz de responderle, y escondí la cara en la curva de su cuello. Aspiré temblorosamente su olor, y noté como Asier caminaba conmigo en brazos, entrando del todo en el piso y cerrando la puerta tras de sí. Había terminado rodeándome con sus brazos, y me apretaba contra él. Creo que tenía las mismas ganas que yo de dejarlo ir.

—Oye, pues esto no está mal. —Miró a su alrededor, y yo lo miré con una ceja alzada.

—Mentiroso —le solté, y su sonrisa abierta fue lo más bonito que había visto en mucho tiempo—. Todo mi piso cabe dentro de tu comedor.

—Mejor. Más apretaditos estaremos.

Era imposible mantenerme seria cuando se ponía así, y estaba tan feliz de tenerlo aquí, que le robé otro beso. No quería pensar en que podría ser el último, así que trataba de disfrutarlos todos.

—¡Mmm! ¡Veo que hay comida china para cenar!

—¿Tienes hambre?

—Tengo hambre de muchas cosas —acompañó sus palabras con un pellizco a mi trasero que me hizo chillar—, pero me conformo, por ahora, con

unos buenos tallarines con salsa de ostras.

Acabamos sentados en el suelo. Apenas fui capaz de comer. Su rodilla rozaba la mía, y de vez en cuando se giraba para mirarme tan fijamente que me ahogaba con facilidad en el mar de sus ojos. Luego sonreía de esa forma tan arrebatadora suya, y yo no podía más que suspirar.

—Te he echado mucho de menos —confesé, con sinceridad.

—Yo también —susurró, abarcándome una mejilla con su mano, e inclinándose lentamente para besarme—. De veras, no tenía ni idea de lo mucho que me había acostumbrado a ti hasta que me desperté solo en Toulouse. La próxima vez te vienes conmigo.

Asentí y le rodeé el cuello con los brazos, yendo al encuentro de su boca. Fui descendiendo poco a poco hasta terminar con la espalda apoyada en la alfombra, con Asier alzándose sobre mí. Abrí las piernas y se encajó entre ellas con facilidad. Sus labios rozaron los míos con suavidad y una calma enloquecedora, prometiendo tanto con esas sutiles incursiones de su lengua en mi boca, que yo sabía que, besarlo como tenía ganas, significaría una explosión de sabor. Cerré los ojos, y me estremecí cuando su mano fue ascendiendo por mi muslo izquierdo, adentrándose bajo la camiseta que ya tenía subida hasta la cintura, y llegando su destino. Abarcó la plenitud de mi pecho, y la corriente de placer que me sacudió fue tan fuerte que curvé la espalda y un jadeo brotó de entre mis labios.

Ni siquiera sé cómo conseguimos llegar a mi cama. Solo recuerdo un camino repleto de besos y caricias, dejando tras nosotros las prendas de ropa de la que nos íbamos desprendiendo en nuestra prisa por tocarnos.

Fue una unión rápida, corta e intensa provocada por el anhelo que llevábamos auestas durante toda la semana. Asier no fue delicado como otras veces, y se adentró en mí con fuerza, mascullando mi nombre una y otra vez. El sudor le había perlado una piel que yo, con mis manos y mis uñas, marcaba al rojo vivo.

Prácticamente me quedé sin voz cuando llegué al orgasmo, y Asier siguió empujando hasta que lo alcanzó en un grito gutural. Tan grande como era, se dejó caer sobre mí y lo rodeé con los brazos, besando sus hombros con mimo.

—Juro que solo venía a saludarte —soltó, sin resuello, y mi pecho se sacudió por la risa, al igual que el suyo—. La culpa la tiene la dichosa camiseta de *Los Vengadores*.

—Claaaro, échale la culpa a la camiseta de lo salido que estás —respondí, con el mismo tono jocoso.

—¿Perdona? —Alzó la cabeza ligeramente para mirarme. Había enarcado una ceja, retándome a repetir lo que había dicho—. Yo no soy el que se ha abalanzado sobre ti nada más verte.

—No veo que te hayas quejado.

—Ni lo haré nunca —respondió, apoyando la barbilla en mi pecho. Tenía el pelo húmedo y revuelto, y alargué la mano para apartárselo de la cara—. Casi me dan ganas de irme otra vez si voy a tener este recibimiento al volver.

—Ni de coña.

Esos momentos con él eran los mejores, y noté como la sonrisa moría en mis labios ante la angustiada idea de que fueran a terminarse. Todo el tema de Serendipia seguía flotando entre nosotros, y aunque Asier no tenía ni idea, yo lo sentía como si fuera una pesada espada pendiendo sobre mi cabeza.

«Es mejor que se entere por ti, y no lo averigüe él solo. Si eso pasa, entonces sí que será complicado que te perdone».

Evans tenía razón, y también Audrey al insistirme en que se lo dijera, pero no tenían ni idea de lo complicado que era. Sería, casi con toda seguridad, lo más difícil que haría en la vida.

—Ash... —lo llamé, con el corazón a punto de salirse del pecho.

—¿Hm? —Se había tumbado de espaldas, y me había arrastrado con él hasta que apoyé la mejilla en su pecho. Su corazón latía a un ritmo más tranquilo que el mío—. Esta cama es muy incómoda. Y pequeña. Se me salen los pies por debajo.

Muy a mi pesar, me reí de sus quejas. Hasta yo noté que fue una risa seca y con poca carga de humor.

—Tengo que comprar una. Lo sé.

—No tienes por qué. —Alcé los ojos para mirarlo a la cara. Él me miraba a su vez, con seriedad. ¿Y nerviosismo?—. Tienes la mía.

Al principio no entendí lo que quería decirme, y lo miré con confusión mientras él seguía igual de serio. Cuando sus palabras cobraron sentido, abrí los ojos al máximo. Me había quedado sin palabras y no sabía qué responderle.

—¿Me estás pidiendo...? —balbuceé, y noté como él se retraía.

—No es nada, olvídale.

Me incorporé hasta terminar sentada a su lado, mientras él desviaba la mirada.

—¿Quieres que me vaya a vivir contigo?

—Prácticamente ya lo hacemos. Pasas mucho tiempo allí. —Se defendió, y

la brusquedad de su respuesta era más fruto de la inseguridad que de la molestia por mi falta de respuesta—. Es lo más lógico.

—¿No crees que estamos yendo muy deprisa? No me estoy negando, pero...

¿Irme a vivir con él? La idea no podía aterrorizarme y hacerme más feliz a la vez. Apenas llevábamos un par de meses juntos, y no hacía ni unas semanas habíamos decidido concedernos un poco de espacio algunas noches a la semana para no acabar tirándonos de los pelos. Trabajábamos codo con codo todos los días, pero había una diferencia muy grande entre pasar casi todo el tiempo con una persona a vivir con ella.

Y lo que era más importante: seguía sin saber quién era yo.

—Apenas nos conocemos.

—Léa, sé de ti todo lo que necesito. —Se incorporó hasta quedar sentado, al igual que yo—. Y ya sé que todo esto de vivir juntos puede parecer precipitado, y que da miedo, pero lo haremos funcionar. Formamos un buen equipo.

Sonaba tan fácil cuando lo decía él que no pude más que suspirar temblorosamente mientras Asier me cogía por la nuca y me acercaba a sus labios.

—Piénsatelo, ¿vale? No tienes que darme una respuesta ahora.

—¿Y si digo que no?

—Tendré que seguir viniendo algunas noches a comprobar tu código de vestimenta.

No volvimos a decir nada en toda la noche. Asier se durmió enseguida, pero a mí me costó conciliar el sueño. Mi cama era pequeña, y Asier con su cuerpazo ocupaba más de la mitad, por lo que casi me caí un par de veces de tantas vueltas que di tratando de encontrar una postura cómoda. Lo malo era que no podía dejar de pensar, atenazada por toda clase de pensamientos negativos que empañaron de pesadillas las pocas horas que conseguí dormir.

Al día siguiente, fui la primera en despertarse, y lo hice cobijada por Ash, quien me rodeaba la cintura con un brazo. Me deshice de su amarre poco a poco, para no despertarlo y, desnuda, salí al salón en busca de la camiseta que llevaba la noche anterior. Pasé por el baño un momento y me puse a preparar el desayuno.

Estaba tan concentrada cocinando que di un salto cuando Asier me abrazó por detrás.

—Eres una mala anfitriona dejando a tus invitados solos en la cama. —Su

voz grave y adormilada consiguió ponerme la piel de gallina.

—¿Y también es de mala anfitriona llevarle el desayuno a la cama al invitado?

—No puedo rebatir eso.

Se había puesto los pantalones cortos con los que había llegado, pero su camiseta seguía tirada en el suelo. Su pecho, ancho y repleto de vello oscuro, era demasiada tentación para mí, y me obligué a desviar la mirada hacia la sartén donde se estaban haciendo las crepes.

—¿Tienes un cargador de móvil por aquí? Se me ha acabado la batería.

—Segundo cajón de la mesilla de noche.

Me besó en la mejilla antes de dar media vuelta y volver a mi habitación. Acabé de preparar el desayuno y puse la mesa frente al televisor. Cargué una taza de café para él, y al mío le añadí un poco de leche.

Al ver que tardaba, lo llamé, y al no recibir respuesta, entré en mi habitación.

El mundo se me vino abajo en ese instante en el que reconocí lo que Asier llevaba en las manos: la máscara con la que nos habíamos conocido en la discoteca. Se giró para mirarme, más serio de lo que recordaba haberlo visto, sujetando aún la máscara, y yo tragué con fuerza porque el pánico me ahogaba.

—Puedo explicarlo.

31

¡Devuélveme mi suerte!

Pasaron unos segundos de infarto entre mi «puedo explicarlo» y la primera

reacción de Asier. Sostenía la máscara en su mano, pero era a mí a quien miraba, y lo hacía como si fuera la primera vez que me tuviera delante. No era la chica a la que le había hecho el amor la noche anterior como si fuera el mundo a acabarse y solo tuviéramos esos momentos para nosotros, sino una chica a la que creía conocer hasta el punto de pedirle que se fuera a vivir con él y que estuviera resultando ser una completa desconocida.

—¿Qué es esto? —preguntó, casi con miedo, como si supiera la respuesta pero desease que fuera una completamente diferente—. ¿Por qué tienes una máscara como la de...?

Se le entrecortó la voz, incapaz de decir el nombre.

—¿Serendipia? —terminé por él, y vi como el dolor demudaba sus facciones.

Apretó los labios y cerró con fuerza los ojos, sentándose en el borde de la cama. Quería acercarme a él, abrazarle y pedirle que me perdonara, pero me temblaban tanto las piernas que no fui capaz de moverme de la puerta. Asier había hundido los hombros, y le colgaba la cabeza hacia adelante, como si el peso de esa revelación fuera demasiado para él.

—¿Eras tú la chica de la discoteca? —Asentí, y soltó un taco tan malsonante que estuve a punto de cubrirme las orejas, escandalizada—. Entonces, los mensajes y todo...

—Era yo —admití por primera vez, y con su mirada lo tuve claro: acababa de perderlo de forma irremediable—. Yo soy Serendipia.

—Oh, *merde*.

Las manos le temblaban cuando se las pasó por el pelo, y su pecho subía y bajaba con rapidez. Nunca lo había visto tan cerca de perder la compostura, como si hubiera perdido por completo el control tanto de su cuerpo como de sus emociones. Se me antojó un viejo león, herido y traicionado, demasiado orgulloso para mostrar debilidad. Se levantó de la cama, y empezó a pasearse por la minúscula habitación, cada vez más alterado.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No sabía cómo hacerlo, y tampoco me atrevía.

—Eso quiere decir que tú sí sabías quién era yo aquella noche.

—No desde el principio —respondí, tratando de controlar la emoción en la voz—. No te reconocí en la discoteca, ni siquiera después de toda la noche. Pero te vi fuera, cuando ayudabas a Bastien a entrar en el coche, y te quistaste la máscara. No pude creérmelo. No quise hacerlo, de hecho.

Veía en su cara la misma confusión e incredulidad que debí sentir yo en

aquellos momentos, cuando descubrí la identidad de la persona con la que había pasado tantas horas.

—Me gustaste tanto aquella noche que no habría dicho jamás que eras tú. Estaba acostumbrada a una parte de ti que nada tenía que ver con la que me mostraste en San Valentín.

Mientras tanto, Asier seguía en silencio. Me había dado la espalda, y había apoyado una mano en la pared, mientras su mirada se perdía en el paisaje tras el cristal de la ventana.

—Una parte de mi quiso decírtelo, pero la otra tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que me despidieras.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así? No soy un monstruo.

—¡Ya lo sé! Pero en aquellos momentos parecías odiarme tanto que no sabía cómo habrías reaccionado.

—Nunca te he odiado.

—Pero tampoco me querías cerca, y apenas podías tolerarme.

No lo negó, lo que me hizo ver que había dado en el clavo, pero tampoco pareció entender mis motivos. Estaba ahí plantado, mirándome sin la dulzura y la picardía de siempre, y me encogí sobre mí misma. Lo estaba perdiendo a pasos agigantados, y boqueé cuando un pinchazo de dolor atacó mi corazón.

—Has estado ahí todo el tiempo, y no sé cómo no he sido capaz de darme cuenta.

Sacudió la cabeza, incrédulo, y con los gestos agravados por el enfado. Y estaba segura que era hacia sí mismo, por no haberlo visto cuando siempre había declarado que me reconocería sin la máscara en cualquier sitio.

—Te dije que no me reconocerías ni aunque me tuvieras delante.

—Y bien que te ha venido a ti eso, ¿no? Seguías conservando el trabajo, y no te ha importado jugar conmigo a mis espaldas.

—¡Nunca he jugado contigo! —grité, dolida por esa acusación—. Te quie...

—Será mejor que no acabes esa frase. —Alzó la mano para cortarme, y las palabras se me quedaron atascadas en la garganta, pugnando por salir pero temerosas de hacerlo—. ¿Cómo puedes ser tan mentirosa?

—Sé que hice mal no contándote quién era, y que tienes motivos para estar enfadado, pero nunca te he mentado. Ya fuera por mensajes o a la cara, todo lo que te he dicho ha sido verdad.

—Claro, y ahora me vas a decir que tu nombre no es Léa, sino Audrey.

Me echó en cara la única mentira que le había dicho, y apreté los labios, incapaz de sostenerle la mirada cargada de acusación.

—Me entró el pánico cuando me preguntaste el nombre, y te dije el primero que me vino a la cabeza.

Asier soltó una risotada, negó con la cabeza y apoyó la espalda en la pared, bien lejos de mí. Cualquiera que lo viera ahora diría que estábamos hablando del tiempo, a juzgar por su postura relajada y algo indolente, pero yo lo conocía mucho ya. Sabía que no era más que una aparente calma, y que la tormenta le bullía por dentro. También sabía que, una palabra más y podría desatarse, cayendo verbalmente sobre mí sin piedad.

—¿Quién es Audrey?

—Es mi mejor amiga y mi compañera de piso. También fue la que se acercó a saludarme en la discoteca, cuando estaba contigo.

Asintió, y la claridad fue alumbrando su expresión. Poco a poco, las piezas iban encajando y daba igual lo que dijera: no parecía estar dispuesto a pasar por alto esa ofensa, a perdonarme.

—¿Eras tú o ella la que mandaba los mensajes?

—Yo. Ella no sabía nada. Ni siquiera supo que hablaba contigo hasta hace un tiempo.

—No puede ser. —Sacudió la cabeza, y su pelo se alborotó más aún; parecía un puercoespín, con mechones apuntando en diferentes direcciones—. Tengo tu teléfono y...

—Tengo dos, el personal y el de trabajo.

—¿Qué clase de persona lleva dos teléfonos? —Me miraba como si yo fuera un bicho raro lo bastante desagradable como para no tocarlo siquiera con un palo de metro y medio.

Se lo conté. En uno de mis anteriores trabajos sufrí acoso por parte de un compañero que no hacía más que mandarme mensajes a todas horas y llamarme de madrugada. Empecé a cogerle miedo, sobre todo porque en el trabajo empezaba a comportarse de forma muy extraña. Así que, desde entonces, llevaba dos teléfonos. El del trabajo lo apagaba nada más llegar a casa, y el personal no lo tenía nadie más que mis amigas y mi padre.

Asier no dijo nada a esto, y apretó tanto la mandíbula que pude escuchar cómo le castañeaban los dientes. Carraspeó y siguió hablando.

—¿Por qué respondiste a ese primer mensaje? ¿Por qué no dejarlo estar si eso podía poner en peligro el trabajo?

—Habría sido lo más coherente, desde luego, pero alguien me recordó lo

especial que fue esa noche y fui incapaz de dejarlo estar.

—¿Quién?

—Tú. —Tensó la espalda, enderezándose y mirándome con el ceño fruncido—. Os escuché a Evans y a ti en el restaurante, frente a las oficinas. Fue como volver a aquella noche, porque hablabas como el hombre que a mí me gustaba, no como el jefe huraño de siempre.

Estábamos en pleno verano, y el sol entraba a raudales por la ventana, pero yo temblaba de frío. Me frotaba los brazos tratando de alejar el entumecimiento; nada funcionaba. Miré a Asier con anhelo, deseando que me abrazara.

—Nunca tuve intención de que las cosas llegaran tan lejos. Y cuando propusiste quedar con Serendipia para cenar, me diste la excusa perfecta para dejarlo. Estaba cansada del tema, y saber que entre nosotros parecía haber algo fue lo que acabó de convencerme de que era mejor quitarla del medio.

—¿Te das cuenta de que hablas de ella como si fuera otra persona? —Volvió a pasarse las manos por el pelo, cada vez más fuerza—. Esto es una pesadilla.

—Lo siento —murmuré, haciendo el intento de acercarme a él. Asier, que se dio cuenta, se envaró, lo que me hizo frenar en seco.

—Lo curioso es que veía cosas, ¿sabes? Había cosas en ti que me resultaban familiares. Gestos, palabras... Pero no pensé jamás que fuerais la misma persona.

—Lo sé. Nunca habrías sido capaz de ver en mí, sobre todo al principio, a la chica que conociste aquella noche. Al igual que a mí me costó aceptar que eras tú.

—Necesito salir de aquí.

Pasó por mi lado con rapidez, casi empujándome a un lado. Me giré para seguirlo con la mirada. Tenía los músculos de la espalda duros por la tensión, y se agachó a recoger su camiseta del suelo con movimientos controlados.

—No te vayas, por favor.

—Ahora mismo no soporto estar aquí.

Se puso la camiseta con brusquedad, y ni siquiera se sentó en el sofá para calzarse las zapatillas. Miraba frenéticamente de un lado a otro, como si quisiera asegurarse de que no quedaba nada que delatara su presencia cuando saliera por la puerta.

—Hablemos, Ash.

—Nunca vuelvas a llamarme así. —Se revolvió como si lo hubiera

insultado, indignado a más no poder—. Has perdido todo el derecho.

—Entiendo tu enfado, de verdad que sí, pero creo que estás sacando las cosas de quicio.

—¿En serio tienes la desfachatez de decirme eso? Y cuando creo que no puedes decepcionarme más...

—¡Te he pedido perdón! ¿Qué más quieres que haga? —grité, con la desesperación agudizando el tono de mi voz.

—Ya has hecho todo lo que podías haber hecho —escupió, avanzando hacia la puerta. Estaba ya con la mano en el pomo cuando pareció pensárselo mejor y dio media vuelta. Paró a pocos metros de mí, y estaba tan cerca que podría alargar el brazo y tocarlo, pero la fiereza rugiendo en sus ojos azules me hizo retroceder un paso—. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Que confié en ti, que te dejé entrar en mi vida. ¡Joder, Léa, que te acabo de pedir que te vengas a vivir conmigo!

Ahugué un sollozo, y me tapé la boca con las manos, notando como las lágrimas arrasaban con todo por su paso. Y yo no sabía si Asier se daba cuenta, pero también él tenía los ojos a rebosar de ellas.

—No quiero perderte —supliqué, con la voz entrecortada.

—Haberlo pensado antes. Ahora mismo no soy capaz siquiera de mirarte a la cara. No sé quién eres.

—Sí que lo sabes. —Acorté la distancia que nos separaba y me puse de puntillas, cogiéndolo de la camiseta hasta conseguir que su aliento me acariciara las mejillas—. Me conoces mejor que nadie.

Rocé sus labios con los míos, pero los suyos permanecieron quietos. Me tragué otro sollozo y le puse más énfasis al beso, rogando para que me correspondiera, que me rodeara con sus brazos. Sollocé al notar sus manos en mis brazos, pero me apartó de golpe de él, echando por tierra mi esperanza. Ni siquiera me miró. El pelo revuelto, las oscuras ojeras bajo los ojos, y la repentina palidez de su rostro, le daban un aspecto enloquecido. Sus brazos, caídos a ambos lados de su cuerpo, terminaban con las manos convertidas en puños.

¿Dónde estaba el hombre que me hacía reír, el que me tomaba el pelo y me hacía el amor como si fuera la persona más especial del mundo? Me negaba a creer que hubiera desaparecido, que no quedara ningún sentimiento hacia mí dentro de él. Lo tenía ahí delante y mi corazón sollozaba, roto de dolor, rebosante de amor por él.

—¿Es tan malo lo que he hecho para que no quieras siquiera ni mirarme? —

pregunté, y la única respuesta que recibí fue un tic en su ojo derecho. Me planté otra vez delante de él, echando la cabeza hacia atrás para mirarlo—. ¡Respóndeme!

—Has perdido todo el derecho a exigir nada —respondió, con la voz controlada y la mandíbula apretada. Cuando bajó la cabeza y clavó sus fríos ojos azules en mí, no vi más que desprecio en ellos—. Mis motivos son míos, y creo que, después de todo, eres la última persona a la que le daría explicaciones. No te las mereces.

—Si vas a irte, quiero saberlo —exigí, sacando pecho, envalentonada.

—Me da igual lo que quieras. Ahora soy yo quien va a callar como una puta al respecto. Al fin y al cabo, he aprendido de la mejor.

Aún no había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando sonó un chasquido que nos sobresaltó a los dos. Le había cruzado la cara en una bofetada, y la sorpresa, junto a la fuerza de mi rabia, habían hecho que la cabeza de Asier girara a un lado. Me escocía la palma de la mano, pero no me arrepentía de lo que había hecho.

No tenía ni idea de lo cruel que podría llegar a ser Asier cuando estaba herido, y aunque sabía que volcaría todo su enfado hacia mí, no pensé que lo haría así.

—Me niego a cargar con la culpa de todo —espeté en un siseo—, porque tú, Faure, también has hecho las cosas mal.

—Creo que tienes un concepto erróneo de lo que es el bien y el mal.

Hice caso omiso de su tono burlón, y apreté los dientes hasta que me dolió la cabeza. Me dolía todo el cuerpo, sentía que mi corazón no podría sobreponerse jamás a ese mazazo que acababan de darle y que sus piezas no volverían a unirse nunca. ¿Qué más daba un dolor de cabeza cuando todo estaba perdido?

—Estuviste jugando a dos bandas durante un tiempo. Tonteabas con Serendipia por teléfono y le pedías citas, pero a mí bien que me empotrabas en el ascensor y me metías la lengua hasta la campanilla —le recordé—. Y eso, querido, es de ser un cabrón.

No di un salto hacia atrás cuando me miró con fiereza, sino que le sostuve la mirada.

—¿En serio me estás echando eso en cara? ¡Te enfadaste conmigo por haberle pedido una puta cita a Serendipia cuando en realidad eras tú! ¿Cómo puedes ser tan hipócrita? ¿Qué pasa? ¿Que para unas cosas sí que está bien ser Serendipia, pero no para otras?

¡Cómo dolían esos dardos envenenados! Y el dolor y el enfado me cegaban tanto que no era capaz de ver la verdad en sus palabras.

—Creo que te odio ahora mismo.

—El sentimiento es mutuo.

Nos retamos con la mirada, ambos con la respiración acelerada. Me ardían los pulmones y la garganta por culpa de las lágrimas y el llanto, y cuando me pasé la lengua por los labios resecos, la respiración de Asier se volvió más errática. Sus ojos no podían despegarse de mis labios. Aún había pasión entre nosotros, pero estaba en un punto en el que no creía que fuera suficiente para salvar lo que fuera que quedara entre nosotros. Se había abierto una brecha insuperable entre él y yo, y aunque sería muy fácil para él saltar hacia mi lado, sabía que el orgullo se lo impediría.

—Una cosa antes de irme. Ese trabajo por el que tanto has peleado... Bueno, estás despedida. Tendrás que mentirle a otro y meterte en su cama para conseguirlo.

Alcé la mano para abofetearle otra vez, pero él adivinó mis intenciones y me cogió la mano, frenándome. Forcejeé para soltarme, y con eso solo conseguí terminar pegada a él. Durante un efímero instante, pensé que me besaría, de tan cerca que estaba de mis labios, pero lo que hizo fue susurrar:

—No quiero verte más.

Me soltó como si le asqueara mi contacto, y salió del piso dando un portazo que hizo tambalear los cuadros de las paredes.

Uno cayó al suelo, rompiéndose el cristal.

Justo como estaba yo, hecha pedazos.

32

Me
hundo bajo los escombros de mi vida hecha pedazos

No recuerdo mucho de las dos semanas siguientes.

Solo sé que, cuando Audrey llegó ese domingo a casa, yo estaba hecha un ovillo en una esquina del salón, con las piernas flexionadas y la cabeza escondida entre las rodillas. Ni siquiera fui capaz de sentir dolor en la espalda después de todo el día en la misma posición. La marcha de Asier me había dejado tan entumecida que nada a mí alrededor parecía afectarme.

Tuvo que pasar casi una semana para que me atreviera a salir de casa, y hablaba tan poco que mi voz llegó a ser hasta desconocida para mí misma. Audrey intentaba animarme, pero nada de lo que hacía funcionaba. Yo solo quería que me dejara estar, quería seguir compadeciéndome sin que nadie me empujara a salir adelante.

Evans fue la única persona con la que hablé, y fue nada más salir Asier por la puerta. En aquellos momentos estaba tan alterada, tan conmocionada y lloraba tanto, que necesité varios intentos para poder explicárselo todo. Fue una suerte que él mantuviera la calma y se hiciera cargo de todo. Yo solo tuve que mandarle mi renuncia, quedando con él en firmarla un par de semanas más tarde, después de que volviera de mis vacaciones. Con eso lo que pretendía era que darle Asier tiempo para que se calmara y poder arreglar así las cosas.

Por desgracia para mí, el tiempo pasó demasiado deprisa y nada había cambiado. No tuve noticias de Asier en todos esos días, y Evans tampoco me contaba nada cuando me llamaba de vez en cuando para preguntar cómo estaba. Él, al igual que yo, esperaba que Asier recapacitara, que fuera capaz de dejar de lado lo que había pasado en pos de nuestra relación, pero, al parecer, le había hecho tanto daño que ni siquiera soportaba escuchar mi nombre.

Lo echaba tanto de menos que me dolía el pecho constantemente, y me faltaba el aliento cada vez que me acordaba de él, de las duras y crueles palabras que me había dicho. Me merecía su enfado y su rabia, pero no su crueldad. Y mientras esperaba a que el ascensor me dejara en la planta donde estaban las oficinas, temblaba ante la idea de encontrármelo. No sabía si sería capaz de afrontar el desprecio en su mirada sin venirme abajo.

Todos me observaron al pasar, y algunos hasta salieron de sus despachos para seguirme con la mirada. Enderecé la espalda y alcé la barbilla, con mis pasos sonando inseguros a medida que me acercaba al que había sido mi escritorio apenas quince días atrás. Nadie me dijo nada, aunque los escuchaba susurrar a mis espaldas. Nunca me había gustado ser carne de cotilleos, pero había acabado convertida en la reina de la exclusiva.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

No esperaba encontrar a nadie en mi puesto, por eso me sorprendí tanto cuando una jovencita, recién graduada, rodeó la mesa y se plantó, solícita, delante de mí. La observé de arriba abajo, anotando mentalmente todas y cada una de las diferencias que había entre nosotras. Esa chica acababa de salir del molde, al igual que muchas antes que ella, y la vida ni siquiera le había dado la oportunidad de hacerse a sí misma, de romper ese esquema en el que la habían puesto y decidir quién y cómo quería ser.

En vez de sentir envidia de ella, lo único que fui capaz de sentir fue lástima. Por ella. Iban a comérsela viva como no espabilara, y por los ademanes nerviosos y ese temor en sus ojos que se desviaban, cada dos por tres, a la oficina de Asier, sabía que ya lo estaban haciendo. Yo mejor que nadie sabía lo complicado que era trabajar con él. Yo había sobrevivido porque me negaba a dejarme pisotear.

—Tengo una cita con Evans Anderson —dije, al ver que me había quedado rato callada y que ella seguía esperando una respuesta.

—¿De parte de quién? —preguntó, volviendo a su puesto y levantando el auricular.

—Léa Chartier.

—¡Oh! —exclamó, y supe que no era la primera vez que escuchaba hablar de mí. Me miró fijamente, y enseguida marcó el número de Evans—. Señor Anderson, Léa Chartier está aquí.

No supe qué le dijo, y la verdad, tampoco me importaba. Mi ansiedad crecía demasiado deprisa, y sabía que, cuanto más tiempo pasara allí dentro, más posibilidades tendría de encontrarme con Asier. Habría querido que esa reunión tuviera lugar en un momento en el que él no estuviera en las oficinas, pero Evans no me había dejado mucha elección.

—Está reunido, pero si espera unos segundos, le atenderá enseguida.

—Gracias.

—Si quiere, puede ir a la sala de espera. ¿Seguro que no le apetece un café?

—Estoy bien. —Sonreí con tirantez y me quedé plantada, apretando con fuerza el bolso contra mi pecho, como si fuera protección suficiente si llegaba a pasar algo.

Las dos nos sobresaltamos cuando un grito furioso salió del despacho de Evans, y temblé de la cabeza a los pies. Reconocería esa voz grave en cualquier parte, y retrocedí un paso instintivamente. La joven secretaria se

levantó presurosa de la silla, después de dudar entre esconderse debajo de la mesa o hacerle frente.

Apenas un momento después, se abrió la puerta del despacho.

—¡Esto es un maldito desastre! —gritó Asier, sin reparar en nosotras, pues seguía mirando a su socio—. ¡Así no se puede trabajar! ¿Acaso tengo que hacerlo yo todo? ¡Nadie da un palo al agua en esta empresa!

—¿Y de quién es la culpa? —respondió Evans con la voz calmada—. Tenías la mejor secretaria de todas y la has perdido. ¿Y todo por qué? ¡Por orgullo!

—Ni se te ocurra ir por ahí, Evans —lo acusó, lleno de furia—. No toleraré que...

Fue entonces cuando se dio la vuelta y me vio. Perdió el poco color que tenía en la cara, y entreabrió los labios, mirándome como si fuera un fantasma. Mi corazón lloró por él, pero traté de que no se me notara, y le mantuve la mirada. Estaba demacrado, con la barba descuidada y el pelo hecho un desastre. Lucía un aspecto tan poco cuidado que verlo así me hizo sentir, en parte, mejor. Al menos, yo no era la única que estaba pasándolo mal.

—Señor, le ha llamado su padre para decirle que recuerde que esta noche cena con él y con su madre —le anunció la secretaria con la voz temblorosa e insegura. Al igual que hacía yo con el bolso, apretaba la carpeta contra su pecho—. Dice que procure ser puntual.

—No soy un maldito niño al que tienen que estar repitiéndoselo todo —masculló, apartando la mirada de mí, y la pobre chica se encogió sobre sí misma al ser la receptora de todo su mal humor—. Muchacha incompetente...

Apreté la mandíbula, enfadada por ese comportamiento tan injusto. Avancé un par de pasos, y el sonido de mis zapatos repiqueteando en el suelo hizo que Asier, que nos había dado la espalda, dispuesto a entrar en su despacho, frenase en seco. Quizá esperaba que le dijera algo, pero estaba muy equivocado porque me dirigí hacia la pobre chica.

—Te voy a dar el consejo que me dieron a mí cuando entré a trabajar aquí: no te dejes amilanar por él, que más de una vez se merece una bajada de humos y va a ser tarea tuya hacerlo.

Asier tensó la espalda, sin girarse. Tan solo avanzó un par de pasos más para entrar en su despacho, cerrando la puerta de golpe.

—Da miedo cuando se pone así —murmuró la joven, que seguía mirando la puerta con temor, como si fuera a volver a salir. Yo sabía que Asier no saldría de allí hasta que yo no me hubiera ido.

—Qué me vas a contar... —murmuré a su vez—. Pero no deja de ser un hombre como cualquier otro. Tiene mal humor y muy poca paciencia, creo que te has dado cuenta de eso, pero si le demuestras que tienes carácter y que no te amilanas ante él, todo irá bien.

—Gracias —sonrió, recuperando algo de brillo en su mirada.

Cuando me giré, me encontré con un sonriente Evans, quien había observado la escena sin tener pinta de querer intervenir. Me dio un rápido abrazo cuando me acerqué a él, y esperó a que estuviera yo en el despacho para entrar él y cerrar la puerta.

—¿Cómo estás? —preguntó con preocupación.

—He tenido días mejores —respondí, con una mueca amarga—. Verlo ha sido... duro.

—Duro es estar trabajando con él últimamente —se quejó, pasándose él también la mano por el pelo—. Ya has visto qué humor se gasta.

—Perdón, por la parte que me toca.

—No todo es culpa tuya, Léa. —Agitó la mano, restándole importancia—. Cierto es que le mentiste sobre quién eras, pero creo que Asier está exagerándolo todo demasiado. Se nota que está sufriendo; le puede el orgullo.

—No quiero hablar de esto —pedí, con un hilo de voz.

El reencuentro me había dejado tan tocada que solo quería firmar los papeles y marcharme a casa.

—Lo entiendo. Perdona.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó una carpeta con los papeles de mi despido. Ahí estaría impresa mi carta de renuncia, esperando mi firma, y el resto de papeles que me desvinculaban por completo de la empresa Faure-Anderson. Evans hizo el intento de dármela, pero la apartó en cuanto alargué la mano.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida.

Le quité los papeles y los revisé antes de firmarlos. Me dolió ver la firma de Asier en cada documento, señal de que ya no quería tener nada que ver conmigo. Con esa rúbrica no solo aceptaba que saliera de su empresa, sino también de su vida. Y sin darme siquiera otra oportunidad.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Suspiré con pesadez, y afronté, con la misma inseguridad, la pregunta que llevaba planteándome todos esos días. Solo podía responder con un encogimiento de hombros, porque me sentía tan perdida que no sabía qué

hacer con mi vida ahora.

—Creo que me iré un tiempo a ver a mi padre —respondí, con lo único que tenía claro—. París ya no tiene nada que ofrecerme, y creo que me vendrá bien un cambio de aires.

Había estado hablando largo y tendido con mi padre, y aunque no fuera un hombre dado a las conversaciones profundas y sentimentales, se mostró paciente y comprensivo. Justo lo que necesitaba. Ya arrastraba yo bastante dolor y remordimiento como para que siguieran hurgando en la herida. Habíamos acordado que acabaría de pasar el verano en el pueblo, y que, mientras, decidiría qué quería hacer con mi vida.

—Se te va a echar mucho de menos por aquí. —Alargó la mano por encima del escritorio, para coger la mía y apretarla suavemente.

—Permíteme que lo dude. —Traté de reír, pero me salió un sonido estrangulado.

—¿Por qué te crees que está así? Te echa de menos.

Y yo a él, pero no me quedaba otra más que tratar de acostumbrarme a su ausencia, a la idea de que ya no habría más momentos que compartir con él, ni tampoco crearíamos más recuerdos. Era una perspectiva muy poco halagüeña, pero acabaría saliendo adelante. Nadie se moría por un corazón roto, por mucho que doliera como si nunca fuera a recomponerse otra vez.

—Cuídate mucho, ¿vale?

Me levanté y él rodeó el escritorio para darme un abrazo. Se me empañaron los ojos, y suspiré temblorosamente.

—Si necesitas cualquier cosa, sabes que estoy aquí.

—Gracias por todo, sobre todo por haber creído en mí cuando nadie más lo hizo.

Salí de allí antes de desmoronarme y ponerme a llorar como una magdalena. Agaché la cabeza para pasar con paso ágil hasta la puerta. La voz de la joven secretaria me frenó.

—¿Señorita Chartier? Creo que esto es suyo.

Me tendió una caja con todas mis cosas, y sentí que el corazón se me agrietaba un poco más al reconocer la caja con los bombones que Asier me había regalado meses atrás y que no había tirado porque me encantaba. También estaba ahí la bruja que, a escondidas y sin que yo me diera cuenta, había comprado en la feria medieval a la que fuimos y que me regaló una noche en su casa, después de cenar.

—Gracias.

Miré la puerta del despacho de Asier de nuevo, rogando para que saliera, deseando verlo una última vez antes de irme. Pero la puerta siguió cerrada, y con eso, las pocas esperanzas que me quedaban se desvanecían en el aire como un diente de león.

33

vuelta a la casilla de salida

De

No me acordaba de lo agotador que era viajar de París a La Gravelle, hasta que bajé del autobús después de más de tres horas de trayecto y descubrí que mi trasero había perdido sus curvas y estaba más plano que una tabla de planchar. Había hecho un alto en Laval para coger otro autobús, pero había sido tan corto que solo me dio tiempo a bajar de uno para subir a otro.

Pero ahí estaba, de vuelta a la prehistoria otra vez.

Vale, puede que estuviera exagerando un poco. Al fin y al cabo, el WIFI también había llegado también a ese pequeño pueblo de no más quinientos habitantes.

Cerré los ojos bajo las gafas de sol, eché al cabeza hacia atrás y cogí aire todo lo profundamente que me permitieron mis pulmones. Por primera vez en estas últimas semanas, una genuina sonrisa afloró en mis labios.

Había vuelto a casa.

En La Gravelle, el tiempo se había detenido a principios del siglo anterior. Las aceras adoquinadas, las casas rústicas, los pequeños negocios familiares, Napoléon, el poni más famoso de todo el pueblo y cuya imagen adornaba las camisetas del club de petanca de los jubilados. Nada cambiaba en el pueblo, y di gracias porque conservara esa pizca de encanto que la hacía tan especial.

La pastelería de mi familia estaba en la calle principal, cerca del ayuntamiento, así que arrastré la maleta hacia allí. La gente me miraba al pasar, poco acostumbrados a los forasteros. Esperaba que tardaran en reconocermé, porque quería ser yo quien le diera la sorpresa a mi padre. Aquí no les hacía falta tener redes sociales para estar al día, sino que Radio Patio, encabezado por madame Fourier, la mujer del alcalde, ponía al día a la ciudadanía de los asuntos de interés social. No veáis la que se formó cuando se enteraron de que Ambrosse, el hijo del carnicero, había abierto el armario para salir por la puerta grande.

Las cosas allí eran más sencillas, y aunque tenían un ritmo de vida más tranquilo, no les faltaba entretenimiento. Unas niñas habían dibujado una rayuela en el suelo, y para su regocijo, lo salté a la pata coja, dedicándoles una pequeña reverencia cuando me aplaudieron.

Llegué al final de la calle y paré, echando la cabeza hacia atrás para mirar lo que tenía frente a mí. *La belle rousse*, la pastelería de mi padre. Se lo había puesto en honor a mi madre, pelirroja también como yo. Me invadió la añoranza, mi corazón volvió a encogerse de dolor, y cogí aire para cruzar la calle y entrar.

Había un par de señoras delante de mí, así que esperé a que se despejara

un poco para hacerme notar. Dejé la maleta a un lado, y sonreí al reconocer la voz de mi padre. Tenía ese tono raspado que siempre daba la impresión de estar acatarrado, pero era el mejor contando cuentos. Gesticulaba y ponía voces para meterse dentro del personaje, y después de que la muerte de mi madre nos dejara solos, esos eran los únicos momentos del día en los que los dos volvíamos a sonreír.

—¡Léa!

Mi sonrisa se ensanchó al verlo rodear el mostrador, frotándose las manos en un trapo. Nos encontramos a medio camino, y pese a ser un hombre enjuto y no mucho más alto que yo, su abrazo fue fuerte. Noté como mis ojos se humedecían, sintiéndome pequeña, y me quedé entre sus brazos más tiempo. Él me acariciaba el pelo, no haciendo ningún intento por alejarse. No me había dado cuenta de lo mucho que lo había echado de menos, y me sentí mala hija por darme cuenta ahora, cuando estaba en un mal momento y lo necesitaba.

—Cada vez te pareces más a tu madre —me susurró, emocionado, cuando nos separamos. Me abarcó la mejilla con su mano callosa, y sonrió como solo él sabía hacerlo—. Estás preciosa, *mon chérie*.

Sin soltarme la mano, cogió la maleta y nos arrastró a los dos hacia la parte trasera, donde se obraba la magia, como decía él. Me hizo sentarme en el viejo taburete de madera en el que, con doce años, había marcado mi nombre con una vieja navaja, y salió un momento para cerrar la tienda.

—Tenías que haberme dicho que venías hoy —me dijo al volver—. Habría ido a recogerte.

—Quería darte una sorpresa.

—Pues lo has conseguido.

Puse los ojos en blanco al verlo moverse de un lado a otro, sin dejar de hablar. Yo era como él en ese aspecto, que no podía estarme quieta y necesitaba estar en constante movimiento. En apenas un par de minutos, puso frente a mí un trozo de tarta de manzana que acababa de sacar del horno, y un vaso de leche fresca. La típica merienda de después del colegio.

—Espera. —Mi mano con el tenedor se quedó suspendida, y solté una risotada al ver que era para ponerle un toque de canela que sabía que me gustaba—. No podía faltar.

—¿Cómo lo haces para acordarte de todo?

—Hay cosas que nunca se olvidan —me guiñó un ojo, tomando asiento a mi lado.

No me preguntó cómo estaba, cosa que agradecí, aunque sabía que lo haría

cuando estuviéramos en casa. Por ahora, solo quería disfrutar de las cosas sencillas de su vida, de la facilidad con la que, un suceso que para otros no tendría importancia, para él era motivo de risas y anécdotas durante varios días.

Para mi sorpresa, cerró la pastelería toda la tarde. Que yo supiera, no había cerrado ni un solo día en muchos años, ni siquiera el día de Navidad por la mañana. Cuando le pregunté el porqué, me dijo que quería pasar tiempo conmigo.

—Además, no creas tú que voy a perder la oportunidad de presumir de hija delante de esos zoquetes. —Sacó pecho, orgulloso. Íbamos por la calle, con mi brazo enlazado al suyo—. ¿Te puedes creer que dicen que Amber es más guapa que tú? ¡Anda ya! Pero si es más pánfila que una trucha.

—Pobre trucha...

Nos quedamos mirándonos un momento y estallamos en carcajadas.

Sí, me sentía feliz de haber vuelto a casa.

Mi ánimo fue decayendo a medida que pasaban las horas, y para cuando llegó la cena, apenas hablaba más allá de los monosílabos. Tampoco mi padre lo hizo, y me miraba de vez en cuando de reojo, quizá esperando el momento oportuno para preguntar lo que tanto quería saber.

No lo hizo hasta que no estuvimos en la cocina, fregando los platos. Él los fregaba, y yo los enjuagaba.

—¿Cómo estás?

Me temblaron las manos, y cogí aire antes de responderle.

—No lo sé —respondí, y me dio rabia que la voz me saliera tan temblorosa—. Siento un vacío en el pecho y, al mismo tiempo, un dolor sordo que me entrecorta la respiración.

—El síndrome del corazón roto.

Asentí, y la risa acabó tornándose en un desgarrador sollozo. Mi padre me dejó llorar, y no intervino ni siquiera cuando noté que me ahogaba en mis propias lágrimas, totalmente devastada por el dolor. No recordaba haber experimentado un sentimiento tan angustiioso desde que, un par de años después de la muerte de mi madre, me desperté gritando porque no era capaz de recordar su cara.

—Todo pasará —me susurró, frotándose la espalda cuando me aferré a él,

escondiendo la cara en la curva de su cuello—. Eres fuerte, y saldrás adelante.

No me sentía fuerte en absoluto apartándome el pelo que, por culpa de las lágrimas, se me había pegado a las mejillas. Solo quería hacerme un ovillo y pasarme el tiempo auto compadeciéndome de mi desgracia, culpándome una y otra vez por lo que había hecho, o culpando a Asier por su crueldad. Pero nunca se me había dado bien regodearme en la miseria, aunque tuviera ganas de hacerlo, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Tan solo necesitaba... encontrarme a mí misma, o encontrar una meta en la vida que me hiciera recuperar la ilusión y me diera un propósito, algo de lo que carecía ahora mismo.

—Tómame tu tiempo, Léa.

Acepté el pañuelo que me tendía, y traté de serenarme secándome las mejillas y los ojos. Se me escapó un profundo suspiro, casi tembloroso al final. Mi padre había dejado los platos por fregar, y se había apoyado en la encimera, al igual que yo.

—No debí irme de aquí —musité, invadida por la cantidad de buenos recuerdos que esa vieja cocina estaba despertando en mí.

—¿Qué tontería es esa?

—No es ninguna tontería, papá —respondí, cada vez más segura de lo que decía—. Tendría que haberme quedado aquí, contigo, en la pastelería.

—Algo que yo jamás habría permitido.

Lo miré, sorprendida por lo indignado que había sonado. Había enderezado la espalda, mirándome con el ceño fruncido. En medio de aquella cocina, volví a sentirme una adolescente rebelde siendo regañada por su padre después de haberse escapado por la noche para ir a una fiesta.

—¿De veras crees que habría dejado que te quedaras aquí? Léa, tu futuro no estaba ni está La Gravelle.

—Pero aquí estoy.

—Sí, pero no es más que una parada antes del gran viaje. Te han roto el corazón, has perdido el trabajo y te sientes perdida, es normal que quieras volver a tus raíces, pero eso no quiere decir que tengas que pasar el resto de tu vida aquí.

—¿No quieres que me quede?

—Nada me hace más feliz que tenerte conmigo, pero tienes una vida por vivir. ¿Qué clase de padre sería si te mantuviera a mi lado y te impidiera disfrutar de todas las cosas que esa vida tiene para ti? Esta siempre será tu casa, y no quiero que el miedo a ser herida otra vez te impida seguir

comiéndote el mundo como hasta ahora. No te he criado para ser una cobarde, Léa.

Sorbí con poca delicadeza, y la cara de mi padre se suavizó. Nunca había escuchado de su parte algún tipo de reproche por no ir a verle casi nunca, alegando que estaba ocupada, pero una parte de mí se sentía culpable.

—Siento como si te hubiera fallado.

—Ilustra a tu pobre padre sobre eso.

Alzó una ceja, retándome, y ese gesto se me antojó tan parecido al de Asier que mi corazón dejó de latir durante un segundo. Carraspeé para alejar el nudo que se me había formado en la garganta, y seguí hablando.

—Primero se fue mamá, y después, yo me fui a la Universidad y te quedaste solo. ¿Y todo para qué? No he conseguido nada en la vida, no he hecho más que fracasar una y otra vez.

—Vaya, estamos bajos de autoestima, por lo que veo.

—¡Papá! —Me quejé al escuchar su tono sarcástico.

—¿Y crees que aquí habrías conseguido más cosas? La mayor parte de los que vivimos aquí no hemos salido del pueblo nunca. Tú has ido a la universidad, has viajado, has conocido a mucha gente. ¿En serio crees que nada de eso vale la pena solo porque te has encontrado una piedra en el camino y has dado con los morros en el suelo?

Me pasé la mano por los labios, como si pudiera sentir el dolor de ese batacazo del que hablaba mi padre. Tenía razón, por supuesto, pero no sentía que esas cosas fueran lo bastante importantes. ¿De qué servía haber viajado por Europa si no tenía nada de lo que sentirme orgullosa? No tenía nada que pudiera considerar mío, algo por lo que hubiera peleado hasta la saciedad. No había conseguido nada en la vida.

—No sé qué hacer.

—Ya lo descubrirás. Te espera algo muy bueno, estoy seguro.

—Confías más que yo en ese aspecto. —Sonreí.

—Trabajo de padres. —Me guiñó un ojo, y mi sonrisa se ensanchó—. ¿Por qué no te vas a dormir? Mañana tenemos que levantarnos pronto.

—¿Tenemos?

—Puede que te estés encontrando a ti misma y todo eso, pero puedes hacerlo mientras me echas una mano en la pastelería, ¿no crees?

Me eché a reír, y le rodeé el cuello con los brazos, dándole un sonoro beso en la mejilla. Al separarme, vi que se le habían humedecido los ojos y que su mirada estaba cargada de anhelo y pena.

—Ojalá estuviera tu madre aquí para ver a la mujer fuerte y maravillosa en la que te has convertido.

—La echo de menos.

—Y yo. Ella habría sabido mejor qué decirte; siempre ha tenido más tacto que yo para estas cosas.

—Te quiero, papá.

Al ver cómo se emocionaba, me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no se lo decía, y lo mucho que él necesitaba escucharlo.

—Sobre lo de ese chico que te ha roto el corazón... —soltó, y carraspeó un momento, esquivando mi mirada para que no viera como una lágrima se deslizaba por su enjuta mejilla—. ¿No hay posibilidad de que lo conozca?

Negué con la cabeza, hundiendo los hombros.

—Es una lástima. Tengo una barra de pan duro que me encantaría estamparle en la cabeza.

Su guiño pícaro acompañó a mi estruendosa carcajada.

Marcel Chartier era el mejor padre que podría haber tenido.

34

duelen las oportunidades perdidas!

¡Cómo

No tardé mucho en acostumbrarme a la rutina impuesta por mi padre, y quitando ese primer día en el que apenas fui capaz de deshacerme de las

legañas o no dormirme de pie, ahora parecía como si lo hubiera hecho toda la vida. Me resultaba fácil levantarme a las cuatro de la madrugada e ir con él a la pastelería para ponernos manos a la masa. Nunca mejor dicho. Y creo que era porque, después de unas semanas duras en las que me sentía perdida, ahora tenía un propósito que me tenía ocupada y me impedía pensar.

Por la noche era otra cosa, porque en la soledad y la quietud de mi antigua habitación todo volvía a mí, pero la mayor parte de las veces estaba tan cansada que me dormía nada más apoyar la cabeza en la almohada.

Mi vuelta al pueblo tuvo el honor de ser la comidilla esa primera semana en La Gravelle. Me sentí como Meryl Streep después de ganar un Oscar, aunque la alfombra roja seguía sin estar bajo mis pies y no era la primera vez que pisaba una *merde* de Napoleón con mis zapatillas de deporte.

El que más pagado estaba era mi padre, que me dejaba a cargo de la repostería mientras él salía a atender a sus amigos del pueblo, que siempre encontraban un motivo para ir a verle y, así, sacar algo de información de mí. Les contaba tales milongas, que fue una suerte que nadie me escuchara reírme desde la trastienda.

—Un día de estos les dirás que tengo súper poderes y se lo creerán. —Me reí cuando la tienda se quedó vacía y se acercó a ver qué hacía.

—Eso les pasa por cotillas. —Cogió un trozo de bizcocho de manzana y se puso a mi lado, mirando por encima de mi hombro—. ¿Qué haces?

—Un experimento.

Terminé de poner la última decoración y me eché atrás para darle un último vistazo. Saqué el móvil para hacerle una foto y me lo guardé después en el bolsillo del delantal. Miré de reojo a mi padre, esperando su reacción. Era el crítico más implacable que conocía en estos temas, y toda la vida entre panes y pasteles lo habían hecho merecedor de un criterio indiscutible.

—Buena pinta tiene, pero falta ver cómo sabe.

—Te cedo el honor.

Cogió una cuchara y partió con ella el pequeño bizcocho relleno con una deliciosa y suave crema de naranja, recubierto todo con una *ganache* de chocolate y ralladura de naranja. Contuve el aliento mientras se lo llevaba a la boca. Soltó un gemido, cerró los ojos y supe que había salido victoriosa.

—Vaya... —soltó al terminarlo, sorprendido—. No está nada mal. Le falta un toque ácido para mí gusto, pero está muy bueno.

—Viniendo de ti, es todo un halago. —Sonreí, probando yo también mi creación.

—Tienes talento para esto. Siempre lo has tenido.

—He aprendido del mejor.

Mi padre se echó a reír, negando con la cabeza.

—Yo no te he enseñado a hacer estas cosas. Conseguir esta combinación y equilibrio de sabores sin que se enmascaren el uno al otro, no es algo que se aprenda. Se lleva dentro.

—No exageres. —Me reí, sonrojada por sus halagos.

—Tu talento está desperdiciado aquí. No hay paladares tan finos que sepan apreciar esto.

—¿Otra vez estás echándome? —Alcé una ceja porque este tipo de comentarios los recibía día sí, día también.

—Jamás osaría. —El muy embustero se puso una mano en el pecho y su gesto se agravó de fingida indignación, aunque se le achicaron los ojos por la risa—Pero el día que lo hagas, deja unos cuantos de estos antes de irte.

Soltó una carcajada cuando le lancé el trapo a la cara, y siguió riéndose cuando la puerta de entrada se abrió y sonó con su característica campanilla. Salió a atender y yo me puse a limpiar con una sonrisa.

Era ya media mañana y apenas había desayunado, así que puse en marcha la vieja cafetera de latón y miré el móvil mientras esperaba. Hablaba con Audrey casi todos los días, y también Agatha me había llamado alguna que otra vez, preocupada por mí. Mi tono entusiasmado las tranquilizaba, pero también sabía que me conocían lo suficiente como para ser capaces de ver bajo esa fachada y darse cuenta de que no estaba tan bien como parecía. Era fácil mentirles por teléfono, pero me costó mucho no derrumbarme cuando tuve que volver a París a por mis cosas. Audrey se mudaba al pequeño piso que había encima de la pastelería de Agatha después de que estas hubieran decidido prejubilarse y le habían ofrecido a mi amiga hacerse cargo. Me había pedido que la ayudara con la mudanza.

Otra etapa que se acababa y yo seguía en el mismo punto muerto de siempre.

Mi padre lo sabía, y también sabía que, cuando me quedaba con la mirada perdida y mi mente volaba lejos, me empujaba a volcar mis energías en otras cosas que no fueran mis problemas. De ahí que me alentara a experimentar con la repostería. Algunas cosas acababan en la basura, y otras tenían futuro con algún que otro cambio, e incluso con otra combinación de sabores. Había tomado la costumbre de pasárselas a Audrey, por si la inspiraba para alguna de sus mesas de dulces.

Me reía de su emoticono con los ojos como estrellas cuando me llegó una llamada entrante de un número que no conocía. Me temblaron las manos al descolgar.

—¿Diga?

—¿Léa?

No reconocí la voz tras la línea, aunque me resultaba conocida.

—Soy Bastien

—Oh.

Fue lo más coherente que pude decir, porque su llamada tan inesperada no habría podido sorprenderme más. Pero el mal presentimiento pronto dejó atrás la sorpresa, y noté cómo el corazón empezaba a bombear a marchas forzadas. En situaciones como esta solía ponerme alarmista, así que no podía dejar de pensar en el motivo por el que se hubiera puesto en contacto conmigo. Todos los que me venían a la cabeza eran malos y, cómo no, relacionados con Ash. ¿Y si le había pasado algo?

—¿Ha pasado algo?

Qué mala educación la mía, que ni siquiera lo saludé.

—Sí, de hecho, sí —respondió con solemnidad—. Me caso a finales de semana y aún no he recibido tu confirmación de asistencia.

De haberlo tenido delante, lo habría matado con mis propias manos. Del alivio me temblaron las piernas y tuve que coger una silla para sentarme.

—Recuérdame que te mate cuando te vea —mascullé, con la mano en el corazón, que parecía a punto de salirse del pecho—. Pensé que había pasado algo grave.

—Lo es para mí. —Muy grave no debía ser si sonaba la mar de entusiasmado y nada arrepentido por haberme dado un susto de muerte—. Imagina mi tristeza al no ver tu nombre en la lista de confirmados. Pensé que habría algún error.

—No lo hay. No voy a ir.

Negué con la cabeza cuando mi padre se asomó al escucharme hablar, y con la mano le indiqué que ya se lo contaría después.

—¿Y eso por qué?

—Porque soy atea, y si entro en una iglesia, se prende fuego.

—Si la iglesia no se ha caído a pedazos después de la confesión de Asier de ayer, no creo que pase nada porque tú entres. —Se rió, y escuchar ese nombre tuvo un efecto devastador en mí. Cerré los ojos, y noté como un nudo se me alojaba en la garganta. ¿Alguna vez dejaría de doler?—. Es por él,

¿verdad?

—Lo siento, pero no es adecuado que vaya.

—Es mi boda, no la suya —apuntó, ya sin rastro de animosidad en su voz. Sonaba tan serio y decidido como su hermano cuando algo se le metía entre ceja y ceja—. Entiendo que la situación pueda ser incómoda, pero quiero que estés allí.

—Bastien, soy la última persona que debería ir.

—Deja que eso lo decida yo, ¿quieres?

—¿Por qué ese empeño? —pregunté, pinzándome el puente de la nariz; empezaba a dolerme la cabeza—. Nadie de tu familia va a quererme por allí, no después de haberle mentado a tu hermano.

Era incapaz de pronunciar su nombre.

—Yo te quiero allí.

—Ambos sabemos que eres adoptado y que eso no cuenta. —Le solté sin pensar, y escuché como se partía de risa al otro lado del teléfono—. En serio, lo siento mucho, pero no puedo ir.

—Léa, ¿quieres o no a mi hermano?

—Yo... —balbuceé; nadie me lo había preguntado tan directamente. Era algo que siempre se había dado por entendido, sobre todo en mi entorno—. Sí.

—¿Y piensas quedarte de brazos cruzados? Cuando te conocí no me pareciste una cobarde que se achicha ante el primer inconveniente.

—¿A que no eres capaz de repetirme eso a la cara? —Lo escuché reírse, poco afectado por mi tono—. Bastien...

—¿No crees que vale la pena intentarlo una vez más?

Cerré los ojos, sabiendo que esa pregunta había tocado algo profundo en mí, una especie de asunto pendiente que me impedía seguir adelante. Asier no me había dado una segunda oportunidad, y ahora la oportunidad de hablar con él la tenía, aunque no viniera de su mano.

—Piénsatelo, ¿vale? —dijo, después de mi momento de silencio—. Te mando una foto con el lugar, el día y la hora de la boda. Si al final decides venir, habrá un sitio reservado para ti.

No respondí, y Bastien colgó sin saber si yo acudiría ese fin de semana.

A decir verdad, ni yo lo sabía.

El sol era sofocante a esas horas de la tarde, y entrecerré los ojos bajo las

gafas de sol mientras esperaba a que el taxista que me había recogido en el aeropuerto sacara mi maleta del maletero.

Toulouse.

La boda no sería hasta el día siguiente, y los invitados estaban llegando ya, siendo recibidos por los novios. ¿Cómo demonios me había dejado convencer por Bastien? Pero no solo por él, sino también por mi padre, que me había instado a comprarme un vestido bonito que dejara boquiabierto al zoquete de Asier —le encantaba esa palabra, creo que os habréis dado cuenta—, y a presentarme allí.

Reconocí a algunos de sus familiares, con los que había coincidido en la fiesta de cumpleaños de Evelyn, y agaché la cabeza, avergonzada. Me iba a ser complicado mimetizarme con el ambiente para no ser vista, pero lo iba a intentar.

—¡Léa!

El efusivo abrazo de Bastien por poco y no me tumba en el suelo. Por encima de su hombro vi a su novia, Diane, acercarse con una divertida sonrisa, como si su futuro marido no tuviera remedio, pero ella lo quisiera igual. La saludé a ella con un abrazo también.

—Por un momento pensé que no vendrías.

—Ni siquiera sé por qué lo he hecho. —Miré a mí alrededor, con el corazón desbocado, esperando ver a Asier.

—Está con Margot, solucionando una cosa de última hora —respondió la novia, adivinando la dirección de mis pensamientos.

Margot, claro. Un ramalazo de celos hizo que apretase la mandíbula y desviarse la mirada para que no vieran lo mucho que me dolía eso. Y era algo irracional, ya lo sé, porque sabía que eran buenos amigos, pero eso no quería decir que a mí me gustase verlo bien con ella cuando a mí ni siquiera quería verme.

—¿Sabe que me has pedido que viniera?

—Se lo dije en su momento, pero ahora eres algo así como la Innombrable, y no le he puesto al día de nuestra charla.

—¿No te importa quedarte viuda antes de casarte? — le pregunté a Diane.

Se echó a reír, y vi lo mucho que se parecía a su hermano Evans, aunque tenía un aire de dulzura e inocencia que compenetraba a la perfección con la picardía y la cara dura de Bastien.

—Por si acaso, voy a intentar encontrarlo antes de que te vea.

—Sí, está algo sensible con el tema.

Ir allí había sido un error. Yo no pintaba nada en esa familia, por mucho que me hubiera sentido parte de ella durante toda una tarde. Lo mejor que podía hacer era volver a La Gravelle, a seguir haciendo dulces y encontrando mi meta en la vida.

Una vida que, como estaba deduciendo por sus palabras, no estaba al lado de Asier.

—Será mejor que me vaya —balbuceé, retrocediendo un paso.

Los ojos de Bastien se abrieron, tratando de advertirme de algo. Se había puesto pálido, y abría la boca, como si fuera a explicarse antes de que le preguntaran. Tuve un mal presentimiento, y un escalofrío me recorrió la espalda de arriba abajo, erizando el vello de mis brazos pese al sofocante calor.

—Deja que te lo explique... —empezó Bastien, en tono conciliador.

—La última persona que me dijo eso resultó ser una mentirosa consumada. Espero que tus explicaciones sean mejores que las suyas.

Cerré los ojos, dejándome envolver por la cadencia de su voz, pasando por alto el tono acusador y molesto de ella, y centrándome en los sentimientos y sensaciones que despertaba en mí. Lo notaba a mi espalda, y solo quería dejarme caer hacia atrás y que él me recogiera. Añoraba sentir sus brazos rodeándome.

—¿Qué estás haciendo aquí?

La pregunta iba dirigida a mí, y vi como Bastien hacía el intento de salir en mi defensa. Sacudí la cabeza, lo que le hizo retroceder.

Con el corazón latiendo a mil revoluciones, me giré y, como a cámara lenta, la figura alta de Asier fue mostrándose ante mí. Ahogué un jadeo. Era la primera vez que lo veía en casi un mes. Lo primero que me llamó la atención fue que había perdido peso y que sus rasgos se habían afilado en las mejillas y la mandíbula. Tenía puesto su sempiterno ceño fruncido, y sus ojos azules me taladraban sin piedad, nada contentos de verme.

—Vengo a la boda —conseguí responder sin que me temblara la voz, y manteniéndole la mirada todo lo que pude.

—De eso nada. —Me cogió del brazo con poca delicadeza, y tiró suavemente de mí—. No pintas nada aquí.

—Ash, por favor —pedimos Bastien y yo a la vez, y el agarre en mi brazo se hizo más duro. No me hacía daño, pero lo haría de verdad si seguía tratándome con ese desprecio. Notaba la vergüenza y la humillación subiéndome por la garganta como una garra de fuego candente al ver que

algunos se habían percatado de que estaba pasando algo raro.

—Te dije que nunca más me llamaras así —siseó, con los dientes apretados.

—He venido en son de paz —le dije, tirando de mi brazo para desasirme de él—. Una vez se acabe la boda, no volverás a verme.

—Creo que ya dije eso la última vez que hablamos, pero te empeñas en seguir jodiéndome la existencia.

—No eres el único que lo está pasando mal —exclamé, y bajé el tono porque no quería advertir a nadie más—. No estoy aquí por ti, ni para joderte la existencia, como tú dices. Y deja de ser tan egocéntrico, que no todo el jodido mundo gira a tu alrededor. Bastien me ha invitado, y por él me quedo. Me trae sin cuidado lo que quieras o dejes de querer.

Mi pecho subía y bajaba con rapidez, y al fijarme en él, vi que estaba igual de alterado que yo. Se le habían coloreado las mejillas por la rabia contenida, y apretaba las manos en puños. Sus ojos eran apenas dos rendijas, expulsando tanta frialdad que no pude más que pasarme la mano por los brazos, tratando de acaparar algo de calor.

—No quiero verte, no quiero oírte, y a la mínima señal de problemas, te largas.

—Y si no, ¿qué?

—No me pongas a prueba, Léa.

—Chartier para ti, que yo tampoco te he dado permiso para tutearme.

Pensé que le estallaría la vena que le latía en la sien, o que acabaría haciéndose papilla los dientes por lo fuerte que apretaba la mandíbula. Pero ahí estaba yo, sosteniéndole la mirada pese a que me temblaban tanto las piernas que no sé cómo seguía de pie.

Masculló algo por lo bajo, y agradecí no saber qué había dicho, porque imaginaba que no sería nada bonito para mí. Después de una mirada a su hermano, se marchó. Solté el aire de golpe, temblando como una hoja al viento.

—Eso ha sido interesante. —Fue Diane la que rompió el silencio, y parecía sorprendida. Seguía mirando la figura de Asier alejarse a grandes zancadas hacia el castillo.

—¿Interesante? —exclamó Bastien, soltando una carcajada—. Ha sido brutal.

—Pensé que me metería en el taxi y me mandaría de vuelta a casa —murmuré, aún sin haberme recuperado del encontronazo. Me froté el brazo, ahí

donde él me había tocado, y donde aún podía notar el tacto de su piel.

—Yo pensé que te echaría sobre sus hombros y te llevaría escaleras arriba.
—Se rió el chico, y no entendí cómo era tan temerario después de que la mirada de su hermano augurara un sermón de campeonato—. ¿Has visto cómo la miraba?

—¿Como si quisiera matarme? —me atreví a decir, pero estaban los dos hablando entre ellos y yo había pasado a un segundo plano.

—Nunca había visto a Ash tan cerca de perder la paciencia.

—Yo sí — dije, pero ¡Oh! Tampoco me hicieron caso.

—Mi hermano puede parecer un témpano de hielo cuando algo se la sopla, pero cuando algo le importa de verdad, apártate porque quema.

—Creo que no hemos presenciado la misma conversación. —Volví a hacer mi aportación que, por suerte, esta vez sí fue escuchada.

—Creo que no está todo perdido, cuñada. —Bastien me pasó un brazo por los hombros, con una sonrisa tan ancha que me enseñó toda la dentadura—. Espero que hayas traído un vestido espectacular para mañana, aunque algo me dice que, aun con una bolsa de basura, él no dejaría de mirarte. Y de desearte —acabó murmurando junto a mi oído.

¿Dónde me había metido?

35

Quemo
mi último cartucho y me sale el tiro por la culata

El encontronazo con Asier me había dejado con tan mal cuerpo que dudé

seriamente en bajar a la cena informal que se celebraba en los jardines del castillo. Me habían asignado una habitación en el segundo piso, y desde ahí podía ver a los invitados pasear de un lado a otro, copa en mano, charlando con el resto de amigos, conocidos y familiares. Bastien era una figura pública, aunque me aseguró que solo al día siguiente habría algo de prensa, y solo para un par de fotos antes del banquete.

Busqué a Asier con la mirada, recorriendo ávidamente el jardín. No supe si alegrarme o no de no verlo.

Me aparté de la ventana y, con un profundo y derrotado suspiro, me senté en la cama, cruzando las piernas. Había ido con la esperanza de encontrarlo algo más receptivo, y lo cierto es que parecía aún más reacio a mí que al principio. Estaba demostrándome una faceta rencorosa que no sabía que tuviera tan arraigada.

Finalmente, decidí no bajar a cenar con todo el mundo, aunque me escabullí hasta las cocinas y me monté mi pequeño picnic en el otro lado del palacio, en un pequeño jardín que descubrí en mi anterior visita. Ni siquiera me había vestido elegante para la ocasión, e iba solo con unos vaqueros cortos, una camiseta de manga corta, y unas sandalias planas que, nada más pisar el césped, me quité. Me encantaba sentir el frescor de la hierba en los pies.

Estuve allí lo que a mí me parecieron horas, y cuando me levanté, sacudiéndome los pantalones, para subir a mi habitación, me di cuenta de que no estaba sola. Lo habría reconocido en cualquier parte, con esa imponente altura que, más de la mitad de veces, conseguía intimidar; esa pose desganada, apoyando el hombro en cualquier pared o puerta; y esa forma de mirar tan intensa que conseguía acelerarme el corazón. Igual que ahora, y estaba segura de que pasaría mucho tiempo antes de que dejara de tener ese efecto en mí.

Enderecé la espalda, alerta. No sabía cómo iba a reaccionar, y prefería alejarme un par de pasos antes de que decidiera hacer su propia cacería de brujas y tirarme a la hoguera sin dejar siquiera que me defendiera. Cosa que ya había pasado, todo sea dicho.

—No sabía dónde estabas —comentó, y en parte sentí alivio al ver que sonaba más controlado que antes. Supuse que, al saber que ya estaba rondando por ahí, no le pillaría por sorpresa encontrarme.

—Me dijiste que me mantuviera alejada —respondí, conteniendo el aliento al ver que se acercaba un par de pasos.

Asintió con expresión grave, pero no dijo nada. Recelosa, y con la

ansiedad subiendo como un merengue italiano, vi como acababa sentándose en un banco de piedra, cerca de donde yo estaba. Se echó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas, y su mirada se perdió en la lejanía. Yo, sin saber qué hacer, me quedé donde estaba, descalza y con el corazón hecho pedazos.

—Siento mucho haberme comportado así esta tarde —reconoció, sorprendiéndome—. Ya sé que no es excusa, pero estaba algo tenso y verte no ha ayudado.

—Bastien debió decírtelo.

—O tú podrías no haber venido.

—También —respondí, apretando los labios y dolida por sus palabras.

—No va a funcionar, ¿sabes?

—¿El qué?

—Lo que intentan hacer.

Cogió aire con fuerza y lo soltó poco a poco. Después se levantó. Se me quedó atorado el aliento en la garganta al ver que se plantaba a escasos centímetros de mí. Si cerraba los ojos —y tenía miedo de hacerlo por si desaparecía o descubriría que estaba en un sueño—, podría inundar mis sentidos de él, de su olor y del calor que, pese a no tocarme, yo notaba en mi piel.

—Todo es cosa de mi hermano y Evans, que intentan que volvamos juntos.

—Y no funcionará porque tú no me has perdonado ni lo harás, ¿verdad? —Eché la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos; se había inclinado levemente hacia mí.

—No es tan fácil, Léa.

Su cálido aliento, en el que reconocí el aroma afrutado del vino, entreabrió mis labios. Ellos también lo echaban de menos.

—Lo es, Asier —respondí, con cierta urgencia. Aquella era, con toda seguridad, la última oportunidad que tendría para hablar con él—. ¿Me perdonas o no?

—No tienes ni idea del infierno que están siendo estas semanas.

—¿Crees que no lo sé? —farfullé, contagiándome de su frustración—. Sé que hice mal, pero ya te pedí disculpas por ello. Y me da igual que no quieras escucharlo: te quiero. Me rompiste el corazón, y no te haces una idea de lo que es levantarte cada día sintiendo que te falta una parte de ti misma que nunca vas a recuperar.

No hice el intento de secarme las lágrimas que bañaban mis mejillas, y le sostuve la mirada. Ya había tenido castigo suficiente con sus palabras, su

desprecio y su negativa a verme siquiera, y no tenía nada de lo que avergonzarme. Tampoco pretendía darle lástima llorando, pero quería que al menos supiera que, si él estaba sufriendo, yo no estaba mucho mejor.

—Hasta llorando estás guapa —musitó, con la voz algo rota. Más lágrimas se deslizaron cuando cerré los ojos al notar la caricia de su mano en mi mejilla—. No puedo hacerlo.

Se alejó de mí, dejando caer el brazo.

—Tu hermano y Evans dicen que es posible que me quieras. —Decidí quemar mi último cartucho, y conseguí, al menos, una reacción en él, aunque fuera un ligero sobresalto.

—Esos dos deberían meterse en sus asuntos.

—No lo has negado —afirmé, esperanzada. Se había alejado de mí, cierto, pero la dulzura que me había demostrado antes me hacía creer que no todo estaba perdido. Solo tenía que ser más fuerte que su orgullo.

—Te he dicho que no puedo hacerlo. No puedo volver contigo.

Había endurecido su voz, y vi que retrocedía un par de pasos, los mismos que avancé yo para acercarme a él. Si quería alejarse de mí, más le valía echar a correr.

—¿Por qué? ¿Es porque sigues sin haberme perdonado?

—No. —Desvió la mirada, tragando con fuerza, mientras daba un paso más atrás.

—¿Entonces?

—Porque no confío en ti —soltó a bocajarro, dejando de huir y enderezando la espalda. Como si necesitase valerse de su altura para dejar clara su postura; con su potente voz lo conseguía sin dificultad—. Y no sé si podré volver a hacerlo.

—¿Tanto daño te hice? ¿Tanto te dolió que te lo ocultara?

—No quiero volver a eso, Léa. No quiero darle más vueltas al tema.

Su orgullo estaba más arraigado de lo que creía, porque no daba la impresión de querer ceder en ello. No había negado que sentía algo por mí, aunque sabía que no lo admitiría nunca, y menos si estaba yo delante. Estaba dejando que su orgullo se interpusiera, y el coraje me hacía desear darle una bofetada.

—Antes decía en serio lo de marcharme y no verme más.

—Lo sé.

—¿Y me vas a dejar hacerlo? —pregunté, con un hilo de voz.

«Dime que no», rogué para mis adentros, «Dime que quieres que me quede

contigo. Por favor».

—Nuestro camino se separa aquí.

Apreté los labios, conteniendo la emoción, y asentí. Poco consuelo resultaba ser haberlo intentado por última vez, así que me sentía igual o más devastada que cuando discutimos semanas atrás. En aquellos momentos, pese a la gravedad de la situación, aún creía que podría arreglarse, que Asier acabaría entrando en razón en cuanto le dejara algo de tiempo para tranquilizarse. Ahora lo veía tan calmado y sereno frente a mí, que no tuve ninguna duda de que habíamos llegado a una bifurcación y que, a partir de entonces, cada uno caminaría por sitios diferentes.

—Hay algo que me gustaría decirte antes de irme. —Esperé a que Asier asintiera, y yo aspiré fuerte por la nariz, soltándolo de golpe por la boca—. Puede que yo no haya sido la *serendipia* que esperabas, pero tú sí has sido la mía. Gracias por todo, y lo siento. Una vez más.

Dudé sobre cómo despedirme, y al final me envalentoné. Me acerqué hasta que mis pies desnudos rozaron sus caros zapatos, y me puse ligeramente de puntillas, depositando un suave beso cerca de la comisura de sus labios. Lo escuché aspirar bruscamente, y esa fue la única respuesta que recibí de él.

—Adiós, Ash.

Hicieron falta muchas capas de maquillaje y corrector para ocultar mis ojeras, pero cuando me miré en el espejo, descubrí que me veía mejor de lo que me sentía. No había pasado buena noche, y estaba agotada después de haber estado dando vueltas en la cama sin parar.

Pero como decía Queen, el show debía continuar, y yo aún tenía una ceremonia a la que asistir.

Me había puesto para la ocasión un vestido corto de corte griego, dejando uno de mis hombros al descubierto. El color amarillo destacaba el ligero bronceado que había dotado de color mi piel clara, y di una vuelta sobre mí misma, frente al espejo, solo por ver cómo me rozaba las rodillas la tela suave y vaporosa. Con mi pelo no había hecho gran cosa, al que le había sacado sus ondas naturales y ahora caía suavemente sobre mis hombros. El maquillaje sutil y el pequeño toque brillante que le daban los pendientes de mi madre, completaban el conjunto

Bueno, eso y las sandalias de tacón fino que amenazaban con torcerme un

tobillo bajando las escaleras.

La ceremonia se celebraría en el mismo *château*, en una espaciosa sala de baile que habían acondicionado para ello. La noche anterior había vislumbrado un par de detalles y el resultado prometía ser espectacular.

Dejé que mi mano rozara la madera pulida de la barandilla a medida que iba deslizándome por la escalera. Trastabillé un poco al mirar hacia abajo y encontrarme con Asier, pero lo peor fue ver a la preciosa chica que le arreglaba la corbata con la familiaridad que daba ser alguien con quien se había compartido mucho. Supuse que debía ser la famosa Margot, y sentí un aguijón de inseguridad al ver la belleza que era. Tampoco ayudaba que se pareciera a Léa Seydoux, y más sabiendo la debilidad que tenía Asier con ella.

Pero no fue ella quien se llevó todas las miradas, sino yo. Y no sabía si era por el atrevido color de mi vestido, porque era yo o porque me veía realmente bien. No me importó, la verdad. Solo tenía ojos para Asier, quien había enderezado la espalda al verme aparecer. Un agradable cosquilleo se asentó en mi estómago al ver que me recorría de arriba abajo con los ojos impregnados de un hambre que desdecía por completo sus palabras de la noche anterior.

Le sostuve la mirada hasta que llegué al último escalón y le di la espalda para saludar a Evans, quien se acercaba a mí y me estrechaba en un fuerte abrazo. Por encima de su hombro vi a su mujer, que trataba de sostener a la pequeña Evelyn. Me emocioné cuando la pequeña me rodeó el cuello con sus bracitos al ponerme a su altura. Estaba preciosa con su vestido rojo. Se me encogió el corazón al encontrarme con la mirada de Asier, que no había despegado los ojos de nosotros.

Fui yo quien rompió el contacto visual.

Estuve unos pocos minutos hablando con Evans, y después me despedí para entrar en la improvisada capilla, sentándome en uno de los bancos del final. No pensaba quedarme al banquete, así que prefería irme sin tener que dar explicaciones.

Poco a poco, el sitio fue llenándose hasta que no quedó ni un asiento libre. Bastien, más nervioso de lo que recordaba haberlo visto, entró acompañado de su madre, y sonreía a todo el mundo con la mezcla de nervios y felicidad que daba estar ante uno de los momentos más importantes de su vida. Me decepcioné al ver que ni siquiera me saludaba o reparaba en mí, pero ¿qué esperaba?

Asier llegó acompañado de Margot, ambos con los brazos entrelazados. Desvié la mirada cuando pasó por mi lado, y solo la alcé cuando la marcha nupcial anunciaba la llegada de la novia, preciosa y emocionada del brazo de su padre.

Fue una ceremonia sencilla y emotiva, con algunos toques de humor, cortesía de un novio a quien los nervios le habían jugado una mala pasada y se le trababa la lengua cada vez que intentaba recitar los votos. Pero, para mí, el momento más emotivo fue cuando Asier, viendo a su hermano, le palmeó la espalda, le susurró algo y el joven se giró para mirarlo con adoración.

Aún no habían acabado de declararlos marido y mujer, y yo ya había salido de la capilla, dando las gracias por las puertas abiertas.

Subí deprisa a mi habitación, llamé a un taxi y, mientras lo esperaba, me cambié de ropa y recogí las cosas. Saldría por la puerta de atrás, donde no habría posibilidad de cruzarme con nadie. Antes de irme, le escribí una nota a Bastien y Diane, disculpándome por mi marcha y deseándoles toda la felicidad que se merecían; un camarero se la entregaría cuando estuvieran a mitad del banquete.

Llegué a casa de noche ya, después de pegarme la paliza de hora y media de avión de Toulouse a París, y de ahí, coger un autobús para llegar a Laval que tardaría más de tres horas. Todo eso sin contar el trayecto hasta La Gravelle.

Era lo que tenía vivir en el culo del mundo, con tan mala conexión de transporte que viajar se convertía en un suplicio.

—¿Cómo ha ido? —preguntó mi padre, sentándose a mi lado en la cama, después de que me hubiera dejado caer, presa del agotamiento.

Había venido a recogerme con su viejo Renault 4 en color mostaza, que carraspeaba como si se hubiera fumado una caja de puros tras otra.

—Ha ido —respondí, con un profundo suspiro—. Ha sido una boda preciosa.

—¿No se supone que deben serlo? —Sonrió, y se levantó, no sin antes darme un beso en la frente, como hacía cuando era pequeña y me encontraba mal. Para mi padre, siempre sería una niña, y a veces me gustaba sentirme así con él— Será mejor que descanses. Buenas noches.

Con un suspiro, me hice un ovillo en la cama y me dormí más pronto de lo que habría esperado.

Y habría sido un sueño profundo y reparador si no fuera porque, de madrugada, empezaron a aporrear la puerta como si quisieran echarla abajo.

Di un salto en la cama, asustada, y salí corriendo de la habitación para encontrarme a mi padre saliendo de la suya.

—¿Quién será? —pregunté, en apenas un susurro.

—¿Acaso crees que soy adivino? —Mordaz cuando estaba asustado, puse los ojos en blanco al escuchar su respuesta—. Será mejor que te quedes aquí mientras lo averiguo.

—No deberías bajar solo, papá.

—No te preocupes. Ni se te ocurra bajar, Léa, ¿me has oído?

Volvieron a golpear la puerta, esta vez con más insistencia, y el temor de mi padre se tornó en indignación. Masculló algo como «si me rompe la puerta más le vale pagarla» y se fue a abrir mientras yo me quedaba en el rellano de la escalera, desde no podían verme, pero yo sí podía escuchar.

—¿Se puede saber quién es usted?

—¿Es usted el señor Chartier?

Me caí de culo, literalmente.

Porque quien estaba delante de mi casa era, ni más ni menos, que Asier Faure-Dumont.

36

nunca deja de sorprenderte

La vida

«Esto no puede estar pasando de verdad» pensé, aún sin sacudirme de encima la incredulidad tras reconocer la voz de Asier.

Y mientras yo me recuperaba, mi padre seguía hablando con él.

—Yo he preguntado primero —respondió mi padre.

Apreté los labios para contener la sonrisa, y me pregunté si mi padre sabría con quién estaba hablando.

—Soy Asier Faure-Dumont —respondió con solemnidad, como si esperase que un humilde hombre de campo fuera a reconocer su ilustre apellido.

—Muy bien por ti —respondió, como si nada, y no me hizo falta mirarlo para ver que se habría encogido de hombros.

Le había hablado de él, así que ya no me cupo ninguna duda de que ahora sí sabía de quién se trataba.

—¿Es usted o no el señor Chartier?

Quitándome a mí, Asier no estaba acostumbrado a que lo torearán de esa forma, y seguro que estaría latiéndole esa vena en la sien, fruto de la escasa paciencia de la que muchas veces hacía gala.

Pero lo más importante de todo era: ¿Qué hacía allí?

—¿A qué ha venido? ¿Sabe la hora que es? La gente como usted estará acostumbrada a levantarse a las tantas, pero aquí nos levantamos cuando el sol aún no ha salido.

—Lamento las horas, pero es importante. He volado de Toulouse a París, me he pateado media ciudad buscando a una persona, y he acabado en este pueblecito alejado de la mano de Dios.

—¿Ha venido a por una medalla? Pues no seré yo quien se la dé.

Adoraba a mi padre. Tuve que taparme la boca con las manos para que no se me escapara la risa. Estaba sacando a Asier de quicio, y no sabía hasta qué punto aguantaría. Por la voz, se le notaba nervioso, y aunque nada me gustaría más que descubrirme y salir de dudas sobre su motivo para estar aquí, mi parte vengativa quería que se lo trabajara un poco. ¿Estaba mal querer que sufriera?

—Solo quiero saber si esta es la casa de los Chartier. Si no lo es, y quiere hacer el favor de decirme dónde es, me iré.

—¿Y si lo fuera?

—Solo quiero ver a Léa.

—No veo por qué tendría usted que querer verla.

—Eso es cosa nuestra.

Podrían estar así hasta que amaneciera, y ninguno de los dos daría su brazo

a torcer. No había conocido personas más cabezotas y testarudas que ellos — quizá sería justo incluirme en la lista—, y eran de los que peleaban con uñas y dientes para no ser el primero en dar un paso atrás.

Decidí salir de mi escondite, bajando descalza las escaleras. Asier seguía en la calle, con mi padre impidiéndole la entrada. Se había deshecho de la chaqueta negra del traje, e iba con la camisa blanca medio desabrochada. Los tirantes caían a ambos lados de sus caderas, y parecía que hubiera metido la cabeza en una centrifugadora porque lo tenía todo alborotado. Enderezó la espalda al verme, y aunque pensé que diría algo cuando abrió la boca, no lo hizo.

—¿No te he dicho que te quedaras arriba? —me riñó mi padre, y tuve que tragarme la risa al verle blandir la barra de pan duro como un arma, esa misma con la que amenazó con atizarle a Asier en la cabeza si llegaba a tenerlo delante—. Lo tengo controlado. Este zoquete...

—¿Zoquete? —exclamó Asier, indignado. Miraba a mi padre con incredulidad, como si no creyera que ese hombre menudo y enjuto estuviera plantándole cara sin amedrentarse. Paseó la mirada de él a mí, quizá buscando parecido.

—¿Tan listo que pareces y tengo que decirte lo que significa? —Chasquéo la lengua con disgusto, y se giró para mirarme. Asentí cuando me preguntó con los ojos si todo iba bien, y me puso una mano en el hombro, apoyándose—. Os doy diez minutos. Después, el zoquete se irá de aquí.

Me incliné para darle un beso en la mejilla y susurrarle un «te quiero». Después, subió escaleras arriba, dejándonos solos a Asier y a mí. No se había movido del sitio, y su elevada estatura cubría por completo el dintel de la puerta. Apenas había luz en el pequeño salón, pues mi padre solo había encendido la pequeña lamparita que teníamos al lado del sofá.

—Será mejor que hablemos fuera.

Esperé a que saliera para hacerlo yo detrás. Nos sentamos en un par de hamacas de madera en las que me gustaba tumbarme a leer cuando tenía un hueco libre. Subí los pies en el asiento y me rodeé las piernas con los brazos, esperando.

No quería hacerme ilusiones, pero era imposible no hacerlo. Asier había recorrido mucha distancia hasta encontrarme, y algo debía sentir por mí para haberlo hecho. Lo que no entendía era por qué ahora cuando había tenido la oportunidad la noche anterior.

—Te has ido. —Fue lo primero que dijo, sin dejar de mirar sus manos, que

no dejaban de retorcerse la una con la otra.

—Tenías razón al decir que no pintaba nada allí —respondí, con la voz queda—. Pensé que sería mejor dejar que disfrutais ese momento en familia, sin personas indeseadas.

—Siento mucho haberte hecho sentir como si no fueras bien recibida.

—¿A qué has venido, Asier? —pregunté, sin andarme por rodeos—. Porque anoche me dejaste bien claro que nuestros caminos se separaban.

—Anoche dije muchas cosas que no sentía —reconoció—. Y me callé muchas otras que sí.

El corazón me dio un vuelco, y contuve la respiración mientras él se levantaba, escondía las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones negros, y empezaba a pasear de un lado a otro, enfrente de mí.

—No sé muy bien por dónde empezar, y eso que llevo horas planeando un discurso, pero me he quedado en blanco —murmuró para sí, pasándose la mano por el pelo—. Te he echado de menos, aunque sé que mis actos dicen lo contrario. Se suponía que hoy iba a ser el día de mi hermano, pero no he sido capaz pensar en otra cosa que no fuera en ti. Al no verte, pensé que me habías hecho caso y que estabas tratando de pasar desapercibida.

Su voz sonaba grave y susurrada, cargada de sentimiento.

—Cuando ha llegado el momento de hacer el brindis, lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que quería compartir ese emotivo momento contigo. Al enterarme de que te habías ido después de la ceremonia, por la carta de Bastien y Diane, sentí que te había perdido de verdad. Así que he dejado plantada a toda mi familia y amigos, y he venido a buscarte.

—Estás loco... —murmuré, con las lágrimas ahogándome.

—Lo sé. —Se rió, y hasta sus palabras sonaron estranguladas, como si también tratara de mantener la emoción a raya—. Pero no podía esperar. Hay algo que necesito decirte, y que debería haber hecho hace mucho tiempo. Estaba tan dolido después de que me ocultaras que eras Serendipia, que el coraje y el orgullo hizo que me lo callara.

El aliento se me quedó atorado en la garganta al ver su expresión, entre avergonzada y tímida. Se había parado frente a mí, y lo vi coger aire, retenerlo unos segundos y soltarlo después de golpe. Acababa de insuflarse un chute de ánimos para seguir hablando.

—Cuando le pedí a Serendipia que nos viésemos, no fue por los motivos que crees. Sí que es verdad que me gustaba mucho al principio, sobre todo el día que la conocí en la discoteca, pero a medida que iban pasando las

semanas, el encanto se fue perdiendo. Me di cuenta de que necesitaba más que unos mensajes para seguir manteniendo el interés, sobre todo si tenía a mí alrededor a una persona que, con su forma de ser, acaparaba toda mi atención.

Me miraba a mí, como si yo fuera esa persona que se colaba en sus sueños y pensamientos. Tragué, y noté mi cuerpo tensarse al verlo acercarse. Se me escapó un jadeo cuando se puso en cuclillas frente a mí, cogiéndome las manos. No me había dado cuenta de que las mías estaban frías hasta que noté el calor de las suyas expandirse por mis brazos.

—He soñado muchas veces con aquella noche, en la discoteca. Siempre aparecía Serendipia con la máscara, y cuando llegaba el momento de despedirse, se la quitaba. Al principio no era más que una cara borrosa, con rasgos poco definidos, pero a medida que nos íbamos acercando nosotros, la cara fue cobrando nitidez. Primero fueron tus ojos azules, después tu sonrisa, sobre todo esa pícara que pones cuando me sacas de quicio y disfrutas con ello. Después fue el rubor de tus mejillas cuando te pillaba por sorpresa y te robaba un beso. Cuando me di cuenta, eras tú quien estaba bajo máscara.

Estaba sin palabra; no tenía ni idea de que hubiera sido así para él. Simplemente había pensado que le atraía un poco y ya está.

—Serendipia pasó a ser una fantasía para mí, y tú una realidad que empezaba a gustarme más de lo que creía. —No dejaba de acariciarme las manos y de mirarme, como si quisiera asegurarse de que estaba ahí, y de que era la realidad que él veía en mí—. Cuando te besé la primera vez, supe que no sería la última.

Asier sonrió, me apartó el pelo de la cara, aprovechando para rozarme la mejilla con la yema de los dedos. No llegaba a acostumbrarme a lo sensible que me volvía bajo sus caricias; lo había sentido desde el primer momento, y sabía que seguiría siendo igual.

—¿Te acuerdas de lo que pusiste en el último mensaje? —No siguió hasta que no asentí—. Eso era justamente lo que iba a decir yo, pero te me adelantaste. Ya por ese entonces me gustabas lo bastante como para creer que valía la pena darnos una oportunidad. Lo que pasó en el partido y en el baño no fue más que la confirmación de que estaba en lo cierto, de que había algo entre nosotros. Después de que cayera enfermo y vinieras a mi casa, supe que no podía seguir así, hablando con ella por teléfono cuando, en realidad, solo me interesabas tú. Lo que tenía contigo era más real que lo que sentí por ella en su momento. Así que decidí quedar con ella para explicárselo. Podría haber hecho como tú y decírselo por mensaje, pero supongo que, en el fondo,

me podía la curiosidad por saber quién era en realidad.

—¡Debiste decírmelo!

—Creo que no eres la más adecuada para echarme eso en cara. —Alzó una ceja, y mi vergüenza hizo que bajase la mirada, aún con el remordimiento empastando mi lengua—. No era un reproche. Los dos hicimos mal, y no creo que nos haga ningún bien echárnoslo en cara una y otra vez.

Asentí, dándole la razón, y el silencio nos envolvió durante los siguientes minutos. Y fui yo la que lo rompió, poniendo en voz alta una duda que me perseguía desde que discutimos.

—¿En serio no viste parecido alguno? ¿En ningún momento nos relacionaste?

—Cuando la conocí, en ningún momento se me pasó por la cabeza que pudiera ser la tocapelotas de mi secretaria. —Se rio al decir esto, y lo miré con acusación—. ¡Oh, vamos! ¿Qué posibilidades había de que nos encontráramos? ¿Tú sabes la cantidad de gente que vive en París sin contar a los turistas? Así que no, no os relacioné. Y cuando fue pasando el tiempo, sí que hubo un par de cosas que me dieron la sensación de *déjà vu*, pero no les di importancia porque, no sé, en aquellos momentos solo podía pensar en lo bien que estaba contigo.

—Como lo de El Fantasma de la Ópera —apunté, y él asintió—. Te pusiste bastante insistente.

—Sí, porque recordaba haber tenido esa conversación y no acababa de ubicar dónde ni con quién. Y como eso, pues muchas cosas que solo cobraron sentido cuando me enteré de todo.

—Siento mucho no habértelo dicho.

—Lo sé, y yo siento haber reaccionado así. No fue tanto por el hecho de ocultarme quién eras, sino porque había confiado en ti, te había dejado entrar en mi vida, y no habías resultado ser tan sincera ni auténtica como yo creía. Esa cualidad tuya de decir lo que piensas es una de las cosas que más me gustan de ti, y saber que me habías estado ocultando cosas... Entonces empecé a darme cuenta de que, mientras que tú sabías muchas cosas de mí, yo ni siquiera sabía cómo se llamaba tu compañera de piso, si tenías familia más allá de tu padre, o dónde habías crecido. Pensé: joder, le acabo de pedir que se venga a vivir conmigo y no sé nada de ella.

Bajé la mirada, arrepentida. Tenía razón. Mi temor a que se me escapara algo de Serendipia había hecho que controlara cada palabra y, pensando que me beneficiaría, acabó tornándose en mi contra.

—Pero no me importa no saber cosas de ti, al contrario, me hace feliz saber que aún tienes la capacidad de sorprenderme.

¿Me estaba diciendo lo que yo creía? Quise creerlo con desesperación, pero después de lo que había pasado, necesitaba que él dijera las palabras. Asier me conocía más de lo que creía, porque pareció entenderme y sonrió con esa ternura que tantas veces me había ablandado el corazón. Abarcándome las mejillas con las manos, se inclinó hasta juntar nuestras frentes, y su aliento se mezcló con el mío, acelerado y entrecortado.

—Si quedara con Serendipia ahora, le diría que, pese a saber que sois la misma persona, fue de ti de quien me enamoré, no de ella. Fue la Léa alocada, atrevida y tocapelotas la que consiguió que confiara en ella hasta el punto de presentarle a mi familia al poco tiempo de estar juntos, la que entró en mi casa y se coló en mi corazón portando un plato de caldo cuando estaba enfermo, y con la que imagino compartiendo palomitas después de la tercera cita porque, obviamente, con tres no voy a tener suficiente.

No sé si reí o lloré, o puede que se me escapara una mezcla de las dos. Lo único que sé es que no tardé en sentir los brazos de Asier rodeándome, apretándome con fuerza contra él. Escondí la cara en la curva de su cuello, necesitando empaparme de su esencia para creerme que aquello estaba pasando de verdad y que no era un sueño más. Pero el beso en mi sien fue real, como también el temblor con el que reaccioné. Sus manos, que poco a poco descendían por mi espalda, se notaban cálidas y tiernas, y, sobre todo, reales.

—Te quiero.

Pero lo más real de todo fueron sus palabras. Sonaban sinceras en su mirada, y también en sus labios, que se habían reencontrado con los míos con el cariño de dos amantes largo tiempo separados. Sollocé de puro alivio, como si ese sentimiento que Asier acababa de confesar se hubiera llevado todo mi dolor, mis dudas, mis miedos.

—*Mon Dieu!* Te he echado tanto de menos... —murmuró junto a mis labios—. Coge la barra de pan duro de tu padre y golpéame si ves que vuelvo a ser un idiota y dejo que mi orgullo saque lo peor de mí.

—No puedes decirle eso a un Chartier; nos tomamos este tipo de cosas de forma muy literal. —Sonreí, y no me cabía en el pecho tanta felicidad.

No sé durante cuánto tiempo estuvimos hablando, aunque lo cierto es que estábamos más ocupados besándonos y abrazándonos como para darle otra utilidad a la lengua. Estaba tan feliz y tan contenta, que no sabía cómo no acababa explotando en una nube de purpurina.

—Por cierto, ¿qué ha pasado con el piso? —preguntó Asier pasado un buen rato en el que, tumbados en la hamaca, conmigo recostada sobre su pecho, vimos amanecer—. Imagina mi sorpresa cuando llego a París, voy a tu casa y un vecino me dice que ya no vive nadie allí. Podría haberte llamado, pero me arriesgaba a que no me lo cogieras y prefería presentarme sin darte mucho tiempo a huir. No sabía muy bien dónde ir, así que me acordé de que conocías a Agatha y probé suerte con ella. No les hizo mucha gracia verme, la verdad.

—Son muy leales —respondí, feliz al ver que mis amigas me habían defendido.

—Lo sé, y tuve que prometerles, casi de rodillas, que no quería hacerte daño y que necesitaba decirte que te quería. Conocí a Audrey, y fue ella la que me lo contó todo, sobre todo que ya no estabas en París.

—Me vine a los pocos días de ir a firmar a la oficina, y volví cuando Audrey me dijo que le habían ofrecido hacerse cargo de la pastelería y que había aceptado. La ayudé con la mudanza, y la verdad es que fue peor de lo que creía.

—¿Por qué?

—Porque odiaba ese piso, pero fue triste vaciarlo. Supongo que me entró la vena sentimental. Han sido muchos años juntas, muchas cosas las que hemos pasado, y dejarlo ha sido como decirle adiós a una etapa de nuestra vida. Ahora, todo será diferente.

—Diferente, que no malo.

—No he dicho eso. Ya sé que los cambios, en este caso, son para bien, Sobre todo para Audrey. Se lo merece.

—¿Por qué será que parece que no te alegres?

Suspiré pesadamente, y me recosté mejor en su pecho, con Asier apoyando la barbilla en mi pecho.

—No es que no me alegre, pero... ¿Es de ser mala amiga tener envidia de lo que tiene?

—¿Qué quieres decir con eso?

Incorporándome hasta acabar sentada, me di la vuelta para quedar cara a él, y lo bastante avergonzada por el tema como para que mis ojos no se despegaran de nuestras manos entrelazadas.

—Que ella siempre ha tenido una meta clara en la vida y ha peleado para conseguirlo. Te pareces a ella en ese aspecto, los dos lo habéis tenido siempre muy claro. Pero yo... No sé qué quiero. No he hecho más que dar tumbos de

un lado a otro, y siempre acabo volviendo al punto de inicio, igual de perdida que siempre.

Suspiré con fuerza, tratando de poner en orden mis pensamientos.

—Por eso me vine aquí, para ver si tenía una especie de señal providencial que me dijera el camino a seguir.

—¿Y bien?

—No lo sé, la verdad. Me gusta estar aquí, está siendo genial volver a estar con mi padre, pero empiezo a sentir el mismo agobio que cuando tenía dieciocho años: que esto se me queda pequeño.

—Quizá es porque estás destinada a algo más grande.

—Pareces mi padre cuando dices eso. —Me reí al ver que la comparación no le había hecho gracia.

—Creo que me odia —refunfuñó, y miró hacia la planta de arriba, no fuera a ser que le lanzara la barra de pan—. ¿Crees que le caeré mejor si lo llevo a ver los partidos del París-Saint Germain?

—Prueba... —Sabía que le haría una ilusión tremenda.

—Eso tendré que hacer... —murmuró, pensativo, y me hizo gracia verlo tan inseguro al respecto—. Pero volviendo a lo de antes... No te agobies. Todo el mundo ha pasado por una época así, de no saber por dónde tirar o qué hacer con su vida. Acabarás encontrando el camino, Léa. Seguro que lo has tenido un montón de veces delante y no te has dado cuenta porque estás esperando o buscando otra cosa.

—Esa frase me suena... —Sonreí, recordando cómo mis dedos habían volado sobre el teclado del móvil mientras escribía el que había sido el último mensaje de Serendipia.

Su carcajada resonó, alta y clara, en el pequeño jardín. El tenue sol del amanecer arrancaba destellos cálidos en su pelo castaño. Tenía cara de cansado, no por nada se había dado una paliza considerada volando de Toulouse a París, y después las vueltas que tuvo que dar para encontrarme, pero no recordaba haberlo visto más feliz y satisfecho.

Nuestro encuentro había sido fruto de una casualidad, de uno de esos sucesos inesperados que ocurren una vez de cada mil. Casi podía sentir los hilos del destino tirando de mí para acercarme a él, pero estaba segura de que no estábamos juntos por ninguna de esas cosas.

Las casualidades, a veces, nos ponían delante de personas que, en otras circunstancias, jamás se habrían cruzado en nuestro camino. Estaba en nuestra mano el desviarnos o seguir caminando a su lado. Mi camino se unió al suyo

en el momento en que le respondí a ese mensaje, y aunque había sufrido por el camino, sentía que valía la pena solo por momentos como esos, en los que el amor que sentía por él me explotaba en el pecho.

Así que, Querida casualidad: gracias.

Epílogo

Asier

Tengo que reconocer que estoy nervioso.

Es la primera vez que Léa deja que sea yo quien cuente la historia, y espero estar a la altura. No ha dejado de repetírmelo, así que más me vale

hacerlo bien.

Supongo que querrás saber qué ha sido de nosotros después de lo último que os contó ella, y la verdad es que han pasado muchas cosas.

Tres años hace de aquel día en que casi me recorrí media Francia buscándola. Os juro que aún hay noches en que me despierto sobresaltado después de una pesadilla en la que no consigo encontrarla.

Contrariamente a lo que seguro imaginas, Léa no se vino a vivir conmigo enseguida. De hecho, se quedó casi dos meses más con su padre en La Gravelle —sí, después de estos años he conseguido aprenderme el nombre y ya sé hasta encontrarlo en el mapa—, y nos veíamos los fines de semana en los que yo iba a visitarla. Fue frustrante, no te lo voy a negar, pero entendía que Léa necesitase un poco de tiempo para encontrar el camino a seguir. Podría haberlo hecho estando conmigo en París, pero acabábamos de reconciliarnos y tampoco quería presionarla.

Después de ese tiempo, entendió que no encontraría nada quedándose allí y se mudó conmigo. Y si lo llego a saber, la dejo en el pueblo de forma indefinida. Es broma, aunque ganas no me faltaron. En serio, Léa estuvo insoportable. Se pasó el tiempo dando vueltas por la casa, quejándose de todo, aburriéndose de estar aburrída, y sacándome de quicio. Después de una de esas crisis, cuando me miré al espejo al día siguiente, me había salido una cana.

Lo hablé con su padre, con los míos, con Audrey y hasta lo consulté con la almohada, y al final decidimos que necesitaba un pequeño empujón, aunque fuera para salir de ese bache. No podía estar así, sin hacer nada; no era bueno para ella. Necesitaba entretenerse con algo. Audrey le propuso trabajar con ella en la pastelería, y supimos que había sido lo correcto cuando empezó a mostrarse más animada, más como la Léa que yo conocía y quería.

Su padre la instó a apuntarse a algún curso de repostería, y tras ese primero le siguieron unos cuantos más. Y en todos demostraba una habilidad innata. Todos lo sabíamos, y queríamos decírselo, pero también esperábamos que ella se diera cuenta por sí misma. Necesitaba despertar y reconocerlo en voz alta, no dejarse llevar por lo que unos u otros pudiéramos aconsejarle.

Al final, lo acabó reconociendo... aunque vino con sorpresa.

—Creo que esto se me da bien.

—¿Crees? —Alcé una ceja de esa forma que sabía que tanto la ponía de los nervios, y me lanzó una mirada matadora de las suyas.

Acabábamos de cenar, y estábamos sentados en el sofá viendo una película

y comiéndonos un trozo de tarta que había traído de la pastelería. No os mentiré si digo que he engordado un par de kilos desde que estamos juntos.

—No, sé que se me da bien —afirmó, con ese brillo decidido en sus ojos azules. Se le habían curvado los labios en una sonrisa presuntuosa y juguetona—. Pero...

—¡Oh, vamos! —exclamé, exasperado—. ¿Qué «pero» puede haber ahora?

—Pero —enfaticó la palabra, y sé que era por aumentar mi exasperación—, lo he estado pensando y quiero hacer algo más que estar en la pastelería. Que me encanta, no te digo que no...

—Y ahí viene otro «pero»... —murmuré en voz baja, ganándome un tortazo con el cojín en toda la cabeza—. ¡Eh!

—Si dejas de interrumpirme, te diré que se me ha ocurrido una cosa, y necesito tu ayuda.

A ver si os hacéis una idea de lo que me dijo a continuación porque yo, siendo sincero, jamás me lo habría imaginado.

—He pensado que estaría bien tener un canal de recetas.

Había visto muchas recetas en plataformas de vídeos por la red, y le había entrado el gusanillo de hacer las suyas propias. Lo cierto es que, al principio, no le vi mucho futuro a ese proyecto, y no porque no creyera que fuera una buena idea, sino porque ya había demasiados. Pero la veía tan emocionada, después de mucho tiempo apática y malhumorada, que me lancé de cabeza a apoyarla.

Se pasó casi todo un mes dándole vueltas al contenido, empapándose de vídeos de la competencia, como había bautizado al resto de canales, y haciendo una lista de todos los dulces que sabía hacer y de los que quería aprender. Lo malo era que, como muy bien decía, no había nada especial. Pero supongo que ya sabréis que mi chica es tozuda como ella sola, y se empeñó en buscar algo que la diferenciara de los demás.

Y lo consiguió, vaya si lo hizo.

Me presentó el proyecto definitivo un domingo por la mañana, después de pasarse toda la noche encerrada en la cocina. Cuando bajé, me encontré con una *religieuse* en un pequeño plato, encima de la encimera. Miré a Léa, despeinada y ojerosa por no haber dormido, pero con una sonrisa tan grande que le cubría toda la cara. Estaba enamorado hasta las trancas de toda ella, pero esa sonrisa era mi perdición.

—¿Has estado cocinando toda la noche para esto?

Me senté en el taburete, y cogí el tenedor que me tendía. Apretaba los

labios, conteniendo la sonrisa, y sus ojos parecían decirme: tú calla y come. Pinché la bolita de arriba, y esperando encontrarme con la masa consistente de la pasta *choux*, la miré sorprendido al ver que no era para nada cómo esperaba encontrar. La sonrisa de Léa se hizo más grande, y estaba tan nerviosa y emocionada, que parecía a punto de ponerse a dar saltos por la cocina.

Me quedé sin palabras cuando le di el primer bocado, sobre todo porque no esperaba encontrarme con esa combinación de sabores.

—¡Sabe a pizza! —exclamé, sin poder asimilar lo que mis papilas gustativas estaban experimentando.

Había conseguido hacer dos bolas de masas para imitar la forma de la *religieuse*, relleno una de ellas con queso, y la otra, con un delicado y aderezado tomate *cherry*. Había sustituido la crujiente capa de arriba de *craquelín* hecha a base de harina, mantequilla y azúcar moreno, por una de queso y beicon.

—He decidido jugar un poco con la vista —me explicó, satisfecha, al ver mi cara de éxtasis—. Esperabas encontrar una *religieuse*, pero yo te he dado una cosa muy diferente. Es como experimentar una *serendipia* en cada mordisco; nunca sabes lo que vas a encontrarte.

No pude más que mirarla con admiración, sorprendido por esa idea. Visualmente, no encontraba diferencia entre el dulce que tan bien conocía, con lo que tenía delante. Era algo así como lo que yo había hecho cuando pintaba murales, que creaba una falsa realidad, engañando al ojo. Que hubiera usado ese concepto para aplicarlo en la repostería, era algo digno de admirar.

—Me has dejado sin palabras —dije, cuando acabé de comer, aún con el sabor del tomate, el queso y el orégano asentado en mi lengua.

—Y ya sé cómo voy a llamar al canal: *La douce serendipité*.

La dulce *serendipia*.

Creo que nunca he experimentado tanta sensación de orgullo como la que me invadió el pecho al ver a Léa encontrar el camino que tanto tiempo llevaba buscando. Porque sabía que era ese. No recordaba haberla visto nunca tan feliz, tan segura de sí misma. Y me quedé sin palabras porque la emoción pudo conmigo. Tan solo me bajé del taburete, rodeé la isla de la cocina y, acunándole el rostro con las manos, la besé con ardor.

—Estoy tan orgulloso de ti —murmuré junto a sus labios.

Había encontrado una meta, había peleado por ella y no se había dejado vencer ante el primer obstáculo.

—No lo habría conseguido de no ser por ti —respondió, con el mismo tono íntimo que había empleado yo—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Y creo que no es necesario contaros qué pasó después de eso, porque creo que os podréis hacer una idea. Una pista: no dormimos mucho.

Pues de eso han pasado dos años y medio, y el canal sigue creciendo cada vez más. Léa compagina su trabajo en la pastelería con la grabación de los vídeos, y está incluso escribiendo su propio libro de recetas.

Tampoco yo puedo quejarme de mi trabajo. Las cosas nos van bien, y cada vez son más los clientes que confían en nosotros, aunque trabajar sin Evans está siendo complicado. Y antes de que os alarméis: no, no hemos disuelto nuestra sociedad, pero acaba de ser padre y está teniendo unas semanas de permiso. El pequeño Alain ha pasado a ser el nuevo juguete de la familia, cosa que no parece hacerle mucha gracia a Evelyn, quien no puede evitar sentirse algo celosa. Pero ella sabe que, tanto para Léa como para mí, siempre será nuestra princesa.

Creo que os estaréis preguntando: Y vosotros, ¿qué?

Léa y yo seguimos sin casarnos, y no es algo que nos preocupe. El tema ha salido alguna vez, sobre todo cuando venimos de una cena o comida familiar y algún tío o tía cotilla suelta la pregunta del millón, pero la verdad es que estamos bien así y no hemos pensado dar el siguiente paso. Estoy seguro de que lo haremos en algún momento, aunque no es nuestra prioridad.

Pero que no nos hayamos casado no significa que no hayamos aumentado la familia. Nuestra pequeña Arielle nació hace cinco meses, y no sabéis lo feliz que soy sabiendo que tengo a dos pelirrojas en casa. No lo esperábamos, y aunque tardamos un poco en hacernos a la idea, después nos pusimos muy contentos. Hubo inseguridades por ambas partes, y aún hay veces en las que nos preguntamos si lo estamos haciendo bien, pero supongo que todos los padres primerizos han pasado por ahí.

Lo importante es que la niña está creciendo sana y feliz, y que cada vez se parece más a su madre. Es un clon suyo, aunque Léa diga que ha sacado mi poca paciencia, sobre todo cuando se pone a berrear por la noche porque tiene hambre y nadie acude a darle de comer en los primeros cuatro segundos.

Y hablando de Arielle, la tengo ahora en mi regazo, haciendo una siesta después de la comida. Hace poco que Léa se ha reincorporado al trabajo después del nacimiento, y yo trato de no pasar todo el día en la oficina. Ahora entiendo cuando Evans, al poco de tener a Evelyn, hacía todo lo posible por

pasar más tiempo en casa, con su mujer y su hija. Compaginar nuestros horarios, y más ahora que tenemos a la niña, está siendo complicado, pero si hemos superado otras cosas, también lo haremos con esto.

Escucho la puerta de entrada abrirse, y sonrío al escuchar el alegre repiqueteo de los tacones de Léa al entrar. Voy a sonar como un cursi redomado, pero creedme si os digo que se me para el corazón cuando la veo. ¿Quién iba a decirme a mí que acabaría enamorándome de ella? Yo no, desde luego, sobre todo cuando la conocí el día que hizo la entrevista y no hizo más que soltar pestes.

Pero ahí estábamos, años después, e igual de enamorados. Tampoco voy a endulzar esto diciendo que es todo un camino de rosas, porque aunque nuestra historia tenga trama para una comedia romántica al estilo de *Tienes un e-mail* —una de las películas favoritas de Léa, todo hay que decir—, el día a día puede ser difícil. Discutimos, nos peleamos, a veces no nos aguantamos a nosotros mismos y lo pagamos con los demás...

¿A qué pareja no le pasa eso?

—Hola.

Léa se coloca a mi lado en el sofá, besando primero con ternura a Arielle en la cabeza y después a mí. Sí, he aceptado que acabo de bajar una posición en la lista de prioridades de Léa, pero no puede importarme menos. Me explota el pecho de felicidad cada vez que saca su lado maternal y tierno.

—¿Cómo ha ido? —pregunto en voz baja, no queriendo despertar a la pequeña, sobre todo, después de lo que me ha costado dormirla.

—Empiezan las obras dentro de dos semanas.

A Audrey también le van bien las cosas. Desde que cogió la pastelería de Agatha y Monique, el negocio ha crecido como la espuma. Ha tenido que contratar a un par de dependientas y a varios pasteleros para que la ayuden, porque entre la pastelería y el catering, no da abasto. Hace un par de meses que ha adquirido el almacén de al lado, y su idea es adjuntarlo a la pastelería y abrir una cafetería con el mismo estilo *vintage* que dotaba de personalidad el resto de la estancia.

—¿Ya has comido? —pregunta Léa, a lo que yo niego—. ¿Por qué no subes a acostarla y yo preparo algo?

—Sé cocinar. —Me quejo porque, tres años después, sigue sin dejarme coger una sartén.

—Ash, se te dan bien muchas cosas, pero cocinar no es una de ellas —se burla, alzando los brazos para recogerse la corta melena en una pequeña

coleta.

Se ha cortado el pelo, y aunque en un principio me pareció una locura que se deshiciera de su larga melena rojiza, ahora tengo que reconocer que el pelo corto, apenas rozándole la clavícula, le queda bien. Le da un aire más juvenil, y si a eso le sumamos su sonrisa pícara, y el humor brillando en sus enormes ojos azules, pues ya tenéis ahí una combinación a la que difícilmente puedo resistirme.

—Tenemos que negociar eso de la cocina —le planteo, a lo que se echa a reír por lo bajo, y niega con la cabeza.

—Se pueden hacer muchas cosas en la cocina que no sea precisamente cocinar...

—Y luego dices que soy yo el salido... —Con fingido disgusto, chasqueo la lengua y noto como un calorcillo se expande por mi cuerpo ante la sutil caricia de sus manos en mi brazo—. ¿Nos saltamos la comida y vamos al postre?

—Trato hecho —murmura junto a mis labios, y os juro que me cuesta la vida apartarme de ella.

Lo hago con cuidado, porque sigo teniendo a Arielle durmiendo en mis brazos, y tiene el sueño ligero. Es tan pequeñita que me siento torpe con ella en brazos. Todo en ella es tan delicado e infantil, y yo soy tan grande y torpe... Estoy seguro de que no hay mayor felicidad que esa, la de sostener por primera vez en brazos a esa personita que forma parte de ti.

De todo lo que he hecho en la vida, de todo lo que he conseguido, mi hija ha sido lo mejor que me ha pasado, de lo que más orgulloso me siento.

—Se te cae la baba. —Sonríe Léa, y no sé por qué dice eso de mí, si a ella le pasa lo mismo—. Ella sí es nuestra pequeña *serendipia*.

—Para mí, lo sois las dos —respondo, y noto como un nudo de emoción me aprieta la garganta.

Uno nunca sabe lo que le deparará la vida. Podemos pasarnos gran parte de esta buscando aquello que nos hace felices, y acabamos encontrando esa felicidad en el sitio o con la persona que menos esperábamos. Por experiencia te digo que lo importante es no cerrarse a esos nuevos descubrimientos, y a veces hay que creer que a la vuelta de la esquina puede estar esperándote la felicidad.

El mundo está lleno de *serendipias*, y espero que, algún día, tengas la misma suerte que yo y encuentres la tuya.

FIN

AGRADECIMIENTOS

«Querida (y odiada) casualidad» ha sido mi Serendipia literaria. ¿Quién iba a decirme a mí que disfrutaría tanto con esta historia? Ha sido una delicia de escribir, un reto con todas sus letras, y el bálsamo que necesitaba después de una mala época personal y profesional. Así que mi primer «gracias» bien grande es para Ash y Léa, sobre todo para ella: pelirroja, te has convertido en uno de mis personajes más queridos.

Hay personas que siguen caminando a mi lado después de años y que, de vez en cuando, me dicen: he vuelto a leerte porque necesitaba algo familiar. Eso, a mí, me da la vida. Alba, tú eres una de ellas. Gracias por seguir ahí, por confiar en esta historia cuando no era más que una idea que poco o nada ha acabado pareciéndose a lo que es ahora. Si hay alguien que me anima con esto, por muy locas que sean las ideas, esa eres tú.

Hay otras que, gracias a la literatura, han venido a mi vida para quedarse. Sira Duque y yo empezamos nuestro reto literario particular al mismo tiempo, pero creo que, de las dos, ella ha sido la que ha salido ganando. Amiga, Liam es lo mejor que harás nunca, y gracias por llamarme *tita*.

Si hay una persona más enamorada que yo de Ash y Léa, esa esa Natalia Sánchez Diana. Gracias por animarme con ella, por creer en la historia y en ellos y en que podrían llegar lejos. Compartir profesión contigo es un honor. ¡Por muchos berenjenales y jardines más!

Mia Martin, que sepas que mis chicos y yo estamos encantados de haberte conocido, y te damos las gracias por todo lo que has hecho por nosotros.

Y por último, y aunque suene a cliché, gracias a ti, querido lector. Espero que hayas disfrutado de la historia de Léa y Ash, y te voy a contar un secreto: no será la última vez que los veáis.

¡Hasta la próxima!

SOBRE MI

Lana Fry es el seudónimo con el que llevo firmando mis trabajos en los últimos años; para los demás, soy Laura o Lau. Nací en un pueblecito de Valencia, y no hay mejor sitio para vivir que La Terreta. Como buena valenciana, me gustan la horchata y las Fallas, y soy de las que, cuando habla, te puede soltar una *espardenyà* que te dejará torcido.

Escribir se ha convertido en algo indispensable para mí. Desde aquella lejana tarde de verano en que me encontré delante de un papel en blanco y un bolígrafo viejo sin tapa, no he dejado de escribir.

Adoro los gatos, el calorcillo del sol cuando me da en la cara en un día de invierno y pasar una tarde de sofá y manta mientras miro una película o me sumerjo entre las páginas de un buen libro. Si quieres invitarme al cine, opta por un drama de época, un musical tipo *El fantasma de la ópera* o llévame a ver una película de superhéroes donde los Thor-sos esculturales están a la orden del día. Soy fácil de contentar.

Tus opiniones son muy importantes para mí y me haría mucha ilusión recibirlas en cualquiera de mis redes sociales. Y si, además, te pasas por Amazon o Goodreads, vas a hacer de esta escritora, una escritora feliz.

Twitter: @lanafry_

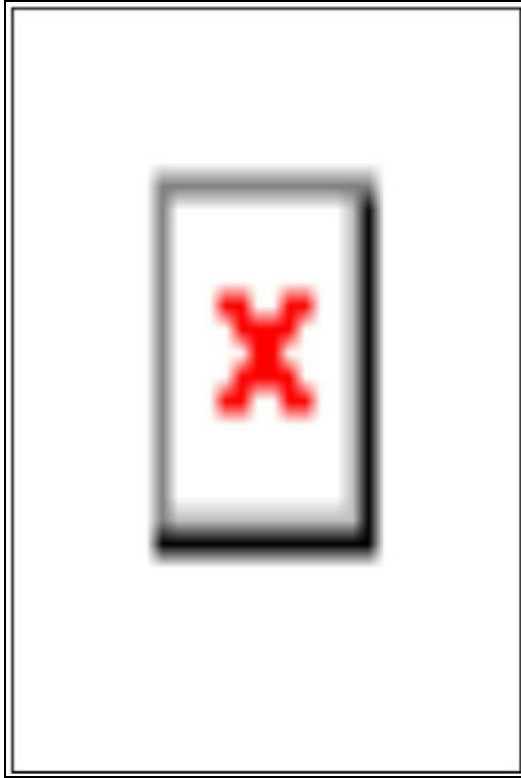
Facebook: Lana Fry

Instagram: lana_fry

Si te das un paseo por el blog, encontrarás también contenido adicional de la novela, podrás estar al día de las novedades y enterarte, de primera mano, de en qué nuevas historias estoy metida.

Blog: <https://lana-fry.blogspot.com/>

MIS OTROS LIBROS



Nuestra vida está plagada de deseos cumplidos y por cumplir; aquellos que creemos conocer y los que solo nuestra alma conoce; los que mueven montañas y los que nos mueven a nosotros a seguir avanzando.

Mientras la fe de Thea en los deseos se tambalea, Ethan está a punto de cumplir su sueño.

Diez años atrás, la vida los llevó por caminos separados. Ahora, Thea vive en Roma y es dueña de una coqueta boutique de joyas. Puede que la relación con sus padres no sea la mejor y eche de menos a sus amigos, pero es feliz. Por otro lado, Ethan está en su mejor momento. ¿Cómo no estarlo si tiene el ascenso por el que ha peleado sin descanso al alcance de la mano? Nada puede salir mal.

Pero el destino es caprichoso. Reencontrarse por sorpresa no solo tambaleará sus vidas sino que abrirá viejas heridas que creían curadas.

No hay nada como mirar a los ojos al pasado para darse cuenta de que, por mucho que traten de esconderse, hay sueños y deseos que son imposibles de apagar.

«Pide un deseo y yo haré que se cumpla».